This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

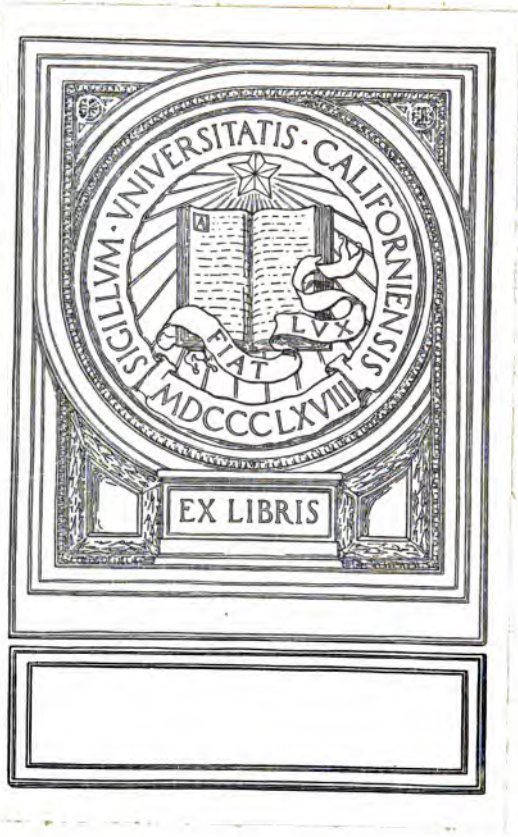
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

UC-NRLF
$B 77 098


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT
LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

MISCELANEA

LITERARIA, POLITICA I RELIJIOSA

POR

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

PARTE LITERARIA.

TOMO II.

SANTIAGO,
IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE,»
calle de la Compañía núm. 102.

1873.

789
R 6947
mi
v.2

UNIV. OF
CALIFORNIA

ALGUNOS CONSEJOS

PARA LAS MUJERES CRISTIANAS QUE VIVEN EN EL MUNDO ACERCA DEL TRABAJO INTELECTUAL QUE LES CONVIENE, POR MONSEÑOR DUPANLOUP, OBISPO DE ORLEANS. (1)

(*La Estrella de Chile*—octubre 24 de 1869.)

I.

A riesgo de inferir un injusto agravio a varios libros que con ejemplar paciencia esperan sobre nuestra carpeta la hora de ser presentados al intelijente público de *La Estrella de Chile*, vamos a cumplir hoi este deber de cortesía con el mas modesto de todos ellos. Modesto por el título que su autor quiso darle, modesto por las dimensiones i el número de

(1) Un pequeño volúmen de 108 pájinas en 16.° imprenta de «San José.»—Asilo del Salvador. Yungai—1869.

M151931

sus pájinas, modesto por el nombre de la imprenta que lo ha publicado, modesto en fin por el precio a que se vende; ¡50 centavos! I todavía cuántas cosas pudiera agregar el librero para encarecer esta modestia! Buen papel, impresion esmerada, sólida encuadernacion, pasta de tela: todo con aquella elegancia, buen gusto, prolijidad i limpieza que están diciendo desde léjos: ¡Por aquí han andado manos femeninas!

¡Cosa estraña, sinembargo! ante este pequeño libro nos sentimos embarazados i perplejos: tal es la abundancia de importantes cuestiones que el autor plantea i resuelve, tan inmenso es el vacío que se propone llenar, tan trascendental la reforma que operarian en la sociedad esas cuantas pájinas si fueran meditadas como merecen, que un libro apénas bastaria para dar cumplida cuenta de ellas.

Hé ahí desde luego la importantísima cuestion del trabajo. ¿Cuántos libros no han escrito sobre ella los economistas i los moralistas? ¿Cuál es su oríjen, cuál su naturaleza, cuál debe ser su fin? ¿Es una lei o es un castigo? ¿Es una fuente de sufrimientos o de placeres? ¿Es un deber universal o solo un medio de eximirse algun dia de una pesada carga? La ciencia vacila; el Catecismo afirma. «Porque comiste el fruto del árbol a que te prohibí tocar, maldita será la tierra bajo tu mano: con el trabajo comerás de ella todos los dias de tu vida. Espinas i abrojos te producirá. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra de donde fuiste sacado.» (Gen. 3, 17, 19.)

Hé ahí la lei i su oríjen. Lei tan antigua como el

mundo, de la cual ningun hijo de Adan puede intentar siquiera eximirse sin caer mas de lleno bajo el peso de sus prescripciones: lei que se impone a cada hombre i a cada facultad del hombre. Trabajo material para que no muera el cuerpo por el hambre: trabajo intelectual para que no perezca la razon por la ignorancia: trabajo moral para que no perezca el corazon por el vicio.

El librito de que damos cuenta no considera esta lei del trabajo sino en cuanto ella reza con la mujer i se refiere a la intelijencia. Monseñor Dupanloup toma de esa gran síntesis que se llama el trabajo un solo punto, i considera este punto bajo una sola de sus faces. ¿Cuál es, se pregunta, el trabajo intelectual que conviene a las mujeres cristianas que viven en el mundo? El librito de que damos cuenta encierra la contestacion de esa pregunta.

Si la verdad no tuviese para nosotros fueros mas sagrados aun que la cortesía, no nos atreveriamos a afirmar que la pregunta del ilustre obispo de Orleans es de una actualidad palpitante.

Su libro es un específico que casi sin escepcion alguna puede penetrar con provecho en todos los hogares, porque en casi todos se padece de la enfermedad que combate: el tedio, el despilfarro de la vida, el no saber que hacerse, el suicidio de las mas nobles facultades del alma.

¿Quién no ha encontrado en su camino algunos centenares, quién no tiene en su propio hogar alguna, de esas bellas e interesantes enfermas de tedio, tanto mas interesantes cuanto ménos culpables? Un solo trabajo para el cuerpo—el tocador; un solo

anhelo en el corazon—el deagradar; un solo ejercicio para la intelijencia—el de discurrir cómo hacer liviana la carga del tiempo.

Nada sería mas triste que la estadística del tiempo que malgastan precisamente aquellos seres privilejiados que podrian esplotarlo con mas provecho propio i honra de la patria. ¿Pregúntese qué hace una señorita desde el dia en que las Musas ponen la última corona de flores sobre su frente de colejiala, hasta el dia en que el amor pone sobre ella la corona de azahares de las desposadas? Si se esceptúan algunas breves horas gastadas en la iglesia o en la costura, todas las restantes se han dividido entre el sueño, el tocador, los paseos i las recepciones del salon: sueño mas de la mañana que de la noche: tocador mas complicado i ajustado a las prescripciones de la moda que hermoso i elegante: paseos mas por hábito que por gusto: tertulias de salon buenas para distraer la vista con traje siempre nuevos, pero incapaces de distraer el espíritu, con conversaciones siempre idénticas en su pueril banalidad.

«Varios hombres reunidos, se escuchan; varias mujeres reunidas, se observan,» dice un proverbio chino. No tomando en cuenta cuanto puede encerrar de epigramático este proverbio, es indudable su verdad considerado solamente como la espresion de un hecho. Por mas que las mujeres raras veces dejan de estar hablando cuando se encuentran reunidas, en jeneral se reunen mas que para cambiar mútuamente sus ideas, para cambiar mútuamente sus miradas.

Léjos de nuestra mente la idea de notar este esta-

do de cosas para tomarlo como base de una filípica o de una disertacion moral. Sabemos que la causa del mal que nos ocupa debe buscarse en las costumbres, en las exijencias sociales, en los hábitos inveterados i en las preocupaciones, mas bien que en aquéllas, que siendo causas de él en apariencia, son en realidad sus mas seguras víctimas. ¿Qué se ganaria por otra parte con señalar distintamente todos los estragos de la epidemia si no hubiese posibilidad de señalar al mismo tiempo el preservativo?

Hace tiempo que el *domum mansit, lanam fecit*, de la antigua matrona romana ha caido en desuso. Vivir en la casa entregada esclusivamente a trabajos manuales, pudo ser en otra época el bello ideal de la compañera del hombre. Pero en este siglo ,si la mujer debe ser siempre la luz del hogar i la providencia de la familia, ni aquél debe ser el único teatro de sus buenas obras, ni el bienestar material de ésta puede absorber por completo la actividad de su alma. El cristianismo juntamente con dignificar a la mujer emancipándola de la servidumbre en que yacia, ensanchó tambien el círculo de su accion i de su responsabilidad. Encomendó a sus manos delicadas el alivio de todos los males físicos i a su piadoso corazon el consuelo de todos los dolores del alma.

De este nuevo i magnífico horizonte abierto por Cristo a la actividad de la mujer se deriva el deber en que está de cultivar con esmero sus facultades, ya para procurar su propia perfeccion, ya para servir de ejemplo, de luz, de alegría, i de apoyo a cuantos la rodean. ¡I cuán dulce no es por otra parte el cumplimiento de esta lei i cuán felices no serian

aquéllas que tuviesen la fuerza de voluntad necesaria para someterse a sus prescripciones!

No hai, en efecto, en esta vida placeres mas nobles, mas puros, mas dignos de una creatura racional que los placeres que proporciona la contemplacion de lo verdadero i de lo bello. Ellos no son propios ni de una edad, ni de una estacion, ni de un estado, ni de un clima: no dependen de la buena o mala voluntad ajena: no dejan ni vacío en el corazon ni remordimiento en la conciencia: no se desdeñan de los campos ni de las chozas, i sobreviven a todos los desengaños i a todos los desastres.

¡Ah! las que discurris cómo pasar el tiempo ignorais cuan preciosa es la carga que procurais arrojar por la ventana, ignorais con cuántos útiles conocimientos podriais enriquecer en una hora vuestra intelijencia, no sabeis cuántos intensos i purísimos goces podríais proporcionar en una hora a vuestro corazon! ¡Ah! las que, al reves, os quejais de que no teneis tiempo para nada ¿cómo no advertis que lo que os falta no es el tiempo sino el método para gastarlo? Nó, el tiempo es demasiado precioso para dejarlo pasar sin obligarlo a pagarnos tributo: es demasiado fecundo para que, esplotado con esmero no nos deje, despues de cumplidas nuestras diarias ocupaciones, algunos momentos que consagrar al estudio de la verdad i a la contemplacion de la belleza.

El trabajo intelectual es una necesidad para la mujer: en él i solo en él puede encontrar un antídoto contra el aburrimiento i el fastidio: una fuente inagotable de las mas puras emociones: el fondo inagotable de un mérito lleno de encantos en la primavera de

la vida: el secreto para formar mas tarde hombres virtuosos e ilustrados, i, hasta en la ancianidad, el medio seguro de contemplar sin miedo, ni horror la triste hora de los adioses.

El señor Dupanloup, este incomparable obrero del trabajo intelectual, ha querido en el librito de que nos ocupamos poner su ilustracion i su esperiencia al servicio de las mujeres cristianas de buena voluntad. Despues de demostrarles la necesidad, la nobleza, la utilidad del trabajo; despues de probarles que no puede faltarles tiempo que consagrar a él; despues de señalar de paso los peligros de la pereza i de reconocer, fundado en la historia i en la razon, la notable aptitud que siempre han manifestado para ciertas clases de trabajos intelectuales, entra a hacer indicaciones precisas i concretas sobre los ramos i los libros que en su concepto debieran preferir.

Sobre este punto nada mejor podemos hacer que aconsejar la lectura detenida i meditada del opúsculo del señor obispo de Orleans. Imposible sería imitarlo ni en la claridad del método, ni el arte con que condensa una multitud de excelentes consejos en un cortísimo número de pájinas.

Por desgracia el librito fué escrito para mujeres francesas o cuando mas para mujeres que entiendan el frances. Esta circunstancia, como es fácil comprenderlo, hace inaplicables o inaceptables en Chile muchas de las indicaciones que el eminente obispo hace sobre las obras mas adecuadas para ser leidas con provecho por el bello sexo. Algunas no se hallan traducidas al castellano; otras aunque traducidas no

se encuentran en nuestras librerías; otras, por fin, podrian ser fácilmente reemplazadas tomando en cuenta nuestro gusto literario, nuestros hábitos i nuestras necesidades. Faltos de los conocimientos i de la esperiencia necesarios para hacer esa designacion, trataremos de hacerla sinembargo en la medida de nuestras fuerzas, procurando llenar así el único vacío que por la misma naturaleza de las cosas, ofrece para las lectoras chilenas el precioso librito del señor obispo de Orleans.

II.

Establecida la posibilidad i conveniencia del trabajo intelectual para el bello sexo, el señor Dupanloup pasa a hacer breves indicaciones sobre las diversas materias que pueden ser objeto de ese trabajo i sobre la manera de ejecutarlo. Segun hemos tenido ya ocasion de indicarlo, los consejos del autor sobre el particular, son en mucha parte inaplicables a las señoras chilenas, que por regla jeneral ni conocen el frances, ni aunque lo conociesen, deberian dedicarse con preferencia a leer libros escritos en un idioma estraño.

No nos lisonjeamos con la idea de llenar cumplidamente ese vacío, porque ni la literatura española puede compararse con la francesa en cuanto al número i al mérito de obras propias para ser leidas con provecho i agrado por mujeres cristianas, ni estamos en situacion de esplotar nuestro desprovisto arsenal con el tino i pleno conocimiento empleados por el señor Dupanloup para esplotar el suyo.

De todas maneras, sinembargo, no principiaremos sin advertir ántes que hai una regla invariable a la cual debe sujetarse toda mujer cristiana siempre que trate de empezar una lectura. Esta regla consiste en desechar desde luego sin exámen, ni vacilacion aquellas obras que hayan sido prohibidas por la autoridad eclesiástica. Si esas tristes lecturas en éfecto pueden ser de vez en cuando necesarias para el sacerdote o para el escritor público, ellas nunca pueden serlo para una señora virtuosa i creyente.

Fuera de los libros puestos en el *Indice*, hai muchos que no lo están por diversos motivos i que, sino individualmente prohibidos, lo están en principio por ser contrarios a la fé o a las buenas costumbres. De esta última clase son los que, con mayor profusion, circulan en nuestra sociedad i cuyo contajio es preciso evitar cuidadosamente, tratando de averiguar ántes de leer un libro, si su lectura puede ofrecer algun peligro, ya por lo tocante a la doctrina, ya por lo tocante a la moral. Se comprenderá, sin que necesitemos insistir en ello, cuan útiles pueden ser en semejantes casos, la opinion de un amigo ilustrado i católico, i sobre todo, los consejos de un director espiritual.

Conviene no echar en olvido tampoco que si el trabajo intelectual es en cierta medida necesario, él no debe absorber todo el tiempo de una mujer, ni ser causa de que descuide o mire en ménos otras tareas de todo punto imprescindibles i conocidas jeneralmente con el nombre de obligaciones de estado. Lo primero debe ser siempre lo primero, i para una dueña de casa no hai obligacion mas estrecha que

la de atender a sus deberes de esposa i de madre de familia. Ante estos deberes ceden otros ménos austeros, i sabido es que hasta las mismas prácticas puramente piadosas deben posponerse a aquéllos cuando ámbos sean inconciliables.

Téngase pues presente que al aconsejar a las mujeres cristianas el estudio i la lectura, ni el obispo de Orleans aconseja que se lea al acaso toda suerte de libros, ni que se haga de ella una ocupacion primera i esclusiva en perjuicio de los deberes que cada cual pueda tener segun su estado i fortuna. Mui léjos de aconsejar esas internaciones en campo cultivado, lo que desea es que se aproveche el terreno perdido, i lo que enseña es el arte de cultivarlo en beneficio de la intelijencia i del corazon, sin daño de la familia, del marido, de la hacienda, de la Iglesia ni del hogar.

Despues de estas sencillísimas observaciones acerca de lo que no debe leerse i de la medida en que debe leerse, no estará demas digamos con el obispo de Orleans algunas breves palabras acerca de la manera de leer.

«Sí, dice a este propósito, el ilustre prelado, es preciso que las mujeres lean poco i escojido, i sobre todo que relean i que vuelvan a pensar en lo que han leido.

«Despues de algunos años conviene volver a leer ciertas obras.

«Nada es mas curioso i mas provechoso que establecer diferencia entre las impresiones que se reciben cuando se lee i entre los modos de sentir en las diferentes edades.

«I a mas es necesario que lean siempre con atencion i si es posible con la pluma en la mano, sin lo cual las lecturas mas sérias corren el riesgo de no ser útiles i a mas no dejan nada. No dar jamas de mano a un libro sin haberlo concluido i no concluirlo sin formar de él un resúmen por escrito es un gran principio, que conviene tener presente.

«Los descansos literarios, si puedo servirme de esta espresion, deben ser sólidos i delicados a la vez, deben dijerirse i tomarse lentamente.»

En resùmen, segun el señor Dupanloup, conviene leer *poco*, *escojido* i *bien*. Para conseguir esto último es indispensable hacer que en la lectura tengan parte no solo los ojos sino tambien todas las facultades del alma: la memoria para conservar los hechos i las fechas: la atencion para penetrar la doctrina: la razon para juzgar de los hombres, de las cosas i de los acontecimientos: el gusto para distinguir lo bello de lo deforme. Hai quienes aconsejan leer con la pluma en la mano para anotar todo aquello que parezca digno de ser especialmente conservado: otros rechazan este procedimiento alegando que sacrifica el conjunto a los detalles, distrayendo la atencion con frecuentes interrupciones, i se limitan a aconsejar que se lea con calma i se relea cuantas veces sea preciso para sacar de un libro todo el provecho posible: otros por fin prefieren el método que consiste en leer despacio i detenerse despues de cada párrafo o capítulo para meditar sobre su contenido.

En nuestro concepto todos estos sistemas son buenos i cada cual debe elejir entre ellos segun su gusto,

sus hábitos o su modo de ser. Así al paso que para unos el tomar apuntes sería un trabajo casi del todo inoficioso, otros retendrian mas fácilmente un pensamiento escribiéndolo una sola vez que leyéndolo diez veces. Sobre este punto nada conviene tanto como observarse con cuidado i seguir los consejos de la esperiencia.

Viniendo ya a la eleccion de los libros nos contentaremos con breves indicaciones, teniendo mui presente que en esta materia mas que en ninguna otra debe preferirse siempre la calidad a la cantidad. Por otra parte con ser pocas las obras qne vamos a indicar, todavía es nuestro ánimo presentarlas mas bien como una pequeña biblioteca donde las mujeres cristianas puedan elejir sin peligro lo que fuere mas de su gusto o provecho, que como un mínimum o como el objeto de una tarea adaptable a todos los estados i situaciones.

Tratándose de libros el cristiano no puede olvidar que hai uno que merece este nombre por excelencia: la *Biblia*. La Biblia, es decir el gran libro escrito bajo la inspiracion de Dios, debe ocupar el primer lugar en toda biblioteca. No queremos decir con esto que su lectura sea conveniente i provechosa para cualquiera clase de personas, ni que no se deba tener cuidado en procurarse una edicion aprobada por la atoridad eclesiástica. Tampoco pretendemos que todos los libros de la *Biblia* sean susceptibles de ser leidos con igual provecho. Los protestantes que sostienen que la lectura de la *Biblia* debe hacerse a discrecion, estamos cierto no pondrian ante los ojos de sus hijas ciertos pasajes del Génesis o de los pro-

fetas. I esto por una razon mui sencilla: no basta que una cosa sea buena en sí misma para que sea provechosa: es preciso atender a las circunstancias. Un libro de medicina puede ser mui provechoso para un médico i mui pernicioso para una niña; i ningun padre de familia estaria dispuesto a poner en manos de sus hijos ciertas obras utilísimas para los confesores.

No aconsejamos, pues, la lectura de la *Biblia* sino a personas de cierta edad, estado i condicion, ni que en ningun caso se haga sin consultar ántes al director espiritual. Por lo demas nos atreveríamos a indicar en el antiguo Testamento, el *Génesis*, *Job*, *Tobias*, los libros *Sapienciales* i mui especialmente los *Salmos*. Los *Salmos* son una mina inagotable de piedad, de profecías, de enseñanzas filosóficas, i del lirismo mas sublime. No podríamos recomendarlos lo bastante. En el Nuevo Testamento los *Evanjelios*, las *Actas de los Apóstoles* i las *Epístolas*. Su lectura no solo debe hacerse con atencion, con calma, con respeto, sino tambien con un profundo espíritu de humildad. «Es necesario formar de ella, dice Augusto Nicolas, una tarea diaria, corta, pero constante. Dios no bendice al ardor pasajero sino la regularidad sostenida. Esa lectura santa, hecha así, será un ejercicio de fé en razon de las mismas oscuridades que ofrecerá desde luego, pero de donde no tardarán en salir luces i gracias enteramente especiales. Hace 18 años comencé a hacer el ensayo, i la lectura cotidiana del Evanjelio dejaba en mi alma un suave resplandor como el de la aurora de una mañana de primavera, despertaba en mí mil armonías celestiales i de sus pájinas misteriosas se elevaba como

un vapor luminoso que me embargaba de uncion i de claridad.»

Prescindiendo de la *Biblia*, las lecturas relijiosas deben ocupar la mayor parte del tiempo que una mujer cristiana tenga libre para consagrar al cultivo de su intelijencia i de su corazon.

Estas lecturas pueden dividirse en piadosas propiamente dichas i en instructivas.

Comenzando por estas últimas no tememos poner en primer lugar el *Catecismo*, que es la base de toda instruccion relijiosa i hasta de toda verdadera filosofía. No concebimos una buena madre de familia que no sea capaz de enseñar el *Catecismo* a sus pequeños hijos i a sus sirvientes.

Despues de un buen Catecismo esplicado, podria leerse con provecho el *Tratado de Fundamentos de la fé*, del Ilmo. señor Orrego, tan notable por la sencillez del estilo i de la esposicion; o el *Tratado de la verdadera relijion i de la verdadera Iglesia*, por el señor prebendado Saavedra, cuyas excelentes cualidades didácticas hemos tenido ocasion de hacer notar en esta misma revista. Quien quiera ir mas adelante por este camino puede leer las obras de Augusto Nicolas, sobre todo sus *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo: El Protestantismo comparado con el Catolisismo*, de Balmes: *La vida de N. S. Jesucristo*, por L. Veuillot: *La defensa de la Iglesia contra los errores históricos contemporáneos*, por el presbítero Gorini: las obras de Donoso Cortés: las de Mgr. Gaume: *El Catolicismo en presencia de sus disidentes*, por el presbítero Eyzaguirre; i entre mil otras, las incomparables *Conferencias* del padre Félix.

En cuanto a libros piadosos, la misma abundancia que hai de ellos suele hacer mas difícil la eleccion. La *Imitacion de Cristo* es un librito que todo cristiano debe abrir diariamente aunque sea para leer un solo capítulo o un solo número de un solo capítulo. Despues de la *Imitacion*, ningun libro piadoso nos parece tan propio para el bello sexo como los de San Francisco de Sales (*Vida devota* i *Espíritu de San Francisco de Sales.*) Tampoco faltan en puro i armonioso castellano algunos buenos libros de esta clase: ahí están los escritos de Santa Teresa de Jesus: *Los nombres de Cristo* i *La perfecta casada de frai Luis de Leon;* i el para nosotros incomparable *Guia de Pecadores*, de frai Luis de Granada.

En el campo de la historia, hai tesoros verdaderamente inagotables. Princípiese por leer las *Actas* de los mártires i las *Vidas* de los santos. Nada que pueda comparárseles ofrece la antigüedad pagana. Los héroes de ésta aparecen como héroes de melodrama en presencia de los héroes del cristianismo. ¡Cuántos ejemplos de abnegacion i de virtud! ¡Qué existencias tan llenas de acontecimientos i tan noblemente gastadas! Hai santos cuya vida sola es un gran poema. San Juan Crisóstomo, San Atanasio, San Basilio, San Agustin, San Ambrosio, Santo Tomas, San Francisco, Santo Domingo, San Ignacio de Loyola, San Vicente de Paul, qué hombres i qué obras! qué luchas i qué victorias! cuánta fé, cuánta virtud i cuánto amor!

Convendria meditar especialmente la vida de algunos de esos héroes del cristianismo, leyendo por ejemplo la *Vida de Santa Isabel de Hungría* i la de

los *Monjes de Occidente* por M. de Montalembert: la *Vida de Santo Domingo* por el padre Lacordaire, etc.

La *Historia de la Iglesia* ha sido escrita por Alzog con bastante concision i con una perfecta imparcialidad. Nos permitimos recomendar su lectura, tanto mas cuanto que es fácil encontrarla en nuestras librerías, vertida al castellano. Tambien el señor presbítero Eyzaguirre ha escrito una *Historia eclesiástica de Chile* que podrian leer con provecho aquellas personas que deseasen conocer la marcha que ha seguido la relijion en nuestro pais desde la época de la conquista.

Pasando de la relijion a la literatura, el señor Dupanloup aconseja a las mujeres cristianas de su pais a que elijan por objeto de sus lecturas las obras maestras del siglo XVII: i se comprende, el siglo XVII es en Francia el siglo de Bossuet, de Bourdaloue, de Massillon, de Fenélon, de La Bruyère i de cien otros aventajadísimos injénios

La literatura española tiene tambien su época de gloria, un tanto mas prolongada, ya que no tan brillante. Es cierto que son mui pocas las obras clásicas de nuestra literatura que puedan leerse, sin peligros mas o ménos sérios, por toda clase de personas. El *Quijote* mismo ofrece sus inconvenientes; pero así i todo, a nuestro juicio las libertades de lenguaje i de pensamiento que se permitieron tan a menudo los maestros de la edad de oro de la literatura castellana, son en jeneral mucho ménos peligrosas para las costumbres que multitud de escritos contemporáneos en que una refinada hipocresía administra el veneno en cápsulas doradas i cifra su gloria en ata-

viar los vicios mas infames con el blanco vestido de la virtud. El mismo Quevedo con sus brutales groserías ¿cómo podria compararse a Renan con sus almibaradas blasfemias i sus afeites de mujerzuela?

Salvo, pues, las escepciones i las precauciones que la prudencia aconseje tomar en circunstancias especiales, las que deseen regalar al mismo tiempo que su oido, su corazon, pueden leer, despues de las poesías i la prosa de frai Luis de Leon, de Santa Teresa i de Granada, la coleccion de bellos romances que ha publicado don Eujenio de Ochoa bajo el título de *Tesoro de Romanceros*, el *Parnaso español*, publicado por el mismo, el *Tesoro del Teatro español*, el *Tesoro de prosadores españoles*, el *Quijote*, i las *Novelas ejemplares* de Cervantes; la *República literaria* de Saavedra; las *Comedias de Moratin*, etc.

Conviene no desalentarse por las dificultades que en un principio ofrece la lectura de nuestros clásicos. Ellos son como ciertos manjares que reciben mal al que por primera vez los saluda; pero que no tardan en conquistar a los que los frecuentan para el coro de sus adoradores. Casi no hai quien no haya comenzado a leer el *Quijote* entre bostezos: ¿cuántos no lo leen por segunda i tercera vez robando sus horas al sueño?

Entre los modernos no faltan tampoco escritores distinguidos que hayan publicado excelentes obras en excelente castellano. Como un ejemplo citamos a Trueba i Fernan Caballero. Las obras de este último sobre todo no deben faltar en la biblioteca de ninguna mujer cristiana que sienta aficion a las letras. Sus escritos no dejan absolutamente nada que

desear, ni por el lado del estilo ni por el lado de la moralidad.

Hai en castellano baratas i no malas traducciones de la *Divina Comedia*, del *Paraiso Perdido*, de los *Mártires* de Chateaubriand, que las aficionadas a la trompa épica pueden leer, despues, por supuesto, de haber hecho el mismo honor a la *Araucana* de don Alonso de Ercilla.

Sobre Filosofía bástenos citar la *Elemental* del presbítero don Jaime Balmes; cuya lectura no aconsejaríamos, sinembargo, ántes de que se hubiese leido i releido ese excelente tratadito de filosofía práctica escrita por el mismo autor bajo el título de *El Criterio*.

La *Historia universal* de César Cantu, aunque cara, es una obra que debe ocupar un puesto de honor en la biblioteca de toda persona ilustrada. Es mas que una historia de la humanidad, una verdadera enciclopedia, de ciencias, literatura i artes, escrita bajo un plan tan sencillo como filosófico. La imparcialidad mas escrupulosa i la mas admirable erudicion, se dan la mano en ese monumento histórico, indudablemente uno de los que mas honor hacen al siglo XIX.

Las historias particulares de nuestro propio pais abundan demasiado i son demasiado conocidas para que recomendemos especialmente alguna. En jeneral convendria leer cuantas obras se han escrito sobre la historia de Chile, sin olvidarse de que todas ellas, mas o ménos, se resienten de las prevenciones políticas de sus autores. En ese sentido creemos que ninguna ofrece tantas garantías como la de M. Gay, por desgracia detestablemente traducida.

Como Mgr. Dupanloup, pensamos que el estudio de la historia es uno de los que ofrecen mayores ventajas para el bello sexo. No solo es una enseñanza; puede ser en muchos casos un excelente antídoto. Las mujeres que pierden su tiempo leyendo de contínuo novelas inmorales, o insulsas, o adornadas a la vez de estas dos cualidades, ignoran sin duda que no hai novela comparable a la historia. Es cierto que en ésta suele hacer falta el drama; pero suponiendo que no adoleciesen del mismo defecto multitud de novelas ¿cuán ampliamente compensada no estaria esa desventaja con todos los atractivos que tiene siempre la verdad, i el interes que despiertan en el hombre las luchas, los triunfos, las glorias, los crímenes i las virtudes de sus semejantes?

Podríamos i deberíamos seguir adelante pasando en revista otros ramos, si con respecto a ellos los consejos del señor obispo de Orleans fuesen tambien inaplicables a las lectoras chilenas. Por fortuna, no sucede así, i nada mas ni mejor podríamos decir nosotros que lo que él dice i recomienda acerca de las artes, de las ciencias naturales i exactas, del Derecho, de la Estética, etc.

Nuestro intento no ha sido otro que llenar el vacío que en el opúsculo del prelado frances debia de dejar forzosamente su traduccion al español. Hemos querido solo indicar algunos libros castellanos a aquellas personas que por ignorar el idioma del autor no se hallen en situacion de seguir al pié de la letra sus majistrales i autorizadas indicaciones. Para aquellos que no se encuentren en este caso, las citas que hemos hecho no tendrian sin duda otro valor que

un valor subsidiario i de circunstancias. Quien tenga los medios i la voluntad de conocer las obras maestras de la literatura francesa, estúdielas en hora buena; pero no olvide que tenemos tambien una literatura abundantísima poco esplotada i mui digna de serlo.

Comprendemos bien que este artículo, sin los méritos de un inventario, tiene todos los defectos de un inventario. No es completo i es monótono. Cuando debiéramos haber citado todo lo bueno, no hemos podido citar siquiera todo lo mejor. A lo ménos esperamos haber citado con discernimiento i haber aconsejado con prudencia. Mucho bueno se nos queda afuera: de ello nos consolaríamos fácilmente con tal que no hubiésemos tomado nosotros mismos i ofrecido a las lectoras de *La Estrella de Chile*, serpientes por peces i venenos por preservativos.

PARNASO BOLIVIANO,

COLECCIONADO POR JOSE D. CORTES,

DIRECTOR JENERAL DE LAS BIBLIOTECAS DE BOLIVIA. (1)

(*La Estrella de Chile*—noviembre 14 de 1869.)

I.

Es notable por mas de un título el gran número de obras referentes a la república de Bolivia que han salido de lass prensa de Chile durante estos últimos tiempos. Sea efecto de un impulso dado desde arriba, sea una natural consecuencia de la situacion política en que se hallan nuestros hermanos de allende el desierto desde que el señor jeneral Melgarejo empuñó las riendas del poder, el hecho es que entre ámbas repúblicas, i para honor i provecho de ámbas,

(1) Un lujoso volúmen de 347 pájinas en 4.º—Valparaiso—Imprenta *Albion* de Cox i Taylor.—1869.

comienza a establecerse una doble corriente, que trae a las prensas chilenas las producciones literarias de Bolivia i que aquéllas no tardan en devolverle convertidas en hermosos volúmenes.

Sin ir mas allá i apelando solo a nuestros recuerdos, podemos señalar la *Historia de la guerra de 15 años en el Alto Perú*, escrita por el señor Muñoz Cabrera i de la cual hizo una bella edicion la imprenta de *El Independiente*. Un estudio sobre don Nestor Galindo, anónimo, i dado a luz por la Imprenta Nacional, del cual dimos oportunamente noticia a nuestros lectores de *La Estrella de Chile*. Una *Coleccion de tratados i convenciones celebrados por la república de Bolivia con los Estados estranjeros*, por el encargado de negocios de ésta en Santiago, don José Rosendo Gutierrez, hermoso volúmen de 178 pájinas, publicado por la imprenta de *El Independiente*. Una coleccion de las constituciones que desde la independencia hasta la fecha han rejido en esa misma república, debida tambien a la laboriosidad del señor Gutierrez, i dada a luz tambien por la misma imprenta de *El Independiente*. Una coleccion de biografías escritas por diversos autores i publicadas por la imprenta de *La República* bajo la direccion del señor don José D. Cortes. Por último, el volúmen que lleva por título el que hemos escrito a la cabeza de este artículo, i sobre el cual vamos a emitir hoi un juicio tan breve e imparcial como nos sea dable.

Despues de leer con escrupulosa atencion el elegante volúmen de poesías coleccionadas por el señor Cortes bajo el título de *Parnaso Boliviano*, nada nos

sería mas fácil que hacer un análisis detallado del libro, señalando el mérito de cada poeta i hasta de cada composicion; pero este trabajo, que nos llevaria demasiado léjos, reduciria, por otra parte, nuestras observaciones a un campo estrecho i casi estéril en elevadas enseñanzas.

Resueltos, pues, a dejar los detalles para ocuparnos del conjunto, hemos procurado buscar en el *Parnaso Boliviano* alguna diferencia específica que nos permitiese tirar, con probabilidades siquiera de acierto, una línea divisoria entre él i los Parnasos de las otras repúblicas americanas. Por desgracia, el resultado que hemos obtenido ha sido contrario a nuestras esperanza i, ¿por qué no decirlo tambien? a nuestros deseos. Si no fuera por uno que otro nombre propio de personas, rios, ciudades o montes, con que se tropieza de vez en cuando, no sería posible determinar, a quien no estuviese en antecedentes, la nacionalidad del grupo. Nada indica que esos vates hayan nacido en Bolivia, ni se vé qué dificultad habria para que hubiesen cantado a las orillas del Rimac o del Guayas, en las faldas del Misti o del Pichincha.

Espresando este juicio no formulamos una crítica; certificamos solamente un hecho. Injusticia sería pretender que la poesía boliviana presentase cualidades especiales i características, tuviese una fisonomía propia, fuese orijinal, en una palabra, cuando hai tantos que dudan de si existe una poesía americana. Nuestro objeto, al señalar aquel hecho, no es otro que justificar el jiro que vamos a dar a nuestras observaciones. En la imposibilidad de señalar los

caractéres del individuo, señalaremos los caractéres comunes a la especie; i puesto que el *Parnaso Boliviano* no se diferencia sustancialmente del *Parnaso Americano*, jeneralizaremos las observaciones que nos sujiera, seguros de que ellas ganarán así en utilidad sin perder por eso nada en exactitud.

II.

El volúmen objeto de este artículo, contiene poesías de veintiun poetas i de dos señoras: doña Mercedes Bélzu de Dorado i doña María Josefa Mujía. De estos vates, cinco, los señores Bustamante, Galindo, Calvo, Tovar i la señora Mujía eran ya conocidos en Chile, merced a nuestro ilustrado amigo don René Moreno, quien publicó algunas composiciones i noticias biográficas de ellos en *La Revista del Pacífico*. Conocíamos tambien algunas poesías del señor don Manuel José Cortes, una que otra del señor don Mariano Ramallo, i al señor don Julio Quevedo por un juicio crítico que vió la luz en *La Estrella de Chile*. Todos los demas señores incluidos en el volúmen del señor Cortes nos eran completamente desconocidos.

El *Parnaso Boliviano* tiene, pues, mucho de nuevo para los lectores chilenos, i tanto, que si hubiéramos de hacer aquí algun reproche al laborioso colector, él se referiria precisamente a la benevolencia excesiva con que ha dado un puesto en él a muchos indignos de ocuparlo. Puede ser que el intento del señor Cortes no haya sido otro que el de reunir en

un volúmen todas las composiciones poéticas que pudo proporcionarse, dejando a la crítica el cuidado de espurgarlas i clasificarlas. Semejante propósito, por laudable que sea, no está, empero, exento de peligros, i mucho tememos que sus consecuencias sean desfavorables para la depuracion del gusto i perfeccionamiento de la poesía en la república de Bolivia. Para no pocos aspirantes a poetas, el hecho de ver acojidas sus coplas en un hermoso libro, que como todos no puede ménos de suscitar los elojios de los gacetilleros, viene a ser como una prueba convincente de la realidad de su vocacion poética. En esta persuasion, continuarán batiendo los descarnados hijares a su pegaso, haciendo estrepitosas invocaciones a las musas, corrompiendo el gusto jeneral, i atribuyendo a envidia o malquerencia las críticas mas justas. Hai, pues, su peligro i mui serio en la excesiva complacencia, como lo hai tambien en la exajerada severidad; i, si conviene estimular al que principia revelando, aun en medio de sus estravíos i caidas, una verdadera vocacion poética, no conviene ménos desengañar con tiempo a aquéllos que, faltos de inspiracion i de instruccion, i fiándose en aplausos de ignorantes o de complacientes, toman por realidad sus propios deseos, imajinándose que la poesía consiste en el arte de amontonar palabras i de concertar rimas.

La gran mayoría de los poetas a quienes el señor Cortes ha dado un puesto en el *Parnaso Boliviano*, pertenecen a esta última categoría. Leyendo sus composiciones, es fácil comprender que, tan léjos de ser poetas dignos del *Parnaso*, no son siquiera prin-

cipiantes que hagan concebir alguna esperanza. Pobres de ideas, escasos de imajinacion, faltos de orijinalidad, solo saben mostrarse pródigos de ruido i de palabras.

Tomando por poesía lo que no es mas que una verbosidad inagotable i por exuberancia de la propia imajinacion lo que no es mas que riqueza del idioma, creen tocar la meta de lo ideal cuando han conseguido agrupar en líneas simétricas una gran cantidad de palabras sonoras. Tan en ménos van mirando el fondo i tan poco es el caso que ciertos rimadores van haciendo del sentido de sus composiciones, que nada es mas comun que encontrar algunas en las cuales aquél falta absolutamente. Mas de una poesía del *Parnaso Boliviano* ha traido a nuestra mente aquella célebre respuesta de uno de los personajes del *Hamlet*: ¡Palabras! palabras! i nada mas que palabras!

I, como quiera que este charlatanismo poético, perdónesenos la vulgaridad de la espresion, está léjos de ser una enfermedad endémica de Bolivia, ya que ella por el contrario causa jenerales estragos en toda la América latina, justo i oportuno será que, partiendo del individuo, busquemos en el conjunto la causa del mal i su remedio.

I deśde luego ¿en qué consiste el mal? Consiste en la falsa idea que se tiene de la poesía, en la depravacion del gusto, en la ignorancia de la gramática i del diccionario, consiste en fin en una temeridad sin límites para acometer las mas árduas empresas con la mas completa carencia de medios. No se quiere considerar que el hombre, como sensible i racional

que es, no puede cantar como las aves obedeciendo solo a sus naturales instintos. Se olvida con frecuencia que tambien el arte tiene sus leyes invariables i que la imajinacion misma, como el mar, como el cielo, como la naturaleza toda, las tiene tambien aunque invisibles. Hasta las palabras son ménos manejables de lo que a muchos pudiera parecer. Para hacerlas representar al vivo las ideas i afectos es preciso ir ántes a buscar en el diccionario su significacion, en la gramática su estructura i correcto enlace, i en la métrica las leyes del ritmo i de la rima. Este trabajo es sério i es largo, i exije en quien lo emprenda no ménos paciencia que talento. Dígase lo que se quiera, si para ser poeta es preciso nacer poeta, no basta para serlo haber nacido tal. En el campo de la poesía, como en todos los campos abiertos por Dios a la actividad humana, solo triunfarán el dia de la cosecha los que hayan trabajado en el dia de la siembra. No solo las espigas, tambien las flores, necesitan para jerminar i crecer que el hombre las riegue con el sudor de su frente. Siendo esto así ¡cuán insensata no es la pretension de aquéllos que, no habiendo nacido poetas ni hecho gran cosa por depurar su gusto e ilustrar su mente, se lanzan a tontas i a locas por los caminos del Parnaso, atronando el aire con sus desaforados gritos i maldiciendo a cada porrazo, del destino, del siglo, de la sociedad i de Dios mismo!

La abundancia, cada dia mayor, de estos asaltadores del Parnaso es un mal síntoma: indica por una parte que el público entiende poco o se preocupa poco de poesía; indica por otra un peligro mui sério

para el porvenir literario del continente. El emperador Adriano hizo escribir en su sepulcro: *Turba medicorum perii.* Si sigue tomando creces el torrente de rimadores que amenaza ahogar a las musas en un verdadero diluvio, éstas podrán hacer ántes de mucho escribir sobre su lápida mortuoria: *La turba de los poetástros nos mató!*

No se crea que estos temores son hijos de un pesimismo inconsiderado, ni que ellos han venido a asaltarnos a la vista de lo que acontece en Bolivia. El mal, como lo hemos dicho ya, se estiende por toda la América latina. Tenemos a la vista un pequeño libro, sensato aunque modesto, debido a la pluma del señor don Juan Leon Mera, en el que con plausible franqueza, se revela el triste estado de la poesía en la república del Ecuador. I por lo que a Chile respecta ¿quién ha olvidado ciertas traducciones demasiado famosas que han visto la luz pública en uno de los diarios de Santiago, i que han merecido elojios de escritores a quienes haciamos el honor de suponer capaces de distinguir al ménos lo bello de lo grotesco i nauseabundo?

III.

Pero si el *Parnaso Boliviano* no es la única ni la principal causa de nuestros temores, está mui léjos de ser propio para disiparlos. Por el contrario, la facilidad con que el señor Cortés ha dado un lugar en la coleccion a pretendidas poesías i a pretendidos poetas, absolutamente indignos de ese honor, i

la abundancia de éstos, contribuyen a aumentar nuestras alarmas i a convencernos mas i mas del deber estrecho en que están los amigos de las letras de emprender una formal campaña contra los corruptores del buen gusto. Es preciso revestirse de toda la enerjía necesaria para no tributar jamas alabanzas a lo mediocre ni negar censuras a lo malo. Es preciso no sacrificar jamas los fueros de lo bello en aras de los intereses de la amistad o del compadrazgo político. Es preciso, por último, inquirir con suma dilijencia si las caidas de que seamos testigos son el resultado de la debilidad de la infancia o de la debilidad de la decrepitud, para, segun los casos, tender la mano al que cae, o abrirle sepultura.

¿Qué enmienda, por ejemplo, ni qué progreso, ni qué mejoría puede esperarse de un hombre maduro, miembro de una corte superior de justicia, cuyo oido no es bastante delicado para advertirle que hai cuatro *tú* seguidos en estos cuatro versos que se pisan los talones:

.....

«Nunca levantes *tu* vuelo
De *tu* nido paternal
I en *tu* mision peregrina
Que en *tu* boca purpurina, etc.?» (1)

Por lo demas, el autor de estos versos no tiene mejor gusto que oido, ni conoce mejor su gramática i su diccionario. Véase si es posible acumular en pocas líneas mas vaciedades que las contenidas en la

(1) Daniel Campos, páj. 97.

primera estrofa de la composicion titulada: *A la muerte del poeta boliviano Manuel J. Cortés:*

«Triste, *como una lágrima jemías*
De la vida en la orilla cantor *bello:*
Dios *anidó en tu frente su destello*
I en tí sus alas el dolor cirnió.
Ya no mas llorarás..... *se heló tu acento*
Entre el velo letal de tu sudario,
I el soplo de la muerte al hondo osario
Tus dias de fulgor precipitó.» (1)

El señor don Manuel J. Cortés no era un jénio; pero convengamos en que su tumba merecia flores mas delicadas i hermosas que las que esparce sobre ella el mal aconsejado caballero cuya es la anterior estrofa. Hacer *jemir* a una lágrima contra natura; emplear disparatadamente el verbo *anidarse* suprimiéndole el *se;* confundir al activo *cerner*, cuyo significado es separar lo grueso de lo fino en la harina por medio del cedazo, con el pronominal *cernerse*, cuyo sentido es mecerse o columpiarse blandamente en el espacio, de manera que por encanto el señor Cortes se halla trasformado en cedazo en el cual el dolor cierne sus alas: llamar *letal*, es decir *mortífero*, al inofesinvo sudario, que si es propio de los muertos o en otros términos *mortuorio*, es incapaz de dar muerte a nadie, i todo esto en una sola estrofa, pobrísima de sentido i sin visos de inspiracion, es un verdadero desacato contra la decencia en la república de las letras.

(1) Daniel Campos, pájs. 98 i 99.

I no se crea que nos encarnizamos con un poeta ni con una sola composicion. Ya citaremos ejemplos de otros autores. Entretanto pasemos a la composicion siguiente del mismo señor Campos, que en verdad es una de las peores que contiene el volúmen. En ella encontramos en abundancia atentados contra el estómago:

«Se cae el corazon *negro i podrido.*» (1)

Atentados contra el mar, el sol, las estrellas i el abismo:

«No me he visto en el mar en frájil pino
Ni de abismo en abismo me he lanzado,
En mis plantas jamas he contemplado
Temblar la estrella ni brillar el sol.» (2)

Atentados contra la gramática:

«¡El oriente! el oriente! *donde mi alma*
Quiere volar, mi planta no he pisado
Ni *de deleite muerto* he respirado
De su brisa el perfume celestial.»

.....

«Esclavas *que* les dan cárcel dorada
I enlazan entre rosas sus cadenas.» (3)

Atentados contra el Líbano, i sus crestas, i sus cedros i las flores de sus cedros, i contra muchas cosas mas:

(1) (2) (3) El mismo señor Campos.

«¡*Suelo* de los milagros! las *montañas*
No he trepado del Líbano sagradas,
Sus crestas *trasparentes* i escarpadas
Coronadas del rayo atronador.
De seculares cedros que el arcánjel
Vieron de anunciacion rasgar la altura,
No he sentido su sombra de dulzura
Ni el *misterioso* aroma *de su flor.*» (1)

Atentados contra el musgo i contra los reptiles:

«*Ante aquellos vestijios de un pasado*
Trepar no he visto el musgo con asombro;
De esa grandeza el derruido escombro
Volver al *ronco* silbo de un reptil.» (2)

IV.

No quisiéramos fastidiar al lector obligándolo a leer una larga série de estrofas indijestas; pero como no queremos tampoco ser acusados de parcialidad i exajeracion, vamos a permitirnos tomar de aquí i allá algunos pocos ejemplos propios para caracterizar las dolencias que aquejan a la poesía americana. Entre éstas ninguna comparable en estragos con la epidemia de los adjetivos. Destinados a espresar con exactitud los grados del sentimiento, los matices de los objetos, las mas delicadas diferencias de las ideas, los adjetivos no desempeñan de ordinario en la poe-

(1) (2) El mismo señor Campos.

sía americana otro papel que el bien triste de puntales, para impedir que vengan a tierra todos aquellos versos incapaces de tenerse en pié.

Cuanto se diga es poco acerca de esta prostitucion del adjetivo. La misma abundancia con que se encuentra en nuestra lengua es causa de que sea profanado sin miramiento por todos los aprendices de poetas en apuros. Desde los pequeños huecos de dos o tres sílabas hasta los grandes huecos de versos enteros, se llenan con este material elejido con preferencia por los rellenadores de estrofas. El abuso ha tomado tales proporciones que no tememos pecar de exajerados afirmando que en un libro de poesías como el *Parnaso Boliviano*, por ejemplo, de diez adjetivos habrá uno apénas que esté desempeñando otro oficio que el mui pasivo de cuña para enterar el preciso número de sílabas. A quien lo dudase preguntaríamos: ¿cuántos de esos adjetivos conservaria el autor si tratase de decir en prosa lo mismo que ha querido decir en verso? No se crea por esto que solo en verso se imponga a los adjetivos el vil oficio de puntales; léjos de eso, en prosa tambien se usa i abusa de este pobre espediente cuando hai mucha necesidad i mui pocos medios de llenar las pájinas i las columnas. Pero al fin i al cabo el recurso que proponemos daria a lo ménos una idea de la magnitud del abuso.

Bajo diversos nombres él existe en todas las literaturas i ha dado continuamente oríjen a las críticas mas severas. Por nuestra parte, debemos confesar que sentimos por él una aversion tanto mas profunda, cuanto que no llega nuestra presuncion hasta el pun-

to de creernos autorizados para tirar la primera piedra. Pensamos con Alfredo de Musset que

«*Le dernier des humains est celui qui cheville!*»

i con Luis Veuillot que en materia de muletas no valen mas las de oro que las de madera, i que lo mejor es no usarlas.

¡Puede tanto sinembargo el deseo de redondear un verso, de encontrar un consonante, de llenar un hueco! Volved, si nó, la vista al último verso de los que quedan mas arriba citados. El poeta se imajina *el silvo de un reptil*; pero al formular su idea se encuentra con que *el silvo de un reptil* no basta para llenar la medida del verso: es preciso, pues, buscar una cuña. Hé ahí que el poeta se pone a pescarla en el inmenso mar de adjetivos que tiene la lengua castellana. ¿Qué decir del silbo de un reptil? Lo mejor sería nada; pero ya que la fuerza de la medida obliga a decir algo, podria decirse de él sin faltar a la verdad, que es *agudo*. ¡Desgracia! *agudo* tiene tres sílabas i solo dos son necesarias. El poeta en apuros lo rechaza sin vacilar; pero vedlo, que se le ha venido a la mente el adjetivo *ronco* i que brilla en su frente la alegría del triunfo. Así es como se hacen *roncos* los silbos de los reptiles, *trasparentes* las crestas de los montes, etc.

¡Ah! i cuán distantes estamos de aquellos maestros que, jugándose con las dificultades de la rima, i manejando con robusta mano el lenguaje, como el hábil jinete maneja su corcel de blanda boca, escribieron obras inmortales! El autor del *Comentario familiar del Dante*, asegura haberle oido a éste declarar

que en toda la estension de su poema, ni una sola vez las exijencias de la rima le habian hecho cambiar ni en un ápice su pensamiento. I aunque Dante mismo no lo asegurase, la lectura del poema lo está indicando con toda claridad. Hai en él la misma precision i laconismo que en una buena prosa. El poeta dice siempre cuanto quiere decir i nada mas de lo quiere decir. Tal es el signo mas inequívoco de su jénio poético i tal es al mismo tiempo la principal razon que nos induce a considerarlo como el modelo mas propio para ser estudiado e imitado por los que en América se sientan llamados al sacerdocio de las Musas.

No olvidemos que entre todas las virtudes hai una sin la cual es imposible subir a la cumbre del Parnaso:—la sobriedad. Sobriedad en el estilo para no emplear palabras sin sentido o en sentido diverso del que tienen:—para rechazar sin misericordia todo adjetivo, toda interjeccion, todo sonido, en fin, que no sea necesario para la exacta i viva representacion del pensamiento: sobriedad en la imajinacion para no prodigarla sin tasa, regla ni medida, para poder guiarla siempre sujeta con las riendas de la intelijencia por el camino del buen sentido: sobriedad finalmente en los afectos, no sin duda para arrebatarles su espontaneidad i vehemencia, sino para impedir que salgan de madre o abandonen su natural lecho.

¿Se quiere que comprobemos con algunas citas la justicia de las anteriores observaciones? Nada mas fácil. Véase desde luego un verdadero rio de adjetivos:

«¡Bendito sea el *jeneroso* acento
Que al impulso de *justa* indignacion
Viendo al mundo en *servil* abatimiento
De libertad el *grande* sentimiento,
Despertó en el *humano* corazon.» (1)

Otro, notable ademas por arrastrar en su corriente, a guisa de enorme peñasco, uno de esos *¡ai!* que todos hemos oido.

«I *anheloso* al fijar tu vista en ella
Una nube advertiste *vaporosa*
I que esa imájen *¡ai!* no era otra cosa
Que una mision *tan flébil como bella.*» (2)

El mismo poeta intercala a cada paso en sus composiciones versos como éstos:

Cuya *jentil* i *espléndida* hermosura.....
Que *infecundo* i *estéril* no produce.....
La que con *dulce, férvido* embeleso.....
Lágrimas surcan *gruesas, cristalinas,*.....
La copa del dolor *amarga, impía*..... (3)

i cien otros mas que sería prolijo enumerar.

Ni se crea que el gusto por las muletas es una particularidad de los nobles endecasílabos cuando marchan solos. Ni aun se atreven a desprenderse de ellas cuando se les presenta la oportunidad de marchar apoyándose en los ájiles heptasílabos. Hé aquí un ejemplo que tomamos del señor Delgadillo:

(1) Santos Machicado, páj. 194.
(2) F. M. del Granado, páj. 163.
(3) Id. id. id. 160 i 161.

«Para su alma *espansiva* i *jenerosa*
Para su *ardiente* anhelo
Mezquina fué la cárcel *angustiosa*
Del *aterido* suelo.» (1)

Para concluir con esta clase de citas i a fin de que no se crea que este defecto solo es propio de los poetas de segundo i tercer órden que componen el *Parnaso Boliviano*, léanse estos versos del señor don Manuel J. Cortés, que, en concepto nuestro, es el que mas honor hace al libro de que nos ocupamos.

Dice en sus versos al incendio de la Compañía:

«Cual *inmensa* bandera *ensangrentada*
Que ajitara de Dios el poder *sumo*
Encrespada la llama *encapotada*
En torbellinos de ceniza i humo.» (2)

Mas adelante la siguiente estrofa verdaderamente intolerable, por prosaica, por faltar la rima entre el segundo i cuarto verso, por la concurrencia de dos adjetivos aconsonantados en el segundo i por el torpe concepto que con respecto a la misericordia de Dios espresan los dos últimos.

«No hai salvacion! *No dan paso las puertas,*
De *mutilados* cuerpos *atestados;*
Las de tu gracia ¡oh Dios! no están abiertas
A la esperanza de almas desoladas.

Talvez hai en esta estrofa mas de un error de im-

(1) Jorje Delgadillo, páj. 145.
(2) M. J. Cortés, páj. 129, 130 i 131.

prenta, ya que el *Parnaso Boliviano* ha tenido la desgracia de ser correjido con tan poco cuidado como intelijencia. Pero aunque se cambiase el *atestados* en *atestadas* i se suprimiese el *no* del tercer verso, siempre sería justo el epíteto de intolerable con que la hemos calificado.

Tampoco Bustamente ha podido resistir a veces al jeneral contajio.

Véase esta estrofa de su *Bendicion paternal:*

«De rosas vestidas mi Anjélica amada
Que encuentres la tuya (senda) cual rico verjel
Fué siempre en tus dias de Dios la mirada
Convierta esta *flébil*, terrestre morada,
En prados risueños con frutos de miel.» (1)

Corrijiendo el *vestidas* que debe ser *vestida* i el *Fué* que indudablemente debe ser *Que*, siempre habrá que admirar la osadía con que se ha traido al *flébil* de los cabellos i *los prados risueños con frutos de miel* del último verso.

V.

La multitud de estos versos apuntalados, de estas estrofas ajustadas a fuerza de martillo, que se nota en el *Parnaso Boliviano*, está probando que no todos ni aun la mayor parte de los señores que en él figuran han nacido para la poesía. Son muchos los que parecen no tener de ella ni siquiera una idea vaga; uno

(1) R. Q. Bustamante, páj. 63.

que otro con medianas o mas de medianas disposiciones para cultivarla, no se han dado el trabajo de ilustrar su mente i depurar su gusto con la atenta lectura de buenos modelos.

A los primeros solo nos toca manifestarles la conveniencia de volver sobre sus pasos, reconociendo injenuamente que han errado su vocacion: a los segundos que no hagan jamas una estrofa sin saber ántes lo que en ella se proponen decir i sin contar con los medios de decirlo con sencillez, exactitud i laconismo. ¿Es esto difícil? Sin duda que lo es i que no puede ser de otra manera, ya que la poesía es un arte que exije especialísimas dotes de sentimiento, de intelijencia i de laboriosidad. Figuraos por un momento los instrumentos de una orquesta tomados por asalto por los concurrentes a la platea de un teatro, i decidnos despues si es posible formarse una idea de la infernal batahola que se produciria si cada uno de los músicos improvisados se pusiese a tocar su instrumento. I si todos no hemos nacido para ser tocadores de violin ni de flauta ¿cómo hai quien suponga que todos hemos nacido para pulsar la lira, para comprender i producir esa música del alma que se llama poesía?

Cierto es que el arte suele presentar, especialmente a los jóvenes, facilidades engañosas i que en cierta época de la vida nada parece mas llano que llegar a la cima de la gloria en alas de la imajinacion. Pero es preciso guardarse bien de confundir el deseo de volar con la facilidad de hacerlo, i persuadirse de que una cosa es tener la poesía dentro del alma i otra tener los medios de formularla en versos armoniosos i correctos.

Esta confianza temeraria en las propias fuerzas, lo sabemos mui bien, no es peculiar a Bolivia, i por eso es que no es peculiar a ella tampoco el decaimiento de la poesía, ni ha sido nuestro propósito dirijir las observaciones que hemos hecho en el curso de este artículo solo a los poetas que forman la coleccion publicada por el señor Cortes. Lo hemos dicho, i conviene repetirlo aquí, el mal se estiende à toda la América latina: en toda ella la poesía vive muriendo o agoniza sofocada por las palabras. La lectura del *Parnaso Boliviano* ha dejado en nuestra alma una impresion penosa de fastidio, de cansancio i de agotamiento. Como si un torbellino acabase de pasar sobre nuestra cabeza: como si nuestros oidos acabasen de soportar una atronadora e interminable cencerrada: como si nuestros ojos acabasen de apartarse apénas del desfile de un cáos, en que fueran pasando revueltas, confundidas, atropellándose, cabalgando unas sobre otras, flores marchitas i flores tronchadas, hombres llorando sin ganas i hombres arrancándose los cabellos por producir efecto, gallinas afanadas en volar como águilas, mozos barbilindos hastiados de la vida, con el corazon desgarrado i con excelente apetito, mujeres, no como eran ántes,

«De carne i de hueso hechas;
Sino de rosas i flores
Jardines i primaveras,» (1)

quienes vestidas de esmeraldas, de perlas, rubies i zafiros, quienes trasformadas en mariposas, en aves

(1) Don Francisco de Quevedo.

i hasta en frutas; revuelto turbion, en fin, compuesto de todas las estravagancias de la imajinacion i de todos los estravíos del sentimiento.

Tal es la impresion que deja en la mente la lectura del *Parnaso Boliviano*, hecha como la hemos hecho nosotros, de seguida, con un lápiz en la mano, buscando en los versos algo mas que agradables combinaciones de sílabas, i procurando formarnos idea del conjunto.

Seríamos injustos sinembargo si no declarásemos que, leido de otra manera, con ménos intencion, con las precauciones necesarias para no tocar nunca en el fondo, la impresion sería mui diversa; porque apesar de todo, el *Parnaso Boliviano* es un tomo de poesía a la moda, destituido de todas aquellas excelentes o detestables cualidades que lo harian acreedor a especiales elojios o censuras.

No faltan tampoco en el *Parnaso Boliviano* algunas composiciones de bastante mérito, por su forma o su fondo. Los señores Cortés, Bustamante, Calvo, Ramallo i Tovar, son verdaderos poetas, mui dignos de ocupar un puesto honorífico en el Parnaso de una república ilustrada. Tampoco habria sido difícil elejir aquí i allá algunas composiciones buenas o regulares de otros vates ménos ejercitados o ménos felices. Las señoras Mujia i Belzu de Dorado, aun sin tomar en cuenta la benevolencia con que es preciso juzgarlas por razon de su sexo, son tambien acreedoras a aquella distincion, que sin peligro pudiera haberse acordado tambien en la justa medida al señor Galindo i tres o cuatro otros señores.

De manera, pues, que si en el libro de que nos

ocupamos, lo malo predomina, no es porque lo bueno falte, sino porque su autor, mas que un museo de preciosidades, quiso hacer de él un almacen surtido.

I hé ahí por que el juicio que acerca de él hemos formulado no obsta para que terminemos recomendando su lectura a todos los que sigan con interes el movimiento de la literatura americana i en jeneral a todos los aficionados a la poesía. El volúmen publicado por el señor Cortes contiene un regular número de composiciones dignas de ser leidas i hasta saboreadas con agrado; i en cuanto a las medianas o malas que contiene, si no con placer, a lo ménos por la evidencia del contraste, pueden ser leidas con provecho i en último caso pasadas por alto.

En resúmen el *Parnaso Boliviano* es una coleccion mui abundante i poco escojida; contiene algunas piezas que hacen honor a la república de Bolivia, muchas afeadas con defectos propios de la poesía americana contemporánea, i no pocas que no son acreedoras ni aun a ocupar un lugar modesto en una abundante coleccion.

La crítica vendrá mas tarde a separar el grano de la paja i las piedras falsas de las piedras preciosas. Entre tanto cúmplenos tributar sinceros elojios a quien se ha dado el trabajo de reunir en un hermoso volúmen todos esos elementos que andaban dispersos, i cumple al público estimular su laboriosidad, leyendo el *Parnaso Boliviano* i sobre todo, comprándolo.

EL JURAMENTO CIVIL DE LOS OBISPOS

ANTE LA RELIJION I EL DERECHO,

POR EL ILTMO. SEÑOR OBISPO DE LA CONCEPCION DR. DON JOSÉ HIPÓLITO SALAS; I APUNTES JURÍDICO-HISTÓRICOS SOBRE EL JURAMENTO CIVIL DE LOS OBISPOS EN ESPAÑA I CHILE POR UN CIUDADANO CATÓLICO. (1)

(*La Estrella de Chile*—mayo 8 de 1870.)

«Nada ama tanto Dios en el mundo como la libertad de su Iglesia.»

(San Anselmo.)

I.

Tanto va arraigándose la costumbre de ocuparse de las grandes cuestiones relijiosas, sociales i políticas en la hora misma en que los acontecimientos las arrojan como pasto a las polémicas de los diaristas, que apénas nos atrevemos a escribir una breve noticia del folleto cuyo título hemos copiado arriba sin alegar alguna escusa i pedir ántes un humilde perdon a los lectores de *La Estrella de Chile.*

(1) Un folleto de 136 pájinas en 8.°, Santiago.—Imprenta de *El Correo.*

El perdon queda ya pedido, i por lo que respecta a la escusa, si ella fuese necesaria tratándose de un folleto escrito por uno de los hombres que mas títulos tiene para ser escuchado por todos los buenos chilenos i los buenos católicos, con notable soltura, con vigoroso estilo i con una lójica de fierro, ¿qué otra mas aceptable pudiéramos alegar que la magnitud misma del problema que en ese folleto se plantea i resuelve? El problema de las relaciones entre la Iglesia i el Estado es, en efecto, el mas considerable de nuestra actualidad política, social i relijiosa. El toca a las bases mismas de nuestra organizacion administrativa, él se roza con los intereses mas caros, con los sentimientos mas profundos del pueblo chileno, él, segun se resuelva acertada o desacertadamente, puede poner en tortura nuestras convicciones de católicos, o nuestras convicciones de republicanos. Problemas de tal naturaleza serán siempre de actualidad miéntras no hayan sido resueltos de acuerdo con la razon i la justicia.

Es cierto que a la hora presente no nos encontramos envueltos en alguna de esas contiendas que periódicamente vienen sucitándose entre la autoridad civil i la eclesiástica, contiendas que redundan casi siempre en descrédito de una i otra, i que casi nunca se resuelven en pro de la libertad i del derecho. Pero, si no nos encontramos en presencia de una de esas frecuentes manifestaciones del mal, todos estamos ciertos de que existe i convencidos de la necesidad de cortarlo de raiz i para siempre.

¿Qué mejor ocasion, por otra parte, para examinar ese problema que la que nos ofrece la ya próxi-

ma instalacion de un Congreso encargado de revisar el Código fundamental de la República, para enmendar sus yerros, suplir sus vacíos i adaptarlo a las necesidades de la hora presente? Convengamos en que, o nunca vendrá, o ha llegado ya la hora de los estudios sérios, de las discusiones desapasionadas, de las soluciones equitativas, i permítasenos la palabra, verdaderamente radicales.

II.

El señor Obispo de la Concepcion empieza su folleto esponiendo los motivos que lo han decidido a bajar a la arena. Para los hombres imparciales que solo se preocupan de encontrar la verdad, la hora de las discusiones provechosas no puede ser la hora de los conflictos, de las competencias, de las pasiones enardecidas i del choque de los contrarios intereses. En tales horas raras veces le es dado al escritor público ir en derechura hácia la solucion del buen sentido sin estraviarse en los vericuetos del error, del amor propio, o del espíritu de secta. Es preciso dejar que pase la tempestad, que se calmen las olas i el cielo se serene para rectificar el rumbo con toda la certeza de la ciencia, con la calma de la seguridad.

Hé ahí por qué el señor Salas, que miró con satisfaccion el desenlace de la enojosa crísis suscitada por el juramento civil que se exijia al señor Obispo de la Serena, don José Manuel Orrego; que juzgó oportuno guardar silencio en la hora de las discu-

siones violentas; creyó, no solo oportuno, sino necesario, examinar a la luz de los principios de la relijion i del derecho, la cuestion debatida i la naturaleza del compromiso que habia venido, mas que a resolverla, a acallarla provisoriamente.

El ilustre prelado no quiere, sinembargo, entrar en la liza haciendo uso de sus prerrogativas de Pastor, de su autoridad episcopal; prefiere acojerse al derecho comun que todos los chilenos tenemos para recurrir a la prensa, ora sea con el objeto de defender nuestras propias convicciones, ora con el no ménos lejítimo de censurar los actos del gobierno.

A juicio del autor del folleto el desenlace de la cuestion suscitada por el juramento civil exijido al señor Orrego, nada resolvió fuera de la dificultad del momento. Ese desenlace es absolutamente insostenible, ya sea que se le examine desde un punto de vista relijioso, ya sea que se trate de armonizarlo con los principios mas inconcusos de nuestro derecho constitucional i administrativo.

No nos toca, ni nos sería posible hacer aquí un resúmen del trabajo del Iltmo. señor Salas. Lo único que queremos es dar una idea de su importancia i recomendar su lectura.

La cuestion del juramento civil de los obispos se halla ahí examinada bajo sus diversas fases, con una claridad de esposicion, con un vigor de raciocinio, con tal fuerza de lójica, que al doblar la última hoja no hemos podido ménos de repetir aquellas conocidas palabras: *Causa finita est!* En efecto, la causa del juramento queda fallada i fallada en última instancia.

¿Quereis conocer la historia del juramento? Leed, por ejemplo, el párrafo segundo, i las cuántas pájinas que comprende os revelarán todo lo que hai de absurdo en exijir a los obispos de la República de Chile, en virtud del supuesto patronato, un juramento que lleva en sí mismo la condenacion mas patente de ese pretendido derecho.

Pero, como un abismo conduce a otro, el absurdo no tardó mucho tiempo en agravarse con la arbitrariedad. El gobierno, no contento con apropiarse la herencia de la corona de Castilla contra la voluntad espresa del testador i sin darse el trabajo de tomar sobre sí las cargas inherentes a ella, dió un paso mas i sin acuerdo de la autoridad eclesiástica, ni del Congreso, ni del Consejo de Estado siquiera, por un simple *sic volo*, que ni aun se quiso formular en un decreto, don Manuel Montt arregló a su capricho una nueva fórmula, mas odiosa i vejatoria que cuantas habian imajinado los reyes absolutos de España en la embriaguez de sus pretensiones regalistas. ¡Pobre Iglesia de Dios, i sobre todo pobre pueblo católico de Chile! ¡Con cuanto desenfado se os arrebata la mas alta de vuestras prerrogativas, vuestro mas precioso tesoro, vuestro derecho mas sagrado, la prerrogativa, el tesoro, el derecho de vuestra santa libertad, para hacer el bien, para predicar la verdad! ¡I todavía si los que se hacen reos ante la historia i ante Dios de tales atentados tuviesen la honradez suficiente para arrojar el manto de catolicismo con que se cubren al perpretar sus crímenes contra la libertad de la Iglesia! Pero no: eso revelaria alguna dignidad, exijiria un cierto grado de valor, i solo los in-

dignos i los cobardes son capaces de forjar cadenas para las almas i esposas para las manos de su madre.

¿Qué tiene de estraño que los que son capaces de tales actos, sean tambien capaces de pretender justificarlos apelando a una supuesta connivencia de las mismas víctimas? Los que son capaces de poner cadenas a su madre, lo son tambien de alegar la paciencia, la moderacion i hasta el amor de esa misma madre como un justificativo bastante de su odioso atentado.

Si no teniamos derecho para imponeros el juramento ¿por qué jurasteis entónces? se ha preguntado al Iltmo. señor Salas.

Hé ahí una madre a quien acabais de arrebatar sus hijos, valiéndoos para ello de la fuerza pública que está en vuestras manos para garantizar todos los derechos i mantener todas las libertades: sabeis cuánta es la fuerza del amor que la impulsa hacia ellos: sabeis que ningun obstáculo ni ningun sacrificio le parecerá insuperable para llegar al término deseado, i porque esto sabeis, llevais vuestra crueldad hasta sembrarle de espinas el camino, i porque la madre no retrocede ante las espinas i corre sobre ellas a estrechar a sus hijos, ¡coronais vuestra obra de crueldad i de infamia alegando en vuestro abono la heroicidad misma de la víctima!

¿Cómo ir mas adelante todavía por el camino de la infamia? I sinembargo se ha ido mas adelante. No solo se ha buscado en la abnegacion de la víctima la justificacion del verdugo: se ha llegado hasta arrojar sobre la frente de la víctima como un baldon su paciencia para soportar los vejámenes, su humil-

dad para inclinarse ante las horcas caudinas que se pusieron en su camino.

Si el juramento era atentatorio, si el que lo exijió no tenia derecho de exijirlo ¿por qué jurasteis? se ha preguntado con tono de triunfo al señor obispo de la Concepcion. El autor del folleto no esquiva la pregunta, ni huye el cuerpo a la dificultad; por el contrario, va hácia esta de frente i da a aquella una contestacion categórica.

De paso, i perdonando las injurias que no le escasearon los diaristas de la incredulidad i del regalismo, el señor Salas da a sus injustos detractores una respuesta que vamos a copiar como una muestra del estilo del escritor i como un homenaje a las virtudes del obispo.

«Permítaseme ahora, dice el señor Salas, por ser este el lugar oportuno, contestar una objecion que se me ha hecho por los órganos del radicalismo. Para injuriarme atrozmente los diarios que en Santiago i Valparaiso sirven las causas del protestantismo i de la incredulidad han insinuado que yo no podia ignorar la condenacion pontificia cuando presté mi juramento. Esto se ha dicho para estigmatizar la carta que dirijí al redactor de *El Independiente* el 20 de mayo de 1869, que nuevamente reproduzco; i se ha agregado tambien que *por atrapar* un obispado hice ántes, a ciencia cierta, lo que ahora repruebo. Mas o ménos, así hablaron *La Patria* i *La Libertad.*

«Perdono las injurias i voi a los hechos, prescindiendo por entero de la gravísima ofensa que se hace a mi persona. Treinta i cuatro años de una vida pura, siempre espuesta, por la causa de la relijion i de la

Iglesia, a la maledicencia de radicales i regalistas, pero jamas manchada con embustes, ambiciones ni farsas, es el único desmentido que opongo a los detractores de mi honra. Ahora citaré fechas i ellas responderán con mas elocuencia que mis razonamientos.

«Yo presté mi juramento uno o dos dias ántes del 29 de octubre de 1854 en que recibí la consagracion episcopal. Nuestro Santísimo Padre Pio IX habia escrito su carta al venerable Ilmo. Arzobispo de Santiago condenando la mencionada fórmula de juramento el 6 de julio del mismo año de 1854 i el Ilmo. i Rmo. prelado de la Arquidiócesis, por los motivos que verán mis lectores en la nota que se publica a continuacion, solo me comunicó la resolucion pontificia el 21 de setiembre de 1858, es decir, cuatro años despues de mi consagracion.

«¿Cómo queríais entónces que yo supiera en 29 de octubre de 1854 lo que se me comunicaba en 21 de setiembre ce 1858? La simple comparacion de fechas desbarata vuestros cargos, i pone de relieve la mentira de vuestras insinuaciones.

«¿Quereis conocer mis intrigas i mis secretos manejos para *atrapar* un Obispado? Allí teneis a los señores don Manuel Montt, don Antonio Varas i don Silvestre Ochagavía; interrogadlos i ellos os dirán si alguna vez ese pobre *clérigo que se veia en los templos i andaba en las calles de la capital de la república*, les pidió por sí o por alguno de sus amigos, no diré presentaciones para obispado, como vosotros hablais, o recomendaciones, como habla el Papa, pero ni siquiera un influjo para ocupar una sacristía; os diré

mas, preguntadles, si durante el tiempo que ellos dispensaron los favores del Estado tuvieron algun empeño de ese *pobre clérigo* (la pobreza para servir a la Iglesia es mi timbre de gloria) que hoi es obispo de Concepcion, para que concediesen el mas insignificante empleo a alguno de sus parientes o amigos.

«Sabedlo bien: en mi pobreza nunca he mendigado los favores del poder; soi hijo del pueblo i no tengo dotes para ser palaciego; no por mi voluntad ni por el influjo de nadie gravita sobre mis hombros esta abrumadora carga del episcopado. El señor Montt, cuyo testimonio no podeis recusar, os dirá la razon final porque al fin la acepté. Ese señor lo sabe tan bien como yo.

«I si la carga es pesada, dejadla, decis; i yo os respondo claro, mui alto i una sola vez por todas i para siempre: miéntras vosotros los regalistas i radicales me lo digais, en cualquier tono que sea, no lo haré *jamas*. Sí, *jamas* dejaré el puesto que ocupo en la Iglesia de Dios por complacer vuestros deseos; me tendreis siempre de pié o en la brecha, combatiendo vuestras disolventes teorías, oponiéndome a la tiranía de vuestras máximas opresoras de la libertad de la Iglesia i de las conciencias católicas. No prediqueis, pues, en desierto; no renunciaré el obispado miéntras vosotros me lo pidiéreis.

«Cuando estabais callados, satisfice vuestros votos, i Pio IX, a quien amo i venero como al Vicario de mi Señor Jesucristo i al Padre de mi alma, Pio IX, el único que puede romper los vínculos que me unen a esta Diócesis, no lo quiso; i hé aquí por qué me teneis aun obispo, i con voluntad resuelta i decidida

de disputaros palmo a palmo el terreno sosteniendo la buena doctrina i rompiendo el velo que cubre la horrible fealdad de vuestros principios.

«¡I las rentas! ¡Oh! ¡Las rentas! venid a mi Diócesis i sabreis la inversion que tiene la pequeña parte que recibo de la que el derecho me asigna. Haced que el Gobierno me pague las que en justicia me corresponden i entónces entraremos en cuentas sobre ingresos i salidas.

«Perdónenme mis lectores esta digresion. Solo para que no haya por mi persona ni pretesto siquiera para que escritores, cuya pluma destila hiel i maledicencia, arrastren por el lodo la dignidad episcopal, he podido vencer la natural repugnancia que cada cual tiene para hablar de sí mismo. Vuelvo a mi tema.»

III.

Despues de dar este merecido escarmiento a los detractores de su honra, el Ilmo. señor Salas prosigue su noble tarea de reivindicar los fueros de la verdad i hasta del buen sentido, que tan mal parados quedaron en la sesion que dedicó el Consejo de Estado al estudio i resolucion del caso sometido a su conocimiento.

El folleto nos muestra cómo ese respetable cuerpo, compuesto de hombres que se llaman católicos, no tuvo empacho para hacer venir a su presencia, en calidad de reos, sucesivamente al señor Obispo de la Serena i al mismo Jefe de la Iglesia universal. El

Consejo, sin dudar en lo mas mínimo de su competencia para hacer i deshacer de la Iglesia de Dios, para imponer cargas a sus prelados i enmendar la plana al soberano Pontífice en materias del órden moral o eclesiástico, concede el pase a ciertos párrafos de las bulas pontificias, retiene otros i decreta una fórmula nueva de juramento civil para los obispos que en lo sucesivo fueren consagrados.

¿Con qué derecho procede el Consejo a tomar tales resoluciones? ¿Qué fuerza, por otra parte, tienen los considerandos en que éstas se apoyan? Hé ahí las preguntas que se hace el autor del folleto i a las cuales da, en pocas pero brillantes pájinas, la respuesta mas concluyente, respuesta que es la negacion perentoria i fundada del supuesto derecho de patronato que los presidentes de Chile pretenden haber heredado de los soberanos de España.

Recomendamos mui especialmente a todos aquellos que deseen formarse una opinion sobre estas gravísimas cuestiones los capítulos señalados con los números VI, VII i VIII, que tienen respectivamente por título: *Pio IX ante el Consejo de Estado chileno*; *El Ilmo. señor Orrego ante el mismo Consejo de Estado;* i *El supremo decreto de* 24 *de mayo último*, como otros tantos modelos de polémica clara, metódica, vigorosa i hasta incisiva, sin dejenerar nunca en injuriosa o incivil.

El espacio nos falta para dar una idea de la segunda parte del opúsculo, objeto de este artículo. Basta pasar la vista sobre los *Apuntes jurídico-históricos sobre el juramento de los obispos en España i Chile* para comprender que él es la obra de un católico

sincero i de un jurisconsulto ilustrado. Hai en este pequeño trabajo mui buena historia, mui buenos argumentos i una seguridad de pulso admirable para sondear todas las llagas del regalismo.

Si existiera en Chile alguna de esas relijiosas i patrióticas sociedades que existen en Estados Unidos, en Inglaterra i en Béljica para la impresion i difusion de folletos útiles, encaminados a disipar preocupaciones, errores i vicios, los *Apuntes jurídico-históricos sobre el juramento civil de los obispos en España i Chile*, habrian merecido sin duda el honor de una copiosísima edicion.

Hai, en efecto, mui pocas materias sobre las cuales se hable mas i se sepa ménos que sobre las cuestiones que se derivan de las relaciones entre la Iglesia i el Estado. Publicistas, diaristas i oradores famosos nos han asombrado mas de una vez con sus afirmaciones i soluciones. Así, sin ir mas léjos i para no hablar mas que de Júpiter, ¿quién no ha leido ciertos comentarios a la Constitucion de 33 en que se sostiene con el mayor aplomo que *el Patronato es una prerrogativa o atribucion inherente a la soberanía del Estado?*

Lo mas singular es que no son solo los regalistas de viejo cuño, los hombres que han estudiado la ciencia política en los publicistas españoles, los que se deshonran haciéndose paladines de tan rancias preocupaciones; son los liberales mas flamantes, son hasta los mismos radicales los que ordinariamente se descubren en la vanguardia del ejército del regalismo.

Regalistas i radicales separados por un mundo de

tradiciones, de ideas i de sentimientos, marchan perfectamente unidos i hasta del brazo tratándose de oprimir a la Iglesia i de someter las conciencias al yugo de la potestad civil. I esto, no solo en Chile, sino en todas partes. Desde hace mil ochocientos i mas años en que, segun el Evanjelio, dos conocidos e irreconciliables enemigos se reconciliaron para crucificar al Salvador, se han venido reconciliando todos los malvados i todas las escuelas de error para oprimir i crucificar a la Iglesia.

Nuestros radicales no han tenido aun el cinismo de sostener en teoría lo que hacen en la práctica; pero esto solo debe atribuirse a que nuestros radicales no han llegado aun a impregnarse perfectamente de las doctrinas i aspiraciones de su escuela. Los maestros son mas francos.

Vayan dos ejemplos.

En 1849 Mr. Félix Pyat, decia en una carta a sus electores: «La república tiene los dos poderes i las dos espadas, porque ella procede de la soberanía del pueblo i el pueblo es soberano espiritual i temporal a la vez. No mas tiaras ni coronas. El pueblo es Papa i Rei.»

Oigase ahora lo que decia un demócrata frances en cierto congreso internacional celebrado en Bruselas *para el adelanto de las ciencias sociales i políticas:* «No, señores, no queremos dos espadas: queremos solo una; pero tenerla en nuestras manos!»

¡Cuán agradecidos no debemos estar todos los hombres de fé i de libertad a aquellos que, como el Iltmo. señor Obispo de la Concepcion, procuran con el poder de su intelijencia i el prestijio de su carác-

ter poner un dique a doctrinas tan absurdas i envilecedoras! ¡I cuán cierto es que, si fuera del ancho camino que conduce a la vida hai muchos otros, todos ellos por distintos rumbos conducen a un solo i eterno abismo: a la negacion de Dios, del órden moral i hasta de nuestro mismo espíritu!

¿Qué significa, en efecto, la soberanía espiritual del pueblo si no significa la rehabilitacion del cesarismo pagano con sus miserias i sus horrores, con sus soberanos a la vez que emperadores pontífices i Dioses: con el poder i el derecho de decretar altares i culto para sus imájenes, estátuas para sus caballos, matanza de esclavos para distraccion propia i de la plebe, i persecuciones i tormentos para aquellos que, teniendo el valor de sus convicciones, eran capaces de repetir las palabras de los Apóstoles: Primero es obedecer a Dios que a los hombres?

No: es preciso decirlo mui alto: solo hai un poder sobre la tierra que pueda imponer leyes a la conciencia humana sin humillarla i prostituirla, porque no hai mas que un poder en la tierra que tenga derecho para decir a la conciencia humana: ¡Mis doctrinas son la fiel espresion de la verdad: mis leyes son la misma justicia!

El poder de la Iglesia Católica, depositaria de la revelacion divina, es el único lejítimo, el único eficaz, el único posible en el mundo de las intelijencias, porque es el único cuyos decretos se dirijen a la libre voluntad del hombre, porque es, en una palabra, el único poder sobre la tierra que gobierna con la razon, castiga con el remordimiento i sabe respetar la libertad.

La libertad humana es cosa tan sagrada, los fueros de la conciencia son tan inviolables que el mismo Dios ha tenido a bien respetarlos aun cuando debamos servirnos de ellos para violar su lei. ¡I hai hombres que se dicen liberales, que hablan de honor i de progreso i que se desvelan buscando sobre la tierra un amo para las almas i un yugo oprobioso para las conciencias!

Los que alegan en defensa del regalismo los errores de nuestros padres sepan tener siquiera la fé de nuestros padres. Ellos, a lo ménos, al dar intervencion á los reyes en el gobierno de las almas, exijian que esos reyes jurasen ántes un código superior a su despótica voluntad i rindiesen acatamiento a un poder mas alto.

Los que hoi predican la teoría de la única espada, de la soberanía relijiosa del pueblo, no tienen siquiera esa disculpa: no se someten, como aquellos, a un poder responsable, sino a un poder despótico. En efecto, si el pueblo soberano no cree en Dios ¿qué freno tendria el despotismo del pueblo soberano? Si un ciudadano, tuviese la desgracia de no pensar como la mayoría de ese señor omnipotente, i si éste tuviese el derecho de imponer a aquél un evanjelio, una fé i una lei moral ¿qué palabras podrian pintar con suficiente enerjía todo el oprobio de semejante servidumbre?

¡Tengamos la fé de nuestros padres i el espíritu de nuestro siglo!

POESIAS I ESCRITOS EN PROSA
DE DON FELIPE PARDO,

MIEMBRO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACÁDEMIA ESPAÑOLA I HONORARIO DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE. (1)

(*La Estrella de Chile*—mayo 22 de 1870.)

I.

Pocos, mui pocos son los libros cuya lectura nos haya proporcionado horas de mas grato solaz que el que contiene las poesías i escritos en prosa del señor don Felipe Pardo; pero en cambio son tambien mui pocos los libros que como éste nos hayan hecho palpar, por decirlo así, las dificultades de una bibliografía. Si nada es mas agradable, en efecto, que re-

(1) Un grande i lujoso volúmen de 513 pájinas en 4.° mayor—Paris—Imprenta de los Caminos de Hierro, Chaix et Cie. 1869.

correr las pájinas de un libro en que un hombre de bien i un hombre de injenio, ha prodigado las galas del pensamiento i del lenguaje, los dones de la naturaleza i del arte, nada es mas difícil que apreciar con imparcialidad e intelijencia sus bellezas i sus defectos en un artículo de periódico. ¿Cómo condensar en algunos breves rasgos el magnífico cuadro en que una mano de maestro ha trabajado durante largos años? ¿Cómo atreverse a revestir de una nueva forma esos pensamientos delicados, graciosos o profundos, esas imájenes llenas de oportunidad i palpitantes de vida, que salian en abundancia inagotable de la cabeza del señor don Felipe Pardo en la plenitud de su hermosura i en la perfeccion de sus formas, como cuenta la fábula que salió Minerva de la cabeza de Júpiter Olímpico? I por otra parte, ¿cómo resistir a la tentacion de entrar en tan aventurada empresa para participar a los aficionados a las letras, en la medida de nuestras fuerzas, las impresiones que nos ha dejado la lectura de uno de los libros mas honrosos para la lengua que hablamos i para el continente en que vivimos?

El amor a las letras, como todos los amores puros i desinteresados, es de suyo espansivo, i como todos los grandes amores tambien mas frecuentemente peca por temerario que por tímido. Despues de leer un hermoso libro i de saborear sus bellezas, todo no está concluido: el alma se ajita a impulso de una fuerza oculta que la induce a comunicar sus impresiones a otras almas capaces de comprenderlas i compartirlas. Cada vez al ménos que llega a nuestras manos un buen libro escrito en América, donde son

tan escasos como mal apreciados los buenos libros que se escriben, no nos basta tributar al autor el oculto i silencioso homenaje de nuestra particular admiracion; sino que sentimos como una necesidad premiosa de hacer público ese homenaje i como un remordimiento de conciencia miéntras no nos es dado hacerlo.

Por desgracia hai ocasiones en que el cumplimiento de estos votos presenta particulares dificultades; i pocas veces tambien, como lo insinuábamos al principiar, esas dificultades se nos han presentado tan numerosas ni tan graves como al tomar la pluma para escribir una noticia bibliográfica del volúmen que contiene las poesías i escritos en prosa del señor don Felipe Pardo. Casi no hai, en efecto, una sola interesante cuestion literaria, política o social que no se ajite en alguna pájina del libro o no surja naturalmente de alguna de las peripecias de la vida de este célebre americano.

Don Felipe Pardo, pasando sucesivamente del clasicismo al romanticismo, nos ofreceria la oportunidad de apreciar el valor i excelencia de una i otra escuela literaria.

Don Felipe Pardo, escribiendo comedias de costumbres que amotinaron contra él al público de Lima, despues de haberlo hecho estallar en los mas estrepitosos aplausos, nos daria pié para escudriñar cuáles son los verdaderos límites que en justicia i razon deben respetar siempre los escritores que emprenden trabajos de ese jénero, no ménos que la eficacia que ellos pueden tener para correjir las instituciones, los vicios i las costumbres de los pueblos.

Don Felipe Pardo, dirijiendo los dardos acerados de su sátira contra todo aquello que la democracia tiene en sí de falso o de grotesco i mas frecuentemente contra los errores, las debilidades, bellaquerías i ridiculeces de los malos demócratas, nos llevaria como de la mano al estudio de los mas importantes problemas políticos.

Su vida toda consagrada a la defensa de un mismo partido, a la realizacion de un solo programa, al triunfo de una idéntica idea, nos daria márjen para juzgar a la vez que la conducta del partidario, la excelencia de su bandera.

La parte importantísima que tomó en la guerra que hizo Chile a la Confederacion Perú-boliviana, fundando un diario en Santiago para popularizarla i aconsejarla, nos provocaria a dar una mirada, siquiera fuese rápida, a esas pájinas de nuestra historia militar i política, para apreciar las causas de la guerra, recordar sus hechos mas culminantes i saludar reconocidos a los soldados de Guias i Yungai.

Tales son las cuestiones que suscita i los recuerdos que despierta en el alma el libro de que nos ocupamos; libro que no es, en verdad, otra cosa que el reflejo fiel de una vida pasada noblemente entre la prueba de las dolencias físicas, de los destierros i persecuciones políticas, i los trabajos de la pluma.

Para apreciar esa vida, ya que no nos es dado entrar de lleno en el exámen de las cuestiones que suscita i de los sucesos que trae a la memoria, séanos lícito plantear siquiera aquéllas i echar sobre éstos una rapidísima mirada.

II.

Hijo de uno de esos realistas tan raros en América, cuyas ideas monárquicas no fueron parte a ocultarles las verdaderas causas i peligros de la insurreccion americana, i que probaron su fidelidad al rei haciendo llegar hasta su oido la verdad desnuda i los consejos prudentes, el señor don Felipe Pardo pasó los primeros años de su vida en medio de la deshecha tormenta que precedió a la proclamacion de la independencia en casi todas las antiguas colonias españolas.

Salvado casi maravillosamente del patíbulo el señor don Manuel Pardo, rejente de la audiencia del Cuzco, i padre de don Felipe Pardo i Aliaga, se trasladó con éste a la Península. Allí cúpole a nuestro futuro poeta la fortuna de hacer sus estudios bajo la direccion de uno de los hombres mas instruidos, virtuosos i amables que han honrado las letras españolas.

Sin los atributos del jenio, el señor don Alberto Lista, reunia en alto grado las cualidades que deben concurrir en un maestro: vasta erudicion, amor desinteresado a los estudios literarios, carácter bondadoso, intachable conducta, i cierto don que podríamos llamar de jentes, para imprimir sin violencia ni esfuerzo en las almas juveniles sus ideas i sentimientos.

El sello que imprimió Lista en el alma de Pardo pudo perder sus mas salientes perfiles con el trascurso de los años, pero no se borró jamas. El alumno

conservó hasta su último dia ese culto casi excesivo tributado a las formas, esa elegancia de diccion, esa sobriedad i buen gusto en la eleccion de las imájenes, que harian pensar en Bello si ántes no hiciesen recordar al presidente de la Academia del Mirto.

Este clasicismo puntilloso tuvo sinembargo sus grados. Las primeras composiciones de Pardo son clásicas por el fondo i la forma. El jóven poeta no era sin duda un imitador sirvil de los antiguos; pero nunca se abandonaba tan completamente a sus inspiraciones, que se creyese autorizado a marchar por senderos en los cuales no le fuese dable descubrir las huellas de aquellos venerados maestros. Poco a poco van cayendo sin embargo esas cadenas de oro, i Pardo, sin abandonar las armas, ni el traje, ni los distinguidos modales de sus númenes favoritos, seguro ya de sus fuerzas, no teme lanzarse con todo el ardor de su fantasía, con todo el entusiasmo de su alma de poeta i de americano, por sendas no esploradas, en busca de luz para su mente, de amor para su corazon i de paisajes tropicales para su imajinacion exuberante.

Desde entónces puede decirse que Pardo marchó con paso seguro por la hermosa senda de las letras. Como la abeja, habia encontrado el secreto de estraer la miel de las flores de todos los árboles i de todas las plantas. Su musa, sin abandonar aquel distinguido porte i aquel majestuoso i casi divino andar que deslumbraron al héroe de Virjilio, haciéndola tomar por Diosa a la desventurada reina de Cartago, pidió su libertad, sus caprichosos jiros i sus estrañas armonías, a las brisas de nuestros mares, a los rios de

nuestros valles, a los pájaros de nuestras selvas. Como esos antiguos trovadores que recorrian las aldeas i se internaban en las soledades vestidos de seda, para cantar en liras de oro las maravillas de la inculta naturaleza, Pardo moduló con clásico acento i en clásico lenguaje, sus románticas inspiraciones.

En nuestro entender, hizo bien.

Hai una rejion elevada i serena en que clasicismo i romanticismo se confunden; rejion en que moran, i a donde son dignos de subir todos aquellos afortunados mortales que recibieron del cielo el don de cantar la belleza en versos hermosos. ¿Qué importa el nombre, la patria, la escuela i el traje de los que llegan al pié de Parnaso en busca de la honrosa corona? Que lleguen con la inspiracion en la mente i la armonía en los labios i no haya temor de que plantas indignas profanen el monte de las musas.

III.

Clásico en el fondo i la forma de sus primeras poesías, Pardo fué poco a poco emancipándose i abandonándose a sus propias inclinaciones. Estas no tardaron en arrastrarlo al peligroso pero fecundo terreno de la sátira.

Pardo se lanzó a la tarea confiando en sus fuerzas, que eran, a la verdad, considerables, i desdeñando los peligros. Sus acerados dardos no solo fueron a herir en el corazon las ridiculeces i vicios sociales, sino principalmente las miserias políticas de sus contemporáneos, los sistemas que conceptuaba falsos,

i de vez en cuando a los hombres en quienes esos sistemas se personificaban.

Hemos dicho que la tarea, aunque fecunda, era delicada i peligrosa. I en efecto, raras veces hai en el seno de una sociedad la virtud suficiente para oir las verdades amargas i para reirse resignada de sus propias ridiculeces. Raras veces tambien el poeta que ha recibido de Dios el envenenado aguijon tiene el discernimiento necesario para no herir con él sino lo que merece ser herido i bastante dominio sobre sí mismo para no poner tan temible arma al servicio de sus pasiones e intereses.

Pardo tuvo el valor necesario para arrostrar mas de una vez las iras de una sociedad cuyas heridas sondeó con firme pulso i, agreguémoslo tambien en honor suyo, con excelentes intenciones. *El Carnaval de Lima*, algunas letrillas, las comedias, especialmente las que llevan por título: *Frutos de la educacion* i *Una huérfana en Chorrillos*, i los artículos de costumbres publicados en el periódico satírico *El Espejo de mi tierra*, deben haber causado en la presuntuosa i aristocrática capital del Perú el efecto de un sinapismo en la epidermis de una niña mimada i nerviosa. Las comedias fueron aplaudidas i silbadas alternativamente, i el poeta que las habia escrito objeto de las censuras mas acres i de los mas pomposos elojios. Es que en presencia de la censura, saladamente escrita i motivada, esos dos movimientos se producen naturalmente en la sociedad i el individuo: la vanidad herida silba su despecho i el demonio de la risa despertado por el chiste, aplaude las justas ejecuciones del injenio.

Hoi dia que han bajado ya a la misma tumba el poeta i aquellos cuyos defectos persiguió con sus bien forjados dardos, nada se opone a que la justicia tome su asiento i pronuncie su inapelable fallo.

Ese fallo, tal cual lo hemos oido en el recojimiento de nuestra conciencia i en la imparcialidad de nuestra alma, absuelve al poeta i condena a muerte merecida las preocupaciones, los errores i vicios que fueron objeto de sus burlas.

Hai dos reglas soberanas que no deben perder de vista ni los que escriben sátiras ni los que toman sobre sí la tarea de juzgarlas. *L'intéret du satirique est de forger de bons traits; son unique devoir est de garder la justice*, ha escrito uno de los mas diestros satíricos de nuestro tiempo. Pardo ha satisfecho estas dos exijencias: sus sátiras hacen reir de buena gana, i a costa de ideas, de costumbres o de preocupaciones de las cuales un hombre honrado puede reirse *tutta coscienza*. El poeta no solo deja fuera del combate todo lo que es digno de veneracion i respeto, sino que al pasar por delante de la virtud, de la belleza i de la justicia, sabe ponerse serio, tomar un paso comedido i hasta inclinarse respetuosamente.

No quiere esto decir que tengamos gran confianza en la supresion de los vicios i aun de las ridiculeces por obra de los satíricos. Nada ménos que eso. ¿Cuántos siglos hace que los moralistas vienen lanzando sus dardos contra los avaros, los ambiciosos, los hipócritas, etc.? I, sinembargo, ¿quién pudiera afirmar que la familia disminuye? Los silbados se rien con admirable filosofía de su propia figura. Otras veces, recojiendo el guante que se les arroja

vuelven contra el poeta, el avaro su oro, el ambicioso su poder, el hipócrita sus intrigas; pero en uno i en otro caso en lo que ménos piensan sin duda es en golpearse el pecho i prometer la enmienda.

Alguien lo ha dicho:

Esope y perd son grec, et Pilpay son sanscrit,
Et Juvénal sa flamme, et Boileau son esprit...

Sería una temeridad afirmar que Pardo ha sido mas feliz que Esopo, Pilpay, Juvenal o Boileau: i que la sociedad limeña en la primera mitad del siglo XIX haya sido mas dócil i razonable que la sociedad griega seis siglos ántes de Jesucristo, que la sociedad de la India del tiempo de Pilpay, que la sociedad de Roma en el siglo primero, o que la sociedad parisiense del siglo diezisiete.

De todas maneras si como obra de moralizacion la sátira no ha producido jamas frutos perceptibles, como obra literaria, cuando se ajusta a las dos reglas que mas arriba hemos recordado, ha sido siempre una de las mas puras i copiosas fuentes en que la humanidad ha venido hallando descanso de sus incesantes tareas, olvido de sus penas i algunas alegres carcajadas con que interrumpir su casi eterno llanto.

La sátira honrada i aguda es uno de los mas difíciles i nobles ejercicios a que puede dedicarse el injenio, porque hai pocas cosas mas difíciles que obligar al hombre a reirse de sus propios defectos, i porque es noble sin duda el arte de hacer odiosos los vicios i las preocupaciones, suscitando contra ellos la risa de la jente de buen humor.

Pardo no se arredró ante las dificultades de la empresa i tuvo la fortuna de salir de ella airoso. Forjó dardos de finísimo temple i los dirijió con pulso seguro i con intencion recta. Por eso es que, considerándolo bajo este aspecto, como crítico de la sociedad en que vivió, como pintor amable e injenioso de sus descarrios i flaquezas, solo elojios sinceros debemos tributarle.

IV.

Por desgracia, no es posible hacer estensivos esos elojios, sin mezcla de censuras, a los escritos en que Pardo trató de ridiculizar las instituciones políticas del Perú. No sin duda porque la sal que abunda tanto en sus sátiras sociales falte en éstas. Al contrario su sátira es entónces mas amarga, cruel e incisiva, i raras veces deja de dar con estraordinaria precision en el blanco.

Lo que si no hace falta, aparece por lo ménos como mui problemático en la sátira política de Pardo, es ese sentimiento de justicia i de imparcialidad nunca desmentido en los escritos de costumbres, para no arrojar el ridículo sino sobre las ideas falsas, los vicios i las preocupaciones de la ignorancia.

La sátira política de Pardo, para decirlo de una vez, siempre aguda e injeniosa, es no pocas veces inoportuna i una que otra de todo punto falsa.

No somos de aquellos fanáticos que, convencidos de la excelencia de un sistema político, están siempre prontos a arrojar el anatema contra los que

se niegan a aceptarlo. Comprendemos mui bien que en una república puedan vivir hombres mui ilustrados i patriotas que juzguen preferible el gobierno monárquico, como creemos, sin mucho trabajo, que no es preciso ser un mónstruo para hacer votos por la república en una monarquía.

¿Cuál era sobre este punto el pensamiento de Pardo? ¿Creia que el réjimen republicano era un obstáculo insuperable para el advenimiento del órden i de la libertad en su patria? ¿O bien su bello ideal era la república democrática, i la dictadura el único medio transitorio, aunque necesario, de verlo realizado? Cuestion es esta que trataremos mas adelante. En éste momento solo queremos averiguar si la sátira política de Pardo salió alguna vez de los límites de lo verdadero i de lo justo: si concediendo, como concedemos sin trabajo, que el sistema republicano, mas o ménos como todos los sistemas de gobierno, tiene sus flacos, sus vacíos i sus puntos vulnerables, nuestros poeta no abusó de estos flacos i de sus propias fuerzas, lanzando sus sarcasmos contra lo que la república tiene de justo, de hermoso i verdadero.

Para que el lector pueda formarse sobre esta delicadísima cuestion una idea exacta, haciendo uso de su propio criterio, vamos a copiar en seguida una breve, a la vez que amarga e injeniosa sátira, de Pardo dirijida contra la soberanía del pueblo. Ella está còntenida en el siguiente soneto, que, dicho sea de paso, es uno de los mas acabados que conocemos:

EL REI NUESTRO SEÑOR.

«Invencion de estrambótico artificio,
Existe un rei que por las calles vaga:
Rei de aguardiente, de tabaco i daga,
A la licencia i al motin propicio:

«Voluntarioso autócrata que oficio
Hace en la tierra de ominosa plaga:
Príncipe de memoria tan aciaga
Que a Nuestro Redentor llevó al suplicio!

«Sultan que el freno de la lei no sufre
I de cuya injusticia no hai reintegro;
Rei por Luzbel unjido con azufre.

«Czar de tres tintas, indio, blanco i negro,
Que rije el continente americano
I que se llama—Pueblo Soberano.»

Despues de haber pagado un merecido tributo de admiracion al poeta i de haber hecho un breve paréntesis en nuestra vida de demócratas para reirnos sin embozo *del rei nuestro señor*, podemos llamar a cuentas al político.

Nada es mas cierto que el rei de nosotros los republicanos suele andar por esas calles de Dios con daga a la cintura, arrojando humo por las narices i trascendiendo a ponche: es a todas luces un rei grotesco, odioso i miserable, capaz de cometer los crímenes mas negros i los mas inauditos atentados. Pero,

¿acaso valia algo mas el *rei nuestro señor* que imperaba sobre la colonia? ¿Cuántas veces esta majestad no se abandonó tambien a todas las violencias de la espada, del puñal i hasta del veneno? ¿Cuántas veces no se embriagó con aguardiente, con el humo del incienso i con el humo de la sangre?

Es verdad que el pueblo condujo al Redentor al Calvario; pero desde luego ese pueblo no era un pueblo soberano sino un pueblo esclavo, i en seguida cuando el pueblo se dirijió hácia el Calvario, ya Pilato, en nombre del César, habia pronunciado la sentencia.

Pero no insistamos en demostrar la evidencia. Es preciso que el rei nuestro señor sea el pueblo soberano, dueño de mascar tabaco, beber aguardiente i blandir el puñal en las horas de su demencia; o que volvamos a inclinarnos bajo el yugo de los reyes por la gracia de Dios, no exentos tampoco, como la historia nos lo enseña, de flaquezas, de miserias i de crímenes de toda especie.

¿Cuál será entónces el deber de todo hombre que se interese en estos paises por su felicidad i engrandecimiento? ¿Desprestijiar a los ojos del pueblo la única bandera que aun flota sobre su cabeza i que puede conducirlo a la libertad; o bien arrastrarla por el lodo, apagar todo entusiasmo jeneroso i sembrar en las jeneraciones que nacen las semillas de un escepticismo universal?

La eleccion no es dudosa.

Ya que la Providencia nos ha arrojado sobre un frájil esquife al mar de la vida, no gastemos nuestro injenio en descubrir sus averías, en poner a prueba la firmeza de sus amarras i la solidez de sus tablas;

gastémoslo mas bien en descubrir los medios para hacerlo navegar con rapidez i sin peligro hácia el deseado puerto

Lo repetimos: nada mas léjos de nuestro ánimo que censurar a Pardo por sus opiniones políticas. Le reconocemos sin embarazo hasta el derecho perfecto de que usó para burlarse de la igualdad política llevada hasta el absurdo, como lo hizo en el epigrama titulado: *A mi hijo en sus dias;* pero le negamos el derecho de desprestijiar aquellos principios de gobierno que, no por prestarse a la censura o a la burla, dejan de ser por eso absolutamente irreemplazables.

La república, sin duda, es una dama que tiene sus defectos: hai manchas de sangre en su cuna, flaquezas en su vida i eclipses en su hermosura. Así i todo, es preciso que nos esforcemos en honrarla, servirla i ennoblecerla; i esto por la sencilla razon de que hemos contraido con ella un matrimonio indisoluble.

V.

Hecha la anterior salvedad sobre los ataques dirijidos por Pardo contra lo que constituye la base i esencia del sistema republicano, nada nos impide reconocer como justas las censuras, i como útiles i oportunos los sarcasmos que lanzó contra la exajeracion de tan nobles principios i contra la conducta de aquellos que, proclamándolos, se creen autorizados para cometer toda clase de atentados contra la lójica i contra la moral.

Los vanos esfuerzos hechos por ciertos soñadores

para hacer entrar a fuerza de combo en el estrecho molde forjado por los artífices políticos a esta sociedad hispano-americana, salida apénas de las toscas fraguas del coloniaje, con los vicios, las preocupaciones, la ignorancia i la indómita i casi bravía condicion de su injénita naturaleza, ha dado márjen a muchas desgracias dignas de ser lloradas i a no pocas escenas de sainete en que a veces los principales papeles han sido desempeñados por rudos payasos i por ridículos farsantes. En el Perú, como en otras partes, i hasta el tiempo de Pardo, mas que en otras partes talvez, el sainete político habia sido representado con frecuencia i los payasos e histriones habian tenido motivos para considerarse mas de una vez como árbitros de la situacion. Fluctuando, como una mujer ébria, entre los horrores de la anarquía i la vergüenza del despotismo, la república del Perú habia visto disipados a un tiempo los tesoros que debia a la Providencia i la fé en el porvenir que supieron inspirarle los héroes que la libertaron con su espada.

Si de vez en cuando cesaba el ruido de los combates fratricidas i los pueblos, cansados de esperar su salvacion de los soldados, daban la palabra a los escritores i tribunos, éstos no tardaban en hacer llegar hasta los oidos de los pueblos los consejos mas estravagantes i las leyes mas impracticables. ¡Volad, les decian, por el órgano de sus periódicos, de sus constituciones i sus leyes, hasta las alturas en que se cierne la democracia pura, la república de Platon, la divina ciudad de San Agustin! I los pueblos, confiados en sus mentores, llenos de vida, de fé i de entu-

siasmo, sedientos de luz i de progreso, se arrojaban al abismo desde la altura de su inocencia, como el mago Simon, sin haber ántes ensayado sus alas.

Pardo se rebeló contra ese juego funestísimo que agotaba las fuerzas de su patria. Comprendiendo toda la estension del peligro, toda la malicia de los que especulaban con los mas nobles sentimientos del hombre, i todo lo grotesco de aquella empresa a la vez que dolorosa ridícula, emprendió contra la obra i contra los obreros una campaña que podemos llamar la campaña de su vida. A ella consagró su tiempo i su talento con una constancia a prueba de desengaños, con un ardor incomparable.

No hubo una peligrosa locura, ni una preocupacion popular, ni un sofisma acreditado, ni un vicio disfrazado de virtud, que quedase fuera del alcance de los voladores proyectiles que forjaba el injenio del poeta.

En este jénero, Pardo no tiene rivales en la América española. Sus sátiras políticas son doblemente recomendables: primero porque curan, i despues porque curan haciendo reir. Empíricos i politiqueros de oficio caen sucesivamente heridos por su bien templada hoz, i caen heridos en el corazon porque el ridículo tiene el privilejio de no causar sino heridas mortales.

La audacia que puso al servicio de sus convicciones causa asombro. La popularidad de los errores, el poder de las preocupaciones, léjos de desalentarlo lo estimulaban a la lucha. En presencia de los farsantes afortunados i de las ridiculeces a la moda, sentia sublevarse sus instintos patrióticos i literarios con

una fuerza irresistible, como si hubiera sido por temperamento el soldado de los combates desiguales i el cortesano de la desgracia.

Pongamos un ejemplo:

La igualdad es un gran principio no solo de la democracia sino tambien del cristianismo. Pero este principio es susceptible de ser mal comprendido i mal aplicado. El prohibe al lejislador establecer desigualdades caprichosas entre los derechos de los ciudadanos; pero él le prohibe tambien desentenderse de las desigualdades naturales, para reconocer ciertos derechos que podríamos llamar de competencia o capacidad indistintamente entre los capaces e incapaces, entre los hombres ilustrados i los hombres ignorantes. En este último caso se encuentran los derechos políticos. Su ejercicio requiere cierta capacidad, i por eso las leyes que los subordinan a condiciones previas o los restrinjen prudentemente, léjos de atentar contra el principio de igualdad, no hacen mas que realizarlo i conformarse con él.

Por eso nuestros lejisladores, al negar el derecho de elejir a aquéllos que no saben leer, han hecho bien. Por eso la lei que ha solido conceder en el Perú los derechos electorales indistintamente a todos los varones mayores de cierta edad, ha sido una lei descabellada e injusta.

Pardo se burla de ella con mucha razon i con mucha chispa en el siguiente epigrama:

A MI HIJO EN SUS DIAS.

«Dichoso, hijo mio, tú,
Que veintiun años cumpliste:
Dichoso que ya te hiciste
Ciudadano del Perú.

«Este dia suspirado
Celebra de buena gana
I vuelve orondo mañana
A la hacienda i esponjado,

«Viendo que ya eres igual
Segun lo mandan las leyes
Al negro que unce tus bueyes
I al que te riega el maizal.»

La grande obra de Pardo en este jénero es su Poema satírico titulado *Constitucion política*. El tiene bellísimas octavas, cuajadas de versos hermosísimos i de las mas picarescas alusiones. La necesidad en que estamos de no traspasar ciertos límites nos impide analizar este trabajo literario, notable bajo mas de un aspecto.

En cuanto a su espíritu i a los propósitos que tuvo el autor al darlo a luz, él mismo se encargó de informarnos en un donoso prólogo que precede al Poema, i del cual vamos a trascribir un solo párrafo, que servirá tambien como una muestra de la prosa de Pardo:

«Acojed pues, benévolos lectores mios, la constitucion de la república, despojada de la engañifa de

los cosméticos, de la crinolina i del corsé, i no creais que me he propuesto en mi tarea desacreditar tal o cual de los diferentes difraces con que se ha vestido nuestra patria en la gran danza de energúmenos a que sirve de teatro el mundo de Colon; o hablando de manera que me entiendan todos, no he aludido determinadamente en mis pobres octavas, a tal o cual constitucion de las diversas que por breves períodos nos han rejido: he procurado tan solo hacer palpable la exajeracion de muchos principios constitucionales que están cada dia mas de boga i que se han adoptado en casi todas ellas; i manifestar el ridículo contraste que han formado siempre entre nosotros la letra de las instituciones, con la vergonzosa i miserable evidencia de nuestra estructura social; exajeracion i contraste de funestísima trascendencia, que convierten nuestra pobre patria en presa incesantemente disputada entre la opresion i la anarquía. Si la fascinacion en que las teorías seductoras envuelven los espíritus, forma una coraza impenetrable a las verdades que presento con los colores mas vivos que me ha sujerido mi humilde fantasía, desoid en buena hora la voz del patriotismo que las dicta; pero haced a lo ménos justicia a la pura intencion con que me esfuerzo por llenar relijiosamente los deberes del que escribe para el público. Haced justicia i no os amostaceis ni me convirtais en blanco de vuestro encono; que si blasonais de ciegos admiradores de nuestros códigos políticos, debeis, por el contrario, mirar con induljencia i hasta con lástima mi error, para proceder no solo del modo mas piadoso, sino tambien del mas constitucional;

porque declarando nuestra constitucion que todos somos iguales ante la lei, no tengo yo ménos derecho de disparatar como el mas encopetado de mis ilustres compatriotas; i tranquilizaos a mayor abundamiento, con la idea consoladora de que este inocente disparate mio, este inofensivo juguete, aunque no marcado todavía en el mapa hidrográfico, no ha se de ser el escollo fatal en que venga a estrellarse la nave pública, a quien ha permitido la misericordia divina navegar tantos años sin zozobrar en un mar erizado de disparates i bellaquerías.»

Recomendamos a los aficionados a las buenas octavas el Poema satírico de Pardo: lo recomendamos especialmente a los políticos de nuestro pais i, si no fuera desacato, a la séria consideracion de nuestros representantes. Las verdades no dejan de serlo porque se dicen riendo i la *Constitucion política* contiene no pocas mui granadas i oportunas.

No tenemos espacio para hacer transcripciones; pero puesto que hemos copiado un epigrama de nuestro poeta contra la falsa igualdad, copiemos tambien una octava en que caracteriza la que juzga racional i verdadera.

«La igualdad del progreso protectora,
La que ardorosa el mérito promueve,
La que con buena educacion mejora
Los dañados instintos de la plebe,
La que da i engrandece; es bienhechora
Santa igualdad a que aspirar se debe;
La que para igualar quita i rebaja,
Es igualdad que la justicia ultraja.»

VI.

¿Cuál era el ideal político que Pardo deseaba ver realizado en el Perú?—En cuanto nos es dado descubrirlo por los escritos en verso i prosa que contiene el volúmen de que nos ocupamos, ya que carecemos de otros datos, ese ideal era una dictadura honrada, justiciera, ilustrada i progresista. Amaba la libertad, pero estaba persuadido de que sin un poder robusto que la guarde al nacer i durante los años de su infancia, la libertad

> «Es maldicion terrible: es anarquía,
> Chusma que sin moral ni lei gobierna:
> La libertad brutal que conducia
> Víctimas en Paris a la linterna;
> La libertad estéril i quimérica
> Que agosta en flor la juventud de América.»

Parece que el espectáculo que ofrecia Chile en la época en que Pardo se consagraba con mas ardor a los estudios políticos contribuyó a afianzarlo en sus antiguas convicciones i a persuadirlo de que solo un brazo vigoroso, puesto al servicio de un corazon patriota, era la única palanca que podia levantar a estas revueltas sociedades desde el abismo de sus miserias hasta las altas i serenas rejiones de la libertad constitucional.

No sería, pues, exacto afirmar que el absolutismo era el ideal político de Pardo. El mismo nos lo ha dicho:

«No soi absolutista;
Mas, sí entusiasta
Por un par de mostachos
De buena casta.»

Pero sin hacer del absolutismo un bello ideal, lo aceptaba francamente como un puente para llegar a la tan deseada i tan esquiva ribera de la libertad. La dictadura de arriba no le inspiraba miedo; al contrario, la consideraba como el único refujio para escapar de la tiranía de abajo. Deseaba para el Perú la libertad i el órden; pero creia que para que aquélla fuese posible era preciso comenzar por establecer éste aunque se hiciese necesario recurrir al garrote. Queria en resúmen una autoridad

«Sábia i robusta
Que órden i libertades
Concilie justa;
I firme i franca
Promueba nuestra dicha
Con una tranca.»

Partiendo de esta base, Pardo creia que no era difícil llegar a fuerza de tiempo, de perseverancia i de trabajo a la tierra prometida de la democracia pura; pero sobre la manera de hacer el viaje tenia tambien sus ideas. Creia que el único medio de verificarlo era a lomo de mula, a paso lento, siguiendo las sinuosidades del camino i contentándose con hacer cada dia una corta jornada. Miraba como locos de atar a los que afirmaban que en el Perú de su

tiempo los viajes habian de hacerse siguiendo siempre la línea recta, ya en globos aerostáticos, ya en carruajes tirados por fogosos caballos. A estos atrevidos aventureros no cesaba de recordarles sus repetidos fracasos i de pronosticarles que cuantas veces volvieran a hacer la prueba volverian a estrellarse.

Persuadido íntimamente de que por la via del progreso no es posible caminar a saltos i de que mas son las tortugas que los gamos que han llegado salvos hasta el fin, no cesaba de proclamar su conviccion valiéndose de las imájenes mas oportunas, en bien redondeadas estrofas.

Vayan como muestra estas tres:

«El potro a freno i silla
No acostumbrado
No es para feliz viaje
Mui adecuado,
Que hará que salga
Pronto por las orejas
Quien lo cabalga.»

«Si en vez de dar al huérfano
Tutor prudente,
Imberbe aun, le entregas
Incautamente
Su patrimonio,
Con huérfano i herencia
Carga el demonio.»

«Constituirse en congreso
Pueblos nacientes,
Es comer viandas duras
Sin tener dientes;
Es ponerse ántes,
Que camisa i calzones
Corbata i guantes.»

Para dar una idea de las opiniones políticas de Pardo, lo escrito basta; para juzgarlas no bastaria un libro.

Sea empero cual sea ese juicio, él tendrá que ser siempre honroso para el patriotismo del ciudadano i para el talento del poeta.

VII.

En efecto, ya sea que se comparen entre sí los diversos escritos que durante una larga série de años estuvo dando a luz, ya sea que se comparen esos escritos con su conducta de hombre público, es forzoso convenir en que hai una rigurosa unidad de pensamiento en las acciones, una constancia inquebrantable en la lucha, una fidelidad nunca desmentida a la bandera que habia adoptado por suya. Este espectáculo es siempre hermoso, i en los tiempos que corren llega a ser un ejemplo. La opinion pública, la historia misma, han mirado siempre con particular respeto a ciertos hombres que han consagrado todas las horas de su existencia, todos los recursos de su corazon i de su mente al servicio de una idéntica causa, a la propagacion desinteresada de unas

mismas ideas. I esto no porque el hombre no sea susceptible de errar de buena fé i por consiguiente de abandonar con razon en un momento dado la primitiva direccion de sus pensamientos i acciones; sino porque lo que ordinariamente sucede es que se cambia, no por acercarse a la verdad, sino por acercarse a la fortuna. ¡Felices por lo tanto aquellos que, comprometidos en un sendero, pueden marchar por él toda su vida, cada vez mas i mas persuadidos de que conduce al bello ideal que vislumbró la mente en las dulces horas de las juveniles ilusiones! ¡Felices aquellos que bajan al sepulcro envueltos en la misma destrozada i gloriosa bandera que los ha guiado en todos los grandes combates de la vida!

Pardo fué uno de esos felices. Dió consejos a los poderosos desde abajo i, cuando tuvo el poder en sus manos, se empeñó por darles existencia, convirtiéndolos en realidades fecundas i benéficas. Sin duda que no lo consiguió en los breves dias de su fortuna política, casi esclusivamente consagrados a sostener el órden público contra el furor de las facciones; pero a lo ménos el poder no fué para él, como ha sido para muchos, la piedra de toque en que conociese la impracticabilidad de su sistema i lo quimérico de sus esperanzas. Al contrario, Pardo, volvió a la vida privada tan impenitente despues de la prueba del poder, como habia vuelto impenitente a su patria despues de la prueba del destierro.

Sinembargo, nuestro poeta estuvo léjos de ser un favorito de la fortuna. Si por algun momento pudo sonreirle la esperanza de ver trocados en realidad sus sueños, fué solo como de paso, dejándolo en bre-

ve sumido, no en el desaliento del alma, pero sí en la tristeza del corazon.

Así fué como, despues de haber saludado con cantos de júbilo el advenimiento al poder del jeneral Vivanco, lo vió recorrer el horizonte i apagarse como un meteoro que deslumbra los ojos sin disipar la oscuridad.

Así fué como, despues de haber hecho esfuerzos considerables para decidir al gobierno de Chile a emprender la guerra contra Santa-Cruz, el supremo protector de la Confederacion Perú-boliviana, como despues de haber visto zarpar las dos espediciones que se organizaron sucesivamente en Valparaiso para llevar a feliz término la empresa, Pardo tuvo el sentimiento de creer que su patriotismo le vedaba acompañar a nuestro ejército con sus consejos i sus votos hasta el dia de la victoria.

En efecto, si Pardo deseaba la intervencion chilena, si en la medida de sus fuerzas habia cooperado a ella hasta el punto de formar parte de la primera espedicion que regresó a nuestro suelo despues de firmados los tratados de Paucarpata, él la deseaba solo para destruir otra intervencion, la que se habia permitido el dictador boliviano en los asuntos del Perú. De aquí es que cuando supo que, al aproximarse nuestra segunda espedicion se habia verificado una revolucion en Lima, con el propósito de emancipar a la república del vergonzoso tutelaje en que la tenia Santa-Cruz, i que el ejército chileno, obedeciendo a consideraciones, aunque justas, estrañas hasta cierto punto a los intereses esclusivos del Perú, se resolvia a desconocer i aun a destruir en caso pre-

eiso al gobierno revolucionario, como efectivamente lo hizo, abandonó la escena tristemente, no arrepintiéndose, pero sí, temiendo por los resultados de la empresa a que habia prestado su concurso.

Por fortuna el noble i caballeroso partido que entónces rejia con mano firme los destinos de Chile, era incapaz de abusar de sus triunfos, i Pardo pudo ver ántes de mucho satisfechas hasta las mas esquisitas susceptibilidades de su patriotismo puntilloso. El poder de Santa-Cruz fué aniquilado, el mortificante, aunque no bochornoso recuerdo de Paucarpata vengado heróicamente i puesto el Perú en situacion de atender con libertad completa a la organizacion de su gobierno.

El ejército chileno solo trajo del Perú la gloria que habia conquistado: solo dejó allí recuerdos gratos de su moderacion, de su desinteres i su bravura.

La guerra que hizo Chile a la Confederacion Perú-boliviana, desde el punto de vista de su justicia i utilidad, es uno de los mas interesantes problemas de nuestra historia; pero no es aventurado afirmar que desde el punto de vista peruano ella pudo ser solicitada i aun apoyada hasta el fin con los mas patrióticos propósitos i con las mas puras intenciones. La parte que tomó Pardo en tales sucesos está pues mui léjos de constituir una mancha en su vida: ella puede ser juzgada mas o ménos severamente; pero lo que no admite duda es que, aconsejando, popularizando i coadyuvando a preparar la espedicion restauradora, Pardo reveló a la vez que las dotes de su fecundo injenio, la delicadeza de sus sentimientos i la rectitud de su carácter.

VIII.

La sátira política i la crítica de las costumbres de la sociedad en que vivió no absorbieron sinembargo completamente al escritor cuya fisonomía, a lo ménos en sus líneas características, hemos tratado de poner a la vista de nuestros lectores. Tambien su pluma trazó mas de una pájina consagrada a la dilucidacion de las graves cuestiones del derecho i de la diplomacia. Tambien de vez en cuando llevó sus ofrendas a altares ménos severos que aquel en que rendia culto de ordinario a la agria aunque injeniosa siempre i a veces melancólica musa de sus punzantes inspiraciones.

La vida de Pardo, como la de muchos otros famosos satíricos, fué una no interrumpida cadena de dolores físicos i de padecimientos morales. Sin duda que el odio a la sociedad i la espantosa aridez del ateismo no penetraron jamas en su corazon de cristiano; pero si al traves de las juguetonas linfas de sus graciosas inspiraciones no se divisa la imájen de la desesperacion, con frecuencia se puede descubrir en el fondo la llorosa imájen del dolor.

Mas de una vez, al libar la dorada copa, hemos sentido el dejo de las lágrimas que, al llenarla, dejó caer involuntariamente en ella el amable anfitrion.

Mas de una vez hemos sorprendido en las facciones de este chistoso decidor una contraccion súbita, signo de dolores ocultos.

Mas de una vez, en esos ojos chispeantes de viveza i de injenio, hemos visto brillar una lágrima que se recata i oculta.

Pardo no buscaba en la sátira la satisfaccion de un rencor profundo hácia la sociedad en que vivia, ni una forma literaria para su orgullo, ni siquiera una salida para sus coléricos arrebatos contra los hombres, las instituciones i las costumbres. No tenia dentro de su alma ni al Mefitófeles de Gœthe, ni al jenio desdeñoso i altanero que inspiraba al cantor de Don Juan. La risa que llevaba en los labios, era esa risa alegre, fresca, maliciosa i verdaderamente española, la risa de Cervantes i de Quevedo, no esa risa nerviosa, amarga, i a veces convulsiva, de los grandes satíricos de la incredulidad i del sensualismo.

Por eso es que las sátiras del vate peruano, si dejan en el fondo del alma una vaga sensacion de tristeza, nunca dejan hiel en el corazon.

La composicion titulada: *A mi hija Francisca*, dedicándole el volúmen de sus escritos, composicion que los lectores de *La Estrella de Chile* conocen, ofrece una muestra bellísima de ese agridulce tan agradable que solo sabe producir el hombre que, comprendiendo todas las miserias de la humanidad, está mas dispuesto a compadecerlas que a insultarlas; el cristiano que se siente agobiado por los padecimientos, pero que los soporta resignado i hasta de buen humor, porque sabe que ellos ni son eternos ni son toda la vida.

Cierta dama inconsolable por la muerte de una regalona falderilla, exije que el poeta se asocie a su pesar i le encarga su elojio. El poeta la complace enviándole una breves estrofas llenas de oportunidad i sazonadas con esa refinada sal de que era tan pró-

digo como rico. La perrita habia muerto con un hueso atravesado en la garganta. Pardo recuerda a su ama el caso con cierta socarrona compasion, i concluye esclamando:

«Sí: del humano bien la índole es esa,
Al que mas goza i canta
En medio del festin se le atraviesa
Un hueso en la garganta!»

Desde que el poeta latino escribió su *surgit amari aliquid*, ¿cuántros poetas no han venido tomando nota de este eterno contraste, de esta perpétua mezcla i coexistencia del placer i el dolor en el corazon de la humanidad? ¿I quién se atreveria a sostener que el burlesco caso que da márjen a Pardo para repetir esa triste i antigua observacion, le quita un ápice de su interes o de su exactitud?

Pero si nuestro poeta sabe encontrar cuando quiere, i a veces sin quererlo, el verdadero acento de la melancolía, su voz halla sin trabajo la nota del amor i la nota del entusiasmo. Pardo no prodigó sus obsequios ni a las beldades de Lima, ni a las glorias del Perú, ni a las maravillas de su naturaleza; pero como todas sus ofrendas, las que llevó al altar de la patria i al altar de la hermosura, fueron escojidas i valiosas.

I no podia ser de otra manera, porque Pardo fué verdadero poeta, capaz de impresionarse ante lo bello, lo grande i lo sublime: poeta, porque habia recibido de Dios el fuego sagrado: poeta, finalmente, porque habia pedido al arte todos sus recursos para dar a ese fuego divino las formas mas perfectas i brillantes.

Ciudadano honrado, político leal i convencido, aunque a veces pesimista i esclusivista en demasía, poeta culto, armonioso i mas susceptible de pecar de amanerado que de ramplon o de grosero, satírico sin hiel i sin orgullo, prosador castizo, correcto i elegante, hombre de fé, de esperanza i de dolores, don Felipe Pardo es una de las figuras mas simpáticas en la historia política i literaria de la América i sin disputa el primero entre todos los poetas que han cantado a la luz del Sol de los Incas i que duermen ya el sueño de la tumba arrullados por las ondas del Rimac.

OBRAS POETICAS

DE CLEMENTE ALTHAUS, 1852-1871. (1)

(*La Estrella de Chile*—mayo 5 de 1872.)

> Tanto mas hermosa es una palabra cuanto mas se asemeja a una idea, un libro a un alma i un alma a Dios.

I.

No recordamos el nombre del autor cuyo es el pensamiento que acabamos de poner por epígrafe. De todas maneras, él nos parece profundamente exacto i propio para servir de norma a la crítica literaria, tal cual siempre la hemos concebido, tal cual siempre hemos procurado practicarla. Para apreciar un libro con verdad i justicia, no basta hacer una

(1) Un volúmen en 4.º de 608 pájinas—Lima—Imprenta de *El Universo*.—1872.

reseña de las materias que contiene, ni siquiera una anotacion minuciosa de las bellezas i defectos de su fondo; es preciso elevarse de las palabras a las ideas, ver en seguida si éstas reflejan el alma del autor, i observar, por último, hasta qué punto esa alma ha logrado conservar intacto el sello del Supremo Artífice i acercarse, a fuerza de amor i de trabajo, al ideal de lo bueno, de lo bello i de lo verdadero.

Tal será nuestro punto de partida, i no otro el método que vamos a seguir para apreciar el volúmen de poesías que el señor Althaus ha tenido la amabilidad de enviarnos desde Lima, i cuya lectura solo ahora nos ha sido dable terminar.

II.

Los lectores de *La Estrella de Chile* no tendrán a mal que prescindamos en este artículo de consideraciones jenerales relativas a las cualidades o defectos predominantes en la poesía de las repúblicas hispano-americanas. En otras ocasiones hemos procurado entrar en ese terreno (donde tanto escasean los brazos i tanto habria que cosechar i que sembrar), especialmente con motivo de *El Parnaso Boliviano* i de un trabajo anónimo sobre las *Poesías de don Nestor Galindo.*

Hoi, desentendiéndonos de aquellas grandes líneas que van dando una fisonomía propia a la poesía americana, procuraremos reconcentrar la atencion en un solo libro, es decir en una sola alma, para notar los procedimientos que emplea i valorar los resultados a que llega en su viaje de esploracion hácia el Supre-

mo Bien i la Belleza Suma. Porque el alma de Althaus es una de esas almas viajeras, no sabemos si decir condenadas o predestinadas, a atravesar los breves años de la vida, corriendo tras los reflejos de lo eterno, de lo infinito i de lo perfecto, i paladeando las amarguras de lo efímero, de lo pequeño i de lo miserable.

¿Qué es, en efecto, el poeta, en el sentido trascendental de la palabra, sino un espíritu caido del cielo al valle de lágrimas que habitamos, que ve por do quiera destellos de su celestial patria i que busca sin tregua la escala para subir a ella? ¿I qué es la poesía sino esa misteriosa escala que vió Jacob en sueños i que, descansando en la tierra, apoyaba su mas alto estremo sobre las rodillas mismas de Dios? ¿I qué es la armonía sino el ruido de las almas que suben impulsadas por el amor, o que bajan al impulso del desaliento, del egoismo o de la voluptuosidad? ¿I qué toca hacer a la crítica literaria sino alentar a los que desfallecen, aplaudir a los que triunfan i despertar a la innumerable multitud de los que duermen con el viril grito de Longfellow: *¡Excelsior! ¡Excelsior!*

Si ser poeta es sentir esa aspiracion a lo infinito, si hai poesía donde quiera que se manifieste el esfuerzo de una alma por llegar a esa inaccesible altura, don Clemente Althaus es un verdadero poeta i su libro un libro de verdaderas poesías. Tan cierto es ello, que tambien Althaus ha escrito su *Excelsior*, donde bajo otro título i una diversa forma, el hombre puede ver como en compendio la historia de su corazon.

Permítasenos trascribir íntegra esta poesía del señor Althaus, que aun cuando no es de las mas acabadas por su ejecucion, puede dar una idea de su estilo i servirnos como de llave para entrar en un pequeño estudio comparativo, que talvez sea provechoso, i que en todo caso nos parece oportuno.

A LA FELICIDAD.

Yo ví que no eran tu mansion mis lares,
Amada entre las Diosas, i por tí
Surqué estranjeros procelosos mares
I apartadas rejiones recorrí.

I cada orilla que tocó mi prora
Con labio ansioso preguntar me oyó:
—«¿Aquí, decidme, la ventura mora?»
Mas ¡ai! do quier me respondieron—«¡Nó!

«Id mas allá: no mereció este suelo
Que su áurea planta se imprimiera en él»—
I sin cesar su arrebatado vuelo
Sigue de playa en playa mi bajel.

I nunca abordo a la feliz ribera
Donde me digan:—«La encontraste ya.»
Antes hiere mi oido donde quiera
Ese eterno, terrible—*¡mas allá!*

Así del mundo infante en el misterio,
Anhelando tu asilo encantador,
Las islas de Fortuna i el Hesperio
Jardin buscaba el hombre soñador;

Mas, viendo que en las playas no residas
De su natal Mediterráneo mar,
Mas allá de los términos de Alcides
Tus islas bellas se lanzó a buscar.

I en el remoto piélago de Atlante
Intrépido guiando su timon,
Iba siempre esperando mas distante
El fujitivo umbral de tu mansion.

I en el vasto Pacífico Oceáno,
Tras siglos largos penetró tambien;
Pero sus playas recorriendo en vano,
No halló en ninguna el suspirado Eden.

Mas siempre en lo ignorado todavía
Su fé cifraba i su ilusion tenaz;
I—*¡mas léjos! mas léjos!*—repetia,
I nunca daba a su carrera paz.

Holló comarcas donde reina solo
De eterno estío el implacable ardor
I hasta los hielos últimos del polo
Lanzó el audaz bajel esplorador.

I hoi que el nativo globo descubierto
Por donde quiera el desdichado ve
«¿A qué mar, se pregunta, i a qué puerto
Para encontrar a la Ventura, iré?»

Mas, aunque nunca a poseerte alcanza
I a todos vé su decepcion comun
No se rinde, i fallece su esperanza
I persevera su deseo aun.

Que otra playa le queda donde vaya
De tu hermosura misteriosa en pos
I es la del cielo, esa postrera playa
A donde puso tu morada Dios.

Gozando allí lo que rejion alguna
Le dió del mundo encontrará por fin
Las islas verdaderas de Fortuna,
De las Hesperias el rëal jardin.

I sois vosotras esas islas bellas
Donde el hombre infeliz ha de abordar
Refuljentes, altísimas estrellas,
Doradas islas del celeste mar.

No nos detendremos a hacer notar uno que otro descuido de composicion que la simple lectura de la poesía anterior revelará, sin duda, al lector ilustrado; como quiera que no tratamos ahora de enseñar a niños las reglas de la métrica, sino de diseñar la fisonomía de un poeta, sirviéndonos de las indicaciones que nos suministran sus obras i procurando sorprender en ellas algo que podríamos llamar el tono dominante i la nota primordial de sus inspiraciones.

A este propósito sería interesante traer a la memoria algunas de las composiciones mas notables que ha inspirado a los poetas, por una parte el anhelo de tocar en lo perfecto, i por otra la triste imposibilidad de alcanzarlo. Porque son pocos los verdaderos poetas que no hayan comprendido que ese anhelo es como el distintivo de su noble raza i que no hayan

buscado i encontrado una alegoría mas o ménos injeniosa, bella i poética para significarlo.

Como el tiempo es escaso i el espacio de que podemos disponer limitado, nos contentaremos con recordar las dos mas hermosas alegorías de la vida que conocemos i que son debidas ¡raro contraste i brillante prueba de la identidad del corazon humano! la una a un hijo de la gran república del Norte de América, i la otra a un hijo de la grande autocracia del Norte de Europa—el *Excelsior* de Longfellow i *El carro de la vida* de Pouchkine.

En aquella composicion el representante de la humanidad es un gallardo jóven que, pálido i pensativo, á la hora del crepúsculo, emprende la ascension del monte San Bernardo, llevando en la mano con noble altivez un estandarte en el cual está escrita la palabra: *¡Excelsior!* Sube trabajosamente, deteniéndose un momento a contemplar el tranquilo interior de alguna cabaña de pastores, el fuego que chisporrotea en el hogar, gritando con voz de trueno a la familia reunida: *¡Excelsior!* Un anciano le sale al encuentro para ponderarle las asperezas del sendero i la proximidad de la tormenta, i el jóven le responde: *¡Excelsior!* i continúa su camino. En pos de los consejos de la prudencia vienen las tentaciones del amor. «¡Cuidado! jóven viajero, ¡cuidado!» le grita con dulce voz una hechicera jóven, «¡deten el paso i quédate por siempre conmigo!» Una lágrima brilla en los ojos del peregrino, detiene el paso, exhala un hondo suspiro i, señalando con el dedo la altura, le responde: *¡Excelsior!* Ya sobre la nieve, un audaz cazador hace llegar a los oidos del héroe las últimas

advertencias i las últimas indicaciones de la tempestad que se aproxima; pero todo en vano, que el jóven sigue impertérrito subiendo i desde una elevada roca hace resonar por última vez su voz de marcha: *¡Excelsior!* La mañana siguiente los relijiosos del San Bernardo oyen esa palabra misteriosa resonar en los aires. Guiados por un perro fiel, encuentran al jóven exánime sobre la nieve, teniendo aun en la mano el estandarte i sonriendo como si contemplara una vision celeste. El primer rayo del sol que se levanta viene a iluminar esa sonrisa i a murmurar al oido de los monjes, con una voz anjélica, la divisa del muerto: *¡Excelsior!*

Tal es, vertida a vil prosa, la composicion de Longfellow; i a nuestro juicio la mas hermosa, elevada i feliz inspiracion de este gran poeta.

Pero ántes de hacer notar sus bellezas, pongamos la poesía del poeta ruso a la vista de los lectores, sirviéndonos de una imitacion que hicimos de ella hace algunos años i que, apesar de sus defectos, tal vez se lea con mayor agrado que la esposicion que de ella pudiéramos hacer en prosa.

EL CARRO DE LA VIDA.

I.

El hombre nace, i al abrir los ojos
Al frente el carro de la vida mira:
Sube i al punto impacientado esclama:
¡Cochero, tira!

UNIV. OF CALIFORNIA

La vista tiende hácia adelante i, viendo
Las bellas flores que la tierra brota,
Llegar pretende sin tardanza i grita:
¡Cochero, azota!

Su grato aroma con delicia aspira,
I ya poseerlas codicioso anhela,
I clama, mas i mas la voz alzando:
¡Cochero, vuela!

II.

¡Llegó!.....I en humo, que las flores tórnanse,
Al acercarse con dolor repara,
I grita entónces al veloz auriga:
¡Cochero, pára!

Mas éste, sordo a su clamor, revuelve
La huasca, rauda cual veloce rayo,
I a cada azote silbador repite:
¡Arre, caballo!

Vánse pasando los floridos campos,
Vélos pasar con interior desmayo
Triste el viajante, i el cochero sigue:
¡Arre, caballo!

III.

¡Atras quedaron!—Por piedad, detente,
Grita el viajero, bárbaro, un instante;
I el de la huasca a sus reproches sordo,
Sigue: ¡Adelante!

Las luces huyen, se oscurece el mundo.....
Triste el viajero la cabeza inclina,
I—¡vuelve!—clama al cruel, que sin oirlo,
Sigue: ¡Camina!

Todo se hiela i en silencio yace,
Solo el chasquido de la huasca zumba:
¡Qué veo!— esclama el peregrino i cae
Yerto a la tumba! (1)

El mas somero estudio comparativo de las tres piezas literarias que acabamos de poner a la vista de los lectores, nos permitirá descubrir en ellas sus semejanzas i sus diferencias, sus méritos i sus defectos. Las tres nos presentan una imájen de la vida i son como el compendio de la historia del corazon humano. Anhelo de lo infinito, de lo eterno, de lo perfecto; esperanzas siempre frustradas de encontrar ese ideal tras cada recodo del camino; tributo de lágrimas pagado a los risueños paisajes que invitan al viajero a detenerse; i por fin, la muerte que le sale al encuentro para abrirle las puertas de la eternidad.

Tal es la idea comun espresada en las tres ante-

(1) Véase aquí una traduccion literal de la poesía de Pouchkine, que nos ha servido de modelo:

«Aunque la carga a veces es pesada, el Carro es siempre rápido, el cochero atrevido, el tiempo malo: jamas abandona el pescante.

«Desde la madrugada tomamos un asiento, i sin miedo de estrellarnos, i despreciando la ociosidad i la calma, gritamos: ¡Adelante!.....

«Pero menguan nuestras fuerzas a medio dia: nos sentimos cansados: las cuestas i barrancos nos asustan, i gritamos: ¡Mas despacio, imbécil!

«El carro sigue como ántes. En la tarde casi nada estrañamos: marchamos hácia el ocaso entretenidos por dulces sueños, i el Tiempo sigue guijoneando a los caballos.»

riores alegorías, la idea que puede servirnos de piedra de toque para juzgar del mérito de cada una de ellas.

¿I quién no ve desde luego que Longfellow es verdaderamente incomparable? ¿I quién podria sentirse agraviado viendo nuestra preferencia por una obra que en nuestro humilde juicio raya en los límites de lo perfecto?

El *Excelsior* de Longfellow es un poema i podríamos decir que es el poema por excelencia. El ha logrado condensar en unas cuantas estrofas la historia del corazon humano, i lo que es mas, su historia esplicada, sublimada, alumbrada por la luz del ideal. Ese jóven pálido i pensativo que repecha la montaña, llevando en la mano el estandarte con la misteriosa divisa, i pagando el tributo de sus lágrimas a los hermosos paisajes del camino, hace nuestra propia jornada; pero no la hace como quiera, sino con la viril enerjía de la virtud i con el entusiasmo de la esperanza, batallando, pero venciendo, llorando, pero siempre subiendo i siempre anheloso de subir mas i mas; i si al fin cae exánime sobre la nieve, cae sin soltar su bandera, i si sus labios no pueden ya afirmar su enérjica voluntad de seguir remontándose, una nota anjélica bajada del cielo en un rayo de sol, se encarga de anunciar a los circunstantes asombrados que el viajero ha tocado ya al término de su viaje.

La alegoría de Longfellow es, pues, como se ve, a un tiempo mismo verdad e idealidad, recreo i leccion, poesía i filosofía, pintura i norma de la vida.

La del poeta ruso le es mui inferior bajo este as-

pecto; pero tiene en cambio un gran mérito que la realza: su naturalidad. Es siempre el mismo drama, pero con un personaje mas, con el Tiempo, ese terrible cochero, que azota sin fatigarse nunca i sin preocuparse de los votos i súplicas de aquellos a quienes conduce. Por otra parte la concepcion de Pouchkine es mas vulgar i por lo mismo mas comprensible para todas las intelijencias. Su viajero no es el viajero típico, noble, ilustrado, que marcha voluntariamente, sufriendo siempre, pero siempre avanzando, divisando, proclamando i amando lo ideal; es el hombre comun que, apénas nace, se lanza hácia los mirajes de la dicha terrena, envidiando sus alas a las aves; que en la mitad de la jornada ve disiparse como el humo esos mirajes, i ruega i suplica que se detenga al impasible conductor, i que, abatido por los desengaños, llora al ver que se va alejando para siempre del ruido, de la luz, de la gloria, del amor i de los placeres, hasta que de súbito la muerte aparece a su vista como un profundo foso en el cual se hunden a la vez *caballos i carro i caballero*.

Viniendo ahora a la composicion del señor Althaus, es fácil notar que ella reune hasta cierto punto las cualidades predominantes en las del poeta norte-americano i del ruso. Como en el *Excelsior*, se descubre el ideal; pero no dando el tono, la vida i el movimiento al drama, sino solo por via de deduccion o de desenlace. Como en el *Carro de la Vida*, la ficcion es esencialmente humana i comprensible; pero falta el Tiempo, es decir la fatalidad del viaje, que tanto contribuye a hermosear la alegoría de Pouchkine.

Sinembargo la composicion del poeta peruano tiene tambien una cualidad propia i esclusiva—la grandiosidad, casi rigorosamente histórica de su argumento. Aquí no es un individuo el que se ofrece a nuestra vista como representante de la humanidad; es la humanidad misma. Aquí el viaje no principia i concluye en unas cuantas horas, sino que se verifica en el trascurso de muchos siglos. Podria decirse que el señor Althaus ha ido a su fin por un camino diametralmente opuesto al seguido por Longfellow i Pouchkine; pues miéntras éstos nos dan la historia de la humanidad en un corto viaje realizado por un solo hombre, aquél nos da la historia del corazon del hombre, en el viaje de siglos, realizado por la humanidad en busca de las islas Afortunadas.

Resumiendo, el carácter distintivo en la alegoría de Longfellow es la idealidad, en la de Pouchkine la naturalidad, i en la de Althaus la grandiosidad. Por eso la primera es mas bella i cristiana que la segunda, i ésta mas dramática e interesante que la tercera. Todas, sinembargo, i consideradas en sí mismas, son poéticas i filosóficas revelaciones de la sed de lo infinito que todos los hijos de Adan llevamos en el pecho, i constituyen un título de gloria para sus autores.

III.

Las anteriores reflecciones, que acaso se juzguen demasiado estensas, eran indispensables, no sin duda para caracterizar la composicion titulada *A la felicidad*, que mas arriba hemos trascrito, sino para

dejar clara i sólidamente establecida la norma literaria i la piedra de toque que han de servirnos para juzgar al poeta.

Porque si ser poeta es poseer el don de descubrir el lado por donde todas las bellezas relativas tocan a la Belleza Suma, si la poesía es el arte de fabricar de todas las cosas, materiales i morales, hermosas o deformes, tristes o alegres, grandes o pequeñas, andamios para acercarse a Dios, dejamos ya trazado el camino, i en cierto modo no nos resta mas que sacar las consecuencias de las premisas que hemos sentado. Veamos, pues, si Althaus es poeta en ese sentido, que es el sentido cristiano i recto de la palabra, veamos si, como la abeja que tiene el don de transformar en miel el jugo de todas las flores, él posee i ejercita el don de descubrir el lado por donde cuanto existe toca al ideal, i lo revela, i en cierto sentido lo canta.

Don Clemente Althaus debe tener a la fecha unos 37 años; ha hecho largos viajes buscando la salud, que no le ha sido dado encontrar, cantando, mas que las maravillas del viejo mundo, las memorias de la familia i de la patria ausentes. Vuelto al Perú, no tardó en verlo víctima del atentado de las Chinchas, i esquivar la lucha i diferir indefinidamente la venganza bajo la administracion pusilánime del jeneral Pezet, hasta que por fin, el sol del *Dos de mayo* alumbró la heróica defensa i gloriosa victoria del Callao. Althaus cantaba aun este renacimiento de su patria, cuando la muerte de su señora madre vino a desgarrarle el corazon, echando un velo fúnebre sobre su lira.

Su patria i su madre, son las dos musas a las cuales Althaus debe sus mejores inspiraciones; acaso porque han sido sus dos mas ardientes i desinteresados amores. I nada es mas natural: la patria es para el poeta la imájen del universo, i la madre la mas dulce personificacion de la patria. La patria es el hogar, la amistad, el amor, el relicario, en fin, que contiene todas las prendas a las cuales, por el recuerdo, por la posesion o por la esperanza, está ligado el corazon del hombre. Por eso el poeta la canta tan naturalmente como canta el ave en el árbol por entre cuyas hojas vió llegar, casi deslumbrado, el primer rayo de sol, desde cuyas ramas emprendió el primer vuelo, cuyo fruto fué su primer alimento, cuya florida copa cobijó sus amores, cuya enramada mas densa contiene el nido de sus pequeñuelos. I en cuanto a la madre, ¿tendremos necesidad de decir que sus ojos son las primeras ventanas por donde nos es dado contemplar el cielo, sus cuidados, la manifestacion visible de la Providencia, i su amor, infinitamente tierno i desinteresado, el reflejo mas puro de aquel amor sublime que operó la redencion del jénero humano?

Althaus sintió ese amor con la intensidad de que es capaz un hombre de corazon sensible i de sentimientos delicados, i por eso lo ha cantado dulcemente en diversas ocasiones, ora encareciendo la dicha de disfrutarlo, ora ponderando las inquietudes de la ausencia, ora llorando la indecible amargura en que el alma de un hijo amante queda sumida, cuando la muerte le obliga a dar a su madre el último adios i a recibir de ella la última bendicion. Se com-

prende a primera vista que su amor filial no es de aparato, sino real i profundo; que su madre no aparece en sus versos como una máquina poética, buena para producir ciertos efectos, llenar éste o aquel vacío i redondear tal o cual frase. Hai, sobre todo, en algunas de las composiciones posteriores a la muerte de la referida señora, algunas que no es posible leer con los ojos enjutos i con la voz entera; signo inequívoco de que el poeta al escribirlas no hizo mas que trasladar al papel los sentimientos de su corazon.

Por lo demas casi es escusado advertir que el poeta sabe trasformar su dolor en escala para subir al cielo. Ve la distancia infinita que lo separa de su adorada madre; pero ve tambien el puente que puede franquearle el paso de ese abismo. Sabe que el objeto de su amor vive, i espera reunírsele para no separarse mas. Por eso bendice la fé que le enseñó su madre, i maldice la incredulidad de que su enseñanza, i acaso mas su ejemplo que su enseñanza, ha sabido preservarlo. Por eso en medio de su dolor esclama:

¡Ai! yo maldigo esa fatal creencia
Que al negro cetro de la muerte impía
Sujeta el alma i nuestra amarga ausencia
Por una eternidad dilataria!
Mas la promesa de esa fé celeste
Que tú enseñaste a mi niñez bendigo,
Pues me muestra otro mundo despues de éste
Donde por siempre me uniré contigo!

¡Unica luz que divisa el alma huérfana entre las

tinieblas de la horfandad i razon bastante, aunque no existiera ninguna otra, para maldecir al materialismo i combatir sin tregua a sus crueles e insensatos sectarios!

Ni son inferiores las poesías en que Althaus llora las desgracias de su patria, excita el ardor guerrero de sus conciudadanos, o canta el denuedo con que resistieron a la escuadra española el *Dos de mayo.* Sobre todo en el canto que lleva este título, hai estrofas en que la gallardía de la forma corresponde a un verdadero entusiasmo lírico.

Sinembargo, nos agrada mas todavía la triste inquietud con que el poeta observa las siempre renacientes discordias interiores del Perú. Esa inquietud es como una espina que lleva en el pecho i que no lo deja sosegar. Los desastres que causa la guerra civil, la sangre que cuesta, i el obstáculo casi insuperable que opone al progreso de un pais tan privilejiado por la naturaleza, no se apartan un momento de la imajinacion de Althaus, i aparecen dando un tinte melancólico a casi todas las poesías compuestas en el trascurso de sus prolongados viajes.

A pesar de ello, Althaus no es un poeta político. Despues de leer la abundante coleccion de sus poesías, nos hemos preguntado en vano cuál es el partido a que pertenece, o siquiera, cuál es el ideal político que juzga preferible. Sabemos que ama la paz, la libertad, el progreso, el órden, la relijion; se ve bien que detesta la guerra civil, las asonadas i motines, que desconfiando de la dictadura, la acepta, sinembargo, como conveniente en especiales circunstancias; pero si se descubre fácilmente lo que

el autor del libro juzga digno de alabanza i de vituperio en los acontecimientos políticos de su pais, si se ve arder en su alma el fuego del patriotismo, no se descubren convicciones políticas ni el trabajo filosófico del hombre que, poco satisfecho con bendecir lo bueno i anatematizar lo malo que se hace, trata de elevarse a las causas primeras que perpetúan el mal, sirviendo de obstáculo a la realizacion del bien. En dos palabras, nos parece que en todo aquello que se relaciona con los acontecimientos políticos del Perú, Althaus, jime o canta, bendice o anatematiza como las aves, instintivamente, sin ningun criterio seguro que le sirva para esplicarlos i juzgarlos.

Ahora bien, no es esa la mision del poeta, sobre todo del poeta de este siglo i de este continente. Aquí, donde podria decirse que mas se peca por ignorancia que por malicia, el poeta debe poner en su poesía toda su imajinacion, toda su sensibilidad, todos sus instintos; pero tambien toda su intelijencia. En América no basta cantar dulce, honrada i patrióticamente; es necesario cantar, ademas, sábiamente. *Psallite sapienter!* dice con admirable concision David en uno de sus salmos.

De aquí no se deduce que, en nuestro concepto, el poeta americano, para cumplir con su mision, deba echarse a rimar sistemas i leyes i constituciones políticas, ni a prostituir las galas de la poesía prodigándolas a los pequeños héroes i a los pequeños intereses de partido. Nó, no queremos ver reforzada la gárrula caterva de los politiqueros de oficio con el brillante grupo de los adoradores de lo bello; pero sí, queremos verlos constituirse en poderosos ausi-

liares de la buena, de la elevada, de la verdadera política. Quisiéramos verlos consagrados a tarea mas provechosa i patriótica que la de celebrar los faustos sucesos i llorar las públicas calamidades, subiendo de los acontecimientos a sus causas, señalando con toda precision el mal i el remedio, sirviéndose del poderoso instrumento de persuasion i seduccion con que Dios se ha dignado favorecerlos, para guiar a sus hermanos por los senderos del progreso.

I no se diga que ese papel no corresponde a los poetas sino a los políticos; porque no hai vocacion que exima a un buen ciudadano del deber de llevar la ofrenda del patriotismo al altar de la patria. Si el estadista lleva a ese altar sus desvelos, el orador su elocuencia, el soldado su sangre, el diarista el jugo de su cerebro, el poeta debe llevarle a un tiempo mismo las flores de su imajinacion i los frutos de su intelijencia.

Hasta ahora Althaus no ha tenido a bien pagar a su patria mas que la primera de esas ofrendas. ¿Por qué?—Difícil es saberlo. Talvez las miserias de las luchas civiles i el espectáculo de los contínuos escándalos, apostasías i bajezas de los que viven haciendo de la política un juego entre tramposos, ha concluido por inspirarle una invencible repugnancia. Talvez su temperamento poético no le permite encontrar la inspiracion sino en la calma del espíritu i en la tranquilidad del ánimo, incompatibles con las ajitáciones de la política. Acaso le ha faltado salud o vocacion para entregarse al estudio de los problemas sociales i no ha podido por lo tanto descubrir un ideal i trazarse un camino para alcanzarlo.

Sea como fuere, i ya hayan sido los medios, ya la voluntad lo que ha faltado a Althaus para entrar en ese campo lleno de emboscadas i espinas, para pelear la batalla de la vida, nosotros no podemos ménos de hacer votos por que se decida a llevar a él el continjente de su patriotismo. Esto puede hacerlo sin abandonar su propósito *de no ser mas que poeta*, como nos cuenta en el Prólogo de su libro que algunos le han echado en cara. Puesto que el cielo ha querido en cierto modo compensar sus padecimientos físicos i morales, dándole los medios (gracia, acordada a mui pocos), de seguir las inclinaciones de su talento, sea en buena hora poeta i nada mas que poeta; pero complétese a sí mismo, dando a sus producciones un carácter mas práctico, filosófico i útil. Acuérdese, cuando anatematice el despotismo o la anarquía, que ellos nó son mas que resultados de premisas ignoradas jeneralmente por los déspotas i demagogos; i no olvide, cuando trate de manifestar el interes que su patria le inspira, aquel antiguo adajio que dice: Obras son amores, que no buenas razones.

IV.

Las dos fuentes de inspiracion poética que acabamos de señalar, por abundantes que sean, no son ni con mucho, las únicas en que Althaus se haya surtido; al contrario, son tantas i tan diversas las composiciones reunidas en el grueso volúmen de que nos ocupamos, que resisten a toda clasificacion.

Aun la simple lista de las que hemos marcado como mejores, talvez seria fastidiosa para los que la leyesen, sin tener a la mano el libro i poder esplicarse así nuestra preferencia.

Señalemos sinembargo una que otra.

La titulada *Castigo*, sencilla i patética en el fondo, está correctamente ejecutada. ¡Lástima que la idea no sea orijinal del autor, como al ménos nos lo hace sospechar el recuerdo vago de haber leido, no sabemos si en prosa o en verso, el mismo suceso que le sirve de tema!

La pieza titulada *A frai Luis de Leon*, a la vez que un digno tributo de alabanza pagado a aquel insigne maestro, es una prueba de la atencion con que Althaus ha estudiado sus obras, i juntamente con las suyas, la de los demas poetas del siglo de oro de la literatura española. El vate del Rimac llama familiarmente *mi poeta* al inmortal vate del Tormes, i el mismo canto en que lo elojia, es una prueba de que, a fuerza de amarlo i estudiarlo, ha adquirido nobles títulos a tan honrosa amistad. Nos imajinamos que la predileccion de Althaus por el cantor de la vida del campo, se esplica mas que por los méritos de éste, por cierta semejanza de gustos i de caractéres que salta a la vista. Talvez Althaus no desea ménos vivamente que lo que deseó el ilustre agustino disfrutar de la quietud del ánimo en medio del sosiego de la naturaleza; talvez en mas de una ocasion ha cifrado su dicha en pasar la vida blandamente recostado *cabe la linfa de fontana pura, ni envidioso ni envidiado* oyendo

El cántico sabroso, no aprendido
De avecilla parlera
I aquel manso ruido
Que del oro i del cetro pone olvido.

Pero está escrito que la vida es batalla i que la vida es sueño: sueño de felicidad que nunca llega, o batalla con la realidad que nos aplasta. Así los comisarios del Santo Oficio encerraron en un calabozo a frai Luis de Leon, donde estuvo cinco años aplastado por la ignorancia i por la calumnia; así Althaus ha vivido alejado de su pais por las dolencias físicas, oprimido por las visitas que ha hecho la muerte a su hogar i la discordia a su patria.

La oda *A Dios* es notable por la elevacion de las ideas i la correccion i armonía de los versos. Tiene algunas hermosas descripciones i revela una fé sólida i un verdadero entusiasmo poético.

Superior aun es la que lleva por título *El desahuciado*, en nuestro concepto de las mejores del volúmen. Se conoce que Althaus nos revela en esta composicion sentimientos que ha esperimentado; que al contarnos los terribles combates que se dan en el alma del jóven moribundo la intelijencia que le dice: ¡Es preciso partir!—i el corazon que se aferra a la vida, su testimonio es el de un testigo ocular, i mas aun, de un testigo esperimerimental: *Quorum pars magna fui!*

El desahuciado está en el balcon. Es un domingo a la hora del crepúsculo. Impongámonos de algunos de los pensamientos que pasan por su mente.

Ya numerosa familia
Pasa: de la mano asidos
Van delanteros dos bellos
Graciosos, riëntes niños;

Uno de pecho, en el hombro
Durmiendo sueño tranquilo
Lleva la fuerte nodriza
Pendiendo a un lado el bracito;

I al fin, del brazo enlazados,
Pasan esposa i marido
En la idolatrada prole
Los atentos ojos fijos:

I ese gallardo mancebo
Lleno de lozanos brios,
Cuyo aspecto bien declara
Que cuenta mis años mismos:

¡Cuánto me alegro al mirarle
I cómo despues me aflijo
Cuando con él me comparo
I su lozanía envidio!

Con un báculo en la mano
Pasa ya corvo mendigo,
Que aunque debió precederme
En el eterno camino,

Verá mis yertos despojos
Llevar al postrer asilo,
I Dios le dará que sumen
Sus lentos años un siglo.

Pero ¿qué miran mis ojos?
¡Valor, oh cielos, os pido!
Luciendo gracia i belleza
I virjinal atavío,

Una hechicera doncella
Alza acaso el rostro lindo
De la salud en la viva
Alegre púrpura tinto,

I me mira; mas al verme,
Retrato de aparecido,
I al ver mis hundidos ojos
I enjuto rostro amarillo,

Los ojos aparta al punto
En pronto ademan esquivo
Donde al espanto se mezclan
De la compasion los visos,

La crüeldad inocente
De tu horror irreflexivo
Te perdono, bella jóven,
I mi bendicion te envío:

Sé feliz; i digno esposo
Amante amado contigo
La excelsa ventura goce
Que yo gozar no he podido.

En lloro ardiente deshecho
Del balcon el pié retiro
I mi solitario lecho
De nuevo angustiado oprimo.

.....

En tan profunda afliccion
En tan horrendo martirio
Tú sola, Relijion santa,
Ser puedes mi dulce alivio.

¡Aí de mí! si verdad fuera
El insensato delirio
De los que matan el alma
Con el cuerpo fujitivo!

.....

¿Qué fuera de mí en tal trance
Si a tan triste error impío
Entrada en la ciega mente
Hubiera yo concebido?

Desesperado, demente,
I de mí propio enemigo,
Dando furiosos bocados
En mis miembros doloridos,

Con altos gritos muriera
Ya desde el mundo precito,
Cual del venenoso diente
De rabioso can mordido!

Se podria desear talvez un poco de mas soltura en el romance i notar sin trabajo la redundancia e impropiedad de algunos adjetivos; pero el cuadro es poético, las reflecciones naturales i los sentimientos tiernos i delicados. Tampoco falta el arranque del alma hácia el infinito, ni la afirmacion enérjica del ideal que, como lo hemos ya probado, es la condicion necesaria de la verdadera poesía.

Viene despues una buena *Sátira* contra los poetas llorones, a quienes lanza Althaus algunas verdades de a folio, por supuesto mui merecidas. Un poco mas adelante, en una pieza titulada *Demócrito i Heráclito*, se muestra partidario del justo medio entre la risa i el llanto sempiternos.

Quien siempre rie es porque siente poco,
Quien siempre llora demasiado siente:
Si el risueño Demócrito era un loco,
Era otro loco Heráclito doliente.

Esta teoría del justo medio o mejor de la alternabilidad entre la risa i el llanto puede sin duda servir de norma a uno que otro privilejiado injenio, que se sientan con las dotes necesarias para hacer llorar o reir segun su voluntad a los lectores; pero el número de esos tales es mui escaso i la regla mas segura que puede darse es que cada cual siga las peculiares tendencias de su espíritu, no procurando balancear los jemidos con las carcajadas, sino riendo o llorando segun sienta disposicion a la risa o al llanto i solo miéntras dure esa disposicion.

Hai tambien en el volúmen que analizamos dos leyendas (*Cristina* la una, *Cármen i Rafael* la otra) que contienen mui buenos versos; pero cuyos argumentos ofrecen poca novedad e interes.

No faltan los buenos sonetos: los titulados *A un ateo* (179), *A un cóndor enjaulado* (201), *A Colon* (332), *La tristeza* (241) son notables, o por la idea dominante, o por la felicidad de la ejecucion, o por una i otra circunstancia a la vez.

Tenemos aún marcadas muchas poesías sobre las cuales nos habiamos propuesto llamar la atencion de los lectores; pero debemos apresurarnos i poner término a esta breve reseña. No será sinembargo sin dar, en nombre de la patria chilena, las mas cumplidas gracias a Althaus por los fraternales i jenerosos sentimientos que ésta le inspiró en sus dias de prueba, dando al Perú, en las valientes estrofas tituladas *Ayuda a Chile*, consejos de lealtad, de americanismo i de previsor patriotismo.

Copiemos al ménos las dos últimas:

¿I será que mi patria en dar vacile
La noble ayuda que su hermana dióla?
Si provocó la cólera española
Por venir a su voz, la heróica Chile,
¿Dejarla puede abandonada i sola?

¡Ah! si no por amor, por su decoro
I por lavar la afrenta que lo enloda,
Hoi que la asedia la venganza goda,
Darle el Perú sus naves, su tesoro
Debe, i sus hijos i su sangre toda!

V.

El volúmen concluye por un drama en cinco actos titulado *Antioco*. Lo sustancial de su argumento, sus principales personajes i aun muchas de sus escenas pertenecen, como el mismo Althaus lo advierte oportunamente en una nota, al dramático español don Agustin Moreto i Cabaña. En efecto, leyendo la pie-

za de Althaus i la del citado poeta español que lleva por título *Antioco i Seleuco*, como se lee en las ediciones mas antiguas, o *A buen padre mejor hijo*, como se lee en las mas modernas, se ve que aquella no es otra cosa que una buena imitacion de ésta.

Althaus, quitando a la comedia de Moreto el *gracioso*, personaje obligado en la época en que éste escribió, con el preciso acompañamiento de sus mas o ménos salados, pero jeneralmente importunos chistes, abreviando ciertos monólogos o relaciones demasiado largos, dando al verso un corte mas moderno i modificando una que otra escena, ha realizado con felicidad una obra que nosotros tenemos por difícil i que muchos estiman imposible i en todo caso temeraria.

En efecto, es opinion arraigada, especialmente entre los admiradores entusiastas del antiguo teatro español, que las comedias de Calderon, de Rojas, de Alarcon, de Lope de Vega, de Moreto, etc., deben conservarse como huesos de santo, para admirarlas i venerarlas, libres de imitaciones, de enmiendas i de retoques. Entre tanto es un hecho que muchas de esas comedias tienen argumentos admirablemente dramáticos i abundan en escenas de un cómico incomparable; i es un hecho todavía que apesar de esos primores no pueden representarse en nuestros teatros, por lo enmarañado del enredo, la desmesurada estension de ciertas esposiciones i relaciones, lo indecente de ciertos chistes, lo exajerado de tal o cual sentimiento, etc.

¿No sería posible, nos hemos preguntado muchas veces, acuñar de nuevo esas monedas preciosas que

ya no tienen circulacion? ¿I no ganarian las letras si los aficionados a ellas, en vez de ofrecer a los grandes dramaturgos españoles el homenaje de una admiracion estéril, despues de un detenido estudio, hiciesen desaparecer de sus obras las imperfecciones del tiempo, dándonos en nuestro propio idioma cuanto en ellas lleve la marca del jénio, es decir la marca de la inmortalidad?

Es esta una pregunta que muchas veces nos habíamos hecho i cuya contestacion encontramos en el *Antioco* del poeta peruano. El no ha temido acometer la difícil empresa i no tiene por qué arrepentirse de haberla acometido. No diremos que su *Antioco* valga mas que el *Antioco* de Moreto; lo que sí afirmamos es que aquél es representable i que éste no lo es, como no lo es acaso hoi dia ninguna comedia del antiguo teatro español.

Hemos comparado cuidadosamente la comedia de Moreto con el drama de Althaus, i de esa comparacion hemos sacado el convencimiento de que si la restauracion del antiguo teatro español es una empresa que exije en los que la acometan gusto literario i dotes poéticas nada comunes, está mui léjos de ser una empresa imposible. A los que no participasen de nuestra opinion les aconsejaríamos leyesen el *Antioco* de Moreto retocado por Althaus. Esta lectura les demostraria pronto como es que, dejando intacto el argumento de una comedia antigua, se puede, aun cuando se trate de la obra de un maestro, quitarle mucho i agregarle algo, sin quitarle nada que se eche de ménos ni agregarle nada que se encuentre de mas.

El ensayo hecho por Althaus con el *Antioco i Seleuco* de Moreto tiene, pues, el indisputable mérito de mostrar que no es de todo punto inaccesible ni ingrato el campo de las imitaciones, o adaptaciones a la sociedad actual de las antiguas comedias españolas; i si nos fuera lícito, no diremos dar un consejo, pero al ménos emitir aquí un deseo, lo espresaríamos haciendo los mas sinceros votos por que Althaus quiera i pueda estraer con frecuencia en lo sucesivo nuevos tesoros que lanzar a la circulacion, resellados por su buen gusto, de ese inagotable *emporium* inesplotado hasta ahora, ya a causa del alejamiento desdeñoso de los que no lo conocen, ya del casi relijioso temor con que se le acercan los que, conociéndolo, se sienten mas dipuestos a reverenciarlo que a esplotarlo.

LOS PRECURSORES

DE LA

INDEPENDENCIA DE CHILE,

POR MIGUEL LUIS AMUNATEGUI,

MIEMBRO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA I HUMANIDADES. (1)

(*La Estrella de Chile*—enero 15 de 1871.)

TOMO I.

I.

Por la imprenta de *La República* se ha publicado el primero de los dos tomos de que constará una nueva obra escrita por el señor don Miguel Luis Amunátegui sobre la historia nacional i que lleva por título: *Los Precursores de la independencia de Chile.*

Hace algunos minutos que hemos doblado, no sin pena, la última hoja del libro del señor Amunátegui,

(1) Un volúmen de 355 pájinas.—Santiago.—Imprenta de *La República.*—1870.

i con la pluma en la mano ya, vacilamos todavía entre dejarla correr libremente al hilo de nuestras impresiones i volverla a sumerjir en el tintero.

El nombre del autor i el título de la obra nos aconsejaban lo último.

Lo que debemos a nuestra sinceridad i a los lectores de *La Estrella de Chile* nos han decidido a lo primero.

II.

Nada mas sencillo i comprensible que el plan de la obra. El señor Amunátegui se propone relatar los esfuerzos i sacrificios de todo jénero que hicieron los primeros chilenos que sintieron bullir en su mente las ideas de libertad i patria, para despertar a sus conciudadanos del sueño letárjico en que mañosamente los habia mantenido durante siglos la política española i lanzarlos a los gloriosos combates de la independencia. Pero, como no es posible calcular la magnitud de una empresa, ni los méritos de los que logran llevarla a término feliz sin conocer ántes las dificultades que se oponian a su realizacion, el señor Amunátegui ha empezado por describir en el primer tomo, minuciosamente i a lo vivo, los obstáculos que se oponian a la revolucion, reservándose decirnos en el segundo cómo i por quiénes esos obstáculos fueron superados.

Ántes, sinembargo, de entrar a revelarnos lo que era la vida colonial para deducir de ella la gloria de los precursores de la revolucion i la gratitud que les

debemos, plantea el autor la gran cuestion del libre albedrío, aplicada a la historia de las naciones.

¿Tiene el hombre en sus manos los hilos de los acontecimientos como lleva el jinete las riendas del dócil bruto en que cabalga, o bien no tenemos en la marcha de la humanidad otra parte que la que tenemos en la marcha del tren cuando viajamos arrastrados por la fuerza de una locomotora? En otros términos, ¿la humanidad es una planta que jermina i se desarrolla, es un rio que se desliza por un cauce abierto de antemano, es un astro que jira, o bien es una nave que no recibe el rumbo de los vientos ni de las olas, sino de la iniciativa intelijente i libre de los que la tripulan? ¿Tenian razon los paganos cuando echaban la responsabilidad de los sucesos sobre los hombros del Destino, o la tenemos nosotros los cristianos cuando afirmamos que el hombre lleva dentro de su corazon i de su intelijencia los destinos temporales i eternos de su raza?

Tal es la cuestion que plantea i resuelve en el sentido cristiano el señor Amunátegui i a la cual dedica el capítulo primero de su libro. La humanidad no es arrastrada por las fuerzas físicas i sociales, como el planeta por las leyes de la gravedad, o siquiera como el viajero por la locomotora; pero, por desgracia, tampoco sería exacto afirmar que dirije a su arbitrio los sucesos como el jinete que guia libremente su corcel.

La verdad se halla entre estos dos estremos. El hombre no es un rei, pero tampoco un fardo. Si el medio en que vive influye sobre él, tambien él influye sobre cuanto le rodea. Al nacer no puede escu-

sarse de recibir la herencia de sus antepasados sin beneficio de inventario, i al morir no puede tampoco hacer que se borren todas las huellas de sus pasos i que todas sus obras i las consecuencias de éstas sean enterradas con su cadáver.

Es esta una teoría tan racional como consoladora, que nosotros aceptaríamos sin reserva si no creyéramos que hai todavía, aun sobre la libertad humana i sobre las influencias físiças i sociales, una altísima diestra que posee el privilejio de hacer servir a sus designios la libertad humana sin çoartarla, i las influencias físicas i sociales sin quebrantar por eso las leyes del mundo moral ni las leyes de la naturaleza.

III.

Despues de esponer así en el capítulo primero teóricamente su pensamiento sobre la filosofía de la historia, entra el autor a manifestarnos, apoyándose en documentos numerosos, la confirmacion visible que esta teoría recibió con el éxito feliz de nuestra gran revolucion apesar de las precauciones esquisitas que se habian tomado para prevenirla.

El señor Amunátegui estudia la sociedad colonial bajo diversas faces: ha ido a sorprender en los antiguos manuscritos i en los empolvados infolios el plan político del gobierno español i los sentimientos, las ideas i las preocupaciones de nuestros abuelos. En este trabajo de exhumacion el autor ha procedido no solo con celo sino con *amore*. Escarba los basurales con paciencia admirable, busca i rebusca las peque-

ñeces i las miserias de los siglos pasados i, en vez de cubrirlas respetuosamente, como el buen hijo de Noé cubrió la desnudez de su padre, se rie de ellas con la mas sincera alegría. A estarnos a lo que el señor Amunátegui afirma, Chile durante la colonia fué un enorme pajar en donde los habitantes dormian una perpétua siesta, apénas interrumpida por uno que otro capítulo de frailes, por una que otra competencia entre las autoridades o por cuestiones de comadres.

Esta pintura puede ser exacta en lo que contiene; pero indudablemente no lo es si atendemos a lo que le falta. Entre la colonia i la república habia, sin duda, un abismo; pero este no era, por fortuna, un abismo sin puente, como aparece del libro que analizamos.

El señor Amunátegui, que comienza declarando que en los acontecimientos humanos el hombre comparte la iniciativa, la direccion i la responsabilidad con las influencias sociales i físicas, ¿cómo es que pudo escribir los ocho capítulos de que consta su libro sobre las miserias de la colonia sin advertir que al mismo tiempo borraba la teoría que acababa de sostener en la introduccion? ¿Cómo no comprendió que, a fuerza de cavar la tierra a los piés de sus héroes para darles una colosal estatura, se esponia a dejarlos suspendidos sobre el vacío?

La doctrina de la jeneracion espontánea es tan falsa en el mundo moral como en el mundo físico; i, si no basta la voluntad del hombre para fecundizar la tierra que no haya recibido en su seno semillas de su propia mano o de manos de la naturaleza, no bas-

ta tampoco esa voluntad, por poderosa que sea, para realizar una revolucion tan radical i completa como fué la revolucion de la independencia.

Entre la premisa i la consecuencia del señor Amunátegui, hai, pues, lo que podríamos llamar una solucion de continuidad. Solucion de continuidad manifiesta ya entre la introduccion de la obra i su primer tomo; solucion de continuidad que separará fatalmente éste del segundo.

En efecto, para mantenerse fiel a su teoría, el autor, al referirnos la historia de la colonia, debió señalarnos, no solo lo que en ella dificultaba la revolucion, sino tambien las causas que la venian preparando, mas o ménos ocultamente, pero de una manera real i positiva. Si hubiera seguido este camino, el lector al doblar la última hoja del tomo primero, no habria pensado involuntariamente, como hemos pensado nosotros al doblarla: ¡La vida, la libertad, la independencia de ese pueblo están a mas de mil leguas de distancia! ¡Será tan imposible desterrar de la mente de esos estúpidos colonos el dogma de la majestad real como el dogma de la existencia de Dios!

¡I sin embargo, de súbito, sin causa, casi por obra de majia, aquel dogma desaparece i el pobre injenio de colonos serviles, ignorantes i somnolientos, se transforma en un pueblo de demócratas, de ciudadanos i de héroes! Esto puede ser hermoso como contraste; pero ni es mui filosófico, ni mui exacto, ni mui satisfactorio. Los hombres pensadores no podrán aceptar jamas como causa de una gran revolucion la voluntad de unos cuantos hombres de corazon jeneroso i de intelijencia sobresaliente. Si esos

hombres no hubieran llegado a la hora oportuna, si su voz no hubiese encontrado eco en la sociedad que los rodeaba, si al predicar la cruzada de la libertad no se hubiesen hecho intérpretes de aspiraciones profundas i hasta cierto punto jenerales, sus esfuerzos habrian sido estériles: habrian podido morir en un patíbulo víctimas de sus convicciones; jamas habrian podido hacer una revolucion i sacar un pueblo de un rebaño.

El tomo que tenemos a la vista es una historia de la vida colonial, en todo lo que esa vida tenia de monótono, de ridículo i de pequeño. Es, a la par de una caricatura, una miniatura. Puede ser que el retrato se parezca al orijinal; pero lo que tenemos por evidente es que hai en ese retrato facciones contrahechas, facciones apocadas i facciones omitidas.

¿Nos engañamos? Entónces, i sea dicho con sinceridad, no comprendemos, mirando alternativamente a la madre i a la hija, el secreto de una filiacion tan estraordinaria, por mas que se pondere la habilidad de los médicos que presidieron al alumbramiento.

Si la colonia era lo que asegura el señor Amunátegui i si no era mas que lo que asegura, la colonia debió ser eterna. No se esplica la ruina de un edificio de granito con decir que algunos hombres esforzados se propusieron empujarlo hasta echarlo por tierra.

IV.

Se comprenderá fácilmente que no tengamos ni los medios ni la voluntad de llenar el vacío a que acabamos de referirnos. El estudio de las causas visibles i latentes, sociales i políticas, que produjeron i hasta en cierto modo hicieron necesaria la revolucion de la independencia, seria uno de los estudios mas interesantes i elevados que podrian acometerse; pero que por desgracia no estamos en situacion de acometer.

Pero, si no podemos suplir lo que falta al libro de que nos ocupamos, podemos i queremos indicar algo de lo que hai en él de exajerado i excesivo.

El señor Amunátegui que, segun uno de sus biógrafos, es sumamente tímido para acometer reformas, prohijar ideas nuevas i combatir preocupaciones poderosas, revela una intrepidez inaudita cada vez que se trata de luchar contra muertos. Nadie lo ha igualado en ardor para combatir la monarquía, que no tiene en Chile un solo partidario. Nadie lo excederá tampoco en dilijencia para poner de relieve todo lo que habia de pequeño, de ridículo i de miserable en la época colonial, hace ya tantos años enterrada.

En verdad, no esperábamos que sobre este particular el señor Amunátegui se resignase a seguir dócilmente las huellas del señor Vicuña Mackenna. Sin tener, como se comprenderá fácilmente, ni en nuestra intelijencia ni en nuestro corazon lazos de ningun jénero que nos liguen a la colonia, nos ha cho-

cado siempre cierto tono burlesco i a veces chocarrero, que va haciéndose de moda cada vez que se habla de sus hombres o de sus sucesos. Ese tono desdice de la seriedad de la historia i en ocasiones el deseo de justificarlo puede arrastrar a los que lo emplean a lijerezas incomprensibles i a exajeraciones evidentes.

Para patentizar la anterior observacion, i al mismo tiempo, para comprobarla, pongamos un ejemplo.

Leemos en la páj. 321:

«Entre los bandos que solian publicarse con gran solemnidad, a son de caja i con aparato de guerra, habia algunos como los que siguen:

«En mayo de 1787, gobernando don Tomas Alvarez de Acevedo: se hacia saber de real órden a todos los estantes i habitantes de Chile un remedio infalible contra las niguas, que consistia en untar con aceite de olivas sin calentar la parte del cuerpo donde se hubiesen pegado, lo bastante para matarlas i para que se desprendiesen las bolsillas que las contenian. Este remedio habia sido descubierto por un arzobispo de Santa Fé.»

«En diciembre de 1793 se recibian de la corte seis ejemplares de una receta para la curacion de los dolores reumáticos, venéreos i escorbúticos, que se habia practicado con éxito en Nueva Orleans.»

Hemos tomado, como se ve, dos hechos de los mas ridículos que contiene el libro que analizamos, que el mismo autor estima como tales, presentándolos como característicos de la sociedad colonial. I a la verdad que si hoi viésemos pregonar por bando, a son de caja i de órden del supremo gobierno, al-

gun remedio contra las niguas o los dolores reumáticos, tendriamos por cosa cierta que los que tal hubiesen mandado habian perdido la razon.

Meditemos, sinembargo, un momento.

Hoi, recorriendo la seccion de *Hechos Diversos* del diario que leemos, hemos encontrado la noticia de haberse descubierto por el doctor N. de Nueva York un remedio eficaz contra las chinches, remedio que consiste sencillamente en poner los muebles o ropas infestados en contacto con un hormiguero.

Al imponernos de esta receta, hemos dudado de ella o la hemos creido de difícil aplicacion, o hemos seguido adelante sin abrir dictámen; pero hemos estado mui léjos de juzgarla ridícula o impropia de la crónica de nuestro diario.

Pues bien, supongamos ahora que no hai en Santiago doctores, ni diarios, ni bibliotecas, ni carteles, ni medio alguno, en fin, de hacer llegar hasta el pueblo las noticias ¿qué tendria de singular, de ridículo o de grotesco que se divulgasen de la única manera posible?

Recordemos que durante la colonia no habia otro órgano de publicidad que el escribano, i que este funcionario tenia entónces mas de un punto de contacto con nuestros cronistas. Tengamos presente el aislamiento en que se vivia entónces, la ignorancia casi jeneral, la falta de medios de comunicacion con el resto del mundo, i se comprenderá el por qué de ciertas cosas que hoi nos parecen a primera vista incomprensibles, i cómo esos bandos tan ridículos, pudieron ser útiles i mui bien recibidos en su tiempo, ni mas ni ménos que como hoi se recibe un

informe del Protomedicato sobre la *trichina*, o una nota de la Sociedad de Farmacia sobre las *Serpientes de Faraon.*

Don Jaime Balmes observa en su *Criterio* que la máxima «*piensa mal i no errarás*» es tan contraria a la caridad como a la sana razon.

¿No sería oportuno recordar esta juiciosa observacion a ciertos historiadores que nunca vuelven los ojos hácia el pasado, sino para notar sus pequeñeces, sus miserias i sus errores, i ofrecerlo despues en espectáculo de escándalo, de irrision i contraste ante una sociedad siempre dispuesta a burlarse de los que no participan de sus ideas, de sus costumbres i preocupaciones i a aplaudir a los que la encomian i adulan?

Esta candorosa suficiencia para citar como reo al pasado ante el tribunal del presente, como álguien lo ha dicho ántes que nosotros, revela en el historiador cierta superficialidad de miras mui poco compatible con su noble mision. I, en efecto, los que adoptan semejante procedimiento olvidan que no puede establecerse una ecuacion entre el pasado i el presente sin incurrir a la vez en una injusticia i en un absurdo, ya que el presente no es otra cosa que una suma compuesta de esos infinitos sumandos sucesivos que forman el pasado; idea que espresaba mui pintorescamente lord Macauley cuando decia que los historiadores a que nos referimos le traian a la imajinacion ciertos niños traviesos i regalones que montados a horcajadas sobre el cuello de sus padres i mirándolos de alto a bajo, suelen esclamar con infantil orgullo: *¡Somos mas grandes que papá!*

Sin duda que el pasado aparece mui pequeño com-

parado con el presente; pero es porque el presente cabalga, por decirlo así, sobre los hombros del pasado.

V.

Lo que a nuestro juicio agrava el defecto que notamos i hace mas injustificable esa malévola i minuciosa espurgacion de los años que fueron, es el enlace, débil casi siempre i nulo a veces, que existe entre el procedimiento i el objeto ostensible que el autor se propone. Si, como hemos creido comprenderlo, el señor Amunátegui, en el libro de que dàmos cuenta, ha tratado de manifestarnos todos los obstáculos que se oponian a la revolucion, nos atrevemos a pensar que hai en el tomo primero mas de un capítulo perfectamente inútil para la realizacion de tal propósito.

No haremos hincapié en lo que el señor Amunátegui llama con tanta insistencia *el dogma de la majestad real*; aun cuando en los capítulos que ha dedicado al asunto el autor se muestra mas celoso por probar su tésis, amoldando a ella los hechos, que dé esponer éstos, dejando al lector el grato trabajo de deducir las consecuencias; pero, sí, nos atrevemos a preguntar a todo hombre juicioso i despreocupado: ¿cómo la facilidad que tenian los conquistadores i sus descendientes para ver en todas partes prodijios, verdaderos o imajinarios, realizados en su favor podia constituir un obstáculo para la revolucion? En hora buena que los conquistadores creyesen en con-

sejas, i que viesen casi en todas partes marchar a la Vírjen María i al apóstol Santiago a la vanguardia de sus diminutos escuadrones; mas en verdad que no se nos alcanza cómo esta credulidad excesiva, este fanatismo, esta pretension de contar con la ayuda del cielo haya retardado o dificultado el advenimiento de la independencia i de la república.

Si los españoles creian firmemente que el cielo los ayudaba de un modo sobrenatural i maravilloso, era por cuanto ellos se proclamaban defensores i propagadores de la única relijion verdadera. Venian a conquistar nuevos imperios para la fé de Cristo, a derramar entre los jentiles la luz del Evanjelio, a plantar la cruz en un mundo que la desconocia, ¿qué mucho entónces que se creyesen especialmente favorecidos por Dios i por sus santos? Pero si esos fervorosos creyentes del siglo dieziseis hubiesen vivido con su misma fé relijiosa a principios del presente siglo, ¿qué obstáculos les habria ella presentado para abrazar la causa de la revolucion i proclamar la independencia? La fé ardiente i aun poco ilustrada de muchos de los que vivian en 1810 ¿les impidió acaso formar en las filas de los insurjentes i merecer el nombre de padres de la patria?

La fé, i aun si se quiere el fanatismo relijioso de los conquistadores, desempeñó, sin duda, un papel importante en la sociedad colonial, de tal manera, que no careceria de interes, nó la narracion prolija de la crónica milagrosa de aquellos tiempos, como la intentada por el señor Amunátegui, sino el estudio de sus consecuencias i efectos.

No nos toca hacer ese estudio, ni siquiera indi-

carlo; pero, ¿quién no comprende la perseverancia inquebrantable, la enerjía casi sobrehumana i el entusiasmo constante que debió producir esa fé ciega en el ánimo de los conquistadores del nuevo mundo? Nosotros que no osaríamos saludar jamas con el título de héroes, ni a un Francisco Pizarro, ni a un Hernan Cortes, ni a ninguno de los famosos ladrones i asesinos de su jaez, hemos creido siempre que muchos hechos de aquella época que nos parecen estraordinarios, i muchísimos que realmente lo son sin que lo parezcan, no se habrian realizado o serian de todo punto inesplicables, sino se esplicaran por la enerjía casi sobrenatural que da al hombre una ardiente conviccion relijiosa.

Sea ello como fuere, si el señor Amunátegui ha hecho un retrato fiel de la credulidad de nuestros antepasados, no cabe duda que en el libro de que nos ocupamos ese retrato está fuera de su lugar; no hai armonía entre él i el conjunto, no conduce a nada ni prueba nada de lo que se quiere probar.

VI.

Pasando ya de estos vacíos, exajeraciones i estravagancias del libro del señor Amunátegui a lo que constituye su esencia i su plan, cúmplenos agregar un nuevo reparo al que hacíamos al principio de este artículo cuando señalábamos el abismo insondable i sin puente que separaria al tomo segundo del primero. Entónces dijimos: si, segun el autor, no habia en la colonia nada que hiciera presajiar la

independencia, si todo cooperaba al afianzamiento i a la subsistencia indefinida de aquel réjimen, ¿cómo se esplica que en pocos años unos cuantos hombres de buena voluntad lograran arrancarlo de raiz i reemplazarlo por el que actualmente tenemos?

Esta consideracion basta para convencernos *a priori* de que el plan adoptado por el señor Amunátegui adolece de algun vicio radical. I en efecto, basta reflexionar un instante para descubrirlo.

Casi donde quiera que el autor descubre i señala alguna medida sabiamente tomada por la metrópoli para perpetuar su dominio, nosotros no vemos otra cosa que semillas revolucionarias i combustibles para el grande incendio que se venia preparando. El despotismo minucioso i hasta repugnante de los monarcas españoles, la suspicacia estrema con que procuraban mantener en la ignorancia de sus derechos políticos a los colonos, no podian ménos de producir al fin i al cabo una reaccion irresistible en el sentido de la libertad i de la independencia. Las leyes pueden hacerlo todo; pero no pueden cambiar la naturaleza humana ni arrancar del corazon del hombre aquellos sentimientos innatos e indestructibles, que son superiores a todos los estados sociales. Las costumbres, los hábitos, las creencias, las preocupaciones, pueden sin duda amortiguarlos, enervarlos i neutralizarlos por cierto tiempo; pero no hai nada que pueda estinguirlos de una manera definitiva i absoluta.

Le aconteció a España con sus colonias lo que suele con sus hijos a ciertos padres timoratos en demasía. Imajinándose que es cosa hacedera enmendar la plana a la naturaleza i prescindir de sus leyes

i de sus exijencias, toman sábiamente sus medidas, no para dirijir hácia el bien los sentimientos exuberantes de la adolescencia, ni para aplicar a las virtuosas i patrióticas empresas la poderosa palanca de las pasiones juveniles, sino para imponerles silencio, para apagarlas i estinguirlas. Imajinándose tontamente que las pasiones son malas en sí, batallan i trabajan por hacer de sus hijos séres esteriormente humanos, pero interiormente monstruosos.

Las consecuencias de este sistema absurdo de educacion son harto conocidas. Mas tarde o mas temprano, si la víctima no sucumbe en la prueba, la naturaleza hace su oficio: una terrible reaccion se opera; todos los diques que parecian inamovibles son despedazados en un instante, i un dia el padre temerario llega a convencerse, aunque tarde, de que su mal dirijido celo por ahogar en jérmen los instintos i las pasiones del niño, solo ha logrado hacer mas fuerte i deplorable el estallido.

El descubrimiento i colonizacion de la América dotó a los monarcas españoles de una numerosísima familia, que como era natural, se propusieron educar segun las ideas i costumbres que se tenian entónces por mejores. Si hubiera estado en sus manos la habrian encerrado en un convento; mas, ya que esto no les era posible, trataron de hacer pesar sobre el continente americano una lejislacion calculada para transformarlo en algo como un inmenso monasterio. Un doble muro de circunvalacion impedia que los educandos se pusiesen material o moralmente en contacto con el resto del mundo. El estranjero era considerado como impuro i la lei castigaba cualquier

intento para cegar el abismo que lo separaba del americano: con él el comercio era un delito, el cambio de ideas una abominacion, i los enlaces de familia gravísimos negocios de Estado, que de ordinario concluian mal para los que tenian la temeridad de contraerlos.

Pero apesar de este cordon satinario, no tardó la esperiencia en demostrar que tambien reza con los reyes poderosos el adajio español que asegura no es dado poner puertas al campo. Llegada la primera oportunidad, pudo verse que las que se creian vallas impasables habian sido pasadas por todos cuantos tenian interes en pasarlas—por los estranjeros, por las ideas i por las patrióticas aspiraciones. La política española habia logrado talvez demorar por algunos años el estallido; pero ni habia logrado impedirlo ni evitar que tomase con la demora mayor fuerza.

Nos atrevemos, pues, a afirmar que el receloso despotismo del gobierno español i la direccion forzada i absurda que trató de dar a los pueblos americanos, léjos de hacer mas sólido i duradero el edificio colonial, como lo cree el señor Amunátegui, contribuyeron poderosamente a derribarlo.

Si álguien lo duda, imajínese que las cosas hubieran sucedido de otro modo; suponga por un momento que España, mejor aconsejada, hubiese dejado vivir, respirar i moverse a las colonias en libertad completa, respetando sus derechos, apoyando con desinteres sus primeros pasos, siendo finalmente en todo i por todo, no su esplotadora insaciable, sino su noble protèctora. ¿Qué hábria sucedido? Mui probablemente lo contrario de lo que sucedió. Si no impo-

sible, la revolucion de la independencia habria sido mil veces mas difícil de lo que fué; i por lo tanto mucho mas árdua habria sido tambien la tarea de sus *precursores*. En efecto, si fué obra de romanos encontrar quienes quisiesen tomar sobre sí el peligroso papel de echar abajo la puerta de la libertad que los monarcas castellanos mantenian cerrada con llave, con tranca i con cerrojo, habria sido mucho mas árdua empresa encontrar quienes hubieran querido darse el trabajo de ponerse en campaña para abrirla, estando de par en par abierta.

Estas consideraciones no tienen por objeto demostrar que la revolucion de la independencia fué una empresa vulgar, ni por lo tanto menoscabar el mérito de los que la iniciaron i le dieron feliz remate. Nada de eso: lo único que ellas prueban es que no ha andado exacto el señor Amunátegui al tomar nota minuciosa de todas las pequeñeces que constituian el despotismo de la metrópoli como de otros tantos eslabones de la cadena que impedia a la América desplegar sus alas i subir a las puras rejiones en que hoi se cierne. Esos eslabones eran mas pesados i numerosos que sólidos: mui propios para hacer odiosa la servidumbre, eran de todo punto ineficaces para perpetuarla. Así fué que cuando unos pocos dieron el primer grito de libertad, ese grito encontró por do quiera un eco simpático, porque él apénas importaba otra cosa que la manifestacion pública de los sentimientos, de las necesidades i de las aspiraciones que existian en el alma de la sociedad colonial i en las íntimas palpitaciones de su corazon, oprimido i adormecido; pero ni estenuado ni muerto.

VII.

Digamos, para concluir, algo sobre lo que tiene de interesante e instructivo el libro que analizamos.

Como ya lo hemos insinuado, el tomo de que damos cuenta, por los documentos que contiene, es un verdadero museo de antigüedades nacionales en el que hai mucho que ver i no poco que estudiar. Uno se asombra realmente al considerar la paciencia de' autor para buscar i la fortuna con que casi siempre encuentra lo que necesita. No se satisface con darnos la relacion auténtica i oficial de los sucesos, sino que de ordinario sube hasta las causas que los produjeron i sigue su desarrollo hasta tocar el desenlace. Leyendo la historia oficial de la colonia tal cual puede leerse en el libro del señor Amunátegui, se esperimenta una doble sorpresa: sorpresa de que hayan quedado consignadas en documentos públicos tantas pequeñeces, i sorpresa mayor aun de que despues de tantos años, haya sido posible reunir ordenadamente en un haz los elementos dispersos de esa historia.

Bajo este aspecto el libro que analizamos tiene un mérito indisputable, i sin temor de equivocarnos podemos asegurar que él contribuirá poderosamente a la iluminacion de nuestro oscuro pasado. Mérito es éste que no alcanza a ser desvirtuado por las omisiones, exajeraciones i errores que hemos hecho notar mas arriba, ya que ofreciéndonos el libro premisas ciertas i abundantes, cualquier error en las con-

secuencias es de fácil enmienda. Con los documentos a la vista cada lector podrá juzgar de la solidez del plan, de la exactitud de las apreciaciones, i de la lejitimidad de las consecuencias.

La exhumacion i coordinacion de los documentos antiguos no es por otra parte, como suele creerse, esclusivamente una obra de paciencia i de tiempo: ni para realizar tales trabajos basta vencer la natural repugnancia que inspiran al olfato i al tacto ese olor i ese polvillo especial de los rancios mamotretos de que nos habla el señor Amunátegui; como quiera que la obra requiere tambien en quien la acometa un instinto especial para buscar lo que se necesita allí donde puede o donde debe encontrarse, instinto que es el fruto de una instruccion vasta i que supone trabajos e investigaciones anteriores.

Por lo que respecta al estilo, el del señor Amunátegui es harto conocido para que nos detengamos a caracterizarlo. Siempre correcto, llano i casi humilde, jamas peca de rebuscado o de ampuloso. Como un arroyo de pequeño caudal que corre por un terreno poco accidentado, es claro i trasparente: no se descubren en él ni las espumosas cascadas de una rica fantasía, ni las turbiezas de la pasion.

Esta sencillez de estilo ha sido siempre característica de los grandes escritores, que instintivamente casi desdeñan los oropeles i relumbrones en que tanto suelen complacerse los principiantes i los adocenados. Empero nada es ménos fácil que deslizarse por la suave pendiente de lo sencillo sin caer en los hostigosos vericuetos de lo vulgar. El señor Amunátegui cae a veces. En su empeño por no levantar

los piés mas de una pulgada de la tierra, los arrastra de cuando en cuando.

En otras ocasiones, por no precipitarse, sin hacer ántes las debidas esploraciones, marca el paso i mueve sus piernas como si anduviese, sin avanzar un punto. Entónces mastica hasta dejarlo de sobra lo que una vez se ha llevado a la boca, sin decidirse a tomar un nuevo bocado. Valiéndonos de una comparacion, cuya vulgaridad se nos perdonará en obsequio de su exactitud, podria decirse, que en tales casos el señor Amunátegui hace con la idea que ha caido en su cerebro como con la levita que encuentra al despertarse a los piés de su cama: la usa sin misericordia miéntras le es posible hasta el instante en que otra se presenta a relevarla. No se crea, sinembargo, que este servicio excesivo que el señor Amunátegui impone a ciertas ideas proviene de que las ideas le hagan falta; nó, proviene de cierta propension mui fuerte en él a aferrarse a lo encontrado i conocido. Le cuesta despedirse de una idea, como le cuesta despedirse de un amigo, i como vacila i sufre ántes de volver las espaldas a una conviccion o a un sistema cuya falsedad ha descubierto.

Por lo demas esta propension a aclimatarse i esta dificultad para despedirse, no constituyen en nuestro concepto un grave delito literario, tanto ménos cuanto que en este mismo instante nos sentimos bajo su influencia. Hace ya un buen rato que debiéramos haber escrito la última palabra de este artículo, i aun no nos resolvemos a marcar el punto final. ¿Ni cómo habíamos de resolvernos sin espresar ántes la confianza que abrigamos de que el señor Amunáte-

gui, cuya última obra ha recibido por la prensa elojios tan desinteresados i honrosos, se dignará aceptar con benevolencia nuestras observaciones, mas honrosas que los elojios, porque si éstos son la moneda de los que bien se quieren, aquéllas son la moneda de los que se estiman a sí mismos i estiman a la verdad en mucho?

TOMO II. (1)

I.

Ha salido a luz el segundo tomo de *Los Precursores de la independencia de Chile*, tomo que afortunadamente no será el último, segun lo teníamos entendido i lo dijimos en el artículo que dedicamos al estudio del primer volúmen i que se publicó en los números 172 i 173 de esta Revista.

La anterior rectificacion es la única que tenemos que hacer en conciencia acerca de los juicios que emitimos entónces sobre los méritos, errores, exajeraciones i tendencias de la obra del señor Amunátegui. Despues de haber leido atentamente el segundo volúmen, nada encontramos que borrar de cuanto dijimos al dar cuenta del primero. Pero si nada tenemos que borrar, hai mas de una observacion hecha entónces que encuentra en el segundo volúmen nuevos comprobantes i mas sólidos fundamentos;

(1) Un volúmen de 510 pájinas, en 4.°—Imprenta de *La República*, de Jacinto Nuñez.—Santiago.—1871.

hai sobre todo nuevas e importantísimas cuestiones sociales, económicas, relijiosas i políticas que surjen naturalmente de los sucesos referidos i de los documentos publicados en el libro de que ahora vamos a ocuparnos.

Una breve esplanacion de aquellos juicios emitidos por nosotros al ocuparnos del primer volúmen i que el segundo ha venido a robustecer i comprobar, i el exámen rápido de algunas de las importantísimas cuestiones que de la lectura de éste se desprenden, hé ahí lo que nos proponemos hacer en el presente artículo.

II.

Se recordará, sin duda, que en el tomo primero el señor Amunátegui trató de agrupar i de poner de relieve aquellos obstáculos sembrados por la mano de los monarcas españoles, por la opinion de los colonos, i por las preocupaciones de la época en el camino de la independencia americana. La descripcion de esos obstáculos tenia su lugar en una obra que lleva por título: *Los Precursores de la independencia de Chile.* Para apreciar debidamente la conducta de éstos, nada mas oportuno que esplorar el campo en que depositaron las semillas de libertad, que otros mas felices habian de ver llegar a la plenitud de su desarrollo, i cuyos frutos habíamos de recojer nosotros.

Se recordará todavía que, aceptando semejante plan como natural i filosófico, creimos oportuno ha-

cer ciertas reservas. Recorriendo los diversos hechos sociales i políticos consignados en el tomo primero, encontramos mas de uno cuya colocacion no aparecia suficientemente justificada. Algunos de esos hechos no tenian ni una lejana relacion siquiera con la independencia, otros, en concepto nuestro, léjos de haberla retardado i hecho mas difícil, debieron contribuir a acelerarla i facilitarla.

En el volúmen de que ahora nos ocupamos los defectos a que acabamos de referirnos han tomado mucho mayores proporciones. Los lazos que debieran unirlo al anterior i al siguiente escapan a la mas atenta observacion; de tal manera que, al recorrer las interesantes pájinas del libro, varias veces caimos en la tentacion de cerrarlo para leer la carátula de nuevo i compararla con el asunto de casi todos los capítulos.

Perdiendo al fin hasta la mas débil esperanza de dar con la clave de la dificultad en que nos hallábamos, quisimos aprovecharnos de las indicaciones del mismo señor Amunátegui, i leimos i releimos los siguientes dos acápites del primer capítulo:

«He descrito lo mejor que he podido el plan de aquel inmenso i estravagante edificio, levantado sobre tan profundos cimientos i reparado año a año con una constancia i un desvelo realmente admirables. Toca ahora entrar a estudiar cual de los materiales de que estaba formado tenian poca solidez o no tenian ninguna.»

«Este nuevo aspecto del asunto contribuirá a acabar de hacer conocer lo que era la América colonial.»

No hai duda que el volúmen de que nos venimos ocupando nos da a conocer, bajo una de sus interesantes faces, a la sociedad colonial. Sin grandes esfuerzos de imajinacion, el lector se representa al vivo las vicisitudes de la infeliz raza indíjena, condenada a no despertar de la barbarie, sino para sentir el peso de las cadenas de la servidumbre, cadenas que ningun poder humano fué capaz de romper, i que, segun todas las apariencias, no serán nunca rotas. Pero si el señor Amunátegui ha conseguido iluminar con su literna májica aquellos oscuros i lejanos horizontes, si ha logrado evocar de su olvidada sepultura a aquel pueblo infeliz i hacerlo desfilar en lúgubre procesion ante nuestros ojos, con el séquito de sus luchas heroicas, de sus sacrificios ignorados, de sus padecimientos inauditos i de su fatal servidumbre, ha estado mui léjos de probar que las lágrimas vertidas i la sangre derramada contribuyeron en mucho ni en poco a engrosar el torrente que en los primeros años del siglo en que vivimos desbordó, hizo trizas i arrastró consigo los diques que para contenerlo, con tanta paciencia i habilidad habian levantado los reyes españoles.

El tomo segundo de *Los Precursores de la Independencia*, apreciado en sí mismo, con olvido del que le ha precedido, del que debe seguirle i del título que lleva, es un libro interesantísimo, como siempre lo será para el público de Chile cualquier libro escrito con fácil estilo, con noble imparcialidad, con datos abundantes sobre los sucesos de que en los siglos pasados fué teatro la tierra en que vivimos. Pero si el libro, considerado aisladamente, solo elojios me-

rece, apénas se esplica como eslabon de una cadena, como elemento de un plan filosófico, como parte de un todo racional i armónico. Borrado el título i uno que otro párrafo escrito exprofeso por el autor para recordarnos que se trata de los precursores de la Independencia de Chile, seria de todo punto imposible adivinarlo.

Para dibujar en su totalidad el esqueleto de animales ignorados solo necesita la Anatomía comparada conocer un diente o una articulacion. Merced a este procedimiento conocemos, no solo en su forma i tamaño, sino tambien en sus costumbres, a ciertos animales de especies ya estinguidas. Nosotros entregaríamos gustosos el segundo volúmen de *Los Precursores*, al mas suspicaz de los críticos, al mas injenioso de los bibliófilos, al mas perito de los historiadores, a fin de que, en presencia de la parte, nos diseñasen el conjunto, seguros de que la tarea sería superior a todos los esfuerzos de la voluntad i de la intelijencia.

Desde la primera hasta la última pájina no hemos podido descubrir nada que se asemeje a un preludio, ni a una aurora. Hemos mirado i remirado a los encomenderos i a los encomendados, a los gobernadores i a los miembros de la real Audiencia, a los guerreros araucanos i a los guerreros españoles, a los reyes de Castilla i a los vireyes del Perú, i sea dicho con franqueza, no les hemos encontrado traza de precursores de la independencia.

Es cierto que los encomenderos no recibian de mui buen grado las reales cédulas dictadas por los monarcas con el propósito de favorecer a los indíje-

nas, ya eximiéndolos del servicio personal, ya dándoles otras garantías i derechos. Pero, ¿es posible suponer que aquellos señores fuesen suficientemente necios para buscar en la revolucion i la república un desquite contra el rei, i para imajinarse que, proclamada la independencia, las cosas habian de tomar para sus intereses mejor sesgo? Al contrario, ¿no parece evidente que si la codicia de los propietarios i el deseo de mantener en no turbada servidumbre a los inquilinos, figuró como un elemento en la revolucion, debió figurar mas bien como un elemento hostil que como un elemento favorable?

Por lo que toca a los indíjenas, tanto a los subyugados como a los que conservaron su independencia, no puede abrigarse la mas lijera duda. El mismo señor Amunátegui reconoce que miéntras aquellos siguieron durante la guerra, débiles i casi inconscientes, la bandera de sus patrones, éstos, ántes que afectos, se mostraron por regla jeneral enemigos de la causa de la revolucion.

Ménos aun podrian estimarse como presajios de la independencia, ora las querellas, pueriles casi siempre, ridículas muchas veces, que ajitaban a la sociedad colonial, ora el descontento que de vez en cuando solia manifestarse en el ejército español; pues ni aquellas desavenencias transitorias, i hasta cierto punto domésticas, influyeron para nada en la revolucion, ni el ejército español le prestó otro servicio que el mui flaco de combatirla a todo trance.

Pero si los araucanos no prestaron a los patriotas el concurso de sus brazos ¿no les prestaron siquiera el concurso de su heróico ejemplo? Así lo cree el

señor Amunátegui, quien atribuye a ese ejemplo, tal sobre todo como él se halla cantado i enaltecido en las magníficas octavas de *La Araucana*, una importancia no pequeña en la jerminacion i movimiento de las ideas revolucionarias.

Por desgracia, el autor, que tan escrupuloso se muestra casi siempre para probar aun sus mas insignificantes asertos con hechos indudables i con documentos auténticos, no ha querido o no ha podido emplear en el caso de que tratamos ese procedimiento. I convengamos en que las pruebas no habrian sido ociosas, ya que se trataba de un fenómeno que no habia sido notado hasta aquí por los historiadores; ya sobre todo, que él aparece a primera vista en contradiccion con los propósitos del autor del poema i con la idea que nos tenemos formada de la sociedad colonial.

En efecto, si hai en Ercilla algun propósito político, ese propósito es el de robustecer i consolidar el imperio absoluto que los monarcas españoles ejercian sobre las colonias americanas; si alguna preocupacion lo domina hasta el punto de hacerlo caer en distracciones enormes i olvidar las reglas mas elementales de la composicion, esa preocupacion no es otra que la de enaltecer, íbamos a decir, la de divinizar a los monarcas castellanos.

Se dirá acaso que así como, segun la observacion de Horacio, no siempre un escritor escribe lo que se habia propuesto escribir, así tambien suele acontecer en ocasiones que el autor de un libro viene, andando el tiempo, a servir con él a una causa diversa i hasta contraria a aquella en cuyo obsequio

lo escribió. Aceptamos la tésis; pero no descubrimos la hipótesis. Al reves, todo conspira a manifestarnos que en esta ocasion la fantasía del literato ha estraviado la razon del historiador.

¿No habria sido efectivamente estraño que, existiendo el hecho afirmado por el señor Amunátegui, él no hubiera llamado la atencion de aquellos que, como escritores o como soldados, tomaron una parte activa en la guerra de la independencia? ¿No nos habrian quedado otras pruebas de su efectividad que las no mui decisivas, por cierto, que el autor de *Los Precursores* cree descubrir en algunas estrofas del *Himno Nacional*, i en la circunstancia de haberse bautizado con nombres araucanos algunas naves, algunas secciones territoriales, un periódico i hasta algunos recien nacidos?

Léjos estamos de negar ese prurito de barbarizarnos que manifestaron ciertos escritores de la independencia, prurito que muchas veces los llevó hasta renegar de su oríjen i de su civilizacion, llamándose descendientes de los araucanos i buscando entre los salvajes asuntos para las poesías, los discursos i los artículos de periódico. Pero este prurito, que aun no ha desaparecido por completo, ni debe atribuirse a la influencia de *La Araucana*, ni tuvo, a nuestro juicio, parte alguna en la fermentacion de las ideas liberales i revolucionarias. En concepto nuestro, él nada mas prueba que el mal gusto de la época i las naturales caidas de hombres que, sometidos durante siglos a la tiranía de la metrópoli i a las estrechas e inflexibles reglas del peripato, buscaban a tientas en medio de la luz que los ofuscaba,

una nueva senda literaria i política. Tan cierto es esto, que el fenómeno atribuido por el señor Amunátegui al ejemplo de los araucanos, enaltecido por Ercilla, mas o ménos intensamente se hizo sentir en todas las colonias españolas que entraron en la rebelion. En el Perú—para no citar mas que una de esas colonias—donde ni hubo heróica resistencia de los indíjenas, ni un Ercilla que la cantase, los indios estuvieron tan en boga como en Chile: los escritos en verso i prosa que se dieron a luz estaban plagados de alusiones a la historia, las costumbres i a las creencias de los primitivos pobladores; i hoi mismo en su escuadra, en sus monedas i en su bandera, hai nombres i signos tomados de la lengua i civilizacion de los incas. La jeneralidad del fenómeno, ¿no es ya por sí sola un indicio bastante para sospechar que su causa debió ser tambien jeneral?

Pero no es esto todo. Para que un libro cualquiera llegue a impulsar, en cierto sentido, las ideas de un pueblo i a ejercer una poderosa influencia sobre sus destinos, es preciso que ese libro, no solo circule con profusion i sea universalmente conocido, sino que logre tambien penetrar hasta las mas bajas capas sociales. I esta no fué, sin duda, la suerte que corrió *La Araucana* durante la colonia. Podemos equivocarnos, pero no sería temeridad afirmar que los ejemplares del poema de Ercilla que circularon durante aquella época fueron escasísimos; talvez habrian podido contarse con los dedos. Ahora bien, ¿es probable que un libro escrito desde el punto de vista peninsular i que andaba apénas en las manos de uno que otro erudito, hubiese bajado de súbito hasta el

corazon del pueblo para levantarlo contra la metrópoli i enardecerlo en la lucha de la independencia?

Las anteriores observaciones no demuestran perentoriamente, apesar de todo, que la tésis del señor Amunátegui sea infundada. Pero se nos hará la justicia de confesar que semejante demostracion es imposible. Tratándose de hechos históricos, la regla jurídica, de que la prueba no incumbe al que niega sino al que afirma, es perfectamente aplicable. No es a nosotros a quienes corrresponde probar que, ni el ejemplo de araucanos ni el poema de Ercilla ejercieron cierto influjo favorable a la independencia; era al señor Amunátegui, que aseveraba el hecho, a quien incumbia demostrarlo. Si alguna vez esa demostracion se hiciese, cosa que dudamos mucho, nos rendiríamos a la evidencia. Entre tanto, continuaremos creyendo que el ejemplo de los araucanos i el poema de Ercilla no contribuyeron mas eficazmente a alzar i enardecer contra España a nuestros mayores durante la guerra de la independencia, que lo que ese ejemplo i ese poema contribuyeron a alentarnos i enardecernos a nosotros mismos durante la guerra que el almirante Pareja nos declaró en 1864.

III.

Otro de los puntos tocados en el primer artículo que escribimos sobre *Los Precursores*, i acerca del cual nos proponemos agregar algunas reflecciones en éste, es el estilo del autor. Conocida es su predi-

leccion por los períodos poco numerosos, i la sencillez, naturalidad i órden lójico con que construye ordinariamente sus frases. Parsimonioso de figuras, no sabemos si por sistema o por temperamento, rarísimas veces se permite adornar sus pensamientos ni aun con las galas mas modestas. Se conoce que las cualidades dominantes de quien así escribe, son el método para pensar i la facilidad para redactar; i se concibe que caiga muchas veces, sin notarlo, en los defectos de estas cualidades.

De aquí la monotonía de períodos, siempre fáciles, sencillos i correctos; pero mui a menudo descarnados, triviales i uniformes. Ninguna distracion para la mente, ni aun para la vista del lector. El camino es llano, limpio de obstáculos i de vericuentos; pero es preciso recorrerlo a trancos medidos a compas, dados a són de caja, teniendo siempre delante de los ojos un horizonte inmutable, sin precipicios ni cuestas que salvar; pero sin esperanza tampoco de descubrir en el curso del viaje panoramas alegres en que puedan fijarse agradablemente las pupilas, ni óasis en que los miembros estenuados por la marcha puedan recuperar sus fuerzas.

¿Cuál es el valor de semejante estilo? ¿Hasta qué punto es compatible con la índole de nuestro idioma i con la índole de las composiciones históricas? ¿Puede recomendarse a los principiantes como un modelo digno de imitarse, o bien conviene señalárselos como un escollo que deben evitar con cuidado? Cuestiones mui interesantes, si se atiende sobre todo a la situacion que, por sus obras i por los empleos públicos que desempeña, el señor Amunátegui ocupa en el

mundo de las letras; pero cuestiones que desgraciadamente no podemos dilucidar aquí.

El estilo del señor Amunátegui ha encontrado imitadores en las filas de nuestra juventud; lo que no es estraño, pues los ejemplos que vienen de arriba son siempre contajiosos. Esos imitadores hasta ahora nada de bueno han producido. Fascinados por la naturalidad de las construcciones i la sencillez de las frases, han ido a estrellarse en las sérias dificultades que se ocultan bajo tan engañosas apariencias. Como frecuentemente sucede, se han imitado los defectos del modelo i no se ha hecho otro tanto con sus perfecciones: se ha puesto un punto final cada cuatro palabras i un punto acápite cada cuatro líneas i aun a veces cada una línea; pero sin que la marcha de las palabras i de los renglones tuviese relacion ninguna con la marcha de las ideas. Con períodos cortos i todo, ni se han guardado a la gramática sus fueros, ni al gusto los respetos debidos, i lo que es mas curioso, ni siquiera se ha conseguido escribir en estilo cortado.

Porque es preciso no olvidarlo: hai una notable diferencia entre hacer un acápite a la vuelta de cada línea, i escribir en estilo cortado; como hai una notable diferencia entre el trigo i el *frangollo* i como para ser poeta no basta llevar la melena a la usanza romántica.

El peligro de hacer andar las palabras a paso de gamo miéntras las ideas se mueven a paso de tortuga, es el mas grave que se ofrece a los que elijen, para escribir, el estilo cortado. El mismo señor Amunátegui sufre a veces ese percance. La concision de

su estilo no corresponde ni con mucho a la concision de sus ideas. El lector pasa rápidamente de uno a otro período sin saber por qué ni para qué, sin que le sea dado interesar a su intelijencia en esos saltos que solo los ojos ejecutan.

Para mayor claridad citemos el ejemplo siguiente que tomamos de la pájina 19:

«No quedaba mas que el segundo arbitrio que fué el que se adoptó.»

«Pero habria sido insensato imajinarse que tantos aventureros desalmados hubieran venido a arrostrar todo linaje de fatigas i penalidades sin el atractivo de una ganancia pronta i mui cuantiosa.»

«I ésta, dadas las circunstancias, no podia conseguirse sin la esplotacion de los pobres indíjenas.»

O mucho nos equivocamos, o las ideas contenidas en los párrafos anteriores, no autorizaban la formacion de los tres acápites en que el señor Amunátegui ha creido conveniente distribuirlas. Talvez habria valido mas refundirlas en uno, i acaso un punto i coma habrian bastado entre el segundo i el tercero.

Estas nimiedades, que no lo son tanto sinembargo en la obra i en el autor de que nos ocupamos, bastan para hacernos comprender cuantos son los peligros i las dificultades del estilo cortado, aparentemente tan fácil. Solo consigue hacerse perdonar su fastidiosa monotonía, su desapacible matraquear, su desaliñada pobreza, mostrándonos al traves de tan humildes aderezos, pensamientos profundos, ideas chispeantes de novedad o injenio, sentenciosos conceptos, en fin una rica fantasía gobernada por una intelijencia vigorosa.

Córtense con el cincel de Tácito las redondeadas frases de Tito Livio; i se tendrá, no un Tácito sino un Tito Livio desmenuzado. Otro tanto sucederia si se pretendiese amoldar los cadenciosos i escarmenados períodos de Cervantes a las mucho mas estrechas medidas de Quevedo o de Saavedra Fajardo. Lo que no impide que cada uno de los autores aludidos haya escrito en su jénero excelentes pájinas; i de lo cual se infiere que, tocante a estilo, el partido mejor que puede tomar un escritor consiste en elejir aquel que guarde mas analojía con su manera ordinaria de pensar, o con la manera como conciba sus ideas sobre el asunto especial de que se ocupe.

Tan bien puede escribirse en acápites largos como en acápites cortos. Una i otra forma tienen sus ventajas i sus desventajas, sus inconvenientes i sus atractivos. Lo esencial es pensar bien i escribir de modo que las formas que damos al pensamiento no sirvan para disfrazarlo, sino para mostrarlo tal cual es.

Si despues de todo se nos pidiese una opinion no trepidaríamos en afirmar que el estilo cortado se aviene mejor que el numeroso con los gustos i hábitos de la época en que vivimos, i que la perfeccion consiste en una mezcla atinada—segun el movimiento natural de las ideas i afectos que se espresen—de uno i otro.

IV.

Pasemos ya de estas consideraciones, que mas o ménos se refieren a los dos volúmenes de la obra

del señor Amunátegui, al exámen de algunos de los importantes problemas que de la lectura del segundo se desprenden. Limitados por el tiempo i por el espacio de que podemos disponer, nada mas haremos que entresacar los tres que en primera línea se presentan, a saber: 1.°, determinacion del verdadero carácter del réjimen colonial: 2.°, investigacion de los oríjenes i causas del sistema de inquilinaje i de los arbitrios que podrian tocarse para mejorarlo: i 3.°, influencia ejercida por la Iglesia i particularmente por los Jesuitas sobre la sociedad colonial.

Sobre el primer punto no podemos disimular que el libro de que nos ocupamos nos produjo una impresion estraña. Acostumbrados a oir desde la infancia contra el gobierno español todo lo que es posible oir de malo, esperábamos encontrar en la fidedigna historia de sus actos pruebas abundantísimas de tan graves i jeneralizadas acusaciones. ¡Cuán grande no fué sinembargo nuestra sorpresa cuando, leyendo el libro motivo de este artículo, en vez de encontrarnos con un gobierno sanguinario, perezoso, avaro i voluntarioso, nos encontramos con un gobierno blando, activo, desinteresado i condescendiente! ¡Cuando, trasladándonos en alas de la imajinacion a aquella época, decididos a apreciar a sus hombres con la noble imparcialidad del historiador, nada, absolutamente nada, encontramos que justificase los anatemas de que los declamadores vulgares suelen hacerlos objeto!

Léjos de nosotros la rídicula idea de comparar la sociedad en que vivimos con la sociedad de aquel

entónces. En poblacion, en riqueza, en ilustracion, en bienestar jeneral, la distancia es enorme; pero es precisamente el olvido de esta enorme distancia, la causa de que muchos se estravien al apreciar los actos del gobierno español.

Juzgar la política de ese gobierno con el criterio del siglo en que vivimos es cometer a un tiempo mismo un grave error i una notoria injusticia: un error porque los actos de un gobierno solo son tiránicos en cuanto contrarian las necesidades, aspiraciones e ideas de los gobernados; i una injusticia, porque no puede equitativamente exijirse que los gobiernos se anticipen al siglo en que viven i a las sociedades que rijen. Así, por ejemplo, aun cuando, examinados a luz de nuestras costumbres e ideas los procedimientos de que fué objeto el indio don Juan, que el señor Amunátegui reputa con razon como característicos de la época colonial, no pueden ni justificarse ni escusarse, ellos nada tuvieron de contrario a las leyes entónces vijentes, i segun todas las apariencias, no causarian ni indignacion, ni estrañeza siquiera a los contemporáneos. Si hubo allí culpa, la culpa no fué de las autoridades que administraron justicia en conciencia, sino de la sociedad que aun no habia logrado fijar con exactitud la órbita de accion de los tribunales i determinar qué actos debian estar sujetos a su jurisdiccion i cuales quedar fuera de su alcance.

Apreciada la conducta del gobierno peninsular desde el anterior punto de vista, él se nos presenta con mas de un título que le honra.

Las pruebas de su solicitud por la raza indíjena

están consignadas en innumerables documentos que llevan al pié la firma de los soberanos. Puede decirse que desde el principio hasta el fin el tomo II de *Los Precursores* no es mas que la historia de la secular lucha sostenida entre los reyes, que espedian reales cédulas tras reales cédulas i amonestaciones tras amonestaciones a fin de protejer a los indios, i los encomenderos, que con uno u otro pretesto, eludian aquellas órdenes; lucha en que al fin los reyes quedaron vencidos, pero en la cual ganaron, sin duda, sus mejores títulos al respeto de la posteridad.

No es ménos digna de llamar la atencion la diligencia que se ponia en la corte de España para proveer aquello que se juzgaba conveniente al mejor gobierno de las colonias. Despues de recorrer un crecido número de reales cédulas i despachos de todo jénero espedidos por los soberanos i sus consejos, hai que convenir en que, si no siempre se resolvia lo mas acertado, siempre se trabajaba con teson. La correspondencia que el consejo de Indias sostuvo con los vireyes, gobernadores, reales audiencias, arzobispos, obispos, prelados, etc., debió ser activísima: i así solo se concibe que el señor Amunátegui nos haya dado una historia completa i hasta minuciosa de la sociedad colonial, sacada casi esclusivamente de los documentos oficiales i en su mayor parte referida por los mismos reyes.

Todavía otra observacion en obsequio del antiguo réjimen, i que honra tanto a los gobernantes como a los gobernados. Esta observacion se refiere a la parte que se daba al pueblo, o que el pueblo tomaba, en aquellos asuntos que eran de interes jeneral. Si

el temor de ser tildados de reaccionarios no nos detuviese, confesaríamos que, leyendo ciertos capítulos del tomo II de *Los Precursores*, comparamos involuntariamente la parte de entónces con la parte de ahora i que mas de una vez nos pareció que estaban las balanzas, valiéndonos de las espresiones de una popular copla, *que se iban i se venian.* ¿I como nó? Hoi para hacer uso de sus atribuciones, tanto las autoridades nacionales como las locales, apénas se cuidan de no estralimitar sus facultades, sin tomar para nada en cuenta ni las opiniones ni mucho ménos los votos de los interesados. En tiempo del rei pasaban las cosas de otro modo: no bastaba que una órden estuviese suscrita por el soberano para que se cumpliese sin apelacion ni demora. El cabildo secular i el eclesiástico, los oficiales del ejército, los superiores de las comunidades, los párrocos, i los principales vecinos eran convocados: el asunto se discutia maduramente: cada cual daba su parecer con libertad completa, i si al fin de cuentas la real órden se reputaba inaplicable, o perjudicial, o injusta, su ejecucion se suspendia, informándose de todo al soberano. Se nos dirá que aquella representacion era una amalgama monstruosa, sin reglas a que atenerse ni fueros escritos que hacer valer, en lo que convenimos sin trabajo; pero tal como era, constituia una verdadera representacion del pueblo, bastante poderosa a veces para suspender, durante siglos enteros, la ejecucion de las órdenes de la corona.

Las observaciones que acabamos de hacer en obsequio del réjimen colonial no tienen por objeto justificar sus faltas ni paliar sus errores; pero, sí, van

encaminadas a presentarlo en su verdadera luz, con sus buenas i malas cualidades, con sus ventajas e inconvenientes, como la historia tiene el sagrado deber de presentar, sin la ceguedad del odio, del entusiasmo o de las ideas preconcebidas, a los hombres, a las instituciones i a las sociedades de los siglos pasados. A este respecto el señor Amunátegui es acreedor a los mas justos elojios. Ya que no entraba en el plan que se habia propuesto apreciar filosóficamente los sucesos, hai que agradecerle la serena imparcialidad con que relata los hechos i exhibe los antecedentes i considerandos del fallo que el lector puede pronunciar fácilmente.

Con respecto a nosotros el estudio atento de esos antecedentes ha venido a persuadirnos mas i mas de que no ha existido ningun siglo ni sociedad alguna en que los buenos i malos elementos no hayan andado mezclados en proporciones mas o ménos equivalentes. Las ideas de progreso i de libertad existen tan fuertemente adheridas al alma humana, que en ningun tiempo, ni en ningun pais, se han visto desaparecer por completo. Como el césped porfiado que jermina hasta sobre las rocas, esas ideas han logrado manifestarse aun bajo los rejímenes mas despóticos: como el coral, que crece i prospera en medio de las aguas amargas, batido por las olas, la humanidad sigue imperturbable su obra de progreso i de civilizacion, aun en medio de los errores mas trascendentales, aun abatida por las mas feroces pasiones.

V.

Sin duda que la grande obra no se realiza a vapor. Aunque no eterna como Dios, la humanidad es como Dios, que es paciente porque es eterno. Hai en la jornada tropiezos que fatigan aun a los mas robustos, desvios que desalientan aun a los mas perseverantes, demoras que exasperan aun a los mas pacientes. Ya vengan los obstáculos de los gobiernos, ya vengan de las sociedades, ya de la naturaleza misma de las cosas, dos cosas pueden afirmarse por ciertas, la perpetuidad de la lucha i el triunfo definitivo de la civilizacion.

Durante la colonia ni cesó la lucha ni el movimiento progresivo de la sociedad se detuvo. Acábamos de ver que los reyes españoles tuvieron su parte en ese movimiento. Veamos ahora los obstáculos en que se estrellaron sus esfuerzos; es decir procuremos desentrañar la causa que esterilizó su accion, impidiendo que las reales cédulas espedidas en favor de los indíjenas recibieran el cumplimiento escrupuloso que de ordinario, en lo tocante a otros asuntos, tales órdenes recibian.

El señor Amunátegui nota el fenómeno en varias partes de su libro.

«Pero en Chile, dice en la pájina 387, los encomenderos acataban al rei como a un semi-dios, ménos en lo que perjudicaba a su avaricia, i continuaron por lo tanto en cobrar a los infelices indíjenas un tributo, no de dinero o frutos, sino de sudor, de vida, por decirlo así.»

Como se vé, la esplicacion del hecho capital que señala es a todas luces insuficiente; porque fuera de que no hai motivo racional para suponer que la avaricia hubiese elejido para establecerse el corazon de los encomenderos, el interes o la codicia de éstos nada habrian podido contra la voluntad del soberano. Indudablemente si los encomenderos eran movidos por sus intereses personales resistiendo las órdenes de los reyes de España, para que la lucha fuera posible i el éxito de aquéllos concebible, hai que suponerlos apoyados por alguna fuerza mucho mas poderosa que su avaricia i mas permanente que su capricho.

Tan cierto es esto, que el señor Amunátegui, volviendo sobre el hecho algo mas adelante, i como sintiendo la insuficiencia de la esplicacion que de él habia dado, no vacila en ofrecernos una nueva.

«Las disposiciones del soberano sobre esta materia, se lee en la pájina 402, impotentes contra las preocupaciones i las costumbres, quedaban solo escritas en el papel, siendo desobedecidas en la práctica.»

Mucho mas aceptable que la primera, esta esplicacion no nos parece, sinembargo, ni suficientemente fundada ni rigurosamente filosófica.

Tampoco reputamos completa i exacta la siguiente que leemos en la pájina 394, i que sin disputa se acerca tanto a la verdad que en parte llega a confundirse con ella.

«Mui absoluto i mui venerado, observa el señor Amunátegui, era el soberano de la España i de las Indias; pero por mas leyes que diera no era empresa

fácil destruir con simples declaraciones escritas en un papel, aunque fuera firmado por su real mano, la desigualdad arraigada que se habia establecido entre la raza conquistadora i la conquistada, entre los amos i los siervos.»

Nosotros, sin desconocer la influencia que en el establecimiento i conservacion de las encomiendas pueden haber ejercido la codicia de los conquistadores i las preocupaciones i costumbres de la época, tenemos por cierto que la triste condicion a que quedaron sujetos los indíjenas de Chile, fué el resultado natural, i, si no en su intensidad, en su esencia, el resultado fatal de los elementos constitutivos de la colonia, del medio en que vivió i de las circunstancias i sucesos que presidieron a su fundacion i desenvolvimiento. Causas profundas, que ni la voluntad de los soberanos ni aun la voluntad de los encomenderos, habrian bastado a destruir sin trastornar completamente, i acaso sin destruir la sociedad misma; causas tan hondas, que ni la gran revolucion política iniciada en 1810, ni la gran revolucion social que desde entónces se ha venido operando lentamente, han logrado remover por completo.

En efecto, desentendiéndonos de la diferencia de palabras que poco importa, i de leyes que no se ejecutan ¿qué diferencia esencial existe entre los inquilinos de hoi i los encomendados del siglo XVII?

Escusado sería, puesto que escribimos en Chile, manisfestar cuál es la condicion social en que vive la inmensa mayoría de los habitantes de los campos. Todos, mas o ménos, tenemos una idea de ese sér semi-salvaje, semi-civilizado, semi-libre, semi-escla-

vo, que sin ser propietario tiene cierto número de animales i siembra anualmente algunas fanegas de trigo i algunos almudes de frejoles, i que designamos con el nombre, no mui propio por cierto, de inquilino.

Pero si nadie ignora lo que constituye actualmente el sistema de inquilinaje, mas de uno de nuestros lectores se sorprenderá, como nosotros mismos nos hemos sorprendido, reconociendo que ese sistema es tan antiguo en Chile como la civilizacion. El libro del señor Amunátegui viene a manifestarnos efectivamente que, apesar de las reales cédulas de los monarcas españoles, de las revoluciones políticas i del trascurso del tiempo—reformador mas poderoso que los lejisladores i las revoluciones—los inquilinos de hoi son los descendientes lejítimos, natural i socialmente hablando, de los *mitayos* de los siglos XVI i XVII.

A fin de que lector pueda juzgar por sí mismo, veamos cómo el señor Amunátegui dibuja en mui pocas pinceladas, la fisonomía de esos *mitayos* tal cual era a principios del siglo XVII.

«Los inquilinos o indios residentes en las mismas estancias de sus patrones estaban obligados a servir ciento sesenta dias cada año en las diversas labores del fundo.»

«En recompensa el dueño les suministraba un pedazo de tierra para que el inquilino levantase su rancho i pudiese sembrar un almud de maiz, dos de cebada, dos de trigo i otras legumbres; *i a prestarle* los bueyes e instrumentos necesarios para el cultivo.»

Notando de paso el descuido gramatical que hemos subrayado, mui propio para manifestarnos cuan fácil es que hasta los ménos propensos al sueño dormiten a veces en las largas veladas, preguntamos si no seria posible encontrar en este año que corre i en mas de una hacienda el orijinal del retrato hecho en los dos párrafos que quedan trascritos por el autor de *Los Precursores*. Almudes mas o ménos, cerco un poco mas estenso o un poco mas reducido, mayor o menor número de dias de trabajo, el inquilino del siglo XVII no ha desaparecido todavía de nuestro suelo.

No se crea sinembargo que vayamos a caer en las exajeraciones de aquellos que, desdeñando por vulgar el testimonio de sus ojos, raras veces se deciden a observar los hechos sociales sin acudir al catalejo para verlos mas grandes o mas pequeños de lo que son realmente.

Sabemos bien, i nos complacemos en declararlo, que la marejada del progreso llega ya a nuestros campos i que un espíritu nuevo empieza a difundirse entre propietario e inquilinos. La facilidad de las comunicaciones ha venido a darles en la práctica una libertad mayor de la que lograron todas las leyes dictadas para protejerlos; i la escasez de brazos—consecuencia natural de la emigracion, i mas que de la emigracion del prodijioso impulso que en los últimos tiempos ha tomado la agricultura, la industria i el comercio—han modificado considerablemente las relaciones de los inquilinos con los propietarios. El inquilino ha probado su libertad i ha visto que ella es buena, i no ha necesitado mas que de este conocimiento para mejorar de condicion. El hacendado por

su parte se ha convencido prácticamente de que hai sérios peligros en tirar la cuerda demasiado, i de esta mutua persuasion ha empezado a jerminar una igualdad i una independencia relativas, que poco a poco i en unas provincias ántes que en otras, se va estableciendo i diseñando.

¡Honor a aquellos a quienes ha cabido la gloria de dar los primeros pasos en una obra tanto mas grande, en una reforma tanto mas preciosa, cuanto que nadie fuera de los intersados puede llevarla a cabo! ¡Honor a los hombres de bien, o de intelijencia cuando ménos, que han sentido la necesidad o han comprendido la ventaja de levantar, ilustrando i moralizando, a los rudos i desgraciados obreros de nuestra prosperidad, a esos hombres por cuyo intermedio ha ganado nuestra patria todas las batallas, así las que se ganan con el sudor del rostro como las que se ganan con la sangre de las venas!

Entrar en detalles sobre lo que ya algunos hacendados han hecho para mejorar la condicion de sus inquilinos o en pormenores sobre lo que deberia hacerse con ese mismo fin seria apartarnos de nuestro objeto. Bástenos decir que en algunos fundos de las provincias de Aconcagua, Valparaiso, Santiago i Colchagua, los prpietarios han empezado a desterrar los ranchos estrechos, sucios i húmedos que han sido desde tiempo inmemorial el albergue de nuestros *huasos*, i a reemplazarlos por casitas de adobe i teja, bien distribuidas i blanqueadas, que permiten consultar las conveniencias hijiénicas, morales i económicas de los inquilinos i de sus familias.

Este reemplazo del rancho por la casita de teja

debe ser, en nuestro concepto, la base i el punto de partida de toda reforma sería en el sistema tradicional de inquilinaje.

La acumulacion de los padres de la familia, de los hijos varones i hembras, i mui a menudo de los compadres i alojados en un solo rancho, húmedo, puerco i fétido, es el mas terrible escollo en que han tropezado hasta ahora cuantos, sin removerlo ántes, han pretendido de alguna manera mejorar la condicion de los habitantes de los campos. Por el contrario, removido ese primordial osbtáculo, la tarea civilizadora se hace mucho mas fácil i espedita. Las comodidades de una habitacion convenientemente distribuida, permiten al párroco o al misionero trabajar con provecho en moralizar la familia, al preceptor en la educacion de los niños i a los mismos inquilinos en el aumento de sus bienes i en la felicidad de sus hogares. Con el aseo que vé en el techo, en el piso i en las paredes de su casa, nacen en su mente ideas de adelanto i en su corazon deseos de satisfacer nuevas necesidades; poderosos estímulos para el ahorro, que al presente no solo no hacen, pero que ni siquiera anhelan las nueve décimas partes de los campesinos.

Tras la edificacion de las casas,—tarea larga i costosa, pero necesaria,—puede venir el servicio del párroco, del misionero, del preceptor i del médico; servicio que ya algunos hacendados caritativos e intelijentes empiezan a ensayar, luchando con los malos hábitos, la crasa ignorancia i las dificultades materiales que se presentan en los campos.

Fuera de estas reformas que el movimiento natural de nuestra poblacion i el creciente progreso de la

agricultura van haciendo cada año mas necesarias i practicables i cuya conveniencia, la difusion de las buenas ideas económicas irá poniendo al alcance de todos nuestros grandes propietarios, nada mas debe hacerse, ni nada mas sería lícito i posible hacer.

I aquí se presenta a nuestra mente un vastísimo campo, que nos invita a descubrir las causas que han enjendrado el sistema actual del inquilinaje.

En cuanto a las causas del mal, su antiquísima data, su estension i la tenacidad con que ha resistido a las repetidas i enérjicas órdenes de la autoridad, ¿no son ya indicios suficientes para sospechar que ellas se derivan de los elementos constitutivos de nuestra organizacion social i que viven tan íntimamente adheridas a esa organizacion que bien podria afirmarse que forman parte de ella?

I en cuanto a los remedios ¿no es claro que ellos deben guardar analojía con las causas, i que siendo éstas esencialmente sociales, es una locura la pretension de hacerlas desaparecer con leyes, por bien intencionadas i hábilmente combinadas que sean?

Basta remontarse con la imajinacion hasta la época de la conquista i observar la índole, la ilustracion, la fuerza i la situacion respectiva de las dos razas que, al principio hostiles, i despues mezcladas i confundidas, habian de suministrar los materiales de nuestro edificio social, para comprender que lo que sucedió era lo que habia de suceder i que la resultante de aquellas fuerzas no podia ser sino el sistema de inquilinaje, tal cual siempre ha existido entre nosotros.

M. de Bonald ha observado, si no nos engañamos,

en sus *Pensamientos*, que nunca los habitantes de los campos han variado de forma de gobierno i que en las repúblicas i monarquías el estado agrícola es esencialmente monárquico; opinion que coincide con la de un anciano que conocimos en nuestra niñez i que nunca designaba a los hacendados sino con el espresivo nombre de *reyes chiquitos*.

Aun cuando la opinion de Bonald, tomada en un sentido jeneral i absoluto, sea un tanto paradójica i exajerada, ella, aplicada a la sociedad colonial, es de una rigorosa exactitud. Cada conquistador fué en su hacienda un *rei chiquito*, mas o ménos intelijente en el trabajo i caritativo con sus súbditos; pero siempre absoluto. Los indios, que ántes encontraban en un pais estenso i en una independencia casi ilimitada, los medios de proveer a sus escasas necesidades i al sustento de sus familias, se encontraron repentinamente desposeidos de su libertad i de sus bienes i, como si esto aun no fuese bastante, obligados a pagar un tributo.

¿Qué habia de resultar de este trastorno?—Lo que no podia ménos de resultar: que la propiedad pasó a manos de los mas fuertes, de los mas ricos, de los mas ilustrados, i que los indíjenas que no sucumbieron, para poder vivir, tuvieron que constituirse en servidores de aquellos. Es lo que sucede siempre que un pueblo bárbaro se ve obligado por la fuerza de las cosas a ponerse en contacto inmediato con un pueblo civilizado: o es estinguido por completo o es sometido a una servidumbre mas o ménos franca, mas o ménos dura, pero siempre efectiva. Esta lei es tan constante, que dudamos se encuentre en la

historia un solo caso en que no haya tenido exacto cumplimiento; la historia de América, al ménos, no nos suministra ni uno solo. Desde el rio San Lorenzo hasta el rio Negro la llegada de los europeos ha traido por consecuencia para los pobres aboríjenes, el esterminio o la servidumbre, la pérdida de la existencia o la consagracion de la existencia al servicio de los vencedores.

No estrañemos, pues, que en Chile haya sucedido lo que en todas partes; ni busquemos el oríjen del sistema de inquilinaje existente en la avaricia de los encomenderos, ni en la dureza del gobierno español, ni en el descuido de nuestros congresos. Al contrario, sepamos hacer a nuestros antepasados la justicia de confesar que talvez en ninguna de las colonias americanas los indíjenas recibieron mejor trato que en Chile i que en ninguna de ellas, relativamente a la poblacion existente a la época del descubrimiento, sobrevivió un número tan considerable de indios ni las dos razas se mezclaron mas fácilmente. Sepamos todavía deducir del oríjen social del fenómeno la necesidad de recurrir, para modificarlo, a ese mismo oríjen, ilustrando a los inquilinos sobre sus derechos, a los patrones sobre sus deberes; procurando dar a aquéllos hábitos de aseo, de ahorro i de moralidad, i a éstos la intelijencia cabal de sus intereses como agricultores; abriendo caminos que jeneralicen i faciliten los efectos de la lei de la oferta i de la demanda, segun la cual se rijen los salarios; i no demos importancia alguna a todo aquello que pudiera idearse i hacerse fuera de la órbita en que ejercen su accion las leyes sociales i económicas.

Desde que el oríjen del mal se halla en la distancia enorme que separa al hacendado del inquilino, el buen sentido indica que la manera única de hacerlo desaparecer poco a poco, consiste en hacer desaparecer paulatinamente esa distancia. Ya que no hemos tenido el triste valor de esterminar a los indíjenas como se ha hecho i se hace en los Estados Unidos para dejar libre el campo a los elementos europeos, tengamos el glorioso valor de levantarlos de la postracion en que yacen, sentándolos, a fuer de republicanos i cristianos, al banquete de nuestro bienestar.

VI.

La cuestion que nos queda por dilucidar tiene cierto interes de actualidad. En efecto, durante los últimos meses no han escaseado, ni en la prensa diaria, ni en la periódica, ni en las asambleas electorales, los ataques contra la Compañía de Jesus. Se la ha considerado en el pasado i en el presente, en el estranjero i en el pais, en sus doctrinas i en sus hechos, para suscitar contra ella las animosidades de los creyentes i de los incrédulos, de los que aman la patria i de los que aman la libertad.

Por punto jeneral todos los que en Chile i durante estos últimos tiempos han tocado llamada a los odios contra la Compañía de Jesus no han dado mui relevantes pruebas de valor i de ilustracion; no de valor, porque no lo hai en volver la espalda a los verdaderos adversarios que atacan a cara descubierta,

que saben herir i pueden defenderse, para encarnizarse contra hombres que viven completamente alejados de la política i a quienes no les es lícito defenderse de otra manera que con su silencio i con sus buenas obras; ménos aun de ilustracion, porque, prescindiendo de los errores bochornosos en que han sido sorprendidos cada vez que invocaban en pró de sus propósitos el testimonio de la historia, se necesita nada ménos que de una mala fé insigne o de una supina ignorancia para atribuir a los jesuitas, en nuestras contiendas políticas, la parte que sus enemigos les atribuyen.

Ese procedimiento desleal que consiste en volver la espalda a los verdaderos adversarios que han bajado a la arena i están en actitud de trabar la lucha, para buscar un miserable desquite en jentes que no pueden oponer otra resistencia que la resistencia del silencio, es el que, aun prescindiendo de lo que todos debemos a la verdad i a la justicia, pondrá siempre de parte de los gratuitamente agredidos a los hombres de corazon recto i de sentimientos levantados. En vano se recurrirá a las grandes falsificaciones i a las pequeñas perfidias para hacer pasar por retrato fiel de la Compañía lo que apénas es una caricatura odiosa: los que tenemos ojos i voluntad para ver el orijinal no podremos ménos de desenmascarar la superchería i proclamar franca i lealmente la verdad.

El señor Amunátegui en el tomo II de *Los Precursores* ha reunido los datos i testimonios necesarios para que todo lector desapasionado pueda apreciar con pleno conocimiento de causa, si no bajo

todas, al ménos bajo una de sus mas interesantes faces, la famosísima obra de San Ignacio. En efecto, lo que nos importa no es tanto conocer las obras de la Compañía en otros paises, cuanto conocer las que ha acometido i realizado en nuestro propio pais. En este terreno, mas estrecho pero mucho ménos esplotado, podrian los enemigos de los jesuitas haber esgrimido sus armas, sino con mas gloria, al ménos no con tanta temeridad como la que se necesita para renovar un combate en que Pascal agotó su erudicion asombrosa i las gracias inimitables de su injenio.

Empero, i apesar de no haberse atacado esa parte de la ciudadela, conviene aprovechar la oportunidad que la obra histórica que analizamos nos ofrece para demostrar que por esa parte la ciudadela es inespugnable. A la vista de los documentos exhibidos i de los hechos relatados en esas pájinas hai que rendirse a la evidencia i confesar que la Compañía de Jesus fué en Chile la mas visible i acabada personificacion de la Providencia durante la colonia. Los jesuitas fueron a un tiempo mismo misericordia i justicia, luz i progreso, ejemplo i estímulo. Casi nada de bueno se hizo en aquella época que no se hiciera por sus manos o con su aprobacion; i al reves, casi no hubo mal que no combatiesen o reprobasen. I esta campaña penosa se prosiguió durante un largo período, apesar de todos los contratiempos i de los desengaños, con el mas admirable desinteres, con la mas santa abnegacion. Jamas hubo sembradores, ni mas laboriosos, ni mas pacientes, ni mas humildes, ni mas llenos de fé en la cosecha.

Creemos que fué Gibbon quien observó que la Francia habia sido formada por los obispos, como una colmena es formada por las abejas. Con tanta verdad como la del historiador ingles podríamos decir nosotros que Chile a fines del siglo XVIII no era mas que una colmena labrada por los jesuitas.

Para demostrar la exactitud de este aserto bastaria recordar los nombres de Valdivia i de Lacunza, dos memorias que, andando el tiempo, han de ser en Chile dos monumentos tan imperecederos, como lo es ya el consagrado a perpetuar la memoria de Molina, ese otro jesuita modelo de sabios i de buenos: bastaria preguntar a la tradicion el nombre de los primeros maestros, de los primeros mártires, de los primeros cultivadores, misioneros, arquitectos, escultores, hospitalarios i catedráticos, de los que echaron en Chile las bases de la propiedad, de las escuelas, de los templos, de los hospitales, de los colejios, de los seminarios, de las misiones, de las despensarías; de los que plantaron las primeras viñas, i los primeros olivares, que escribieron i publicaron los primeros libros, que descubrieron, recorrieron o abrieron hasta el corazon de Arauco i aun hasta el centro de la Patagonia las primeras sendas, que hicieron oir ántes que nadie a los conquistadores la doctrina de la fraternidad cristiana que ultrajaban en los indíjenas, i a éstos la consoladora voz de la misericordia.

Pero sin dar a la demostracion tan vastas proporciones, i aun sin salir de los datos que suministra i de los hechos que refiere el libro de que nos estamos ocupando, es fácil manifestar cuán hermoso, benéfico

i digno de encomio fué el papel que la Compañía de Jesus desempeñó en Chile durante la colonia.

Los que se complacen en publicar, con el objeto de escandalizar a los necios, la lista detallada i abultada de las propiedades que los jesuitas poseian en Chile cuando fueron despojados de ellas por el úkase de Cárlos III ¿por qué no se toman el trabajo de averiguar el secreto que tenian para hacerse los herederos universales, i la inversion que daban a sus cuantiosas rentas? ¿Cuándo sabremos qué hacian aquellos avaros con su dinero i aquellos ricos propietarios con sus inmensas heredades?—Probablemente no lo sabremos miéntras nuestros historiadores insistan en considerar la historia como un escrito de bien probado cuya conclusion ha de ser fatalmente la inocencia del cliente i la criminalidad del adversario.

Por muchas i mui valiosas que fuesen las propiedades de la Compañía, si las adquirió lícitamente, si las cultivó con intelijencia, e invirtió en obras de progreso i de utilidad pública sus productos, nosotros no vacilamos en absolverla, en nombre de la justicia i en nombre de la patria. Si la propiedad afluia a sus manos debió de ser sin duda porque sus manos eran la mas aptas para cultivarla, i las mas caritativas para repartir entre los menesterosos sus productos. Esto que dice el buen sentido, no podrá ménos de decirlo el escritor que en adelante emprenda la tarea de llenar el vacío que, como pintura de la sociedad colonial, notamos en la obra del señor Amunátegui. Mirado el cuadro desde un punto de vista político o desde un punto de vista civil, todo él apa-

rece perfectamente iluminado; no así observado desde el punto de vista económico i social. Descubrimos con facilidad cuanto atañe a las relaciones de las autoridades entre sí, i aun de los españoles con los indios, lo que es sin duda algo mas interesante que presenciar el ir i venir de los soldados i las matanzas de las batallas, que era casi lo único que habiamos visto hasta ahora; pero no vemos cómo se constituia la propiedad, i se trazaban los caminos, i se delineaban las ciudades, i se levantaban los edificios, i se introducian los árboles, los animales i los cultivos europeos, nada en fin que pueda darnos una idea del teatro en que españoles i araucanos, gobernadores i oidores, encomenderos i encomendados representaban sus papeles.

Solo cuando esa historia venga justicia será hecha en Chile a la conducta observada en Chile por los jesuitas.

Entre tanto es preciso reconocer que con la obra de que nos ocupamos la senda queda abierta i la tarea empezada.

Lean los enemigos de los jesuitas el cápitulo IV, por ejemplo, i dígannos depues si sus preveneiones no han caido como avergonzadas en presencia de Luis de Valdivia, ese sublime apóstol de la fé, de la civilizacion i sobre todo de la caridad. ¡Qué humildad i qué heroismo, qué constancia i qué desinteres, qué propósitos i qué medios! Ni las fatigas de los viajes lo cansan, ni los jenerales clamores que suscita lo alteran, ni las injusticias lo irritan, ni la muerte misma lo acobarda! Encuentra igual acojida en la corte que en las chozas de los indios; pero rehusa

una mitra i muere revolviendo en su imajinacion nuevos planes i medios para civilizar a sus queridos araucanos. Poquísimos son los ejemplos que nos presenta la historia de hombres que se hayan consagrado con un desinteres tan absoluto, con una tan infatigable constancia al servicio de los oprimidos i a la propagacion del Evanjelio. I cuando se sabe que el padre Valdivia no fué el único miembro de la Compañía de Jesus que consagró su existencia a tan santa obra, cuando uno lee la vida i trabajos apostólicos de un Mascardi, que atraviesa las pampas patagónicas anunciando la buena nueva a sus tribus errantes, hasta morir *laqueado* por los bárbaros, cuando se recorren con la imajinacion los senderos por donde el padre Guillermo o el padre Lagunas iban al traves de los bosques, de los rios i de la cordillera, descalzos i hambrientos, en busca de los Pehuenches i los Poyas a fin de fundar una mision i levantar una capilla en las riberas de Nahuelhuapi, para morir abandonados en aquellas soledades con el crucifijo sobre el pecho i los ojos en el cielo, cuando se cuentan los sacerdotes de la misma órden que padecieron en Arauco las persecuciones i el martirio, no es posible ahogar en el corazon el tierno sentimiento de respeto i de simpatía que despiertan virtudes tan heróicas i sacrificios tan sublimes.

No hai duda que para vivir i morir de esa suerte tiene que vencer la flaca naturaleza humana, resistencias mucho mas formidables que para vivir en los campamentos i morir en medio del estrépito de las batallas, i Cárlos Walker Martinez tiene razon sobrada cuando, al comparar el heroismo de los sol-

dados de la espada con el heroismo de los soldados de la cruz, esclama en uno de sus mas hermosos romances;

El héroe vierte su sangre
En las feroces batallas
I sacrifica su vida
De la libertad en aras;

Pero tiene por testigo
De sus proezas bizarras
A todo un pueblo que alienta,
A todo un mundo que aclama!

Mas el mártir.... solo, enfermo,
En rejiones apartadas
Bajo un hielo que lo abruma
O bajo un sol que lo abraza,

Del mundo desconocido
Sin mas aplauso ni fama
Que la voz de su conciencia
Que lo estimula i levanta

Sufre la muerte, i no en medio
Del ardor de las batallas,
Sino en un suplicio horrible
Que lento lo despedaza:

Ni una voz le infunde aliento,
Ni un amigo lo acompaña.....
Muere de una muerte oscura
En rejiones ignoradas.

¡Cielos! qué hermosas coronas
Ceñirán! ¡qué hermosas palmas
Las que alcanzarán los hijos
De la cruz inmaculada!

El señor Amunátegui no toca sino mui a la lijera la historia de las misiones, i sinembargo el libro todo de que nos ocupamos está lleno de sucesos i de incidentes que revelan cuántos i cuán importantes fueron los servicios prestados a la sociedad colonial por el clero i por los jesuitas. ¡Qué noble figura, por ejemplo, la de aquel valiente domínico frai Jil Gonzales de San Nicolas que predicaba a los sanguinarios jefes españoles que «se iban al infierno si mataban indios i que estaban obligados a pagar todo el daño que hiciesen i todo lo que comiesen porque los indios defendian causa justa, que era su libertad, casas i haciendas, etc.» ¡I cuánto enaltece su memoria aquella representacion forzada que le atribuia el licenciado Juan de Herrera, haciéndolo citar i emplazar para que defendiese a los pobres indios ántes de condenarlos a destajo a perpétua servidumbre!

Otro nombre que merece conservarse con respeto es el del primer provincial de los jesuitas en Chile, el padre Diego de Torres, que despues de haberse consultado con los teólogos mas famosos del Perú, Tucuman i Chile i de haber deliberado con los sacerdotes de la corporacion que venia a gobernar, declarando «que era mui gravoso para la conciencia servirse de los indios contra su voluntad i sin pagarles el justo precio de su trabajo» mandó, en abril de 1608, «que se recompensasen debidamente sus ser-

vicios a los indios del colejio de jesuitas de Santiago.»

Lo que manifiesta que cabe a los jesuitas la gloria de haber ántes que nadie sostenido teóricamente i establecido en la práctica que los españoles no tenian derecho a servirse de los indios sin pagarles, es decir, la gloria de haber dado el primer paso para establecer entre españoles e indíjenas la igualdad económica.

Por otra parte, este desinteres nada tiene de estraño, i era justo i natural que los mismos sacerdotes que vivian dispuestos a dar la vida por la salvacion de los indios, fuesen los primeros que resolviesen pagarles el salario de su trabajo. Así se esplica a un tiempo mismo la influencia que ejercieron sobre la sociedad colonial, la rapidez con que se acumularon en sus manos grandes propiedades i la facilidad con que pudieron cerrarlas i cultivarlas.

De los hechos que hemos citado como ejemplos i de otros muchos que podríamos tomar del libro que nos ocupa puede deducirse sin esfuerzo que fué la Iglesia, por medio de sus prelados i sacerdotes i mui principalmente por medio de la Compañía de Jesus, la mas celosa defensora de la libertad, de la igualdad i de la fraternidad humanas, i si no la única, la principal fuerza viva que impulsó a la colonia en el sentido del progreso moral, intelectual i material.

Si el autor de *Los Precursores* no lo dice, lo manifiesta; i por ello ha merecido bien de la verdad i de la justicia. Esponiendo injenuamente los sucesos, tales cuales se encuentran consignados en documentos auténticos, no ha hecho sin duda una obra de

sectario; pero ha hecho en cambio algo que vale mas, una obra de historiador. Su deber era mostrarnos a los hombres i a las instituciones de la colonia en presencia de sus actos, i nos complacemos en declarar una vez mas que en nuestro concepto el señor Amunátegui lo ha cumplido con suma dilijencia i con noble imparcialidad.

¡Ojalá estas líneas que hemos dedicado al exámen de su trabajo puedan dejar en el ánimo de los que las lean una impresion idéntica! ¡Ojalá los que lean la bibliografía puedan decir en conciencia de la imparcialidad del bibliógrafo lo que el bibliógrafo ha podido decir en conciencia de la imparcialidad del historiador!

TOMO III. (1)

I.

Ha aparecido el tercero i último tomo de la importante memoria histórica, que con el título arriba copiado ha venido publicando el señor don Miguel L. Amunátegui, secretario jeneral de la Universidad.

Un amigo nuestro i del autor, a quien éste tuvo la amabilidad de enviar el tercer tomo de su obra, no habiendo hecho otro tanto, seguramente por olvido, con los dos primeros, observó al recibir el obsequio: «¿El señor Amunátegui estará creyendo que vengo yo de la estirpe de Herodes, que así me manda una fraccion de sus Precursores?» Agregando inmedia-

(1) Un volúmen de 510 pájinas,—Imprenta de *La República.*

tamente i en voz baja para que no alcanzase a oir el portador: «I lo peor del caso es que no me manda la cabeza sino los piés, i que el paje éste no tiene nada que ver con Salomé.»

Aparentemente el amigo tenia razon; pero en realidad se engañaba. El tomo tercero de los *Precursores* no es una parte de un todo, es un todo completo. En él i solo en él están los verdaderos precursores de la independencia de Chile. La historia que contiene es indudablemente la historia de una aurora, de la aurora de la independencia. Los dos primeros, como lo notamos al ocuparnos de ellos, no contienen nada de parecido, son ni mas ni ménos que la triste historia de la noche del coloniaje.

Empezamos, pues, declarando que el tercer tomo de la obra del señor Amunátegui no merece el reproche que dirijimos al primero i segundo. Miéntras que éstos, por su contenido, protestaban contra su carátula, aquél corresponde perfectamente al título que lleva.

Sin duda que un espíritu caviloso podria aun preguntar, con ciertas apariencias de razon, por los nombres de esos tan historiados precursores de la independencia de Chile: sin duda que ni el libro del señor Amunátegui es una série de biografías de otros tantos Bautistas de la rejeneracion política operada en los primeros años de este siglo; pero despues de todo, si el libro de que vamos a ocuparnos no nos muestra un precursor de la independencia en cada uno de sus capítulos, nos muestra indudablemente algunas de las muchas premisas de que aquella fué una lójica i necesaria deduccion.

Así, por ejemplo, aun cuando nadie se atreveria a afirmar que la idea de la emancipacion se debió mas en Chile a los zambos, mulatos i mestizos, que a los descendientes de los primitivos conquistadores, es de presumir que la inferioridad en que socialmente se encontraban produjera en ellos jérmenes inconcientes i vagos todavía de los anhelos de igualdad i de emancipacion que solo a la república le era dado satisfacer. En otros términos, si en rigor no puede decirse de los zambos, mulatos i mestizos, que fuesen *precursores* de la independencia, puede en rigor decirse que fueron antecedentes i premisas de aquel trascendental acontecimiento.

En este sentido deciamos que el tercer tomo de la obra del señor Amunátegui es superior a los dos anteriores i no merece los reproches que a su debido tiempo les dirijimos.

II.

Pero si la incongruencia ha desaparecido no sucede otro tanto con algunos de los demas defectos que, al estudiar la parte ya publicada de la obra, señalamos en nuestros dos artículos anteriores.

Siempre el mismo estilo, monótono, jadeante i desmenuzado en períodos microscópicos. Siempre el prurito de intercalar en el texto, las mas veces sin necesidad, una multitud de reales cédulas i otros documentos oficiales de la colonia, escritos como con esencia de adormidera. Siempre la ausencia de aquel espíritu filosófico, que sabe remontarse de los deta-

lles al conjunto, de los fenómenos a sus causas, de los hombres a los sistemas, en una palabra, de la rejion de la crónica a la rejion de la historia. I siempre i mas que nunca el prurito de atribuir a la perversidad de los hombres, hechos que en buena justicia solo deben imputarse a las ideas i preocupaciones dominantes en los tiempos i paises en que se ejecutaron.

Así, para no ir mas léjos, fijando la atencion en los dos primeros capítulos ¿qué es lo que descubrimos? Desde luego una pintura, desleida es verdad, pero exacta, curiosa e instructiva de la condicion legal i social en que durante el coloniaje vivieron los mestizos, zambos, mulatos i criollos o españoles americanos. Pero, si despues de concluido tan interesante viaje, hecho la mitad a trote de mula, obedeciendo al menudo compas de la prosa desmenuzada del señor Amunátegui, i la otra mitad a paso de tortuga, al traves de los pantanos de las reales cédulas i glosas de Solórzano i Pereira, el viajero se detiene un instante para resumir sus impresiones i formular un juicio fundado sobre los hombres i los sucesos que acaban de pasar por delante de sus ojos, ¿qué luz, qué ausilio, qué indicacion siquiera el historiador le suministra? ¿Dónde está el director de esa escena? ¿Dónde el resorte oculto que mueve a los opresores haciéndolos perseverar en su opresion, i dónde la fuerza que mantiene así durante siglos a la gran mayoría de los habitantes del Nuevo Mundo bajo el yugo? I luego ¿aquella medalla no tiene mas cara que la que el historiador nos alumbra? I un espíritu imparcial ¿no podria tomar pié de esa misma multi-

plicacion de los mestizos para mostrarnos a la España de la colonia bajo uno de sus mas favorables aspectos?

El señor Amunátegui lee i escribe la historia mui propenso siempre a descubrir i exhumar en ella ánjeles i demonios. Pero «el hombre circunspecto, dice Macauley en su estudio sobre Maquiavelo, ántes de formular su juicio observa mui de cerca i con ojos escudriñadores los ánjeles o los demonios creados por el vulgo.» I mas adelante: «Solo sabe leer la historia aquel que, haciéndose cargo de la influencia que las circunstancias ejercieron sobre las pasiones i las opiniones de los hombres, i de cuán fácil i frecuente es que el vicio se tome por virtud i la paradoja por axioma, aprende a distinguir en la naturaleza humana lo que es accidental i transitorio de lo que es esencial e inmutable.»

Olvidar esta regla de verdad i de justicia es esponerse a incurrir en graves errores i en grandes injusticias. Es imitar el bárbaro procedimiento empleado antiguamente en el ejército para castigar, diezmando o quintando las filas, aquellos delitos que, por ser cometidos por todos, no podian castigarse en todos sin que el ejército dejase de existir.

Por desgracia, el señor Amunátegui olvida aquella regla e imita este poco equitativo procedimiento. En vez de juzgar a los hombres i las instituciones de la colonia sin separarlos del aire que respiraban i del medio en que se movian, los juzga aisladamente i segun las ideas dominantes en el siglo i en la democracia en que escribe: i en vez de echar la responsabilidad de las malas instituciones sobre los hombres de una jeneracion entera, la quinta, sacando

de entre la multitud unos cuantos infelices machos cabríos emisarios, de su siglo i de su pais, condenados a cargar con todos los pecados del pueblo.

Tomemos, para esclarecer nuestro pensamiento, el juicio que el señor Amunátegui formula sobre la suerte infeliz que durante la colonia cupo a los mestizos. El historiador, lo hemos dicho ya, nos muestra esa situacion con notable exactitud, fundándose en documentos oficiales. El jurisconsulto Solórzano i Pereira los califica de *infames* i el señor Amunátegui agrega: «De esto tuvo oríjen el ordenarse por el rei en cédulas de 31 de agosto i 28 de setiembre de 1588, que ni los hombres de semejantes razas pudieran ser admitidos al sacerdocio, ni las mujeres a la vida monástica, sin previa informacion de haber nacido de lejítimo matrimonio.»

Tales son los hechos. Ahora bien, ¿qué se deduce de ellos? El señor Amunátegui deduce el propósito que hubo en los monarcas españoles de perseguir, humillar i anular a todos aquellos americanos por cuyas venas no corriese sin mezcla la sangre ibera. ¡Deduccion evidentemente errónea! En efecto, las reales cédulas que se citan no creaban para los mestizos que aspirasen al estado eclesiástico una irregularidad nueva e inherente a su condicion de mestizos; como quiera que se limitaban a repetir la disposicion canónica que declara irregulares para el sacerdocio a los bastardos. «Son irregulares por defecto de nacimiento, dice el señor Donoso, todos los ilejítimos, es decir, los que han nacido fuera de matrimonio verdadero o putativo»(1). Esta irregularidad,

(1) Diccionario teolójico, canónico, etc., pal. *Irregularidad*.

que los canonistas llaman *defectus natalium*, tan léjos de haberse inventado contra los mestizos, zambos i mulatos americanos, tuvo su oríjen *en el siglo once* de la era cristiana, i su causa dice Phillips «es la condicion de humillante inferioridad en que la lejislacion de aquella época colocó a los bastardos.»

De manera, pues, que la prohibicion de que tratamos no iba dirijida contra el mestizo en odio a la sangre americana que circulaba por sus venas, sino en odio a su bastardía. I la prueba se halla en las mismas reales cédulas citadas, ya que éstas no prohiben absolutamente que se admitan los mestizos a las sagradas órdenes, sino solo que se admitan sin «prévia informacion de haber nacido de lejítimo matrimonio.» I esto ¿qué importaba en sustancia? Ni mas ni ménos que someter a los mestizos al derecho comun; al mismo derecho a que en la actualidad están sometidos cuantos aspiran al sacerdocio.

I hai que advertir que las prohibiciones contenidas en las reales cédulas citadas, en nada contrariaban lo mandado por el Papa Gregorio XIII en su bula de 1576, como el señor Amunátegui lo afirma, encareciendo la perversidad de los reyes españoles; porque de que el Papa facultase a los prelados de América para dispensar el *defectus natalium*, mal puede inferirse que la tal irregularidad no existiese; al contrario.

Tampoco sería justo atribuir, al ménos esclusivamente, a espíritu de hostilidad contra los mestizos i mulatos la prohibicion que se les impuso de ser escribanos durante la colonia. Ella no fué mas que una consecuencia de las leyes antiquísimas que en

España determinaban las condiciones que debia reunir todo aquel que pretendiese desempeñar ese destino, i del concepto en que se tenia a los mestizos. I en efecto, ántes del exámen a que era sometido el aspirante, tenia que presentar éste «una informacion de la justicia del pueblo de su domicilio sobre su lejitimidad, limpieza, edad i asistencia en el oficio de escribano.» (1) En otros términos, exijiendo las leyes que no se admitiesen al exámen de escribanos mas que a los españoles de sangre limpia, esto es, sin mezcla de moros, judíos, herejes, penitenciados, etc., i que a la dicha condicion de cristianos viejos reuniesen la de ser hijos de lejítimo matrimonio, era evidente que los mestizos i mulatos quedaban escluidos, ya que nunca podian presentar certificado de limpieza, i rarísimas veces el de lejitimidad, requisitos indispensables para el nombramiento, no solo en América sino tambien en España.

Ahora bien, ¿es justo i sobre todo acertado creer, como aparece que cree el señor Amunátegui, que el odio a los mestizos, mulatos i zambos fué la causa de una prohibicion en que incurrieron, a virtud de leyes dictadas con anterioridad al descubrimiento de América i que tuvieron su oríjen en las ideas reinantes en la época en que se dictaron? Establecido el principio de que tales i cuales oficios no podian ser desempeñados por personas que no acreditasen su lejitimidad i limpieza, necesariamente tuvieron que ser escluidos los mestizos, que casi siempre eran

(1) Diccionario de Escriche, palabra *Escribano*. Lib. VII, Tít. XV, lei VI. Nov. Recop.

el fruto de uniones ilejítimas i por cuyas venas corria una sangre mezclada.

La tercera prueba que de la tésis que le vamos redarguyendo de errónea, aduce el señor Amunátegui, es la copia de una sentencia dictada en 1763 i en esta ciudad de Santiago, contra un esclavo llamado José Martinez, por la muerte que dió a sus amos, don Juan Antonio Rojas i doña Isabel Calderon. La pena impuesta al reo es realmente horrorosa. El tribunal mandó que en el trayecto de la cárcel a la horca fuese atenaceado vivo, que su cadáver fuese descuartizado i que en picotas sus miembros se colocasen por diversos puntos de la ciudad.

Pero, en primer lugar, no se trataba en el caso citado de un mestizo, sino de un esclavo, i por eso solo es ya inconducente. I en segundo lugar se trataba de un doble i alevoso asesinato, delito que en aquellos tiempos se castigaba todavía segun las prácticas i con los aparatos bárbaros de la Edad media. ¿Ni qué tiene de estraño que se condenase a ser atenaceado, i ahorcado i descuartizado a un esclavo asesino de sus dos amos, cuando a los militares españoles, culpables solo de reclamar con las armas en las manos sus sueldos, como el sarjento mayor Molina, i los soldados Contreras, Ortiz i Moya, se les condenaba tambien al garrote, la horca i el descuartizamiento, como puede verse en las pájinas 149 i 150 del libro de que nos ocupamos?

Si el señor Amunátegui hubiese rejistrado las leyes españolas que establecian penas para los esclavos asesinos de sus amos, se habria persuadido de que la sentencia dictada contra el esclavo José Mar-

tinez, no fué mas que una copia exacta de todas las que se dictaban por todos los jueces españoles dondequiera que se tratase de homicidio perpetrado por el siervo en la persona de su dueño.

Tenemos, pues, que ninguno de los tres antecedentes citados para comprobar en el gobierno colonial el propósito de hostilizar i deprimir a la poblacion que sacó su oríjen de la mezcla de españoles con indios i africanos, hace al objeto que el autor se propone.

No creemos que en los monarcas de Castilla existiese ese amor entrañable hácia sus fieles súbditos de las colonias americanas, que pregonaban en todos sus despachos; pero tampoco podemos creer que existiese en ellos ese propósito deliberado de oprimir a los mestizos, zambos i mulatos. Si lo primero hubiese sido cierto, es claro que habrian dictado algunas disposiciones tendentes a traducir en obras sus amores; i si lo segundo, no es ménos claro que habrian introducido en la lejislacion vijente algunas escepciones encaminadas a hostilizarlos. Ahora bien, como ni era verdadero el cariño de que los reyes hablaban, ni cierto el odio de que el señor Amunátegui habla, lo que aquellos hicieron fué dejar que los mestizos, zambos i mulatos americanos corriesen la suerte que las leyes i las ideas recibidas les tenian deparada.

III.

Pero ¿cuál fué esa suerte? Triste, sin duda, si se compara con la de los peninsulares i sus descen-

dientes lejítimos; pero envidiable si se compara con la de los indios i africanos. I de ahí es que miéntras el número de esclavos permanecia apénas estacionario, i que miéntras la poblacion indíjena iba visiblemente a ménos, la poblacion mestiza incrementaba con una rapidez prodijiosa. Exenta de los tributos de dinero i de trabajo que consumian a los indíjenas, i libres de los cargos i servicios que incumbian a los españoles i criollos, los mestizos, zambos i mulatos fueron durante muchos años, los zánganos de la sociedad colonial. Mas tarde, cuando por haberse multiplicado tentaron la codicia de los gobernantes españoles, se les sujetó tambien al pago de contribuciones; pero apesar de ellas continuaron creciendo en número i en importancia, ya ocupados en el servicio doméstico, ya en la pequeña industria, ya en el comercio al por menor, ya, por último, en los campos, donde los indios iban siendo de dia en dia mas escasos.

Esta facilidad con que en las colonias españolas se operó la mezcla de la raza europea con la indíjena, es uno de los hechos mas dignos de llamar la atencion del historiador de América. En efecto, la raza española ha sido la única raza descubridora i conquistadora que se ha mezclado con las razas subyugadas inferiores, hasta el punto de formar un solo i mismo pueblo. Ni las preocupaciones aristocráticas, ni el odio de los que se hacen la guerra, ni la diferencia de color, ni la muchísimo mas importante de las creencias relijiosas, han sido parte a impedirle cumplir esa mision benéfica. En la misma península, miéntras se defendia de los mahometanos i per-

seguia a los judíos, mezclaba con ellos su sangre. En América la mezcla de conquistadores e indíjenas se verificó en grande escala, de suerte que, andando el tiempo, no fueron pocas las colonias cuya poblacion mestiza excedió en número a la española. I si bien es cierto que los mestizos en su oríjen, por la irregularidad de las uniones de que provenian, ocuparon una posicion mui inferior en la sociedad colonial, no lo es ménos que cuando aquella primitiva mancha se fué borrando con el trascurso del tiempo i los lejítimos enlaces que se celebraban entre los mestizos, éstos fueron acercándose a los españoles americanos i aun a los españoles peninsulares en consideraciones e importancia. Así, cuando la revolucion de la independencia vino, fué considerable el número de los mestizos, zambos i mulatos que se afiliaron en las filas de los ejércitos patriotas i no pocos llegaron a alcanzar elevados puestos i merecida fama por su valor i sus talentos. Así tambien hubo colonias, i Chile es una de ellas, en que la poblacion indíjena pura llegó a estinguirse casi totalmente, siendo reemplazada por otra compuesta en su inmensa mayoría de mestizos.

Hemos dicho que ese poder de fusion es peculiar de la raza española; i en efecto, ¿cuál es la colonia anglo-sajona en que puedan contarse, no diremos ya millones, pero ni aun millares de mestizos? ¿Quién ha encontrado en los Estados Unidos de Norte Amécica, en Australia, o en la India mestizos provenientes de la union de los ingleses con los aboríjenes de esas rejiones? ¿I quién no prevee que en los paises nombrados, i en Norte-América sobre todo, ántes de

muchos años la lucha entre los europeos i los indios, no concluirá por la fusion, sino por el esterminio completo de los últimos?

Pero si bajo este respecto, que podríamos llamar social, la superioridad de los españoles sobre los ingleses es tan evidente como su inferioridad económica i política, nada parece mas difícil que dar del hecho una esplicacion satisfactoria. La que se ha dado, tomando por fundamento la diferencia de relijion, no resiste a la prueba de los hechos; i decimos que no resiste a la prueba de los hechos, porque en efecto, para que la dicha esplicacion fuese aceptable, sería preciso que la historia nos presentase siempre unido ese poder que hemos llamado de fusion con la creencia católica. Ahora bien, la historia no dice eso, porque si bien, con una que otra pequeña escepcion, nos muestra a los colonizadores franceses i católicos del Canadá i de Arjelia tan infusibles con las razas conquistadas, como los ingleses protestantes de Norte América i de Australia.

¿Cuál será, pues, la verdadera causa del fenómeno que hemos notado? Para nosotros, que no pertenecemos a la escuela de aquellos que dan a cada raza un destino providencial i cualidades injénitas características, la esplicacion debe buscarse sencillamente en las circunstancias que acompañaron al descubrimiento, a la conquista i al gradual desarrollo de las colonias españolas. Así, para no fijarnos mas que en una circunstancia capital, miéntras que las persecuciones relijiosas llevaron a Norte-América por primeros colonos *familias* europeas, la codicia, el espíritu novedoso i un poco tambien el anhelo de

propagar la relijion católica, trajeron a la América española por colonos, soldados, mercaderes i aventureros. Dado este antecedente, nada mas fácil que esplicarse lo que sucedió. En Norte-América la familia europea que se bastaba a sí misma, hizo la guerra a la familia indíjena, i la mezcla de razas no se verificó porque no fué necesaria. En la América española los soldados mataron a los indios con el hierro i los aventureros haciéndolos consumirse en trabajos abrumadores; pero miéntras los soldados i aventureros hacian caer así sobre los indios todo el peso de la conquista, por la seduccion o la violencia, por buenos o malos caminos, tuvieron que obedecer a las leyes de la naturaleza i fundar en América familias de la única manera que era posible formarlas, esto es, tomando mujeres indíjenas. Tal fué la principal causa que determinó la mezcla de las razas en las colonias americanas; mezcla que fué un hecho preñado de gravísimas consecuencias sociales, económicas i políticas. Sin él la raza indíjena habria desaparecido ya de muchas comarcas del continente, la poblacion no sería ni con mucho tan considerable como lo es en la actualidad, nuestras clases trabajadoras carecerian de la sobriedad, de la bravura i del vigor muscular inherentes a la sangre araucana que corre por sus venas; pero en cambio no veríamos tan jeneralizado ni el desaseo, ni la embriaguez, ni la propension al robo i al asesinato; i el pueblo sudamericano, en vez de tener como ahora ciertas facciones que le dan una fisonomía propia, ya que no del todo orijinal, sería, apesar de la independencia, una inmensa colonia española.

IV.

Acabamos de ver que por no remontarse hasta la causa de los fenómenos que observa, el señor Amunátegui incurre en el primer capítulo de su libro en errores e injusticias de consideracion. El segundo, que es consagrado al estudio de la situacion legal i social que ocuparon los criollos o españoles americanos durante la colonia, nos suministra nuevos ejemplos de los estravíos en que lo hace incurrir el falso criterio histórico a que obedece.

Un historiador que se complace en los detalles hasta perder entre ellos el rumbo, que adopta sin exámen todas las opiniones vulgares, i que no sabe o no quiere tomar en cuenta la diferencia de los tiempos al redactar los considerandos de su fallo, podrá escribir crónicas mas o ménos divertidas i granjearse alguna popularidad entre la turbamulta de los que acostumbran aceptar sin exámen opiniones que tengan en su favor la doble consagracion del tiempo i de las mayorías; pero no acertará jamas a elevarse a aquellas eminencias desde donde puede abarcarse de una sola mirada todo el horizonte, rectificarse los caminos del error, por trillados que sean, i descubrir el principio por el cual todos los fenómenos se espliquen i en el cual se armonicen todas las discordancias.

Las grandes revoluciones no se realizan sino a fuerza de entusiasmo; i éste rarísimas veces se despierta entre las multitudes a la voz de las ideas abstractas, por justas i hermosas que sean. Los pueblos,

para batirse por una causa, necesitan verla, o imajinársela encarnada en determinadas personas. I de aquí es que las épocas de las grandes lides i de las revoluciones profundas han sido siempre fecundas en ánjeles i en demonios, en héroes insignes i en insignes malvados.

Algo de eso aconteció en América durante la guerra de su independencia. Despues de haber sufrido durante siglos los perjuicios de un detestable réjimen, resuelta a ponerle término por medio de las armas, necesitó apasionar al pueblo contra España i en favor de la independencia. ¿I cómo lo habria logrado atribuyendo todos los males de la América a un falso sistema económico i político, cuyos efectos solo unos cuantos privilejiados de la intelijencia estaban en aptitud de comprender? Se tomó, pues, otro camino. Se presentó a los gobernantes españoles como poseidos de un odio implacable contra todo lo que era americano, se imputó a malquerencia lo que era yerro, torpeza o necesaria consecuencia del réjimen establecido, i se cavó un abismo entre peninsulares i criollos, presentando a aquellos como otros tantos verdugos esplotadores i a éstos como a otras tantas víctimas esplotadas.

¡Necesidades de la guerra! se nos dirá talvez; i confesamos sin trabajo que fueron trazas de la guerra. Pero si en la época de la independencia pareció preciso arrojar a la hoguera en que el entusiasmo popular se alimentaba errores, injusticias i exajeraciones, ¿qué razon ni pretesto para perpetuar el embuste tiene el historiador que medio siglo despues, sin odios ni prevenciones, estudia los aconte-

cimientos i juzga a los hombres a la luz de una elevada i justiciera filosofía?

Nosotros no descubrimos ni razon ni pretesto. Nosotros creemos, al contrario, que es llegado ya el tiempo de sacar de su error a los que aun miran como un hecho demostrado que tenian cola los vencidos de Chacabuco. Con cola o sin ella lo que se necesitaba era vencerlos, i la gloria de nuestros padres estuvo en realizar esa inmortal hazaña. Quitar la responsabilidad de los males de la colonia de sobre los hombros de tales o cuales personajes, para atribuirla principalmente a los errores dominantes de la época, no es rebajar, es al contrario enaltecer el significado de la revolucion que iniciaron i llevaron a cabo los fundadores de la patria. Anatematizar criminales propósitos es cosa fácil i estéril. Anatematizar las erróneas doctrinas, que una vez admitidas hacen ejecutar el mal aun a los hombres mejor intencionados, es principalmente en Chile, donde esos errores viven todavía disfrazados con nombres mas o ménos simpáticos, acto de verdad i de patriotismo.

Uno de los hechos imputados con mas persistencia a la maldad i suspicacia de los gobernantes españoles, es el cortísimo número de americanos que llegó a ocupar los primeros puestos en el gobierno político i eclesiástico de las colonias.

El señor Amunátegui sostiene esa misma tésis en el capítulo II del tomo III de sus *Precursores*. I lo mas singular es que la sostiene en presencia de documentos que la contradicen, i recordando que hai quienes la consideran de todo punto falsa.

En la rejion de los hechos no hai discusion posible. Es una verdad innegable que, salvo rarísimas escepciones, los mejores empleos de la colonia se daban a los peninsulares. Tampoco cabe duda racional sobre la rivalidad que reinaba entre los españoles i criollos. De lo único que se trata es por lo tanto de esplicar el fenómeno, averiguando si él debe atribuirse «a la intencion que los gobernantes de la colonia tuvieron de tratar con imperioso i calculado menosprecio a los españoles americanos» o a causas naturales e independientes de la voluntad de aquellos gobernantes.

Como era de esperarse, el autor de *Los Precursores* tiene por demostrado lo primero. Nosotros, por el contrario, creemos que lo último es lo cierto. Para corroborar nuestra opinion, no tenemos mas que recurrir a los documentos oficiales i categóricos que el mismo señor Amunátegui trascribe. Nos parece que si en alguna parte puede encontrarse bien diseñado el espíritu del gobierno colonial, es en la *Recopilacion de Indias*. Ahora bien, en esa voluminosa coleccion no hemos encontrado nosotros, ni ha encontrado tampoco el señor Amunátegui, una sola lei que tienda a favorecer a los españoles en perjuicio de los criollos; al paso que hai muchas que establecen entre unos i otros la igualdad, i algunas que ordenan espresamente que los criollos sean preferidos a los peninsulares.

Véanse aquí dos de esas leyes:

«Asimismo mandamos, dice la lei XIX, tít. II, lib. III de la *Recopilacion de Indias*, que en todo lo contenido en la lei antecedente, cuando sucediere

concurrir muchos pretendientes con igualdad de méritos, sean preferidos los descendientes de los primeros descubridores de las Indias i despues los pacificadores i pobladores i *los que hayan nacido en aquellas provincias* porque nuestra voluntad es *que los hijos i naturales de ellas sean ocupados i premiados donde nos sirvieron sus antepasados* i primeramente remunerados los que fuesen casados, etc.»

En la lei V, tít. VIII, lib. VI de la misma *Recopilacion*, don Felipe II dice: «Habiendo llegado a entender que las gratificaciones destinadas por Nos a los beneméritos de las Indias en premio de sus servicios, no se han convertido ni convierten como es justo en beneficio de los hijos i nietos de descubridores, pacificadores i pobladores i que por sus personas tienen méritos i partes para conseguirlas, se hallan olvidados, pobres i necesitados: mandamos i repetidamente encargamos a todos los que en las Indias tienen facultad de encomendar, que en esto procedan con toda justificacion, teniendo especial cuidado de preferir a los que hubiere de mayores méritos i servicios, i *de éstos a los descendientes de primeros descubridores, pacificadores, pobladores i vecinos* mas antiguos que con mejor i con mas fidelidad hayan servido en las ocasiones de nuestro real servicio, etc.»

Contra estas terminantes disposiciones legales ¿qué es lo que se opone? En primer lugar hechos numerosos, que si prueban que en la práctica los peninsulares eran casi siempre los preferidos i que entre éstos i los criollos llegó a formarse una rivalidad terrible, no prueban de ninguna manera que

ello sucediese de acuerdo con el pensamiento político de los monarcas españoles. Al contrario, no sería difícil, examinando bien la solucion que los gobernantes daban a las querellas que entre unos i otros surjian, descubrir el propósito que siempre manifestaron aquellos de mantener por lo ménos la igualdad. ¿I qué fué si no un espediente, mal calculado es cierto, pero en fin un espediente para mantener la igualdad, el sistema alternativo o de turno con que se pretendió poner término a las rivalidades contínuas de los frailes españoles con los frailes criollos en el gobierno de los conventos americanos?

En segundo lugar, se apoya el señor Amunátegui en algunos párrafos de la *Instruccion reservada* del conde de Floridablanca, el mas decisivo de los cuales dice así: «Serán nombrados obispos de las iglesias de aquellos dominios, eclesiásticos criados en España, i aun serán trasladados a las sillas de América algunos obispos de las iglesias del reino.»

Pero ademas de que esta instruccion nos revela solo el pensamiento de quien la daba, ella está mui léjos de importar una esclusion de los criollos, como el mismo conde tiene buen cuidado de declararlo en el párrafo subsiguiente, en que dice: «No por esto se dejará de atender a los clérigos americanos que lo merecieren por su sabiduría i virtudes.» De manera, pues, que lo que el citado estadista español aconsejaba, era que se nombrasen para las dignidades eclesiásticas sacerdotes nacidos en España, sin perjuicio de que se nombrase tambien a los americanos, siempre que fuesen dignos. ¿I no es cierto que en

buenos términos esto significaba o no aconsejar nada, o aconsejar que se nombrase a los mas dignos sin tomar en cuenta el pais de su nacimiento?

Sinembargo, se nos argüirá talvez: Si el pensamiento dominante del gobierno peninsular nunca se formuló por escrito, ni se encuentra concretado de una manera auténtica en documentos oficiales, él se reveló bien a las claras en la constante eleccion que los reyes hicieron de individuos nacidos en España para desempeñar los mas altos puestos de la administracion, de la Iglesia i de la milicia.

A quien nos arguyese de esta suerte, daríamos por toda respuesta la esplicacion natural de un hecho, que se declara estraño, i que no obstante fué la consecuencia precisa del réjimen de gobierno a que tanto España como sus colonias vivian sometidas. Traspórtese el lector con su imajinacion un siglo hácia atras: considere por un instante el mecanismo del gobierno de estos paises; la lentitud i escasez de las comunicaciones; el aislamiento en que las colonias vejetaban; la nube de aspirantes i cortesanos que envolvia a los reyes, i la centralizacion que llevaba al pié de su trono todas las querellas, proyectos, quejas, denuncios, aspiraciones i controversias de un mundo perdido allá en los confines de los mares, i dígasenos si colocado en aquel potro el hombre mas instruido, laborioso i justiciero, habria hecho otra cosa que desaciertos e injusticias? ¿A quiénes habian de designar los reyes para los vireinatos, capitanías jenerales, gobernaciones, obispados, etc., de sus Indias, sino a los que conociesen como mejores o tuviesen mas poderosos empeños? ¿I a quié-

nes habian de conocer sino a los españoles? ¿I quiénes con mas eficacia que los cortesanos i allegados habian de tocar el recurso tan antiguo i tan moderno, tan español i tan chileno de los empeños?

Sucedió, pues, lo que a no ser por milagro, tenia de suceder: que los cortesanos, parientes, allegados, que eran los españoles, se llevaban los mejores destinos; i que solo una que otra vez, i por escepcion, los criollos llegaron a alcanzarlos.

Para comprender bien lo que acontecia a este respecto en la colonia, basta no olvidar lo que ha sucedido en Chile desde que se proclamó la república. Talvez i sin talvez, hai provincias que desde la independencia acá no han sido gobernadas por intendentes nacidos en su propio suelo. I porque bajo todas las administraciones, aun bajo las mas liberales, ¡qué decimos! aun bajo la administracion del mismo señor Amunátegui, se han mandado a Valdivia i Chiloé intendentes que no eran ni valdivianos ni chilotes ¿seria exacto i justo decir que así se hizo en odio a esas provincias i con el deliberado propósito de hostilizarlas i humillarlas?—Sin duda que no, i que pensar tal cosa seria faltar conjuntamente a la verdad i a la caridad. La mayor parte de los intendentes se sacan de Santiago, por motivos análogos a los que inducian a los reyes de España a enviar a América gobernantes españoles. Se sacan de Santiago, porque en Santiago están los compromisos, los amigos, los allegados i los empeños; i porque fuera de esto en Santiago es donde abundan mas los hombres que, por su ilustracion i su esperiencia administrativa, se juzgan mas idóneos para desempeñar

los puestos públicos. Pues bien, eso que sucede en Chile, en plena república i en pleno siglo XIX, es lo que sucedia en España en los siglos XVII i XVIII, i por lo tanto en pleno despotismo; con solo la diferencia de que sucedia en mucho mayor escala. La circunstancia de no tratarse de provincias sino de colonias situadas a distancias inmensas, hacia que los reyes se olvidasen mas fácilmente de los chilenos para confiarles el gobierno de Chile, que nuestros presidentes de los valdivianos cuando se trata de elejir un mandatario para Valdivia; i sin disputa la diferencia de ilustracion que en aquel entónces habia entre España metrópoli i Chile colonia, era muchísimo mayor de la que hai actualmente entre Santiago capital i Valdivia provincia. Nada diremos de los compromisos, empeños i favoritismo; porque cristianamente debemos creer que abundasen mas en la corte española de los Felipes i Cárlos que en nuestra modesta i republicana Moneda.

V.

Antes de manifestar cómo es que el mal no estaba en los hombres sino en el sistema, i en qué consistia éste, i cómo es que en mucha parte subsiste todavía, produciendo efectos análogos a los que entónces produjo, queremos hacernos cargo de algunos otros puntos que el señor Amunátegui toca en su libro i que no carecen de interes.

«Los teóricos, dice, se esforzaron por fundar en una doctrina filosófica la irritante desigualdad que la

metrópoli habia establecido entre los peninsulares i los criollos.»

«Segun algunos autores, los primeros eran por naturaleza superiores a los segundos.»

«En la época de la colonia se sostuvo que los criollos habian nacido para ser dependientes de los peninsulares.»

«Un autor (Acosta) escribió que los criollos *mamaban en la leche los vicios o lascivna de los indios i de las indias.*»

«Otro (Puente) dijo que el clima del Nuevo Mundo era *mejor para criar yerbas i metales que hombres de provecho, pues aun dejeneraban luego los que procedian de los de España.*»

Vienen despues, i como para reforzar las anteriores citas, una del célebre jurisconsulto Solórzano i Pereira, i otra del mas célebre todavía padre Feijoó.

Por desgracia, estas dos últimas son contraproducentem.

Solórzano i Pereira estaba tan léjos de creer en la inferioridad natural de los criollos que tilda de *ignorantes o mal intencionados* a los que semejante tésis sostenian.

En cuanto a Feijoó, la que califica de opinion comun, no es la pretendida inferioridad intelectual de los criollos, sino la de que «*los criollos o hijos de españoles que nacen en América, así como les amanece mas temprano que a los de acá el discurso tambien pierden el uso de él mas temprano.*»

Se vé, pues, que entre la opinion comun que el padre Feijoó se propuso rebatir, i la doctrina filosófica de la inferioridad intelectual i moral de los ame-

ricanos, que el señor Amunátegui achaca a varios autores, hai una enorme diferencia. Esta habria sido injuriosa para los criollos; aquella nó. A lo mas podria decirse que era injuriosa para peninsulares i americanos; pues el anochecerles mas temprano la razon a éstos estaba compensado con el amanecerles a aquellos mas tarde.

¡I cuenta que aun esta compensacion fué mirada como injusta para los americanos, no solo por muchísimos notables hijos de este continente, sino tambien, i lo que es mas, por españoles de la talla de Feijoó! Ademas de los jesuitas, Clavijero, Molina i Velazco, citados por el señor Amunátegui i a quienes como criollos que eran podria recusarse, el referido autor del *Teatro Crítico* dice: «Muchos autores celebran, *no solo como iguales a los europeos, mas como excelentes* los injenios de los criollos; tales son el padre frai Juan de Torquemada en su *Monarquía Indiana;* Garcilaso de la Vega en sus *Comentarios reales de los Incas;* el señor don Lucas Fernandez Piedrahita, obispo de Panamá, en su *Historia del nuevo reino de Granada;* el padre Alonso de Ovalle en su *Historia de Chile;* don José de Oviedo i Baños en su *Historia de Venezuela;* i el padre Manuel Rodriguez en su *Historia del Marañon.* Todos estos autores hablan de esperiencia porque vivieron en aquellos paises cuyas historias escribieron. A que podemos añadir Bartolomé Leonardo de Arjensola en su *Historia de la conquista de las Molucas,* i el eminentísimo señor cardenal Cienfuegos en la *Vida* que escribió *de San Francisco de Borja* donde, con la ocasion de haber sido el santo autor de la *Fundacion de las provin-*

cias de la Compañía del Perú i Nueva España, llena dos capítulos enteros con elojios grandes de los injenios de aquellos reinos.»

«Por la misma rázon no se debe omitir el testimonio del discretísimo jesuita frances, el padre Jacobo Vaniere, quien en el libro VI de su excelente poema intitulado *Prædium rusticum*, ponderando la riqueza i fertilidad del territorio de Lima, añade que aun es mas rico i fértil en injenios i jenios excelentes:

«*Fertilibus gens dives agris, aurique metallo*
Ditior ingeniis hominum est, animique benigna
Indole.»

«Estando yo, agrega Feijoó, estudiando teolojía en Salamanca, fué a graduarse a aquella universidad (no sé si en la facultad civil o en la canónica) el señor don Gabriel Ordoñez, que despues fué lector de Cuenca. Tenia entónces, segun oí decir, de 22 a 24 años i acababa de llegar de Indias. Fué voz pública en toda la ciudad de Salamanca que, habiendo tomado puntos para el axámen de la capilla de Santa Bárbara, se le observó no haber tenido mas de una hora de recojimiento por toda prevencion para aquel arduísimo acto, que quien sabe lo que es no podrá ménos de asombrarse. En teolojía, filosofía natural, moral i medicina es mucho mas fácil, i no lo dudo que haya bastantes sujetos en España que lo hagan; mas en jurisprudencia no tengo noticia de alguno que se haya atrevido a tanto. De hecho en Salamanca, donde nunca faltan grandes lejistas, i entónces los habia insignes, especialmente los catedráticos

don Pedro Samaniego i don José de la Serena, fué jeneral la admiracion.»

Temerosos de incurrir en el mismo defecto de las largas e innecesarias trascripciones que hemos notado en el señor Amunátegui, nos abstenemos de citar algunos otros ejemplos que Feijoó aduce para probar la excelencia de los americanos injenios, i la falsedad del rumor echado a correr por algunos mal intencionados e ignorantes de que aquellos menguaban a los cincuenta i nunca alcanzaban a conservarse mas allá de los sesenta años.

Las autoridades a que acabamos de aludir, valen bien, sin duda, por las dos en que el señor Amunátegui se apoya para imputar al pueblo español i a su gobierno los juicios rencorosos i aislados de unos cuantos escritores de segundo órden.

Pero no es eso todo. Consideramos mui dignas de notarse las causas que Feijoó apunta para esplicar el precoz desenvolvimiento intelectual de los criollos. El autor del *Teatro Crítico* afirma que la causa de la diferencia no es otra que el cuidado que los padres de familia americanos ponen en enviar sus hijos a los colejios desde la mas tierna edad i el mayor teson con que en ellos se estudia. «Bien mirado todo, concluye, el aprovechamiento anticipado de los criollos no se debe a la anticipacion de su capacidad, sí a la anticipacion de estudios i contínua aplicacion a ellos. Si en España se practicara el mismo método es de creer que a los 20 años se verian por acá doctores graduados *in utroque* como en la América.»

Ignoramos qué tendrán que oponer a este esplén-

dido testimonio dado en favor de los padres de familia de la colonia i del provecho con que se estudiaba en sus aulas, los que no pierden oportunidad de repetirnos que la política colonial tenia como regla invariable de conducta mantener a los americanos en la mas crasa ignorancia.

Lo cierto es que tal política, léjos de ser suspicaz, habria sido sin piés ni cabeza. I lo cierto es todavía que los hechos protestan contra ella. I de nó, dígasenos ¿qué fin racional podian proponerse los monarcas españoles impidiendo que se hiciesen en América los mismos estudios que se hacian en la península? ¿Poner a los criollos en la imposibilidad de concebir i realizar ideas de independencia i libertad? Así se dice; pero los que tal creen se olvidan de que la enseñanza que en aquellos tiempos se daba en España era, no solo inadecuada para infundir esas ideas, sino al contrario, calculada para justificar i afianzar el sistema político vijente. Suponer a los gobernantes de la colonia temerosos de los ilustrados de entónces es tan absurdo como suponer a los gobiernos existentes en América temerosos de la enseñanza que actualmente se da en sus colejios. Se comprenderia que los reyes de España hubiesen procurado sistemáticamente mantener en la ignorancia a los americanos, si la ilustracion de entónces hubiera sido la ilustracion de hoi; pero no se comprende que mirasen con malos ojos una enseñanza destinada a hacer vasallos sumisos i agradecidos de la majestad real, como la que entónces se daba.

La jeneral ignorancia que existia en América durante la colonia es un hecho innegable. Lo que sí

puede negarse i lo que nosotros negamos es que, relativamente hablando i bien consideradas las circunstancias, esa noche fuese mas oscura en América que en España; que ella tuviese oríjen en un plan preconcebido del gobierno de la metrópoli; i que pueda darse a semejante plan algun fundamento racional. La escasez de colejios i escuelas que se hizo sentir durante la colonia, dependia de las mismas causas que la motivaron en España, i es tan temerario atribuirla a un plan preconcebido de los gobernantes de Madrid, como sería temerario atribuir a deliberado propósito de los mandatarios de Santiago el abandono en que se halla la instruccion pública en algunas de nuestras provincias del sur. A este propósito hemos oido asegurar, aun cuando nos faltan datos irrecusables para afirmarlo, que en Chiloé el número de personas que saben leer i escribir es menor al presente de lo que era en tiempo de la colonia. Si este hecho fuese cierto sería vergonzoso para nuestros gobiernos, que olvidan las escuelas por la universidad, el instituto i los liceos, i que gastan mas plata en formar doctores i bachilleres que en formar ciudadanos; pero ¿estaria por eso en la verdad el futuro historiador que lo atribuyese a un plan fijo de mantener a aquella provincia en la servidumbre i la ignorancia?

I luego, volvemos a repetirlo, ¿qué peligro habia para la dominacion española en la difusion de los conocimientos que se daban en las universidades de Salamanca, de Valladolid, de Sigüenza i de Alcalá de Henares? La revolucion de la independencia americana vino a probar que ninguno. En efecto, si

la instruccion colonial hubiera sido propia para infundir ideas revolucionarias, es claro que en la contienda que empezó el año diez, los instruidos habrian formado en las filas de los patriotas i los ignorantes en las de los realistas. Ahora bien, fué precisamente lo contrario lo que aconteció. Las universidades americanas en vez de haber sido semilleros de patriotas fueron como las ciudadelas fortificadas del poder español. La inmensa mayoría de los doctores de Lima i de Méjico, i de los togados que eran los sabios de la época, abrazaron la causa de España contra los insurjentes. Luego, pues, no habia para la dominacion española peligro ninguno en la difusion de la enseñanza en los dominios americanos, i no existiendo el objeto, mal podia existir el propósito que el señor Amunátegui señala i que nosotros no descubrimos.

VI.

Tanto los males a que acabamos de pasar revista como muchísimos otros de que adolecian las colonias hispano-americanas, eran, como queda ya dicho i como nos proponemos probarlo brevemente, frutos naturales i necesaria consecuencia del sistema político, económico i administrativo a que aquellas vivian sometidas.

En cambio de la facilidad para amalgamarse con los elementos indíjenas de que la raza española dió muestras en América, tenia bajo otro aspecto i comparada con la raza anglo-sajona como colonizadora,

desventajas considerables. España, que en política soportaba i profesaba el despotismo, que en administracion practicaba el centralismo mas completo, i que en economía política no dejó de aceptar un solo error ni logró poner en práctica una sola verdad, no podia dar a sus colonias americanas mas que lo que poseia:—despotismo, centralismo i miseria.

Segun el sistema español, el rei era, legalmente al ménos, i acaso de intencion, el padre, o mas bien dicho el tutor de sus fieles súbditos. Estos estaban por lo tanto bajo la real potestad i bajo la guarda de sus gobernantes. Punto de partida funestísimo que habia de ser manantial de todo jénero de torpezas e iniquidades. Una vez admitido, en efecto, era preciso admitir que el rei era mas competente que sus fieles súbditos, tomados uno a uno o en conjunto, para saber lo que les podia aprovechar o perjudicar, i que por lo tanto tenia facultad i era el único que la tenia para arreglar segun su leal saber i entender la relijion, la familia, la industria, el comercio, las costumbres i hasta los peinados i los trajes. Consecuencia funesta de un principio falso; pero consecuencia rigorosa.

En fecto, en materia de gobierno, o se cree que los gobernantes, llámense como se llamen, tienen *poderes delegados i limitados*, o se cree que puedeni deben tomar cuantas medidas estimen conducentes al progreso i bienestar de la comunidad. El primero es el réjimen de los Estados Unidos; el segundo era el réjimen de España. ¿Cuál es, entre tanto, el que impera en la República de Chile?

En Chile hai pretendidos liberales, a quienes no-

sotros hemos de combatir miéntras no salgan de su error, que anatematizando con enerjía i hasta con indignacion el sistema español aplicado a la colonia, lo sostienen con entusiasmo i con amor contra aquellos que sostenemos que ya sería tiempo de que dejase de aplicarse a la república. Estos pretendidos liberales no dicen, sin duda, como los antiguos teóricos del coloniaje: El gobierno puede hacerlo todo! —pero, si no dicen eso, i si conceden que hai cosas que el gobierno no debe hacer, i cosas que debe hacer, son incapaces de trazar la línea divisoria entre el campo de la actividad administrativa i el campo de la actividad individual. Así es que con muchísima frecuencia desbarran sosteniendo que el Estado tiene el deber de intervenir para el bien, allí donde con toda seguridad su intervencion es ilejítima i *por lo mismo* desastrosa.

Los liberales de que vamos hablando, no encuentran palabras para calificar la torpeza de los reyes de España que en todo intervenian i sobre todo dictaban leyes i reglamentos. No hai para ellos rídiculez comparable con la de aquellos graves togados prescribiendo el largo que por arriba i por abajo debian tener los vestidos de las mujeres, la forma del peinado i altura del copete de los oidores, las joyas i aderezos que las señoras casadas i las solteras, las mestizas i las mulatas podian llevar segun su rango, los dias de luto con que el pueblo debia demostrar su dolor por la muerte de algun miembro de la real familia, etc. Pero miéntras se rien a mandíbulas batientes de tales ridiculeces, que al ménos tenian la disculpa de los tiempos i de las costumbres, miran

con la mas perfecta seriedad, i aplauden, i toman ellos mismos medidas igualmente ridículas i atentatorias contra la libertad individual. Así, los que se burlan de los vestidos fijados por decreto, decretan que no pueda entrarse con poncho a la plaza de Abastos ni al Parque Cousiño; prohiben el sombrero de *mote-maiz* a los conductores de los ómnibus i escluyen a los *rotos* de ciertos paseos públicos. Así, todavía los que anatematizan en nombre de la ciencia económica a los reyes que se creian autorizados para fijar por medio de tarifas el valor de los esclavos, de las tierras i de las mercaderías, sin el menor escrúpulo se lanzan a reglamentar el préstamo sobre prendas i a fijar una tasa invariable al interes que pueden cobrar los prestamistas. Así, por último, los que ponen en la picota a los gobernantes que en los siglos pasados no permitian que los estranjeros viniesen a estos mares, sin previa licencia del rei, a cambiar sus mercaderías por oro, sostienen que volveríamos a la colonia el dia en que nuestros gobernantes determinasen abstenerse de exijir, como condicion indispensable para que los abogados, médicos e injenieros pudiesen cambiar sus servicios por oro, una licencia de la autoridad en forma de diploma universitario i de título profesional.

Medite el lector imparcial un instante, i díganos si comprende cómo es que espíritus distinguidos pueden incurrir en contradicciones tan monstruosas. Díganos si no tenemos razon, i razon sobrada, para afirmar que la colonia vive todavía i encuentra simpático hospedaje *¡mirabile dictu!* en la mente de los que se dan por sus mas implacables perseguidores!

Miéntras no salga nuestra enseñanza del antiguo i tradicional camino, miéntras se continúe haciendo perder a la juventud el tiempo en futilezas; miéntras se mantenga la ficcion de estudios, que, hechos bien, de poco servirian i que se hacen pésimamente; miéntras se insista en formar el corazon de los niños con los ejemplos de Grecia i de Roma, es decir, con la glorificacion de la ociosidad, de la injusticia i de la fuerza; miéntras, sobre todo, no proclamemos i realicemos el principio republicano, i el principio moderno, el principio progresista i liberal por excelencia: «Todos los ciudadanos mayores de edad deben tener la iniciativa i la responsabilidad de sus actos: al gobierno no le incumbe impedir que hagan malos negocios, sino sencillamente conservar la paz, defender el territorio e impedir las violencias;» miéntras ese principio no se proclame, repetimos, no habremos formado la democracia ni dicho adios a la colonia.

I a la verdad, si los ciudadanos deben considerarse como menores ante la lei, incapaces de discernir lo que les conviene de lo que les perjudica, se sigue que el gobierno debe trabajar por hacer el bien de todos, no en la medida de sus facultades, sino en la medida de sus medios. I si la autoridad puede meter la mano dondequiera que se imajine que hai algun bien que hacer, o algun engaño que impedir, o algun tonto a quien amparar, hacia una obra tan irreprochable cuando llamándose Felipe II o Cárlos IV fijaba el precio de la carne, la forma de los peinados i el largo de los vestidos, como cuando, llamándose Benjamin Vicuña Mackenna, proscribe las

chupallas de los ómnibus i el poncho de la plaza de Abastos, i fija un interes tal o cual a los contratos sobre prendas; o como, todavía, cuando llamándose Miguel L. Amunátegui, sostiene que el gobierno hace bien prohibiendo que nos curen otros médicos, i que defiendan nuestros pleitos otros abogados que aquellos que hayan merecido un diploma de competencia, espedido por él i sus colegas de Universidad. Bien mirada la cosa, si la supresion del título oficial haria que el falso abogado pudiese perdernos el pleito, i que el falso médico nos mandase al otro mundo, i si el recurso, para que no nos engañe ni uno ni otro, es que el gobierno sustituya su juicio, a nuestro juicio, el rei de España tenia muchísima razon sustituyéndose a los maridos i padres de familia para impedir que, abusando de la condescendencia de éstos, sus mujeres arrastrasen una cola demasiado larga o sus hijas se pusiesen, con detrimento de la honestidad, un corpiño demasiado corto.

La verdad es, sinembargo, que ni el señor Amunátegui tiene razon, ni la tuvieron tampoco los reyes de España para dar a las facultades gubernativas la amplitud de sus buenos propósitos, no reconociéndoles mas límites que el de sus medios. I la prueba de que los reyes hicieron mal está en los frutos que cosecharon; como la prueba de que el señor Amunátegui se equivoca está en las reliquias que, apesar de tantos esfuerzos hechos para estirparlas, nos quedan aun de la colonia.

Dos eran las grandes calamidades del réjimen colonial: teníamos gobernantes que, a título de padres, se creian autorizados para mezclarse en todo; i esos

gobernantes, que tenian la pretension de hacerlo todo, vivian en el otro estremo de la tierra. Con la revolucion de la independencia, la segunda de esas calamidades desapareció por completo. Hicimos que el padre de familia viniera a vivir en casa, i este solo cambio de residencia produjo una trasformacion política i social. Mediante él los litijios dejaron de ser eternos, los negocios públicos principiaron a ser mejor atendidos, i con el contacto inmediato entre gobernados i gobernantes empezó a jerminar en éstos la idea mui imperfecta todavía, pero en fin la idea de su propia responsabilidad. La familia, ya crecida, se tomó algunas libertades i el padre dejó de vivir sobre ella con la disciplina levantada; pero hasta la fecha es lo cierto que ni aquella se ha emancipado ni éste ha salido de la casa. Los hijos se permiten tener su peculio, hablar con alguna libertad, oponer de vez en cuando sus fueros a los caprichos del dueño de casa; pero lo corriente es que éste se crea autorizado para hacer de puertas adentro cuanto juzgue adecuado a la felicidad de la familia, i que ésta no solo lo deje hacer, sino que en reconociéndole buenas intenciones, lo aguijonee i aplauda.

Creemos que ha llegado ya el tiempo de emanciparnos del padre i de proceder a la eleccion de un jerente. Creemos que la gran tarea que la jeneracion que se levanta debe desempeñar es persuadir a ese jerente de que no tiene absolutamente poder alguno que no sea delegado, i que las buenas intenciones no lo autorizarán jamas a estralimitarlos. ¿I cuándo nos será dado presenciar una tal eleccion? ¿I cuándo tendremos la fortuna de oir que el elejido

formula en estos o en equivalentes términos el programa de la política nueva, fecunda i rejeneradora por cuyo advenimiento suspiramos?

«Me habeis investido de la fuerza pública. Yo no la emplearé mas que en aquello en que el empleo de la fuerza sea permitido. Ahora bien, este *aquello* es uno solo i se llama la justicia! Yo haré que cada cual se mantenga dentro de la órbita de sus derechos. Que cada uno de vosotros trabaje libremente de dia i duerma en paz la noche. Tomo a mi cargo la seguridad de las personas i de las propiedades: es mi mision i la cumpliré; *pero no aceptaré ninguna otra.* No haya, pues, mala intelijencia entre nosotros. En adelante no pagareis mas que el corto tributo que sea indispensable para conservar el órden i administrar la justicia. Pero tambien, no hai que olvidarlo, en adelante cada uno de vosotros será responsable para consigo mismo de su propia existencia i de su perfeccionamiento. Dejad de estar volviendo los ojos hácia mí. No pretendais que os dé riquezas, trabajo, crédito, instruccion, relijion, moralidad; no olvideis que el móvil en virtud del cual os desarrollais, está dentro de vosotros mismos; que en cuanto a mí, yo no puedo obrar mas que por el intermedio de la fuerza; qne nada tengo que no lo saque de vuestros bolsillos; i que por lo tanto no me es dable conceder la mas leve ventaja a unos sino a costillas de otros. Labrad, pues, vuestros campos, fabricad i trasportad los productos, cormerciad, concedeos o negaos recíprocamente el crédito, prestad i recibid servicios, haced educar a vuestros hijos, buscadles una carrera, cultivad las artes, perfeccionad vuestra intelijen-

cia, depurad vuestros sentimientos, acercaos unos a otros, formad sociedades industriales, comerciales o caritativas, unid vuestros esfuerzos para el bien individual i jeneral; obedeced a vuestras tendencias, cumplid vuestros destinos segun vuestras facultades, vuestras miras i vuestra prevision. No espereis de mí mas que dos cosas: *Libertad* i *Seguridad*—i notad bien que no podreis, sin perder una i otra, pedirme una tercera.» (1)

¡Oh entónces! cuando tuviéramos un gobierno que se atreviera a hablar así, i un público bastante ilustrado para comprenderlo i aplaudirlo, entónces sí que podriamos decir que la revolucion de la independencia se habia consumado i que habia amanecido el dia de la verdadera república. Entónces, cuantos aguardamos su advenimiento, cuantos en la pequeña órbita de nuestros medios procuramos aguijonearlo i anticiparlo, podriamos abandonar el campo de la lucha i esclamar como el viejo Simeon: *Nunc dimittis*.

VII.

Pero volvamos al libro del señor Amunátegui, que solo por via de contraste ha podido llevarnos a hablar de la revolucion destinada a completar i fecundizar en un porvenir mas o ménos lejano la que iniciaron nuestros padres en los primeros años de este siglo.

El autor de *Los Precursores* hace cuanto le es da-

(1) Bastiat *Harmonies économiques.*

ble por eximirse del honor de ocupar el puesto, que tan fácilmente habria podido, entre los *precursores* de esta segunda revolucion. El papel que ha elejido no es el de Camilo Henriquez, ni siquiera el de Salas; es el de Alvarez de Acevedo. En efecto, sino ataca a sabiendas el autoritarismo como Camilo Henriquez, ni sin quererlo ni saberlo como Salas, a semejanza del laborioso e intransijente togado de la real Audiencia, persigue las ideas nuevas con el triple peso de su laboriosidad, de su injenio i de su puesto. ¡Triste papel para un hombre de mérito e inconcebible yerro en un hombre que ha consagrado gran parte de su vida al estudio de la historia, de la historia que no es mas que la relacion instructiva i consoladora de los triunfos alcanzados por las ideas nuevas de unos pocos sobre las viejas ideas de las multitudes!

Sin salir de Chile i aun sin salir del libro que estudiamos, ¿cuál es el hecho o el personaje que no diga al observador atento por diversas maneras: Fuera de la libertad política i económica no hai mas que iniquidades, miseria e impotencia?

Tenemos por ejemplo a Salas, que acabamos de nombrar i a quien el señor Amunátegui dedica el capítulo mas interesante de su libro. ¡Qué tipo tan hermoso de patriotismo, de caridad i de perseverancia! ¡Qué empeño tan infatigable por impulsar el progreso de su pais i qué ejemplar paciencia para soportar los contratiempos i dificultades sin número que en el réjimen colonial encontraba su anhelo!

Dijo un antiguo que el mas grande espectáculo que el hombre podia contemplar aquí en la tierra

era el del varon justo luchando contra la adversidad; i decimos nosotros que ese espectáculo no es tan grandioso como es triste el que ofrece el hombre sediento de progreso, capaz de concebir i de ejecutar, enredado en la sutilísima red de una reglamentacion estúpida, haciendo antesala a la puerta de los grandes funcionarios, mendigando una licencia o unos cuantos escudos, injeniándose para barrenar el cráneo de fierro de los imbéciles, en una palabra, gastando alma i cuerpo en el imposible empeño de fecundizar el nativo suelo sin otra luz que la de su intelijencia, sin otro sol que el de su ardiente patriotismo, sin otro riego que el de sus lágrimas! Salas, escribiendo memoriales al Rei, i elevando solicitudes a la junta del Consulado, al tribunal de Minería i al Cabildo, a fin de obtener el permiso i los medios de fundar una modesta escuela, i esperimentando rechazos, contrariedades i desengaños, es el argumento mas decisivo que puede aducirse contra los gobiernos que, arrogándose la facultad de hacerlo todo, impiden que se haga algo de provecho.

Concedamos que don Manuel Salas hiciera mas por la instruccion en Chile que cuanto habian hecho en su obsequio todos los reyes de España juntos; i esto concedido, dígasenos, ¿qué habria hecho un hombre de ese espíritu, dueño de seguir los impulsos de su patriotismo i en una tierra en que el gobierno hubiese dado a la enseñanza la eficasísima proteccion de su prescindencia?

De ahí es que por grandes que sean los títulos que aquel chileno ilustre tenga a la gratitud de la posteridad, ellos no podrán equipararse jamas con los que

adquierieron cuantos, en vez de consagrarse a la imposible tarea de obtener la felicidad de este pais como una merced del rei de España, tuvieron la perspicacia de comprender que la causa de todos los males estaba en el réjimen colonial i el remedio en la independencia.

Aun desde el punto de vista de la difusion de las luces ¿no es evidente que Salas habria hecho mas atacando la dominacion española i anticipando en un año siquiera la fecha de la independencia, que obteniendo de la metrópoli [todos los escudos, autorizaciones i permisos imajinables? I ¿quién podria dudar que Camilo Henriquez, haciendo la propaganda de las nuevas ideas, i que Carrera i O'Higgins, defendiendo con la espada en los campos de batalla la causa de la revolucion, hicieron mas, muchísimo mas por el adelantamiento intelectual del pais, que Salas con todas sus representaciones, solicitudes i desvelos?

Por eso es que el pueblo, que no entiende mucho de filosofía de la historia, pero que en cambio suele tener un admirable instinto para graduar sus aplausos, segun los méritos de sus benefactores, miéntras tiene en los labios i en el corazon el nombre de los que trabajaron por la independencia, ha echado en completo olvido a los hombres buenos que limitaron sus esfuerzos a hacer mas llevadero el yugo de la metrópoli.

La buena intencion no es el único elemento de que se forman los grandes hombres. Ni basta para merecer ese calificativo unir a los deseos la perseverancia para convertirlos en realidades. Un corazon

abnegado i una intelijencia poderosa, son las dos alas con que se sube al pedestal de la inmortalidad. Descubrir con la mirada escudriñadora del jénio dónde está la verdad, i una vez descubierta, consagrarse con desinteres i perseverancia a su servicio hasta morir bajo la bandera elejida o hasta clavarla sobre el capitolio, hé ahi la hoja de servicios de cuantos con justicia llevan el glorioso dictado de padres de la patria.

Salas no puede presentarla ante el tribunal de la posteridad, i por eso es que la posteridad no le ha inferido agravio poniendo ántes que él en el altar de la patria a otros que vinieron mas tarde i que trabajaron ménos de lo que él trabajó.

VIII.

Estas reflecciones nos llevan como de la mano a decir unas cuantas palabras del suceso histórico que el señor Amunátegui ha bautizado con el nombre de *Una conspiracion en* 1780; i que a haber tenido el carácter i proporciones que el historiador le atribuye, envolveria un amargo reproche de ingratitud al pueblo chileno, que habria dejado en olvido completo a los primeros precursores i mártires de su independencia. I no se diga que un tal olvido, mas que a ingratitud, debe atribuirse a la ignorancia; porque, si bien es cierto que ántes de que los señores Amunátegui publicasen, hace años, la relacion de aquel famoso episodio, él era totalmente desconocido del vulgo i hasta de las personas ilustradas, no lo es mé-

nos que desde entónces acá, apesar de ser el hecho del dominio público, i del empeño puesto por los historiadores en hermosearlo i enaltecerlo, los nombres de Gramuset, de Berney i de Beyner, continúan tan olvidados como ántes. I esto no sin causa. Los conspiradores de 1780 tuvieron en Chile ántes que nadie el proyecto de proclamar la república i ántes que otros sufrieron por esa idea crueles persecuciones; pero aun así, ni fueron precursores ni mártires de la independencia. Sus proyectos no nos inspiran un vivo interes, ni sus padecimientos nos conmueven, porque aquellos son proyectos de visionarios i a éstos falta la consagracion del patriotismo. No era, en efecto, el amor a la patria el resorte que movia a los conspiradores, i su plan irrealizable i descabellado no fué mas que una estupenda locura. Por eso es que si los proyectos de Gramuset i de Berney despiertan nuestra curiosidad, i si nos dolemos de su triste suérte, no nos interesamos en el drama como nos interesariamos si pudiésemos imajinarnos que, de su feliz o desastroso desenlace dependiesen los destinos de Chile. En dos palabras, Gramuset i Berney no fueron, como el señor Amunátegui lo cree, estrellas que se adelantaron al crepúsculo matutino para anunciar la aurora de la independencia; fueron solo fuegos fátuos que cruzaron por la noche de la colonia asustando a la jente supersticiosa, sin dejar una sola chispa de luz en la atmósfera, ni una sola huella en los corazones.

Tal es nuestro humilde juicio acerca de la conspiracion de 1780; i es para nosotros una feliz cuanto rara coincidencia que él sea idéntico al que el señor

Vicuña Mackenna formula sobre el mismo suceso en su *Historia de Santiago*. «Nos inclinamos de preferencia a creer, dice el señor Vicuña, que lo que se ha llamado la conspiracion de 1780, fué mas una idea abstracta que un presajio, mas un sueño fantástico que un complot con propósitos determinados.» I ello es tan cierto que ántes de leer la *Historia de Santiago*, Gramuset habia traido a nuestra imajinacion, como trajo tambien a la del señor Vicuña Mackenna, la fisonomía del famoso personaje conocido con el nombre de Antonio A. de Tounens, rei de Araucanía i de Patagonia. Para persuadirse de que la cabeza de aquel visionario no debió de ser mejor organizada que la de Su Majestad araucana basta leer con ánimo despreocupado el proceso que a aquél se formó. Nosotros, de jueces, vistos los autos i oidos los testigos, nada mas habriamos hecho que mandar a los dos cabecillas de la conspiracion a una casa de orates.

IX.

En el capítulo V trata el señor Amunátegui del influjo que tuvieron en la independencia americana, la revolucion iniciada por los Estados Unidos en 1765 i la francesa en 1789.

El autor de *Los Precursores* marca con notable acierto el continjente de fuerza moral que cada uno de esos dos grandes acontecimientos históricos trajo a la idea de la emancipacion que ya empezaba a fermentar en las colonias hispano-americanas; i ha en-

contrado como pruebas de su aserto episodios interesantes al traves de los cuales el lector se imajina ver cómo la levadura de las nuevas doctrinas i de las nuevas aspiraciones iba poco a poco abriéndose camino, a despecho del despotismo, de la ignorancia i de la rutina.

La influencia que tuvo el ejemplo de los Estados Unidos fué grande; pero incomparablemente menor i muchísimo ménos durable que la que tuvo la revolucion francesa de 1789. Es inútil que señalemos las causas de esta diferencia. Bástenos observar que ella se ha hecho sentir en nuestras costumbres, en nuestras instituciones i en nuestras ideas de una manera deplorable.

Los fundadores de la república que habian hecho sus primeros estudios políticos en los libros franceses del siglo XVIII, no lograron formarse una idea bien clara del sistema democrático que se proponian establecer sobre las ruinas de la colonia. La libertad se presentó a sus ojos deslumbrados como una divinidad terrible, armada de todas armas i blandiendo en sus manos ensangrentadas la espada con que habia decapitado a los reyes, i degollado a los nobles, i esterminado a los sacerdotes. Así fué que desde el primer momento se introdujo en nuestro vocabulario político la maldita jerga liberalesca de que hasta el dia de hoi continúa infestado. Ser liberal fué hacer alarde de incredulidad volteriana, declamar contra la iglesia, sus prácticas i sus ministros, en una palabra, sentir o aparentar, en vez de una decision intelijente por la libertad, una aversion instintiva contra los reyes, los nobles, los sacerdotes i los ri-

cos. El liberalismo chileno fué por lo tanto negativo. Dando por sentado que la libertad era incompatible con la fé relijiosa, con la nobleza, con la fortuna i con la monarquía, el liberalismo chileno escribió en su bandera: Aplastad a esos mónstruos!

Entre tanto ¿cuál era la razon de la guerra, i cuál el sistema político, social i económico que, una vez destruidos los mónstruos, el liberalismo se proponia poner en planta? El liberalismo chileno la ignoraba, i lo que es peor, lo ignora todavía. Despues de medio siglo insiste en odiar i en pelear, en destruir i en ignorar. Maquinalmente continúa hablando de libertad i declamando contra el fanatismo; pero es aun incapaz de contestar al primer niño que se tome la licencia de preguntarle: ¿Qué es lo que quieres?

¡Cuán de otra suerte habrian pasado las cosas i cuán diverso rumbo habrian tomado las opiniones si hubiera cabido a los políticos de la escuela de Washington i Franklin la influencia que cupo a los políticos de la escuela de Rousseau i de Marat!

La revolucion de los Estados Unidos no fué el resultado de un acceso de fiebre como la francesa; fué el grande acto de un pueblo que estudia maduramente sus derechos, que calcula con una exactitud matemática las pérdidas i las ganancias del réjimen establecido, i que despues de hecho aquel estudio i este cálculo, se pone a la obra de defender lo que le pertenece i de destruir lo que le perjudica, con la flema de un ingles i con la constancia de un cuáquero. La revolucion francesa fué, pues, una revolucion revolucionaria, al paso que la norte-americana fué una revolucion conservadora; i así se esplica

que miéntras la una no hizo otra cosa que preparar la reaccion despótica, la otra echase los sólidos fundamentos de la mas próspera i perfecta democracia de los tiempos modernos.

Nuestros políticos, lo hemos dicho ya, se formaron casi esclusivamente en la primera de esas escuelas, cuya influencia, léjos de disminuir, ha ido creciendo con el trascurso de los años, de suerte que hoi puede decirse que el predominio que la Francia tiene sobre la república en la importacion de las ideas, es mayor aun que el que tenia España sobre la colonia, en la importacion de las mercaderías. Bajo una presion semejante es casi imposible tener la necesaria fuerza de carácter para remontar la corriente. Es preciso que uno haga contra su educacion esfuerzos tan contínuos como dolorosos para persuadirse de que su hábil i querido maestro de retórica, de esgrima, de urbanidad, de modas, de cocina, *et quibusdam aliis*, es un perversísimo maestro de política.

La tarea es indispensable, sinembargo, si queremos evitarnos pesadas i acaso crueles decepciones; i son los hombres instruidos, que viven en contacto inmediato con el público, los que deben dar el ejemplo a la multitud de los que son incapaces de discurrir i de los que no quieren tomarse el trabajo de pensar por sí mismos. ¿Por qué dejó pasar el señor Amunátegui la oportunidad que el capítulo V de su libro le brindaba de llevar una piedra siquiera a los fundamentos de un tan necesario edificio? ¿Por qué, ya que el plan de su obra le obligaba a hablar de la influencia que la revolucion norte-americana i la

francesa tuvieron sobre la revolucion de Chile, se reservó su pensamiento sobre el carácter de una i otra influencia? El señor Amunátegui ¿sigue la corriente i se imajina que nada hai mejor que hacer que abandonarse a su impulso? o bien, persuadido de que conviene remontarla, no se siente con las fuerzas necesarias para navegar aguas arriba?

Sea de ello lo que fuere, el señor Amunátegui, publicando *Los Precursores*, ha hecho un servicio a la política i a las letras. A la política, porque, aun cuando hai errores graves en las apreciaciones que hace i en las consecuencias que deduce de los sucesos que narra, nada es mas fácil que rectificar éstas en vista de los documentos que el mismo autor exhibe. A las letras tambien, descubriendo i poniendo al alcance de todos, preciosos materiales desconocidos, que facilitarán considerablemente el trabajo del escritor futuro a quien esté reservada la fortuna de componer la primera historia jeneral de Chile, cerrando así en nuestro pais la era, que ya se prolonga demasiado, de las crónicas, de los romances i de los panfletos históricos.

ESPOSICION NACIONAL DE 1872.

LAS ESTATUAS DEL SEÑOR PLAZA.

(*El Independiente*—13 de octubre 1872.)

Quien haya tenido motivos para examinar con algun cuidado el espectáculo literario de nuestro pais, habrá observado sin duda un fenómeno que mas de una vez nos ha llamado la atencion. En Chile solo escriben para el público los hombres de letras. Los hombres de ciencia, de arte, de industria i de comercio rarísimas veces se dignan tomar la pluma para otro fin que para llevar sus libros en debida forma o su correspondencia con la exactitud que los negocios requieren. Sea este retraimiento consecuencia de la falta de voluntad o de la falta de medios de los que se retraen, el hecho es indudable i

tan indudable como triste. En Chile, salvo poquísimas escepciones, solo escriben para el público los hombres de letras, i eso aquellos hombres de letras que, escribiendo para el público, cumplen con un deber de la profesion que han adoptado del puesto que ocupan.

No sucede así en el viejo mundo. Allá, mas o ménos, el arte de escribir es comun a todas las personas ilustradas, el gusto por escribir es tan jeneral que la prensa diaria i periódica puede responder sin esfuerzo a todas las necesidades, a todas las exijencias i aun a todas las curiosidades de la actualidad. El *Times* de Londres, por ejemplo, que es uno de los diarios mas bien redactados del mundo, no tiene por redactores a diaristas de profesion. En sus columnas, tan nutridas de notabilísimos artículos, ningun nombre propio ha encontrado la celebridad. Los notables del foro, de la política, de la ciencia, del comercio, de las artes, de la guerra, envian al gran diario sus artículos, escritos con la exactitud de datos i el acopio de conocimientos que son propios del hombre especial i con el irreprochable estilo que en Inglaterra es atributo comun de la jente ilustrada.

En Francia, donde hai diaristas de profesion i donde las letras constituyen una carrera mui productiva a veces, puede decirse sin exajeracion que todos nacen escritores. Causa asombro ver con cuanta facilidad las personas que llevan una vida retirada i ajena al movimiento literario, llegado el caso, sostienen por la prensa sus ideas, defienden sus intereses o satisfacen la curiosidad pública. El agricultor de provincia diserta sobre las cuestiones políti-

cas, económicas, sociales o científicas que de alguna manera le interesan, con el mismo despejo, con no ménos gracia i a veces con mayor solidez que el diputado que diserta sobre ellas en la asamblea, o el diarista de profesion que las trata en las columnas de su diario.

En Chile, lo hemos dicho ya, las cosas pasan de otra manera; i esto no porque entre nosotros falten hombres mui competentes en los diversos ramos de la actividad social. Tenemos agricultores, mineros, industriales, comerciantes, abogados, injenieros i artistas mui capaces de sostener sobre la ciencia o arte que profesan o la ocupacion a que viven consagrados, una conversacion tan instructiva como amena; pero casi nunca esos hombres distinguidos se toman el trabajo de consignar por escrito las ideas, los datos i los conocimientos que prodigan a la amistad, entre las cuatro paredes del hogar.

Las consecuencias de esta abstencion literaria de los hombres especiales no pueden ser mas deplorables. Ella dificulta el progreso de las artes i de las ciencias, priva de su lastre a la literatura i hace en cierto modo escusable la audacia, i necesaria la superficialidad. Los hombres de letras tienen que hablar sobre todo i, quiéranlo o nó, hacer el papel de Pico de la Mirandola, que se presentaba ante el público a disertar *de omne re scibili*. ¡Así sale ello! Pero ¿de quién es la culpa? No sin duda de los que agotan sus fuerzas i su tiempo difundiendo la verdad, predicando la virtud, elojiando el verdadero mérito, estimulando al trabajo, i combatiendo el mal bajo todas sus formas. La culpa es de los que, pudiendo to-

mar con honra propia i jeneral provecho una parte en tan benéfica tarea, la abandonan con el corazon lijero a la buena voluntad de unos pocos.

Lo dicho sirva de introduccion al artículo que vamos a escribir i de escusa a la temeridad de que al escribirlo damos prueba.

La Escultura no es nuestro campo ni siquiera un campo vecino al que de ordinario cultivamos. Sinembargo, la Escultura, que es una nobilísima arte, acaba de hacer su entrada triunfal en nuestra patria i el introductor tiene derecho a los aplausos de todos los chilenos. La circunstancia de que callen los intelijentes no es una razon para que callemos cuantos, aun no teniendo conocimientos especiales, tenemos el instinto de lo bello para sentir la belleza, i el sentido de la justicia para dar, siquiera no sea mas que el estímulo i recompensa de nuestros aplausos, a los compatriotas que, creándola a fuerza de talento i de trabajo, ilustran al pais en que nacieron.

La seccion de Escultura no ha sido, sin duda, la que mayor interes ha despertado entre los visitantes de la Esposicion. Los hombres de negocios se agrupaban mirando con ojos escudriñadores, por no decir envidiosos, las colecciones de minerales, i de los productos de la agricultura i de la industria, miéntras la curiosidad pasaba i repasaba por delante de las galerías de los hermosos cuadros exhibidos.

I sinembargo las estátuas exhibidas por el señor

don Nicanor Plaza eran la gran novedad de la Esposicion. En efecto, habíamos tenido ya oportunidad de observar en la de 1868, cuán sorprendentes progresos habíamos realizado en la agricultura, en la ganadería i en la industria; i mas o ménos en todos los aniversarios el público de Santiago ha podido admirar cuadros de raro mérito trabajados por pintores nacionales. No pasaba así con la Escultura. La voz pública nos habia hablado mas de una vez del señor Plaza, encomiando su talento artístico; pero hasta el dia en que la Esposicion abrió sus puertas desconocíamos sus obras.

Hoi las conocemos i podemos decir sin miedo de ser desmentidos: ¡Chile tiene un escultor!

Es esto para Chile un justo motivo de orgullo i para el señor Plaza un insigne honor, que como todos los honores insignes impone una pesada responsabilidad. Para comprender cuán envidiable es ese honor basta considerar que el camino que abre a las intelijencias de nuestro pais el señor Plaza es un camino nuevo por donde los que se sientan con vocacion pueden ir a la gloria i a la fortuna; así como para calcular cuán pesada es esa responsabilidad basta imajinarse la casi irresistible influencia que el primer afortunado esplorador ejercerá sobre aquellos que en adelante emprendan la misma jornada.

Así es como nuestra admiracion justificará nuestra severidad; así es como, aun cuando censuremos, en cierto modo irá envuelto un elojio en nuestras censuras. El señor Plaza tendrá una posteridad: lo esperamos i lo deseamos; i hé ahí por qué es preciso que no omita cautela para preservar a esa poste-

ridad, que perpetuará su memoria, de los defectos i vicios que pudieran empequeñecerla i degradarla.

Todas las artes, i la Escultura como todas, tienen un fin social, al ménos si no tienen un fin social tienen siempre con la sociedad numerosos puntos de contacto. Para algunos deben de ser un espejo que reproduzca exacta i servilmente la fisonomía de la sociedad. Para otros deben ser algo mas; como una fotografía perfeccionada que reproduzca, pero redondeando un tanto las angulosidades de la fisonomía, borrando del rostro las pequeñas manchas i las pequeñas asperezas, en una palabra, idealizando.

Entre estas dos opiniones, la segunda es la nuestra. La creemos, no solo mas verdadera, sino tambien mas útil para la humanidad i mas honrosa para los artistas.

Sea como fuere, nada nos impone por hoi la necesidad de plantear i de resolver el problema. Bástenos establecer como punto de partida una verdad sobre la cual no puede caber la mas lijera duda. El artista, ya trabaje copiando, ya cree idealizando, no debe copiar sistemáticamente lo feo, lo deforme, lo repugnante, ni idealizar el vicio o el crímen. Si lo hace, prostituye su talento i profana su arte.

Siendo tales los deberes del artista, ¿cuáles pueden ser los deberes del crítico? Proponer la cuestion es resolverla. El crítico representa a la sociedad, i en tal carácter, simpatizando con el artista i aplaudiéndolo i estimulándolo, tiene el derecho i aun

la obligacion de hacerle notar los lunares que afeen sus obras i lo que puede haber de estéril i aun de peligroso en el camino que se haya trazado.

Las obras de la Escultura pueden considerarse bajo diversos aspectos. El artista que tiene delante de sí un trozo de mármol, ántes de tomar el cincel i dar comienzo al trabajo que ha de trasformar ese trozo en una estátua, busca en su imajinacion un tema, ni mas ni ménos que el hombre de letras busca inmóvil i silencioso el tema del poema, de la novela o del drama que se siente con tiempo i voluntad de escribir.

Despues de encontrado el tema, el escritor coordina el plan; i el escultor elije lo que podríamos llamar la actitud, el acto o el momento preciso del personaje verdadero o alegórico, cuyas formas i facciones va a fijar en el mármol.

Realizados estos dos trabajos, que son puramente intelectuales i en cierta manera subjetivos, queda al artista todavía una doble tarea: la de ejecutar la parte mecánica de su obra, dotándola de la perfeccion de las formas, i la de comunicar a esas formas perfectas, como belleza o como verdad, los afectos i pasiones propios del momento elejido.

Observando las esculturas exhibidas por el señor Plaza, desde el primer punto de vista que dejamos indicado, i solo tomando en cuenta sus seis principales obras que son, el *Caupolican*, el *Jugador de chueca*, la *Susana*, *Eva*, la *Bacante* i el *Amor cautivo*, se nota que dos se refieren a la América salvaje, dos a la Biblia i dos a la antigüedad pagana.

Se vé, pues, que el señor Plaza va a buscar los temas de sus obras mui léjos, en el espacio i en el tiempo, de la sociedad en que vivimos, i que por lo tanto, si podemos estar ufanos de poseer un escultor de nota, no tenemos aun motivo para afirmar que sus producciones tengan el sello nacional, algo, en una palabra, que en ellas estuviese revelando la patria del artista.

Va a observársenos seguramente que la sociedad en que vivimos es demasiado prosáica i anti-artística para que de ella pueda sacar el escultor los temas de sus estátuas: que los trajes que usamos, estéticamente considerados, son ridículos: que, en fin, el objeto principal de la Escultura i el campo en que puede hacer mas abundante cosecha de aplausos, es el cuerpo humano, i que para dar con éste, en la perfeccion de sus formas i en la completa ausencia de vestidos que lo oculten i desfiguren, es necesario remontar las edades hasta la época en que Vénus daba la lei de la moda a los dioses del Olimpo i nuestra madre Eva a los moradores de la tierra.

Tal es la objecion en toda su fuerza. Veamos lo que hai en ella de exacto i de exajerado.

Es cierto que el estudio del cuerpo humano i su representacion son la base de la Escultura. El artista que desdeñara o desconociera esa base, seria incapaz de trabajar una sola estátua que mereciese el nombre de tal. En vano pretenderia cubrir su ignorancia prodigando los vestidos i amontonando los pliegues. Al traves de ellos la ignorancia mostraria siempre sus orejas.

Pero si todo esto es indudable, hai algo que nos

parece mui problemático, i este algo es la necesidad i aun la conveniencia de que la Escultura viva en este siglo consagrada preferente i aun esclusivamente a la caza de las desnudeces paganas i antidiluvianas.

No vemos la necesidad de encerrarse en tan estrecho campo, porque sabemos que el artista de talento muestra lo mismo los primores de su cincel modelando el cuerpo desnudo que el cuerpo vestido. Tampoco vemos la conveniencia; ya que, debiendo ser las artes la espresion de una sociedad dada, es evidente que miéntras mas se alejen de ella en el espacio i en el tiempo, mas difíciles, ménos estimadas i sobretodo muchísimo ménos útiles serán las obras que los artistas ejecuten.

Para manifestar cuán verdadero es este juicio, bastaria tomar la estadística de las obras que Chile demanda anualmente a los escultores estranjeros, porque esa demanda nos daria las medidas de las necesidades i gustos de nuestra sociedad. La cuenta no se ha hecho, ni tenemos a la mano los datos que serian precisos para hacerla; pero si se hiciese ¿quién duda que ella nos daria por resultado un cinco o a lo mas un diez por ciento de estátuas desnudas, sobre el total de las que se colocan en los cementerios, en los templos, en los jardines privados i en los paseos públicos? I este resultado ¿no seria una prueba concluyente de que la direccion que ha dado a su talento el señor Plaza es una direccion errada i de que las obras que ha exhibido no corresponden, ni aun remotamente, a las necesidades, a los gustos i a la fisonomía de nuestra sociedad?

A esta observacion se puede contestar, bien lo sabemos, con el hecho mismo de que el señor Plaza haya tomado esa direccion, en nuestro concepto errada. Si trabaja estátuas como las que ha exhibido, es porque halla quien se las compre i porque los compradores las encuentran mui de su gusto. Ello es indudable; pero entre tanto ¿podria afirmar el escultor que los compradores se presentan atraidos por los temas de sus estátuas? ¿I no seria posible que se presentasen atraidos por su talento, i apesar de esos temas? I despues ¿quién le ha dicho que estátuas de otro jénero no tendrian mas solicitantes i serian mucho mas jenerosamente retribuidas? Sobre todo si el artista encuentra en el público fácil salida para sus obras, por el solo hecho de ser suyas, el deber de hacer servir el arte a la elevacion de las ideas i de los sentimientos es tanto mas indeclinable. Una sociedad que no sepa apreciar i recompensar mas que lo fútil o mediocre, puede servir de escusa a un artista para alimentarla con embelecos i vulgaridades; ante una sociedad capaz de apreciar i recompensar obras sólidas, útiles i orijinales, no tiene ninguna circunstancia atenuante que alegar en su abono.

Resumiendo lo que teníamos que observar sobre los temas del señor Plaza, diremos que ellos no corresponden a la sociedad en que vivimos: que, como tomados que son de antiquísimas historias i leyendas mil veces esplotadas, carecen de aquella orijinalidad vigorosa i audaz con que el jénio se hace perdonar tan fácilmente sus pequeños errores i estravíos. Esa orijinalidad es la que nosotros quisiéramos ver ántes que en nada en los temas de las está-

tuas del primer escultor chileno; i si manifestamos el deseo es porque creemos al señor Plaza mui capaz de salir airoso de la empresa. Esculpiendo Evas, Cupidos, Susanas, i siendo mui feliz en su ejecucion, podrá ser un escultor notable entre los infinitos que han ilustrado su arte; modelando en mármol o en bronce estátuas que representen nuestros grandes hombres o que, idealizando las virtudes, los sentimientos nobles i las jenerosas aspiraciones, eleven el espíritu i depuren el corazon, seria el escultor chileno Plaza, i su nombre unido indisolublemente con la historia de la civilizacion de nuestro pais, llegaria honrado i venerado por los discípulos que siguiesen sus huellas hasta la posteridad mas remota.

Echemos ahora, puesto que ésta es la oportunidad, un párrafo sobre lo que se ha llamado *las desnudeces* de la Esposicion. Será corto, ya que la cuestion que se ha bautizado con este nombre, mas que al artista, se refiere a los que se aprovecharon de sus obras para herir sentimientos tan profundos como dignos de ser respetados.

Tratada ya la cuestion de arte que entraba de lleno en nuestro objeto, digamos algo ahora sobre la cuestion de decencia i de moral, que surje naturalmente de la colocacion que dieron a algunas de las estátuas del señor Plaza los señores encargados de organizar la Esposicion.

Ante todo hagamos notar una circunstancia. La Esposicion era nacional, es decir, era una fiesta esencialmente pública, a la que, pagando la entrada,

tenian derecho de asistir todos los que deseasen visitarla. Esta sencilla observacion basta para manifestar que los directores de esa fiesta pública no podian, sin cometer un abuso i una notoria injusticia, impedir directa ni indirectamente la entrada a nadie. Ella deja contestado de sobra el ridículo argumento formulado por los defensores de las desnudeces: ¡Si no os agrada verlas no vayais a la Esposicion! Argumento concluyente si se tratase de un espectáculo organizado por un particular, con sus propios recursos i en su casa; argumento ridículo tratándose de una fiesta formada por los esfuerzos de todos, dirijida por la autoridad i organizada en un edificio público.

Se va mas léjos, sinembargo, i se sostiene que en las estátuas exhibidas nada habia que pudiese hacer asomar el encarnado del rubor a las mas puras frentes. Como sobre este particular toda demostracion es imposible, nos limitaremos a decir que entre esas estátuas habia algunas de mujeres absolutamente desnudas, i que la mas notable por este motivo, ya que no por su mérito artístico, se habia colocado delante de la puerta de entrada, como para que nadie pudiese penetrar a aquel sitio sir mirar a la casta portera. Ahora bien, una mujer desnuda ¿es un espectáculo que puede ofrecerse a niñas i matronas cristianas sin ofender su delicadeza, i a los niños e hijos de familia sin peligro ninguno?

Los señores que organizaron la Esposicion sostienen que sí. Las señoras que han protestado contra *las desnudeces* afirman que nó. Cuestion de pudor i de vergüenza que se resuelve con el corazon, i en la

cual nosotros no vacilamos en ponernos de parte de las señoras. Creemos que si a los nombres de las que han hecho pública su protesta, se agregase los de aquellas que han protestado absteniéndose de asistir, o privándose de llevar a sus hijos, la protesta seria de las mas respetables que se hayan formulado en Santiago.

Se habla mucho, es cierto, de la castidad del mármol, de la injenuidad inofensiva de la inocencia, del velo del arte que todo lo tapa, del esplendor de la belleza que todo lo hermosea i trasfigura, i de mil otras bonitas palabras que no probarán nunca que las mujeres desnudas que se han espuesto estaban vestidas, ni a los padres i madres de familia que el espectáculo no era insultante o por lo ménos inconveniente para sus hijas, i para sus hijos en gran manera peligroso.

A los que afirman que la belleza de las formas puede suplir el vestido, nos contentarémos con preguntarles: ¿Adornariais la alcoba de vuestra hija con un Apolo desnudo, i con una Vénus, la de vuestro hijo adolescente?—Sin duda que nó, aun cuando la Vénus fuese de mano de Praxíteles i el Apolo hubiese salido del taller de Fidias.

De la misma manera a los que no ven daño posible sino en la intencion dañada del artista, a los que dicen que para que una obra ofenda al pudor es preciso que se haya ejecutado con ese objeto, les preguntariamos: ¿Pondríais en manos de vuestra hija un libro de anatomía, i de vuestro hijo, para que se divirtiese, la coleccion de láminas de un tratado de obstetricia?

Pero no discutamos mas de lo que merece, algo que no merece discutirse. Diga lo que quiera la tartufería que aparenta virtud, finjiendo no inmutarse ni escandalizarse por nada; el hecho es que miéntras el nivel moral de una sociedad no descienda hasta donde habia bajado la sociedad romana ántes de que el Cristo viniese a lavarla con su sangre, no podrán ofrecérsele, sin insultarla i herirla en lo mas vivo, objetos de arte como los que han sido estraidos de las ruinas de Herculano i Pompeya. No faltan entre esos objetos algunos primorosamente trabajados. Sinembargo, a nadie se ha ocurrido pensar que esos objetos, cubiertos solo por el velo del arte, podrian ser presentados sin peligro ante los ojos de niños que fuesen a hacer su primera comunion.

Concluyamos: hai una enorme diferencia entre la escultura pompeyana i la del señor Plaza, la misma enorme distancia que hai entre lo que es obceno i lo que es peligroso para algunos. Hai todavía que distinguir entre el desnudo que no es mas que la falta de vestido i la ostentacion maliciosa de la desnudez, que en castellano no tiene nombre propio, i que los franceses llaman *deshabillé*. Pero de que haya algo de mas impropio para ser presentado ante una sociedad cristiana que la simple desnudez, no se sigue que esta sea propia e inofensiva.

Así lo han comprendido en Chile siempre cuantos han organizado esposiciones de pinturas. Los cuadros que no podian ser observados por todos con agrado, se colocaban en una pieza separada, donde pudiesen observarlos los que quisieran, i donde no se impusiesen por fuerza a las miradas de todos, co-

mo la *Susana* de la Esposicion de este año. No creemos que este arbitrio se preste a ningun reproche medianamente fundado. El respeta todos los sentimientos i opiniones, deja al arte toda su libertad de accion i al público en el caso de hacer lo que sea mas de su gusto. ¿Por qué, ofreciendo esas ventajas, no lo adoptaron los organizadores de la Esposicion de setiembre? Porque..... pero mejor será que pongamos punto final a esta digresion, dejando a los lectores la respuesta.

Ya que vamos a recorrer una a una, aunque a la lijera, las seis principales estátuas exhibidas por el señor Plaza, empecemos por la *Susana* que es la que nos sale al encuentro.

¿Quién fué Susana?—El libro de Daniel nos dice que fué esposa de Joakim, noble judío cautivo en Babilonia: «hermosa en estremo i temerosa de Dios porque sus padres, que eran justos, instruyeron a su hija segun la lei de Moises.»

«I en aquel año fueron puestos por jueces del pueblo dos viejos de aquellos que habló el Señor: Que la iniquidad salió de Babilonia por los viejos que eran jueces...»

«Estos frecuentaban la casa de Joakim, i acudian a ellos todos los que tenian pleitos.»

«I cuando el pueblo se iba, a mediodía, entraba Susana a pasearse en el verjel de su marido.»

«I la veian cada dia los viejos entrar i pasearse i se encendieron en mal deseo contra ella.»

«Aconteció, pues, que, aguardando ocasion opor-

tuna, entró ella como todos los dias con dos doncellas solas i quiso bañarse en el jardin, porque era el estío.»

«I no habia allí nadie sino aquellos dos viejos que estaban escondidos i acechándola.»

«Dijo, pues, ella a sus doncellas: Traedme óleo i ungüentos i cerrad las puertas del jardin para bañarme.»

«I lo hicieron como lo mandaba i cerraron las puertas del jardin...»

«I cuando las criadas hubieron salido se levantaron los dos viejos i corrieron a ella...»

«Jimió Susana i dijo: Angustias me cercan por todas partes...»

Esta última escena, es decir el instante preciso en que Susana siente ruido i vé venir a los viejos hácia ella, es el elejido por el señor Plaza para representar a la casta esposa del noble israelita. No es preciso ser artista para comprender las dificultades casi insuperables que habria que vencer para representar al vivo, en toda su verdad i enerjía, la actitud de una mujer virtuosa en un caso semejante. Es probable, sinembargo, que esas dificultades, léjos de arredrar, hayan tentado al señor Plaza. El imposible ejerce una atraccion tan misteriosa como el abismo.

Veamos, pues, cómo ha salido de su empresa.

Desde luego el señor Plaza tuvo la desgracia de elejir para trabajar la *Susana* un trozo de mármol cuya blancura i pureza dejan mucho que desear. La casta Susana merecia un mármol mas limpio.

En seguida, ya que se elejia el instante en que una mujer, temerosa de Dios i educada en la virtud,

se preparaba para entrar al baño, nada obligaba a representarla completamente desnuda. Sin ir mui léjos, todos sabemos que nuestras señoras se respetan lo bastante a sí mismas para no bañarse en ese traje. I ¿hai motivo para suponer que una señora distinguida por su virtud i nacimiento, educada en la lei de Moises, tan ríjida i severa, se respetase a sí misma ménos que lo que acostumbran en nuestro tiempo las señoras cristianas?

Otro es, sinembargo, el defecto capital de la estátua que consideramos. Esta estátua no representa una Susana; representa una Vénus, si no en el momento de salir de las aguas, en el momento de meterse al agua. Tan cierto es esto que la voz jeneral no le daba otro nombre, miéntras no habia algun erudito que, estando en autos, hiciese conocer la intencion del artista.

I a la verdad ¿quién podria descubrir la turbacion de la sorpresa en la impasibilidad de esa frente, el encojimiento instantáneo e instintivo del rubor en esa actitud fria como el mármol, indiferente i casi provocativa? ¿Cómo suponer que de ese seno, donde el corazon no palpita, va a exhalarse el jemido de que nos habla la Biblia? ¿Cómo, finalmente, imajinarse a una mujer honrada soportando en esa actitud las miradas de los hombres que la sorprenden en su soledad, contestando sus preguntas, entrando con ellos en un verdadero altercado?

El señor Plaza, elijiendo el momento que elijió para representar a Susana, o elijió un tema que no comprendia en su sentido profundo o un tema superior a sus fuerzas.

Por lo que respecta a los detalles, el ojo ménos esperto ha podido notar la defectuosísima ejecucion de las manos, de los piés i en particular de los dedos pequeños de éstos. Si quisiéramos exajerar, diríamos que la *Susana* del señor Plaza no tiene mas de cuatro dedos en cada pié i que el quinto es necesario observarlo con microscopio. La cabeza está hecha con cierta enerjía que no escluye la belleza ni la gracia. Lo demas del cuerpo no se presta ni a elojios ni a censuras especiales.

En dos palabras, la estátua de que nos ocupamos, para *Susana*, nos parece mui poco casta i poquísimo sorprendida; i para Vénus, demasiado altiva de semblante i angulosa i desgraciada de formas. Si al observarla no hubiésemos tenido a la mano nuestro *Guia* i álguien nos hubiese pedido un nombre para esta estátua, la habriamos llamado *una cabeza de Juno injertada en un cuerpo de Diana.*

No es la *Susana* la única estátua de oríjen bíblico entre las presentadas por el señor Plaza. Ha exhibido tambien una *Eva* de dimensiones mucho mas reducidas, aunque de mérito mucho mas considerable.

¿En qué momento de su estraordinaria i trajediosa vida ha ido a sorprender el artista a la madre del linaje humano? Por un instante, al verla la primera vez, nos imajinamos que el momento no era otro que aquel en que Eva, recien formada por el soplo creador del Omnipotente, despues de dar una mirada a

su compañero i contemplar el cuadro delicioso que la naturaleza en su primera aurora presenta ante sus ojos deslumbrados, alzaba juntamente con éstos su corazon a Dios para enviarle, reconcentrado i sublimado en un ímpetu de amor i reconocimiento, el himno de la tierra agradecida. Poco tardamos, empero, en advertir que nos engañábamos. Eva se apoya con su mano derecha en un tronco i en esa mano aparece la manzana de la primera caida. Es, por lo tanto, no la Eva inocente que murmura el primer himno la que nos representa el señor Plaza, sino la Eva pecadora de cuyo seno brota el primer suspiro, a cuyos párpados asoma la primera lágrima de arrepentimiento.

Creemos que la situacion que imajinamos *prima facie* habria sido representada con mucha mas propiedad por el artista. Aun así como está Eva, i prescindiendo del signo material que indica el momento elejido, creemos que esa mujer con su actitud de arrobamiento, con su mano levantada a la altura de la cabeza, como si escuchara una vaga i dulcísima melodía, con su rostro que refleja la confianza, el abandono i el amor, representa mejor a la Eva inocente, i, si se quiere, un tanto deslumbrada de ántes de la caida, que a la Eva culpable que maquina o llora su pecado.

Salvo esta observacion, afirmamos sin vacilar que la *Eva* es una de las mas bellas estátuas del señor Plaza i talvez aquella en que se ha acercado mas al tipo ideal de la belleza femenina. Esa actitud, esas formas, esas facciones, mezcla inesplicable de seriedad i gracia, de refleccion i abandono, de majes-

tad réjia i de infantil candor, cuadran bien i caracterizan admirablemente a la madre del jénero humano, tal cual Moises la retrató en el Jénesis, tal cual Milton la ha cantado en su maravilloso poema.

El *Amor cautivo* es una estátua pequeña; pero preciosa. Una señora al observarla, decia: «Este niño es un dije: da ganas de desatarlo para hacerle cariño!» I la señora tenia razon: tal es el movimiento simpático que ese niño inspira. Parece que las ataduras lo molestan: que pugna por cortarlas; pero no por eso se impacienta, ni hace pucheros. Tiene un vago presentimiento de que su cautiverio ha de cesar pronto i confia en su confianza de niño en que la traviesa mal intencionada que lo ató no ha de resistir por mucho tiempo a la tentacion de desatarlo, apostada tras el tronco del árbol inmediato desde donde lo observa.

Lo repetimos, el *Amor cautivo* es un dije; i si algo puede sentirse al observarlo es que un artista capaz de un trabajo tan primoroso malgaste sus facultades en realizar obras tan frívolas.

Otra estátua de mármol, de argumento mitolójico, mas exactamente pagano, inconclusa, i presentada en los últimos dias de la Esposicion es la *Bacante.*

Como belleza, nos parece incomparablemente superior a la *Susana:* las líneas son mucho mas sua-

ves, la actitud mas graciosa, las formas mucho mas femeninas. Por desgracia, como en el caso de *Susana*, el tema elejido nos parece mal interpretado. La *Bacante* del señor Plaza es molicie i sensualidad, siente sed de placeres i nada omite para hacer caer en la tentacion al primero que pase i que la mire. Ahora bien, tal no es la *Bacante* que la fábula nos pinta, que la historia ha hecho llegar hasta nosotros. Las Bacantes de la mitolojía eran mucho ménos amables i muchísimo ménos tentadoras. Su alegría era casi siempre borrachera, riña, frenesí. Sus manos no acariciaban, despedazaban. Por el desgreño de su traje i de sus cabellos, por sus cantos i por los hechos que la fábula les atribuye, eran parientes mas cercanas de las Harpías que de las Gracias. A veces llegaron en su furor hasta descuartizar i devorar a los que cayeron en sus manos. Recuérdese la muerte de Orfeo. Una noche, miéntras lloraba la ausencia de su esposa, las Bacantes lo descubrieron, lo despedazaron, sembraron sus miembros por el campo i arrojaron su cabeza al Hebro.

Los que nos hagan el honor de leernos i hayan visto la *Bacante* del señor Plaza, sabrán si ésta revela intenciones tan crueles e instintos tan feroces. La mujer que ha bautizado con ese nombre es una hermosa mujer que no tiene aun sobre la frente la marca del vicio, pero que se halla en el momento de rodar al abismo. Hai gracia i voluptuosidad en sus formas i en su actitud, sus líneas agradan a la vista desde cualquier punto que se observen; pero ademas de los reproches que el moralista puede dirijirle con razon, en nombre del arte puede dirijír-

sele el mui sério de no interpretar con verdad el personaje que ha querido representar su autor.

Para terminar esta revista de las principales estátuas del señor Plaza, nos resta que considerar las dos de bronce que ha exhibido i que representan tipos araucanos. La de menores dimensiones representa a un niño que juega a la *chueca*, la otra a *Caupolican*.

Veamos desde luego al jugador de *chueca*. El tipo es araucano, el traje perfectamente propio, la ejecucion admirable, el momento bien elejido. ¿Qué falta pues a este niño para que pueda ser calificado como la joya mas preciosa de quien le dió el sér? ¡Flaqueza humana! Una sola cosa: la naturalidad de la actitud. En efecto, tome quien quiera una *chueca*, eche a rodar una bola, i pruebe a darle impulso de un golpe: ¿cómo se colocará?—Alzará el brazo derecho, inclinará un tanto el cuerpo i *sacará hácia adelante el pié izquierdo*. El señor Plaza ha dado a su *Jugador de chueca* una actitud contraria. Lo hace adelantar el pié derecho, es decir el pié que corresponde al brazo que levanta la *chueca* i con que va a golpear la bola que está junto a ese pié del lado de afuera. No podia darse una actitud mas impropia i forzada. Si el jugador acierta su *chuecazo* se va a dar con la *chueca* o con la bola en el tobillo un terrible golpe.

Este defecto, que es grave i que debe atribuirse a una distraccion del escultor, es tanto mas lamentable cuanto que es el único; al ménos nosotros no

hemos notado otro. Sin él, i caso de haber tenido voto para la asignacion de los premios, lo habríamos dado porque se recompensase con el primero al *Jugador de chueca.*

¿I *Caupolican?* se nos dirá, *Caupolican* respondemos, se ha llevado ese premio, con justicia, pero solo por la impropia actitud de su adolescente paisano.

Caupolican es una estátua concebida i ejecutada con un vigor de intelijencia i seguridad de pulso admirables. El famoso Toqui es mas que un hombre es la personificacion del sentimiento i del carácter de una raza. Si mal no hemos comprendido, se apoya en su arco i lo dobla para atar sus estremidades; i, miéntras ejecuta esta operacion, observa al enemigo que tiene delante.

En la contraccion de sus robustos músculos revela la poderosa cólera que lo ajita: en la manera como hinca los dedos de los piés en el suelo, el incontrastable propósito de defenderlo sin retroceder hasta morir o espulsar al invasor: en su frente soberbia la altivez araucana: en sus ojos centelleantes el odio salvaje que profesa a los profanadores de sus tierras. Hai en ese hombre algo del leon que aguarda a su enemigo i mucho del tigre que acecha i que se prepara a saltar sobre su presa. El observador estraña que ese atleta poderoso i valiente, en vez de encordar su arco, no levante su clava.

Vengamos a los *peros.* Es para nosotros una fatalidad que no nos sea dable prescindir de ellos ni aun en la mejor i mas celebrada de las estátuas del señor Plaza.

Ese indio, que espresa tan bien el carácter arau-

cano, no representa ni medianamente siquiera el tipo araucano en su verdad i naturalidad. La fisonomía es de un indíjena de América; pero se acerca mucho mas a la de un indio de Méjico o de Estados Unidos que a la de un indio de Chile. Ponemos a cuantos hayan observado con alguna atencion el tipo araucano por jueces de la exactitud de esta observacion.

A la impropiedad de las facciones se agrega la impropiedad de los aderezos. Es dudoso que Caupolican usase el arco como arma de guerra. De todos modos es indudable que hace ya muchísimo tiempo que los araucanos no lo usan. Lo que no admite duda es que, el collar, las plumas de la cintura i la cabeza, i los zarcillos están de mas i desfiguran por completo al personaje representado. Nos parece que la sencillez natural i la verdad del retrato habrian sido de mucho mejor gusto i efecto que los aderezos convencionales adoptados en Europa para representar a los indíjenas de América. Si sobre álguien pesaba el deber de reaccionar contra la rutina i de correjir la plana a la ignorancia, era sobre un escultor chileno que se proponia vaciar en bronce un héroe araucano. El señor Plaza no lo ha hecho i lo sentimos sinceramente. El arte no debe vivir de lo convencional i, si su aspiracion debe ser idealizar la naturaleza, su primer deber es estudiarla, cónocerla i copiarla.

En dos palabras, si la estátua de que nos ocupamos es un Hércules americano perfecto, es un Hércules americano difícil de reconocer.

Hemos nombrado a Hércules i vamos a concluir

poniendo respetuosamente ante los ojos del señor Plaza una pájina de la historia prodijiosa de aquel héroe, que hace a nuestro propósito.

Hércules, en los primeros años de su vigorosa juventud, sentado en un paraje solitario, meditaba sobre el camino que habia de seguir i sobre el empleo que habia de dar a las fuerzas con que los Dioses lo habian dotado, cuando vió que dos hermosas mujeres se adelantaban hácia él. La una unia la nobleza a la hermosura; de casta mirada, de ademanes modestos, su vestido de una blancura resplandeciente. El héroe reconoció en ella a la Virtud. La otra tenia una cara afeitada, la mirada arrogante i soberbia i aderezos provocativos que revelaban la molicie. Se miraba a sí misma con complacencia i sus ojos buscaban por todas partes admiradores. Adelántandose hácia el héroe le dijo:

«Hércules, veo que vacilas i no sabes qué sendero elejir. Si me sigues te conduciré por el camino mas fácil i agradable: ningun placer te será rehusado, ningun pesar aflijirá tu corazon. No tendrás que temer ni los ódios, ni la guerra, ni las asechanzas: no tendrás que preocuparte mas que de disfrutar de tu felicidad. Si temes que el dinero te falte, yo te lo daré a manos llenas, sin que te cueste el mas pequeño sacrificio. ¡Todo sacrificar al éxito! hé ahí la divisa de quien sigue mi bandera.»

La Virtud se acercó a su vez i dijo al héroe: «I yo tambien, Hércules, comparezco delante de tí: tus acciones me han revelado tu carácter. Si elijes mi camino, brillarás entre los grandes hombres por tus hazañas i virtudes. No te engañaré prometiéndote

fáciles triunfos. La gloria solo se adquiere a fuerza de trabajo i sacrificios. Yo doi la fama i la dicha a los que oyen mi voz. Jóvenes, tienen la satisfaccion de escuchar los elojios de los ancianos: ancianos, el respeto de la juventud los rodea; i cuando llega el término fatal el olvido de la tumba no se estiende a todo su sér, porque su memoria, siempre floreciente, vive con una vida inmortal.»

El hijo de Júpiter oyó esta última voz i fué un héroe.

El señor Plaza que, como el héroe mitolójico, dispone de fuerzas poderosas; que como aquel se muestra perplejo ante los dos caminos que se presentan a su vista, tome el mismo partido; i si su nombre no llega a ser el de un héroe, ya que los tiempos heroicos han pasado, llegará, no lo dude, inmortalizado, en las obras maestras que su mente es capaz de concebir i su mano de realizar, hasta la posteridad mas remota.

SHAKSPEARE.

(*La Estrella de Chile* — marzo 10 de 1872.)

I.

La circunstancia de hallarse entre nosotros el señor Ernesto Rossi, que es sin disputa el mas aventajado trájico que ha visitado nuestros teatros, i la consiguiente oportunidad que tendrá el público de ver representadas por primera vez algunas de las mas famosas trajedias italianas, inglesas i francesas, nos habian hecho creer que acaso se leeria con interes un breve estudio sobre las mejores obras i los principales autores antiguos i modernos en este noble ramo de la literatura. Pero pronto hubimos de convencernos de que, por rápido que fuese ese estudio, él nos habria llevado demasiado léjos en el es-

pacio i en el tiempo. En el deseo, pues, de reflejar de alguna manera en las columnas de *La Estrella de Chile* las preocupaciones literarias de nuestra sociedad i en la imposibilidad de llenar el cuadro que habíamos ideado, vamos a limitarnos a bosquejar una de sus mas poderosas cabezas i algunas de sus mas bellas o terribles inspiraciones. — Shakspeare. — Othello.—Romeo i Julieta.

Puede decirse de Shakspeare, no solo que es un gran poeta, sino que es el poeta mimado del siglo en que vivimos. Fuera de su patria, ha sido puesto al nivel de los mas altos; en Inglaterra es objeto de un entusiasmo que raya en locura, i de una admiracion tal que podria mui bien llamarse culto sin faltar a la propiedad de las palabras.

Madama de Staël observa el fenómeno i procura esplicarlo. «Los pueblos libres, dice, tienen mas que los otros el sentimiento de la propiedad con respecto a todas las glorias de la patria; i este sentimiento inspira una admiracion que escluye cualquiera crítica.»

Esta esplicacion, que en el ánimo de la ilustre escritora tuvo sin duda su intencion política, que, un poco mas aguzada, habria dejenerado en un epigrama contra la Francia i su gobierno, literariamente considerada, es mas injeniosa que satisfactoria.

La historia nos enseña que el órgano de la admiratividad se desarrolla indistintamente en los pueblos libres i en los pueblos sometidos a un réjimen autoritario. San Jorje ha sido mui popular en Inglaterra; pero ¿lo ha sido ménos Santiago en España? Si se ha escrito en Inglaterra que Shakspeare no

tiene ni superiores, ni iguales entre los poetas de todos los tiempos, ¿no se ha escrito tambien por algun portugues que Cristo no nació en Belen de Judea, sino en Belen de Portugal? i los poetas provenzales ¿no solian alejarse de Barcelona cantando:

Adiu, noble patria mia,
La meillor ciudat del mond?

La verdad sobre este punto nos parece que, siendo los ingleses tan propensos a exajerar sus glorias como los franceses o los españoles, son mucho ménos olvidadizos que estos últimos. En la imajinacion del pueblo ingles, la distancia, léjos de empequeñecer, realza i engrandece los objetos. Tradiciones de amor i tradiciones de odio se conservan como en una caja de fierro en el corazon de ese pueblo a un mismo tiempo el mas progresista i el mas tradicionista del mundo.

Sea ello como fuere, quien quiera que conozca el teatro de Shakspeare tendrá que confesar que sería injusticia decir que el ruido que se forma en torno de su nombre es como el ruido de una de sus piezas, *por nada o para nada.*

Hasta el mismo Voltaire, que, envidioso de la boga que el nombre de Shakspeare iba tomando en Francia, lo llamó groseramente *un salvaje borracho o un bárbaro histrion*, tuvo que confesar que mas de una vez se habia dignado recojer con su blanca mano algunas perlas *de su basurero.*

Despues de Voltarie, muchos críticos se han dado la tarea de patentizar las groserías, las incoherencias, las oscuridades e inverosimilitudes en que in-

curre con frecuencia por falta de gusto o por falta de instruccion; pero todos ellos se ven forzados a reconocer que muchos de sus dramas producen en el teatro una impresion de terror, de compasion o de angustia, verdaderamente incomparable.

Antes, sinembargo, de dar una idea del talento, del arte i de algunas piezas del insigne poeta ingles, no estará demas indicar los principales rasgos de su vida; aunque, a decir verdad, es bien poco lo que sabemos sobre ella, i no faltan historiadores que afirman que no se sabe nada.

Guillermo Shakspeare fué bautizado el 25 del mes de abril de 1564 en Stratford, de donde deduce Malone, uno de sus mas concienzudos biógrafos, *que debió nacer el* 23. Algunos creen que su padre era carnicero de oficio i ademas vendedor de lanas; pero el biógrafo a que acabamos de referirnos prueba casi hasta no dejar duda que tenia una tienda de guantes, jiro bastante lucrativo en aquella época en que se usaban perfumados i bordados de oro, i entraban en el traje ordinario, no solo de los elegantes, sino tambien de los obispos i de los jueces. Puede creerse tambien que negociase en la compra i venta de animales, pues se sabe que mas de una vez tomó en arriendo algunas pequeñas propiedades rústicas; pero no hai fundamento alguno para creer que fuese carnicero.

El hecho es que Juan Shakspeare, que así se llamó el padre del poeta, pertenecia a una familia de escasa fortuna, aunque decente; pues de otro modo sería difícil esplicar su matrimonio con María Arden, hija de un *gentleman*.

El doctor Drake atribuye a Juan Shakspeare una familia mucho mas numerosa de la que realmente tuvo, confundiéndolo con un zapatero del mismo nombre i apellido que por aquel tiempo existia en Stratford.

El padre del poeta tuvo cuatro hijos i otras tantas hijas. Guillermo fué el tercero, aun cuando fué el mayor de los varones i luego de toda la familia por la muerte prematura de sus hermanas mayores.

Poquísimo es lo que se sabe sobre sus primeros años; probablemente no tuvo otra educacion que la que recibió en la escuela de Stratford, ya que no es probable que su padre, que apénas pudo hacer un garabato semejante a la letra *A* en la partida de bautismo, pudiese enseñarle gran cosa.

Campell, uno de los modernos admiradores i biógrafos de Shakspeare, afirma que en las escuelas de Stratford aprendió el latin, opinion que es contradicha por otros, fundándose en que tomó el tema de muchas de sus piezas, no en los orijinales latinos, sino en las traducciones inglesas.

A los 18 años, se casó con Anna Atway, hija de un agricultor, i siete años mayor que él.

A los siete meses de casado, Mistress Shakspeare dió a luz una hija, i dieziocho meses despues, dos jemelos, un varon i una hembra.

Sus primeros disgustos despues de casarse fueron completamente estraños a su matrimonio. Arrastrado por amigos i compañeros poco honorables, dedicados a cazar en propiedades ajenas, sin permiso del dueño, fué sorprendido en un parque perteneciente a Sir Thomas Lucy, quien, con este motivo le

promovió una persecucion judicial. Shakspeare se vengó de él fijando en su puerta una balada satírica, en ocho estrofas disílabas, que fué su primera composicion poética. Parece que el poeta no olvidó nunca la aventura, ni mucho ménos al noble i celoso propietario, pues de él hizo el bailio Shallou en la *Segunda parte de Enrique VI*, convirtiéndolo en objeto de las bufonadas i de los epigramas de Falstaff.

La enemistad de Sir Thomas lo obligó a ausentarse de Stratford para ir a buscar fortuna en otra parte. No ganó mucho con el cambio, pues se vió reducido a ganar su subsistencia i la de su familia custodiando en la puerta del teatro los caballos de los asistentes a los espectáculos. Esta ocupacion debia ser el principio de su fortuna i abrirle las puertas de la gloria. Efectivamente, no tardó mucho en contratarse para ayudar en las representaciones, prestando ciertos servicios detras de bastidores. De ahí pasó a la escena, i en poco tiempo el actor se trasformó en autor.

Se sabe que en su carrera artística fué perseguido por émulos que publicaron contra él varios panfletos injuriosos, a los cuales no contestó palabra; que en *Romeo i Julieta* desempeñaba el papel de *Frai Lorenzo*, i que en el *Hamlet* representaba el de *Espectro* con admirable perfeccion.

Nada mas se sabe sobre su carrerra teatral, por que a los cincuenta años se retiró bruscamente de la escena sin tomarse el trabajo ni de imprimir uno solo de sus dramas ni de firmarlos.

Se dice que lord Southampton le ofreció su amis-

tad i le dispensó su proteccion; pero la verdad es que no se sabe que este señor prestase al poeta algun servicio de importancia. Otro tanto puede decirse de la proteccion de Isabel i de Jacobo I.

Vuelto a la ciudad de su nacimiento, se consagró a la agricultura i aun se dice que plantó la primer morera en el canton de Stratford.

Murió en Newplace, en su casa de campo, el año de 1616 i en el aniversario de su nacimiento.

Mas de un siglo despues de su muerte, se le elevó el primer monumento en Westminster, con el dinero que produjo una representacion de *Julio César*.

II.

¿Cómo caracterizar en unas cuantas líneas escritas al correr de la pluma la índole del talento dramático de Shakspeare? ¿Cómo decir en un artículo de periódico, lo que ha podido ser dicho apénas en centenares de pájinas i aun de volúmenes, escritos por los mas eminentes críticos de Inglaterra, de Francia i de Alemania?—Seria una pretension necia, si ántes no fuera un imposible.

El jenio de Shakspeare es el mismo jenio del drama: pasion, movimiento, contrastes, alternativas de dicha i de infortunio, risas con lágrimas, vicios, virtudes, aspiraciones, obstáculos, esa Babilonia, en fin, que se llama el mundo i ese torbellino que se llama el corazon del hombre.

Obedeciendo a la fuerza irresistible de sus propensiones innatas, se echó valientemente a andar

por las calles i plazas de esa Babilonia, observando de cerca sus miserias i sus esplendores, no sirviéndose del catalejo de Horacio i Quintiliano, sino valiéndose de sus propios ojos i de sus propias manos. Inclinó en seguida el oido al torbellino de su corazon, i amasando sus sentimientos con sus impresiones, sus recuerdos con sus desvaríos, compuso esos admirables cuadros que forman como el panorama del mundo moral.

La grandeza del pintor está, por una parte, en la fuerza i en la casi salvaje enerjía de sus concepciones; por otra en cierta candorosa despreocupacion, de todo cuanto no sea la naturaleza i la reproduccion exacta de sus mas brillantes o negras perspectivas.

Shakspeare es la mas elocuente de las protestas contra la instruccion literaria. Uno de sus biógrafos llega a decir que el jigante no habria sido jamas sino un hombre vulgar a haber gastado sus primeros años en el estudio del teatro griego i del romano. Nadie sabe lo que Shakspeare habria sido a haberse preparado en el estudio de los antiguos clásicos; lo que sabemos es que no necesitó de ese estudio para igualarse a esos mismos clásicos i para sobrepujar a sus imitadores.

Esto no quiere decir que desconociese completamente la historia de los tiempos antiguos, ya que sacó de ella argumentos para la mayor parte de sus obras; pero, ignorando el griego i el latin, es probable que no tuviese otra fuente para estudiar los sucesos i personajes de la antigüedad que alguna traduccion inglesa de la *Vida de los hombres ilustres de Plutarco.*

La falta de cultivo de su espíritu le obligó en cierto modo a ser orijinal; pero le hizo caer en defectos que no han podido ocultarse ni aun a la vista de sus mas apasionados admiradores.

Ya hemos dicho que Voltaire, despues de haberlo popularizado en Francia i de haberlo puesto sobre el altar, trató de derrribarlo, aunque en vano. Arrepentido de su imprudencia, jamas pudo conformarse *con haber abierto el camino de la gloria a la mediocridad, deificado al salvaje borracho e incensado al monstruo.*

Shaftesbury declara que el estilo del antiguo menestrel «es grosero i bárbaro i sus construcciones i su manera completamente pasadas de moda.»

Pope observa que escribió para el populacho, sin preocuparse mucho ni poco de agradar a la jente bien educada.

Sherlock ha dicho que no hai nada mediano en Shakspeare: que todo lo que ha escrito es excelente o detestable: que no supo jamas ni concluir ni desenvolver un plan, aun cuando supo componer escenas admirables.

Lansdown llegó en su irreverencia hasta rehacer el *Mercader de Venecia.*

Tate tuvo la osadía de apropiarse el *Rei Lear*, tan completamente olvidado entónces, que nadie notó el fraude.

Todos los críticos del mundo no han podido, empero, detener su fama; así como no han podido los graves defectos de sus dramas oscurecer su gloria. Las sombras de la ignorancia, de la grosería, del mal gusto, oscurecen con frecuencia sus concepcio-

nes; pero raras veces puede la vista del crítico observar esas tinieblas, sin que vengan a deslumbrarlo de súbito los relámpagos del jenio.

La obra del poeta, mas que el Apolo de Belvedere, se asemeja al Moises de Miguel Anjel. A veces le falta la suavidad en los contornos, la correccion en las líneas, la exactitud en las proporciones, la gracia en las actitudes; lo que no le falta nunca es la fuerza i la vida; lo que le sobra es movimiento, músculos i sangre.

Cierto dia se comparaba en presesencia de Diderot el jenio de Racine a la citada estátua de Belvedere i el de Shakspeare a la estátua de madera de Felipe IV. «Sea, observó Diderot; pero ¿qué pensaríais de esa estátua de madera si, calándose el casco i ajitando su espada, clavase las espuelas a su corcel i se pusiese en marcha?»

«El poeta de Albion, dice Chateaubriand, dotado en alto grado del poder creador, anima hasta los objetos inanimados: los árboles, el césped, los huesos; todo se mueve i habla; nada puede estar muerto en su presencia, ni aun la Muerte misma.»

Los que mas escrupulosamente han estudiado a Shakspeare son los críticos alemanes. Para formarle aureola han ido a veces hasta iluminarlo con los rayos de su propio jenio.

Los italianos empiezan a comprenderlo apénas.

Los españoles, con un teatro tan rico en grandes obras como el teatro de Shakspeare, no pudieron ménos de mirar con cierta prevencion el espíritu investigador i filosófico que en éste dominaba. Entre los personajes de Calderon i los de Shakspeare hai

la diferencia de que aquéllos creen en las verdades reveladas con una fé inquebrantable; miéntras que éstos filosofan muchas veces i no pocas se sienten asaltados por la duda.

El Dante abrió las puertas de la Edad Media: Calderon reflejó como en un espejo sus costumbres, sus creencias i sus sentimientos; miéntras que Shakspeare, adivinando el porvenir, como Colon adivinó la América, nos abrió las puertas de la Edad Moderna.

Lo mismo que Byron, el gran poeta ingles de esta edad, tuvo muchos imitadores que no hicieron otra cosa que corromper el gusto, olvidando sus buenas i exajerando sus malas cualidades.

Shakspeare, con relacion a su siglo, es admirable; en sus talentos naturales o en su jenio, un prodijio; con respecto al arte dramático, un bisoño inspirado. Hé ahí lo que demostrará suficientemente el breve análisis que vamos a hacer de dos de sus mas afamados dramas.

III.

OTELO; SU REPRESENTACION.

Seria aventurado afirmar que *Otelo* es el mejor de los dramas de Shakspeare; pero acaso no lo sería ménos afirmar que hai entre todos ellos alguno que le sea superior.

Otelo reune, en efecto, a todas las buenas cualidades que caracterizan las composiciones de nues-

tro poeta,—el vigor, la orijinalidad, la fiel reproduccion de las pasiones i de los caractéres,—otras que lo distinguen i recomiendan. No se notan efectivamente en esta pieza las digresiones i distracciones que en la mayor parte de las otras paralizan la accion, debilitan el interes o retardan demasiado el desenlace de la fábula.

En *Otelo* casi no hai una escena perdida. Desde que el infeliz padre de Desdémona es sorprendido por la noticia de la fuga de su hija, hasta el instante en que ésta espira en la integridad de su inocencia i de su amor, víctima de negras intrigas que no le es dado sospechar siquiera i a manos del mismo hombre a quien habia consagrado el tesoro de su ternura anjelical, la accion corre i se precipita, formando oleajes i cascadas, ora impulsada por las suaves brisas del amor, ora por el huracan de los celos, ora por la mano oculta de la intriga. La trajedia es una especie de plano inclinado, cuyo horroroso término el espectador descubre en perspectiva al traves de las flores de las primeras escenas. No hai, es cierto, como en algunas trajedias griegas, un oráculo que tenga la cruel indiscrecion de anunciarnos la catástrofe decretada por el destino, no hai siquiera como en *Macbeth* alguna bruja que se adelante a levantar una punta del velo que cubre el porvenir; pero hai en cambio en la atmósfera que se respira algo que presajia la tempestad que amenaza a la confiada pareja. El corazon presiente una desgracia desde el momento mismo en que el padre desolado, acercándose al moro i señalando a su hija, le dice con misterioso acento:

«Guárdala bien, moro; obsérvala con ojos vijilantes; ella ha engañado a su padre i podrá engañarte tambien.»

Las odiosas confidencias de Yago vienen a confirmar aquellos presentimientos, i a convencernos mas i mas de la cercanía de una catástrofe sangrienta. Esta dolorosa perspectiva, que lastima el corazon de los espectadores, aumenta admirablemente el interes que los principales personajes inspiran. Los dos esposos son todavía felices i ya sentimos hácia ellos la simpatía que sigue por do quiera al infortunio, simpatía que en el caso de que tratamos es tanto mas viva cuanto mas pura, tierna i fiel se nos muestra la víctima, cuanto mas invenciblemente ciego i estraviado vemos al infeliz victimario.

Comparando a los dos infortunados esposos de esta pieza con los dos no ménos infortunados de *Romeo i Julieta*, es fácil notar ciertas diferencias características.

Desde luego el argumento de *Otelo* es mas homojéneo i subjetivo. El amor es la única fuerza que lo impulsa hasta llegar al desenlace. La catástrofe no es ocasionada por los obstáculos que las leyes, las costumbres o las preocupaciones opongan a los dos amantes; ella es, al contrario, en cierto modo, una consecuencia de la libertad, casi diríamos del frenesí con que se abandonan a sus naturales impulsos. Aquella dicha era demasiado súbita i estremada, para que pudiese ser durable: aquella pasion era demasiado exuberante i desenfrenada para que no se desbordase ántes de mucho hácia el abismo: aquel árbol se habia desarrollado tan rápidamente que no

podia ménos de ser tronchado por el vendabal i habia empinado mui alto su cogollo para que no fuese herido por el fuego del cielo.

No son esas las causas que ocasionan las desventuras de Romeo i Julieta. El veneno no se elabora en el corazon de los esposos, ni la catástrofe se deriva de una depravacion del mismo sentimiento que constituye su felicidad. En *Otelo* vemos al amor luchando con sus propios excesos i peligros; en *Romeo i Julieta* al amor luchando con obstáculo esternos, nacidos de las leyes, de las costumbres i de la voluntad ajena.

Demas de esto, el amor de Romeo, siendo tan profundo como el de Otelo, es plácido como la superficie de uno de los lagos de Italia; miéntras que el de éste es ardiente, abrasador, espuesto a los asaltos de las fieras i a las embestidas de las trombas de arena, como los desiertos africanos.

Si en el corazon de Romeo el monstruo de los celos hubiera podido deslizarse, se habria muerto de dolor. Otelo, al sentirlo en el pecho, se precipita sobre su esposa como una pantera.

Pero no prosigamos un paralelo que nos llevaria demasiado léjos; i veamos mas bien cual es la parte de gloria que en justicia pertenece a Shakspeare por la composicion del *Otelo*.

Porque es preciso que se sepa que la fábula de esta pieza no es una creacion del poeta ingles. La forma dramática i muchas de las bellezas en que abunda le pertenecen; pero el argumento en sus formas características i en sus principales caractéres pertenece al oscuro novelista italiano Cinthio Geral-

di. Se ha disputado mucho entre los críticos sobre los méritos relativos del drama i la novela i no ha faltado quien asegure que Desdémona, Casio i Yago han sido solo trasladados de la novela al drama, sin ninguna variacion importante. (1)

Se comprenderá fácilmente que, no teniendo a la mano la novela italiana, no podemos terciar en la contienda. Tenemos, sinembargo, un pequeño estracto de su argumento i él nos permite juzgar de las principales modificaciones introducidas por Shakspeare.

La mas feliz de estas modificaciones es relativa al carácter de Desdémona. La Desdémona de Geraldi, cuando comprende que es objeto de las injuriosas sospechas de Otelo, se irrita contra él i observa que sus arrebatos i su conducta violenta son propias de la negra raza a que pertenece. La Desdémona de Shakspeare, amante i tierna hasta el fin, muere afirmando su inocencia, sin comprender el cambio que ha sobrevenido en el alma de su marido; pero al mismo tiempo sin dar contra él la mas leve muestra de rencor o desprecio.

Otra diferencia notable hai en el desenlace. En la novela, el moro es arrestado, conducido a Venecia, puesto en la tortura i ajusticiado al fin. Con el moro de Shakpeare esto no sucede ni habria podido suceder.

En lo que no anduvo el poeta ingles tan acertado fué en las modificaciones que introdujo en el papel de Yago. El novelista supone que éste era movido por el deseo de causar a Otelo los mismos tormentos que Otelo le habia hecho esperimentar a él, cor-

(1) Dunlop. *Historia de la ficcion.*

tejando i corrompiendo a su propia esposa. Así no aparece ninguna desproporcion entre el impulso de éste i la fuerza que lo movia; desproporcion que es notable en el drama i que constituye, a nuestro parecer, su principal defecto. Porque, a la verdad, suponer que Yago sea capaz de urdir la trama infernal que urde para hacer que un hombre tan jeneroso i distinguido como Otelo sacrifique a una niña tan inocente i candorosa como Desdémona, sin esperimentar remordimiento alguno, i hasta con alegría, solo por vengar una postergacion militar, es suponer lo inverosímil, calumniar la naturaleza humana i admitir un efecto sin causa.

Es cierto que Shakspeare hace alusion a algo parecido en la escena III del acto I de su trajedia, donde Yago dice que corria la voz de que el moro habia seducido a su mujer; pero es solo una alusion de la cual no vuelve a acordarse mas i a la cual no presta gran crédito. Sin duda que si Yago hubiese procedido impulsado por los celos, si revelase un ardiente amor a su esposa, un rayo de luz habria iluminado su fisonomía, i ya que no justificarlo, al ménos habria sido posible disculparlo. No fué ese el designio del poeta: el quiso que la conducta de Yago no tuviese disculpa posible i que no despertase en el público sino repugnancia i horror. Es lo que consiguió, aunque sacrificando la verosimilitud de su fábula; pues, lo repetimos, hai en la conducta de Yago un fenómeno que no se esplica, un efecto sin causa i un falso testimonio levantado a la naturaleza humana. Sabemos que ésta suele tener sus aberraciones, pero aun las monstruosidades morales como las físicas, obede-

cen a ciertas leyes. Así, ni aun a título de monstruoso, seria admisible, porque no ha existido nunca ni existirá jamas, un mamífero con plumas.

La obra esclusiva de Shakspeare en *Otelo*, es Otelo mismo. «El moro, dice un crítico ingles contemporáneo, es la pintura del carácter humano mas compleja, mas asombrosa i mas intelijible que la imajinacion haya producido jamas. Su grandeza de alma es natural i lo admiramos; su dulzura es igualmente natural i ella arrastra nuestras simpatías; apénas podemos figurarnos su majestuoso porte i su benévola fisonomía. El príncipe indio Ramoon Roy que cautivó todas las voluntades en Lóndres hace algunos años, i que murió en medio del sentimiento jeneral, era la única persona que a mis ojos se asemejase a la idea que me tengo formada de Otelo. No es un hombre naturalmente celoso; pero, una vez que siente los celos en su corazon, vuelve al estado salvaje i se muestra tan terrible como tierno se habia mostrado ántes. Sinembargo, este contraste en su conducta, no es una metamórfosis como las de Ovidio, sino una transicion tan bien preparada que llega a parecer inevitable. Apesar de lo que este cambio tiene de natural, no es un obstáculo ni a nuestro terror ni a nuestra compasion; al contrario, la dulzura de su carácter ántes de su caida es el curso lento i apacible de un rio ántes de llegar a la catarata, i la suavidad de su alma, de que ha dado muestras hasta entónces, brilla como una hermosa mañana de un dia de otoño que contrasta con los truenos i vendabales de la tarde.»

Pues bien, i pasando ya de la pieza a la represen-

tacion que de ella nos ha dado el señor Rossi, ¿por qué no habíamos de tener la noble franqueza de empezar haciéndole el reproche de no haber sabido comprender, interpretar i caracterizar fielmente esas dos personas, esa doble naturaleza que hai en el protagonista de Shakspeare, el Otelo que se desliza como un manso rio, i el Otelo que se precipita i despeña como una espumosa catarata?

Solo vimos al segundo de estos personajes en el Teatro de Variedades: el salvaje violento i altanero; de ningun modo el buen Otelo, el casi candoroso Otelo del primer acto de la trajedia.

Como creemos que nuestras observaciones serán las primeras que rompan el coro de entusiastas i merecidos, aunque exajerados aplausos, tributados al señor Rossi, trataremos de justificarlas escrupulosamente.

Probado ya, como nos parece que queda, que el Otelo de Shakspeare, miéntras no siente en su pecho el envenenado aguijon, es bondadoso, suave i amable; preguntamos ¿qué actitud debia mostrar en presencia del padre de su amada? ¿Acaso la actitud de un atolondrado mozalvete sin dignidad i sin conciencia? ¿Acaso la de un Tenorio, pronto a pasar sobre la honra de aquellos que hubiesen dado el sér al objeto de sus desenfrenados apetitos? Por cierto que no es ese el papel que le correspondia; tanto ménos cuanto que ese Brabantio le habia abierto jenerosamente las puertas de su casa i cuanto que su indignacion, ántes de saber que todo se habia hecho con la plena voluntad de su hija, era mui natural.

Ahora bien, esto es lo que el señor Rossi nos

pareció no comprender bastante. Su actitud en presencia de Brabantio no fué la actitud de un hombre jeneroso, amante i compasivo; fué sencillamente la actitud de un maton, a lo mas de un hombre que desdeña. Semejante desden estaba fuera de su lugar, como estuvieron fuera de su lugar sus ademanes de arrogancia. Lo que el moro de Shakspeare hace es justificarse con cierta injénua naturalidad, que encanta i de la cual el señor Rossi no supo o no quiso hacerse intérprete.

Su peor momento fué el momento en que refirió al senado de Venecia la manera como habia hecho la conquista del corazon de Desdémona. Esta narracion tan sencilla, tan candorosa, tan propia del moro, no produjo ninguna impresion en los oyentes. ¿Por qué? Porque el señor Rossi la desfiguró con una declamacion inoportuna, exajerada i sobre todo porque esa narracion no fué hecha al Dux sino a los asistentes a la platea. Era imposible conservar la ilusion, trasportarse con la mente a presencia de aquel terrible senado de Venecia, viendo con cuanto desenfado Otelo, que comparece ante él como reo, le vuelve las espaldas.

Otra inverosimilitud i otro defecto en la interpretacion del *Otelo* de Shakspeare, nos pareció el abrazo que, a la entrada de Desdémona en el salon del Senado, se dan los dos esposos. No creemos que las circunstancias permitieran tales manifestaciones de afecto; i en todo caso no se esplicaria la impasibilidad del tribunal con aquellos reos que se conducian ante él tan *sans façons*.

Ni fué esa la única escena en que nos pareció que

las caricias prodigadas por Otelo a Desdémona estaban fuera de su lugar. En la escena tercera del acto II, cuando el moro interviene en la riña de Casio con Montano, Desdémona se presenta atraida por el ruido de las armas i por el amor que profesa a su marido. Este que se encuentra delante de varios soldados i hombres de guerra, no escusa a Desdémona ni los besos ni los abrazos. Conducta ajena a un jefe militar, i lo que es peor aun, ajena al esquisito pudor que acompaña siempre a los grandes i profundos afectos. El amor de Otelo no era para ostentarse ante la soldadesca, ni para exhibir sus manifestaciones en los cuarteles.

Tan cierto es esto que en ninguna de dos esmeradas ediciones que tenemos a la vista de la trajedia de Shakspeare, aparecen en los lugares correspondientes, indicadas las caricias que han llamado nuestra atencion i que falsean el carácter del moro ante cualquier observador imparcial i de buen gusto.

Para concluir con este capítulo, ya largo, de las observaciones que hemos creido oportuno hacer a propósito de la primera representacion del *Otelo*, vamos a fijarnos en un punto que es todavía de mayor importancia, porque las reflecciones que sujiere son aplicables a muchas de las piezas en que se exhibe el señor Rossi:—queremos hablar de su manera de agonizar i de morir.

No negaremos que en esas escenas toca a veces en la meta de lo horrible, de lo convulsivo, de lo desgarrador. Nunca habíamos visto un arte mayor para esplotar los estertores del dolor físico, las palideces, los sudores, los desmayos de la agonía, i hasta las

rijideces de la muerte; pero francamente nos parece que ni hai naturalidad en esos refinamientos del arte de espirar, ni aunque la hubiera, los efectos que produce la imitacion del dolor físico en los espectadores serian propiamente efectos teatrales.

Al teatro no se va a ver las convulsiones de los agonizantes; eso se puede ver en el hospital. Al teatro se va a ver la representacion de las pasiones i de los sentimientos, se va a presenciar las luchas de la intelijencia con el corazon, de la virtud con el vicio, de la fé con la duda, del amor con los celos, etc. De otra suerte tendríamos que llegar al absurdo de que ningun efecto teatral seria comparable al que produciria en la escena Medea, la hechicera de la fábula griega, descuartizando sobre las tablas a sus propios hijos.

Si el espectáculo de las convulsiones físicas, que no revelan mas que los sacudimientos del sistema nervioso, fuese en realidad un espectáculo artístico, ¿por qué clamar tanto contra la barbarie del pueblo que se complace en asistir a las ejecuciones capitales? Francamente no vemos por qué sería agradable, divertido e interesante el espectáculo de un hombre que imita i hasta exajera las agonías de algun inocente sobre las tablas, i horroroso i repugnante el espectáculo de un criminal que muere, mucho mas lijero i con muchísimo ménos convulsiones en una plaza pública.

Desengañémonos: las convulsiones de los moribundos no caen bajo el dominio del arte dramático. Lo horrible no debe tener entrada en los teatros; a no ser que vivamos en una sociedad que piense i

sienta como la sociedad romana bajo el gobierno de Neron o Dioclesiano. Entónces el arte de morir era un arte i en él se ejercitaban durante meses i durante años enteros los gladiadores. Hombres, mujeres i niños asistian a verlos despedazarse i a presenciar las convulsiones de su agonía.

Por fortuna estamos mui léjos de aquellos tiempos i de aquella civilizacion, i en prueba de ello estamos ciertos de que, si en el momento en que se prepara a morir sobre las tablas el señor Rossi, se consultase uno por uno a todos los espectadores, todos, sin escepcion, le pedirian que suprimiese o abreviase la agonía cuanto le fuese dable.

Hemos creido que la circunstancia de escribir en un periódico literario nos imponia la obligacion de considerar la representacion del *Otelo* desde un punto de vista un poco mas elevado que aquél en que suelen colocarse los gacetilleros de la prensa diaria. Nos ha parecido que tratándose de la interpretacion de una obra tan notable i famosa como la citada trajedia, las alabanzas repetidas, ampulosas i glosadas de todas las maneras imajinables, son tan impropias como serian las censuras infundadas i acerbas.

Entre nosotros no existe la crítica del teatro. Se elojia por espíritu de compadrazgo i se censura casi siempre por motivos estraños al mérito artístico de los censurados. Otras veces se aplaude o se silba instintivamente, sin que ni aplaudidores ni silbadores se tomen el trabajo de investigar la razon de sus impresiones.

No es así como se puede servir al depuramiento del gusto literario, ni siquiera al adelanto de los ar-

tistas. ¿Qué ventaja puede reportar un actor de un artículo en que se le aplauda i se le inciense, en que se le decrete la gloria i la inmortalidad, en que se le llame jenio i prodijio, en que se le declare inimitable e incomprensible?—Nada mas que un poco de viento, i la creencia de que nada mas le resta que hacer que dormirse sobre sus laureles.

La crítica verdaderamente literaria es mucho mas filósofica i provechosa. Ella indica al artista la razon de sus triunfos i los obstáculos que aun le restan que superar en el camino del ideal. Ella estudia atentamente el pensamiento del autor i el carácter i la verdadera fisonomía de sus principales personajes; despues asiste al teatro para compararlos con los que aparecen sobre la escena i nota con cuidado en qué disuenan i en qué se identifican la concepcion del poeta con la interpretacion de los actores.

Toda crítica teatral que no se conforme con este sencillo procedimiento, será lo que se quiera—un grito de entusiasmo sincero o interesado, un desahogo del odio o la admiracion, un arranque espontáneo de simpatía o antipatía;—pero nunca será ni enseñanza ni justicia.

I enseñanza i justicia es lo que las sociedades ilustradas deben a los artistas; tanto mas estrechamente cuanto mas relevantes sean las cualidades de éstos. Hé ahí por qué creemos que nuestros hombres de letras no han dado todavía al señor Rossi el mas honroso testimonio que tiene derecho a exijir de los que lo aprecian. Un juicio motivado sobre sus méritos i sobre sus defectos; juicio que puede ser mas o ménos sagaz i dictado por el buen gusto; pero que

siendo motivado, jamas dejaria de ser provechoso.

Aquí deberiamos talvez detenernos un instante para señalar las escenas en que, a nuestro juicio, el señor Rossi interpretó su papel de Otelo con innegable maestría i hasta con verdadera perfeccion. Pero el tiempo i el espacio nos faltan por ahora; i mui a nuestro pesar, nos vemos obligados a detenernos, dejando para la continuacion de este estudio la parte de los méritos i de los elojios.

Por hoi, bástenos decir que el señor Rossi aventaja con mucho a todos los actores que han visitado nuestros teatros desde quince años a esta parte, ya que no pudimos conocer a los que nos visitaron con anterioridad a ese espacio de tiempo.

El interes que despierta es por lo tanto merecido i los aplausos que se le tributan, para ser perfectamente justos, no necesitarian sino ser un tanto ménos exajerados e instintivos. Nosotros no lo aplaudiremos tan locamente; pero en cambio, dando la razon de nuestros aplausos, éstos no aparecerán como un don gratuito que humilla, sino como una merecida recompensa, i mas aun, como el justo pago de una deuda.

IV.

ROMEO I JULIETA; SU REPRESENTACION.

Hé aquí otra historia de dos infortunados amantes, escrita primitivamente en italiano, i embellecida e inmortalizada por el jenio de Shakspeare.

Ignórase la fecha en que apareció por la primera vez i el nombre del autor que la dió a luz; pero ella debió llamar la atencion del público, ya que en la misma Italia no faltaron los imitadores i que tuvo el honor de varias traducciones francesas, entre las cuales debe mencionarse la hecha por Pedro Boaistuan.

En 1562 Arturo Brooke la tomó por tema de un largo i fastidioso poema publicado bajo el título de *The tragical history of Romeus and Juliet.* (Trájica historia de Romeo i Julieta).

Es probable que la historia de los amantes veroneses llegase a conocimiento de Shakspeare por el intermedio de Brooke i que del poema de éste sacase el argumento de la trajedia.

Tenemos, pues, como en *Otelo*, una novela italiana, que pudo alcanzar cierta notoriedad en su tiempo; pero que probablemente no habria llegado hasta nosotros a no haber sido metamorfoseada por Shakspeare en una de las mas admirables trajedias del teatro moderno, en una obra que, como todas las obras maestras, ha reflejado su gloria sobre las bellas artes, inspirando a los poetas, a los pintores i a los músicos.

Para comprender bien el enredo del drama i apreciar sus bellezas, es preciso empezar trasladándose con la imajinacion a Verona, una de las muchas ciudades italianas que durante los últimos siglos de la Edad Media, pasaron sucesivamente de la pobreza a la opulencia i de la libertad a la tiranía, dejando a la posteridad un vivo ejemplo de las ventajas i de los peligros de la descentralizacion política. Guerras

interminables, ya desgraciadas, ya felices con los emperadores de Alemania, rivalidades funestas entre las repúblicas, las ciudades i las familias, príncipes trasformados en jefes de bandoleros, sitios, saqueos, crueldades inauditas, pestes como jamas habian aflijido a la humanidad; tal es el cuadro que la historia nos ha conservado de aquellos tiempos i de aquellos paises. I sinembargo ¡cuánta exuberancia de vida, cuánto poder creador, cuántos prodijios de jénio i de virtud en medio de esos contínuos trastornos! Bocacio escribe sus novelas i Petrarca sus canciones; Vico echa los fundamentos de una nueva filsofía de la historia; Baronio i Muratori conciben i llevan a cabo obras de una erudicion asombrosa; Rienzi acomete la temeraria empresa de resucitar la Roma antigua; San Francisco funda una milicia de frailes mendicantes para predicar la pobreza, la castidad i la mansedumbre a los capitanes de bandoleros, alemanes, suizos, lombardos i toscanos, feroces mercenarios, prontos siempre a poner su espada al servicio de quien mas ampliamente satisfaciese sus sanguinarios i sensuales instintos.

Con tales elementos de vida i tales jérmenes de discordia no hai que estrañar que las guerras entre las ciudades rivales se prolongasen durante siglos, i que dentro de una misma ciudad las facciones se despedazasen con inaudito encarnizamiento, personificadas en las familias que respectivamente las capitaneaban. Así el odio se heredaba con la sangre i el nombre, i cada pueblo era un campamento, visitado de vez en cuando por cortísimas treguas, pero nunca por una paz definitiva.

Romeo i Julieta son dos frescos pimpollos que la imajinacion de Shakspeare hizo brotar a dos de esos viejos troncos, carcomidos por un odio tradicional en la ciudad de Verona, allá por los primeros años del renacimiento.

Hijos de las familias rivales de Capuleto i Montagu, separadas por muchos años de una lucha sangrienta, que el príncipe trataba de sofocar en vano, Romeo i Julieta, apénas salidos de la edad de la adolescencia, se ven i se aman con ese amor de los años primeros, de las naturalezas vírjenes i de los tiempos borrascosos.

El poeta no se detiene mucho a esplicarnos los comienzos de la pasion de sus amantes. Su trabajo habria sido por otra parte inútil. Aquellos dos jóvenes venidos al mundo para amar en una edad de hierro, se encontraron con una bárbara lei que les mandaba odiarse. ¿Necesitaba su fuego de otro mas poderoso estímulo?

Este amor desinteresado de dos adolescentes que se sobrepone al odio tradicional de sus familias, que crece con las dificultades, que no encuentra imposibles a su anhelo, nos aparece dulce i hermoso como un rayo de luna que cae sobre un campamento, como una flor que brota entre ruinas, como un oasis en medio del desierto.

Solo al jenio es dado encontrar tan hermosos contrastes; como solo era dado al jenio poner en boca de los personajes de la trajedia palabras que correspondiesen a los sentimientos que debian de esperimentar. ¡Con cuánta exactitud las pocas palabras con que se apostrofan los dos jefes de las familias

rivales, en la primera escena, revelan el odio implacable que devoraba sus viejos corazones! I Romeo ¡con cuánta pasion i con cuánta verdad nos revela los estragos que causa el amor en su pecho, i cuán bien nos hace comprender las preocupaciones que lo absorben, cuando al llegar al sitio en que aun resonaban los improperios i maldiciones lanzados por su propio padre contra el padre de su amada, esclama:

«¡Cuántos combates hai que sostener aquí con el odio; pero cuántos mas que sostener con el amor! ¡Oh amor envenenado por el odio! ¡Oh odio que la ternura endulza! ¡Estraño sentimiento que se alimenta de ilusiones! ¡Quimera fecunda en angustias, pasion vana i séria, cáos informe de brillantes i dichosos ensueños! ¡Afecto indefinible que alivia i oprime el alma, que la oscurece i la deslumbra; que abrasa i hiela, que mata i reanima el corazon! Tal es el amor que siento, querido Benvolio ¿no es cierto que te causa risa i compasion?»

No entra en nuestro propósito dar a conocer en todos sus detalles el argumento de la trajedia que nos ocupa. El es bastante conocido i por otra parte este artículo solo podrá publicarse con posterioridad al juéves 21, dia fijado por la compañía Rossi para la representacion de *Romeo i Julieta.*

A pesar de todo, no podemos prescindir de señalar lacónicamente la manera como el argumento se desenvuelve i llega al fin a su terrible desenlace.

Se comprende que a una niña tan bella i a una heredera tan rica como Julieta, no le faltasen pretendientes. El mas afanoso por conquistar su corazon,

al ménos el que mas importunaba a su padre exijiéndole una respuesta favorable, era un noble jóven veronés, que unia a las ventajas de su cuna las mas nobles prendas del corazon i de la intelijencia. El viejo Capuleto, manifestando al principio una gran deferencia hácia su hija, alega su excesiva juventud i la circunstancia de ser el único consuelo que aun le resta sobre la tierra; pero concluye invitando al pretendiente para una fiesta de familia que va a tener lugar en su casa.

Romeo, sabedor por un accidente casual de la noticia, forma el temerario proyecto de ir al baile.

Antes que lleguen los invitados la esposa de Capuleto hace llamar a su hija. Julieta se presenta radiante de hermosura i de juventud. Aun no tenia catorce años i era, segun la frase de su madre, «la mas linda flor de la primavera de Verona.»

Romeo i Benvolio, su amigo, llegan cuando ya la comida ha terminado i va a empezar el baile, sin que por de pronto nadie los reconozca al traves de las máscaras que ocultan sus facciones. Pero ni el odio ni el amor se engañan fácilmente. Julieta vé a Romeo i le entrega su corazon, i Tibaldo, el implacable sobrino de Capuleto, observa su porte, sus ademanes i sus pasos i no tarda en esclamar colérico i buscando su espada: «¡Ese hombre es un Montagu!»

Pero el viejo Capuleto recuerda que aquel jóven es un cumplido caballero, que en aquel momento es su huésped, i declara formalmente a su exaltado sobrino que por todos los tesoros de Verona no consentiria en su casa ningun insulto contra Romeo.

La fiesta continúa i los dos amantes encuentran

una ocasion propicia para declararse sus sentimientos. La candorosa niña le declara su afecto, sin saber aun cual era su nombre, sin sospechar ni remotamente la tempestad deshecha que iba a venir en pos de aquella dulce aurora.

Aun Romeo no ha dejado la sala del baile i ya Julieta empieza a comprender su infausto sino, cuando, al preguntar a la nodriza el nombre de aquel jóven, ésta le responde: «Su nombre es Romeo; su familia Montagu. Es el hijo único de vuestro mayor enemigo.»

—«Mi amor ha nacido, pues, del seno del odio, dice con cierta dulce resignacion, Julieta.... ¡Ah! por qué ví tan temprano a quien no conocia i por qué lo he conocido tan tarde! Estraño destino el mio! ¡qué tenga de adorar a un enemigo detestado!»

Empieza el segundo acto. Romeo se introduce en el jardin de Capuleto i los dos amantes, despues de renovarse las declaraciones de su mútuo afecto, convienen en que él reciba ocultamente, ya que no es posible de otra modo, la sancion relijiosa. Un buen padre, de la órden franciscana, director espiritual i amigo de Romeo, se presta a bendecir el matrimonio. Al principio habia vacilado; pero una noble consideracion lo decide. «Talvez, esclama el ministro de paz, esta alianza sea motivo para que se reconcilien vuestras familias i su odio inveterado se trueque en amistad.»

Si estas palabras no son bastantes para justificar al franciscano, es indudable que son bastantes para conquistarle nuestro respeto i aun nuestras simpatías.

La ceremonia tiene lugar en la celda de frai Lorenzo (es el nombre del franciscano) a donde acude Julieta con el pretesto de confesarse.

La primera escena del acto tercero tiene lugar en la calle. Tibaldo, el exaltado sobrino de Capuleto, se encuentra con Benvolio, de la familia de Montagu i no ménos fogoso i apasionado que él. Están ya para cruzar sus espadas, cuando Romeo aparece. Tibaldo se vuelve hácia a él i le dirije este atroz insulto por via de saludo: «Romeo, el odio que te profeso no encuentra para tí otro cumplimiento que éste: ¡Eres un cobarde!»

Romeo hace cuanto humanamente es posible por apaciguar al ardiente amigo de su padre i al del padre de su amada i para no verse él mismo obligado a desnudar el acero. Pero su voz no encuentra eco en Mercutio, i Tibaldo se obstina en hacer pasar su moderacion por cobardía. La lucha se traba primeramente entre ellos, i a poco Mercutio cae herido de muerte. Romeo dice entónces adios a la moderacion i recibe en la punta de su espada al arrogante Capuleto que, no satisfecho aun con la sangre vertida, buscaba una nueva víctima en el jóven esposo de Julieta.

El príncipe interviene, i Romeo aterrado oye de su boca la sentencia que lo condena, bajo pena de la vida, a salir inmediatamente de Verona.

Desde este momento la accion se precipita. Romeo corre desde la celda de frai Lorenzo a donde se habia refujiado i a donde pasa las primeras horas de la noche, a la casa de su jóven esposa, a cuya alcoba sube por una escalera de cuerdas i donde el alba

les sorprende. La escena que entónces tiene lugar es sin disputa la mas hermosa i poética del drama. Aquel adios amargo como una agonía, que el amor quisiera acortar i prolongar al mismo tiempo, aquellas horas de felicidad que tan pronto han tocado a su término i que algo anuncia serán las últimas que el destino concede a los dos esposos, aquella singular violencia, en fin, hecha al pobre Romeo por el canto de las alondras i por los primeros rayos de la aurora, forman el cuadro mas suave e interesante, desgarrador i poético, que a la imajinacion sea dado forjar.

¡Pobre Julieta! aun le restan muchos pasos que dar por la via que conduce a la tumba!

Un momento despues de haber dicho el último adios a su esposo, sus padres le ordenan dar su mano i su corazon a otro hombre.

En este trance ¿a quién acudir sino a Lórenzo, al abnegado amigo de Romeo, al sacerdote que en nombre de Dios lejitimó su amor? La buena voluntad del padre, su imajinacion fértil en recursos i amaestrada por la esperiencia, buscan en vano una salida para aquella horrible situacion, i Julieta desesperada muestra al franciscano la daga en que cifra su última esperanza.

Lórenzo le propone entónces un peligroso medio. «Toma este frasco i al acostarte bebe su contenido hasta su última gota, le dice. Repentinamente un humor frio i pesado comenzará a adormecer tus miembros, el espíritu vital se irá apagando i el pulso i los latidos del corazon, i hasta la respiracion cesarán por completo.... Cuarenta i dos horas permanecerás ba-

jo estas apariencias de muerte; pero trascurrido ese tiempo despertarás como de un dulce sueño.»

Si las esperanzas del franciscano no hubieran de salir fallidas, los padres de Julieta reputándola muerta, habrian enviarla al cementerio, miéntras que Romeo informado de lo sucedido, penetraria ocultamente en Verona i sacaria a su esposa, vuelta ya en sí, del sepulcro en que se le hubiese depositado.

La negra estrella, bajo cuyos auspicios habia nacido el amor de los dos jóvenes desbarató, sinembargo, estos bien concertados planes del viejo sacerdote i de la heroica niña.

Romeo, creyendo a sus esposa verdaderamente muerta, logra entrar a Verona i penetrar en el cementerio; pero Páris, el desdeñado amante de Julieta, que habia acudido al mismo sitio un momento ántes a derramar flores i lágrimas sobre la tumba de su novia, lo divisa i esclama: «Sí, es él, es ese arrogante Montagu, desterrado; el que mató a mi primo, asesinato que hizo bajar al sepulcro a mi amada. Sí, ha penetrado aquí movido por algun torpe designio; para insultar talvez los restos inanimados de la hermosa Julia. Voi a prenderlo.»

Síguese una lucha que termina por la muerte de Páris, quien al espirar pide a su vencedor lo sepulte al lado de Julieta. Romeo cumple este último encargo de su víctima, i apurando el veneno contenido en un frasco de que al efecto se habia provisto, i dando al que reputaba cadáver de su esposa una última mirada, un último abrazo i un último beso, se entrega resignado, casi contento, a su negro destino.

Julieta entretanto empieza a volver de su letargo.

Da una mirada en torno suyo i el espectáculo que contempla, esplicado en mui pocas palabras por frai Lorenzo, le revela la horrible realidad de su desventura. Su Romeo, la vida de su vida no vive ya: la existencia le es odiosa i los consejos del sacerdote son impotentes para luchar contra su desesperacion. Busca para darse la muerte algunas gotas del fatal brevaje, primero en el frasco, despues en los labios de Romeo, i sintiendo el ruido de la justicia que se acerca, i temiendo que la obliguen a sobrevivir a su esposo, toma la daga de éste i se la hunde en el pecho.

Señalar las bellezas de primer órden que abundan en este drama seria interminable. El amor contrariado i desgraciado que ha servido de tema para sus ficciones a los mas grandes poetas i novelistas de todos los tiempos i paises no ha inspirado talvez tipos mas simpáticos i admirables que Romeo i Julieta. La fábula está mui bien desarrollada i el interes va creciendo porgrados hasta el momento del desenlace. Los personajes están perfectamente caracterizados i cada vez que hablan el poeta los hace hablar con una propiedad que admira. El odio inveterado de dos antiguas familias rivales i el amor mas tierno i mas puro hablan sucesivamente o a la vez sin que los tonos se confundan. Al contrario, el contraste agrega algo a lo horrible de aquel odio i a lo dulce de aquel amor.

Ménos que las bellezas de *Romeo i Julieta* nos proponemos señalar sus defectos. Sin duda que éstos

no faltan en la trajedia de que nos ocupamos—¿qué obra humana está exenta de ellos?—pero sentimos una repugnancia instintiva cada vez que nos encontramos en presencia de alguna obra del jenio armados del escalpelo de la crítica. Hai un no sabemos qué, que humilla nuestro amor propio i abate nuestra naturaleza en los estravios i caidas de aquellos que nos sirven de lumbreras i de modelos. ¿No es triste en efecto que Shakspeare ponga en boca de los dos amantes retruécanos de mal gusto, en el momento mismo en que por primera vez se declaran su pasion? ¿I quién puede llevar en pacieneia las majaderías i la impertinente charla de la nodriza en las mas patéticas escenas?

Aun sobre el carácter de Julieta, tan admirablemente diseñado, podrian hacerse mui fundadas observaciones. El amor nace en su pecho con una rapidez tan asombrosa, a la sola vista de Romeo, que hai que hacer esfuerzos de voluntad para aceptar la transicion.

Ademas, para quien haya estudiado el teatro de Shakspeare, Julieta es un personaje conocido. La misma edad, el mismo candor, el mismo abandono, casi la misma fisonomía de Desdémona, de Ofelia, de Miranda, de Cordelia, de Perdita! Todas ellas hermosas, pero de la misma hermosura, jóvenes, pero al salir apénas de la niñez, aman como palomas i se dejan matar como corderos. La mujer anglo-sajona, en la madurez de su edad, en la plenitud de su carácter, en el papel elevado e influyente que desempeñaba en la familia, en la sociedad i aun en el gobierno, se encuentra solo una que otra vez en el re-

pertorio del poeta de Stratford; pero nunca ocupando el primer lugar del cuadro, nunca llevando en el hueco de la mano el secreto de un argumento. Bajo este aspecto, no solo el teatro griego, sino tambien casi todos los teatros modernos son mui superiores al teatro de Shakspeare.

Los defectos de los dramas de nuestro poeta, que en la lectura se atenúan considerablemente, aparecen en toda su magnitud i como de relieve cada vez que se trata de representarlos. Entónces se ve la disonancia de ciertas salidas de una gracia equívoca, i se nota la desmesurada estension de ciertas escenas, que detienen mas de lo tolerable el movimiento de la accion. Por eso sin duda nunca las piezas dramáticas de Shakspeare se representan tales cuales salieron de su pluma, i por eso es que el espectador, que va al teatro a ver la representacion de alguna de sus trajedias despues de haberla leido atentamente, se encuentra en ciertas escenas desorientado i en terreno desconcido.

Fué lo que nos pasó con el *Romeo i Julieta* que nos dió el señor Rossi en el Teatro de Variedades. A cada momento notábamos los cambios introducidos por el traductor en la trajedia inglesa; algunas veces para apropiarla a la exijencias de la representacion, i una que otra, preciso es decirlo tambien, para afear sus mas bellas escenas.

Así, por ejemplo, los adioses de los dos esposos en el tercer acto, que forman, como lo hemos observado ya, una de las mas interesantes i poéticas escenas de la trajedia, no produjeron ninguna impresion en el público, apesar del buen desempeño de los artis-

tas. ¿Por qué?—Porque el traductor o director de escena, cambiaron por completo la situacion de los personajes, haciendo imposible el efecto teatral, En Shakspeare, Romeo se despide de su esposa despues de haber pasado en su alcoba las últimas horas de la noche, sin otro testigo que la aurora, sin oir otra voz que les diese la señal que la voz de las alondras, sin otro importuno que apresurase el momento de la separacion que el mismo amor que los impulsaba a estrecharse en un interminable abrazo.

En la traduccion italiana todo este encanto desaparece. La despedida, que no viene como en Shakspeare despues de algunas horas de inefable felicidad, es mucho ménos amarga. La estrecha celda de frai Lorenzo, que oculta por completo el horizonte, no deja que el espectador contemple por sus propios ojos el contraste de las lágrimas de los dos esposos en el balcon, con los rosados tintes de la aurora en el cielo; i la presencia del franciscano en aquel lugar i su intervencion en aquel acto tienen algo de impropio i de chocante que es mucho mas fácil sentir que esplicar.

Viniendo ya a la representacion de la pieza, fuerza será que nos limitemos a algunas mui lijeras observaciones, pues no tenemos tiempo para mas.

Antes, sinembargo, debemos manifestar que hemos leido con grande interes i satisfaccion algunos artículos de crítica teatral que ha publicado la prensa diaria, sobre la representacion del drama de que nos ocupamos. Hai en esos juicios muchas afirmaciones que no reposan sobre una base sólida, muchísimas mas palabras que ideas, i mas afectacion que

buen gusto; pero así i todo, ellos revelan un notable adelanto con respecto a los insulsos i ridículos hacinamientos de lugares comunes, que era hasta hace poco el obligado tributo que pagaba nuestra prensa indistintamente a todas las piezas dramáticas que se representaban i a todos los actores en todas las representaciones.

Para hablar en conciencia no estuvimos en el teatro sino hasta el fin del tercer acto la noche en que se daba en Variedades, *Romeo i Julieta*. Es lo que nos pasa en todas las trajedias. Rarísimas veces tenemos el valor de permanecer hasta el fin. Miéntras mas interesantes nos parecen los personajes, miéntras mas hondamente mueven nuestro corazon, miéntras mas viva es nuestra curiosidad, mas horror nos inspira el desenlace. El placer que el arte causa es grande; pero ese placer no podrá jamas equipararse con la dolorosa i terrible impresion que causa, aunque sea sobre la escena, la muerte trájica de una niña como Julieta, de un jóven como Romeo.

El hombre, pues, se sobrepuso al crítico, el horror a la curiosidad, la perspectiva de una escena desgarradora a la esperanza de gozar el placer artístico de su fiel representacion, i tomamos la fuga. Sinembargo, vimos lo bastante para afirmar que Romeo i Julieta estuvieron en Variedades mucho mas afortunados que Otelo i Desdémona. Esta superioridad se hizo notar en todo: desde el director de escena hasta el consueta, i desde las decoraciones hasta el público, que supo aplaudir i callar con mucha mas intelijencia. Salvo algunos aplausos que interrumpieron la insoportable charla de la nodriza en la escena

tercera del primer acto, los demas nos parecieron merecidos.

La señorita Palladini interpretó mui bien su difícil papel, i el mas espresivo elojio que podemos tributarle es manifestar con franqueza que en los tres primeros actos no notamos ninguna grave impropiedad ni en su mímica, ni en su declamacion. Es mui posible que ciertos movimientos hubieran podido ser ejecutados de otro modo, que ciertas actitudes hubieran podido variarse, que ciertas palabras hubieran podido ser pronunciadas en otro tono; pero la verdad es que no notamos ni en sus movimientos, ni en sus actitudes, ni en el metal de su voz, nada que fuese una disonancia, nada que adulterase el pensamiento del autor; i esto es todo lo que puede exijirse a un artista. Lo demas es desconocer los procedimientos de la naturaleza, es pretender fijarle reglas incompatibles con la infinita variedad de sus manifestaciones.

Por ejemplo, ¿cómo debe matarse Julieta? ¿Poco a poco? ¿de súbito? ¿resignada? ¿desesperada? ¿obedeciendo a los nervios? ¿obedeciendo al deseo de seguir a su esposo?—¡Inútiles i pueriles cuestiones!—Lo que importa es que se mate naturalmente, que no haya en su modo de matarse nada que nos haga sospechar que no se mata de veras.

¿Por ventura todos los que se suicidan se suicidan obedeciendo a reglas determinadas? ¿I no es cierto, al contrario, que cada hombre, llegado el caso, se mataria a su modo, como cada hombre se sienta a la mesa o se echa a la cama a su manera, aunque siempre naturalmente?

No damos por lo tanto ninguna importancia a las observaciones que en este sentido se han hecho a la señorita Palladini; pues ellas prueban a lo mas que ciertas escenas habrian podido representarse naturalmente de otro modo; no que la representacion de aquella actriz haya sido impropia e inverosímil.

El señor Rossi, para valernos de una frase horriblemente vulgar, estuvo a la altura de su reputacion. El Romeo que nos dió, un poco mas entrado en años que el Romeo de Shakspeare, no desdijo en nada de la fisonomía moral del personaje forjado por la imajinacion del poeta. Su misma dulce melancolía, su misma inquebrantable fidelidad, su misma pasion a la vez que impetuosa contenida por el respeto: nada faltó para que la ilusion fuese completa en los asistentes al teatro. Estos lo manifestaron así aplaudiendo estrepitosamente al actor, i nosotros, que tambien aplaudimos, cumplimos con un grato deber pagándole una segunda vez por escrito ese merecido tributo.

EL ECO.

(IMITACION DE POUCHIKINE.)

(La Estrella de Chile.)

Si la bestia feroz el monte atruena
Con gritos de dolor o de contento:
Si las olas del mar sobre la arena
Jimen al exhalar su último aliento;

Si sus amantes cuitas i su pena
El labrador sencillo entrega al viento;
Si airado el cielo centelleando truena;
Si la tórtola llora su aislamiento;

¡Eco! tu son repite sin demora
Las voces de pesar o de alegría;
Mas al oir tu llanto nadie llora:

¡Nadie tampoco que a tu dicha ria!
Tú solo con tus males i tus bienes....
Tal es, ¡oh poeta! el corazon que tienes!

1864.

EL LUJO.

(La Estrella de Chile.)

Nace la niña, i al nacer la abrigan
Limpios pañales de sahumado lino,
I a andar empieza en su dorada cuna
Del mundo en el camino.

Creció..... I a los paseos, i a los teatros,
I a los saraos afanosa asiste,
I de teatros, paseos i saraos
Tórnase siempre triste.

—Hija, ¿qué sientes?—Siento aquí en el pecho
Una sed insaciable, un cruel vacío
De alhajas, de vestidos, de carruajes.....
¡Cómprame, padre mio!

—¡Ai, hija, es imposible! La fortuna
Mujer i loca, veleidosa i ciega,
El oro que ántes nos brindara pródiga
Hoi mezquina nos niega.

—Aun hai otros mas pobres cuyas hijas
Lucen los ricos ternos i el brocado.
No puedes ¡sea! pero al ménos búscame
Un novio acaudalado.

¡Pobre jóven! tan bueno, tan amante,
Que imajinaba un ánjel en su esposa
I en su hogar un paraiso. ¡Qué caida
Tan honda i espantosa!

El ánjel era chupador vampiro:
La sangre con sus besos absorbia,
I limpiaban sus manos los bolsillos
Cuando abrazos finjia.

—¡Tremendo adios!—¡La llave, sí, la llave!
Dame, quiero oro, a discrecion, sin tasa!
—¡Toma!—I abrió anhelante i ¡ai! no habia
Siquier para la plaza!

—Aun soi jóven i hermosa. Mengua fuera
Al brillo renunciar de la hermosura:
¡Venga un amante i pague los caprichos
De mi febril locura!

Los años pasan, en su curso rápido
Azucenas i rosas marchitando:
De las entónces niñas, ¡ah! cuán pocas
Abuelas van quedando!

Las demas apacibles se estinguieron,
Tras sí dejando luminosas huellas,
Cual suelen en las noches de verano
Las volantes estrellas,

La última bendicion dando a los hijos
I la última palabra de consuelo:
«Corta es la vida ¡que ninguno falte
Al convite del cielo!»

I ella ¡infelice! la que a sus antojos
Opacos los brillantes encontraba,
I áspero el raso, i burdo el terciopelo,
¡Miradla cómo acaba!

Sobre una cama de hospital, el rostro
Por degradante lepra carcomido:
Ojos sin luz, i canas sin nobleza,
I pecho empedernido.

No inútilmente, hermana, ante los ojos
Le presentais del Gólgota el madero;
Que alma no tiene, corazon ni lágrimas.....
¡Paso al sepulturero!

1865.

EN LA MUERTE

DE DON MANUEL A. TOCORNAL.

(*El Independiente.*)

¡Murió! i el pueblo unánime,
De angustia estremecido,
Cubre su faz de lágrimas,
Exhala hondo jemido:
Su corazon magnánimo
Sangre vertiendo está.
El ánjel que solícito
Por nuestra patria vela,
En vano hasta el Altísimo
Como una flecha vuela,
En vano implora.... ¡Cúmplase,
Señor tu voluntad!

El dulce amor, estériles
Prodijios hizo: vana
La ciencia fué; que impávida
La muerte, la inhumana
Muerte llegaba.... ¡Habíala
Soltado el mismo Dios!
I desalmada i bárbara,
Clavó la garra dura:
Lo arrebató, dejándonos
Recuerdos de amargura;
Con sombras el espíritu,
Con frio el corazon.

Veloz, como un relámpago,
Espárcese el jemido
Hasta los lindes últimos
De la nacion que unido
Mirábalo a magnífico,
Dichoso porvenir.
Cual nave en que de súbito
Muere el piloto, queda
Chile a merced despótica
De la mudable rueda.
Si ruje el ancho piélago,
¿Qué voz podráse oir?

En vano, si el estrépito
De las pasiones brama,
Será buscar la música,
Que paz i amor derrama.
Dejó la tierra el árbitro
De la porfiada lid.

Sobre la arena déjanos
De igual a igual luchando:
Se heló la diestra próvida
Que a un bando i otro bando
Pudiera bajo la éjida
De su justicia unir.

Vacío queda i tétrico
El encumbrado asiento:
No mas el pueblo oyéndole,
Comprimirá el aliento:
No ya en los vastos ámbitos
Resonará su voz.
Inmóvil yace i jélida
La lengua bendecida,
El lábio yerto i lívido,
La noble faz sin vida,
Los ojos en las órbitas,
Sin brillo, sin calor.

I aquella mano pródiga,
I aquella frente henchida
De jenerosos ímpetus,
I el pecho, abastecida
Mansion de los mas férvidos
Transportes del amor,
Es fuerza dar al féretro,
I envuelto en triste duelo,
Dar a la tierra mísera
Lo que nos diera el cielo
Cual signo especialísimo
De singular favor.

I en el estrecho túmulo
Dejar abandonado
En soledad tristísima
Al patricio afamado,
Que llenaba los ámbitos
Del suelo en que nació.
Como el enjambre ajítase
Revuelto, confundido,
Al contemplar exánime
La abeja madre, herido
De muerte al pueblo intrépido
I en confusion dejó.

¡Cuánto es el hombre mísero!
¡Qué abismo su destino!
¿Por qué mueren los ínclitos?
¿Por qué el fuego divino
Dios les infunde i mátalos
En su mejor edad?
¿Por qué hiere el flamíjero
Rayo las altas frentes,
I va a los primojénitos
Buscando entre las jentes
Con envidiosa cólera
La muerte sin piedad?

¿Por qué?—Razon, humíllate:
Adora resignada
La Providencia altísima,
I enciende si, apagada,
Tienes la clara lámpara
De la cristiana fé.

El muerto vive, en célicas
Mansiones habitando,
I los pesados mármoles
Un dia destrozando,
Tornarán los cadáveres
A su pristino ser.

Desde las altas bóvedas
Caerán sobre este suelo
Los dones que a sus súplicas
Propicio otorgue el cielo,
Como lluvia benéfica
En abrazado erial.
I el pueblo en coro unísono
Del Cabo hasta el Desierto,
Desde las cimas hórridas
Al bullicioso puerto,
En honor suyo un cántico
Sin fin entonará.

1867.

EL CURA DE PETORCA.

(*La Estrella de Chile.*)

Allá en los principios del siglo presente,
Refieren los viejos, vivia en Santiago
Un ex-fiel de fechos, de escasa fortuna,
De jenio irascible, soltero i ya anciano.

Vestia don Diego de Porras Telenque,
Talvez por costumbre, talvez de tacaño,
Mugrientos i negros calzones i medias,
Chaqueta, tricornio, corbata de raso.

I es fama que en misa los dias festivos,
I todos los dias tambien de trabajo,
I en otras funciones gratuitas de iglesia
Mostraba don Diego su celo cristiano.

Su estraña manera de vida i de traje
Fué pronto entre pillos i alegres muchachos
Motivo fecundo de risas burlonas,
De dichos picantes, de crueles sarcasmos.

Bien luego sabidos tuvieron los tunos,
Del pobre don Diego trajines i pasos,
I en calles i plazas, tras puertas i esquinas,
Al verlo acercarse saltaban gritando:

«¡Desgránese la mazorca
¡Ti-lin!-¡Ti-lin!
¡Viene el Cura de Petorca!
¡Rin-re-tin-tin!

Cantemos la tonadita
Del tio Austin!
Que el Cura viene cerquita:
¡Ti-lin!-Ti-lin!

Si se agacha me lo ahorca
El corbatin.....
¡Adios, Cura de Petorca!
¡Rin-re-tin-tin!»

I don Diego se ponía
Como un ají,
I a los niños embestía
Fuera de sí;

I cuando ya era pasado
El San Quintin
I algun amigo apiadado
De aquel sufrir

Decíale: ¿no es *lesura*
Dí, Porras, dí,
Que porque te dicen Cura
Bufes así?

Este, al instante, encendido
Como carmin,
Contestábale: ¿Has nacido
En Guangualí?

Cura de Petorca, un pito
Se me da a mí;
Lo que me arde es el maldito
Del *Re-tin-tin!*

Tenia don Diego de Porras Telenque,
Perdone su amigo, sobrada razon;
Que mas que injuriosas palabras ofenden
Amables que lleven dañada intencion.

1867.

EL CIPRÉS.

(DE LUIS VEUILLOT.)

(*La Estrella de Chile.*)

No soi ya aquel mortal afortunado
Que marchaba del mundo en el sendero
Sin sentir sus espinas:
No es ya mi corazon aquel colmado
Bajel de dulces sueños que, velero,
Por aguas cristalinas,
Iba a la dicha alegre i placentero.

No soi ya aquel que en los festines reia,
Aquel que en los banquetes apuraba
Las copas i las copas á porfía
I las amargas heces nunca hallaba.

¿Era yo ¡Santo Dios! el venturoso
Mancebo afortunado,
Que del templo sagrado,
Del pié de tus altares, presuroso,
Sacaba de la mano a la inocente
Vírjen esposa mia
La corona de azahares en la frente?

¡Cómo el sol en los cielos relucia!
¡Cuántas flores el prado! i en el aire
¡Qué música se oia.....!
Todo de fiesta: el mar i la montaña,
La verde yerba, la dorada espiga
Sonreian a mi amiga.
Por aquel paraiso do las voces
Celestiales sonaban
¿Eran mis piés los piés que caminaban?

En mi ya mustia frente ¿ardió esa llama?
¿Fuí yo quien, preso de amorosos lazos,
Al despertar una feliz mañana,
Oí que me juraban: «Para amarte
Dos almas tengo i dos enamorados
Corazones aquí para adorarte?»

Mas tarde, cuando el sello a mi ventura
Poner quisiste ¿era
Yo aquel mortal bendito en su ternura,
Que cerca de una cuna arrodillado,
Dios bueno, te ofrecia
Lágrimas abundantes de alegría?

Dios piadoso ¿era yo? Cuna, corona,
Risueño porvenir..... Cuando el recuerdo

Viene a mi mente, como viene ahora,
No sé si estoi soñando o si me acuerdo.

Júbilo ayer i corazon henchido
De esperanzas alegres.....
¡Hoi de luto vestido!
El soplo de la muerte, mas cortante
Que la cortante espada,
Segó mis flores bellas,
Disipó sus perfumes i, punzantes,
Hoi solo espinas crecen
Donde las flores jerminaban ántes.
¡Oh! jamas olvidado
Amargo despertar, dulce pasado!

Prendas queridas ¡cómo estais presentes!
¡Cómo la muerte vive.....!
¡Cuál viene a establecerse indiferente
En nuestro frio hogar! ¡Cómo se goza
Cuando con garra vil i dientes viles
Nuestro angustiado corazon destroza!
El tiempo no camina, que ayer era,
Que era ahora no mas; cuando en el lecho
Mi padre moribundo, yo deshecho
En lágrimas, de pié a su cabecera
Lo miraba morir..... Despues vosotras
Prendas que Dios en su bondad me diera
Para quitarme luego. ¡Blandos niños,
Amada i casta esposa, arrebatados
De un golpe a mis cariños!
¡Oh! mi primer amor, mi hija primera!
La madre fuese..... En pos tendió hácia el cielo
Mi corderilla el vuelo!

Una i otra despues.....
Dos meses aun no hacia
Cuando con manos trémulas habia
Ya sepultado a tres.....!

Las veo aun, mas no en la primavera,
No ya en la flor de su existencia hermosa;
Las veo cual la muerte carnicera
Me las dejó en la fosa.
¡Ai! doradas cabezas, blancas frentes
Que entre dulces sonrojos
Al beso paternal os ofreciais,
Ya no os verán mis ojos!

Aun van mis piés en pos del funerario
Carro que me los lleva.....
Aun a pedazos cae, hora por hora,
Mi corazon en el callado osario:
I cuál ciprés que a orilla de la tumba
Cada año engruesa, arraiga i reverdece,
El dolor mio profundiza i crece.

Estéril bajo el polvo amontonado
Por los siglos que han sido,
Yo ví el campo romano
De colosales ruinas oprimido;
Solo, entre los escombros que aquel campo
A los ojos presenta,
¡El ciprés solo su verdor ostenta!

1868.

LA MUERTE.

(FABULA.)

(*La Estrella de Chile.*)

En su concha de perla aprisionada
Una ostra radical (porque yo tengo
Por cosa mas i mas averiguada
Que en este siglo tuno
Mas radical se vuelve
Miéntras mas ostra es uno)
Una ostra radical, sigo adelante,
Sobre la playa estábase pensando
Que era para su injenio degradante
Seguir aguas abajo, caminando
Con el enjambre inmundo
De beatos, de fanáticos i tontos
Que creen en otra vida i otro mundo.

—«No hai mas allá, prorrumpe la ilustrada,
De mi concha lustrosa:
Con quien lo niegue apuesto cualquier cosa.»

En esto de la playa por la orilla
Un gordo ingles avanza,
Un ingles de su raza maravilla,
Que nunca de ostras rellenó la panza.
Mira a mi ilustre incrédula, la toma,
La abre diestro, la engulle i le demuestra
Así que hai otra vida i que no es broma.

1868.

LA ESTRELLA DE CHILE.

(*La Estrella de Chile*)

Alzad ¡oh! compatriotas! los ojos a la esfera,
Al cielo que nos baña con su brillante luz:
¡Mirad cómo titila gloriosa i altanera
La Estrella mas espléndida del hemisferio Sud!

Las nubes han velado el ancho firmamento,
A todas las estrellas robando su fulgor;
Las nubes no han podido robar por un momento
A la chilena Estrella su vívido esplendor.

Cuando los aquilones soplaban desatados
Las olas ajitando del tormentoso mar
I los pueblos hermanos, perdidos i angustiados,
En vano por do quiera buscaban su fanal:

Cuando los faros todos miraban estinguidos
Que guian a la costa feliz del porvenir,
Cuando los marineros, cansados i abatidos,
Los remos arrojaban ya prontos a morir:

Entónces, como un rayo de la bondad divina,
Entre las negras nubes aparecias tú,
Estrella de la patria, risueña, peregrina,
Cual prenda venturosa de paz i de salud.

Jamas, desde que un dia la mano del Dios bueno
Con hilo de oro i perlas del cielo te colgó,
Jamas tu luz negaste al ojo del chileno
Que en las amargas horas tu inspiracion buscó.

Ni un dia, ni un momento, ni un fujitivo instante,
Se vió menguar tu brillo, ni tu fulgor caer:
Las nubes no han manchado tu espléndido semblante,
Las sombras no eclipsaron jamas tu brillantez.

Un dia nuestros padres tendidos en el lecho
Del ócio, do la mano del despotismo vil
Atado los habia, sin patria... sin derecho...
Ya tres centurias largas duraba aquel dormir...

Despiértanse a los ecos de música lejana:
La vida los ajita, les late el corazon:
El cielo está teñido de puro azul i grana,
Los céfiros murmuran patriótica cancion.

Aquello no es el dia, es la rosada aurora
Que anuncia un sol magnífico de gloria i libertad:
No hai patria aun, mas vedla risueña, encantadora
A la chilena Estrella que empieza a despuntar.

¡Mirad cómo del cielo se entreabren las cortinas!
¡Cuál los Cupidos saltan del seno del Amor!
¡Cómo del cielo bajan las Gracias peregrinas!
¡Cómo las rosas llueven en rica profusion!

Tras ellas, sonriendo de dicha i esperanza,
La frente coronada de mirto i de laurel,
Hácia las blancas cimas con paso firme avanza
La varonil doncella de casco i de broquel.

La espada en una mano, en la otra la bandera,
Sus labios modulando dulcísima cancion,
Cual niña enamorada que con la luz primera,
Para aguardar al novio se asoma a su balcon.

¡Oh! Chile! desde entónces, dejando las faenas
Campestres i pacíficas de tu anterior vivir,
Rompiendo avergonzado tus grillos i cadenas,
Con ínclito denuedo te entraste a combatir.

La suerte, cruel, esquiva, mostróse en ocasiones,
Fué récia la pelea, fué largo el batallar;
Mas nunca, patria augusta, mancharon tus blasones
Los hijos que lucharon por darte libertad.

Do quiera que la ola revuelta los llevara,
De pié sobre el patíbulo o arriba en el poder,
La patria fué su norte, su Dios, su altar, su ara,
El manantial perenne de su invencible fé.

La estrella de los magos sus pasos dirijia:
¡Dudaron del camino, jamas del porvenir!
Por eso al fin lograron ¡oh! dulce patria mia!
Del oprobioso yugo tu cuello desuncir!

Despues, cuando en confuso, revuelto torbellino,
Se alzaron las facciones como furioso mar,
Con precision marcando el rumbo del camino
La Estrella en las alturas siempre se vió brillar.

Ella irradió en la mente de ilustres ciudadanos
Los altos pensamientos, el jenio, la virtud:
Ella templó sus almas, ella adestró sus manos
Para llevar la nave al puerto de salud.

Hoi dia, que segura de los pasados males
La nave de la patria camina al porvenir,
Que el cielo está sin nubes i el mar sin temporales,
Yo quiero, Estrella fúljida, tu influjo bendecir.

Yo quiero que las voces del entusiasmo santo,
Yo quiero que los bríndis alegres del festin,
Los gritos, i los hurras, i el estruendoso canto
Como un incienso puro se eleven hasta tí.

Alumbra de la patria la májica ventura,
Las fiestas populares, sus dias de esplendor.
Así alumbraste un tiempo sus dias de amargura;
Así otro tiempo oiste sus gritos de dolor.

Mañana, cuando el poeta termine su carrera
I corone su tumba la solitaria cruz,
Cuando las fiestas cívicas arriben, de la esfera
¡Envia hasta su tumba un rayo de tu luz!

1868.

LA YERBA.

(DE LUIS VEUILLOT.)

(*La Estrella de Chile.*)

Cuando César Neron abrir hacia
Los fosos donde a echarse
Iba de su palacio el fundamento,
La yerba que yacia
Próxima a marchitarse
A los piés de Neron amontonada,
—«¡Yo he de vivir!»—le dijo con acento
De conviccion profunda i arraigada.
—«¿Cómo hareis pobrecillas? ¿Cómo, cuando
Voi a cubrir con mármoles jigantes
Aqueste suelo blando
Donde sin trabas jerminábais ántes?
—«Alzaremos los mármoles.»—«¡Menguadas!»
—Somos la multitud.—¡Yo tengo espadas!
—Nuestro es el tiempo.—¡Mia la violencia!
¿Quién vencerá a la fuerza?—¡La paciencia!

1868.

A UN JOVEN.

(*La Estrella de Chile.*)

Combats en pardonnant, mais toutefois combats.

L. Veuillot.

¿Por qué huyes, jóven, la gloriosa arena
Donde animosos los campeones luchan
Del bien i el mal en perdurable guerra?
¿Temes rasgada ver, hecha jirones,
Tu blanca vestidura en la pelea?
¿O del combate el alarido horrible,
La sangre humana i el fragor te aterran?
¿Piensas que solo para alzar al caido
Dios quiso darte poderosa diestra,
I lengua de oro i mente esclarecida
Para cantar tu amor i su grandeza?

Orando i bendiciendo, de este valle
Tú los caminos recorrer quisieras
Cediendo el paso a todos, i a ninguno
Lanzando al rostro la verdad austera.
Ansias llegar al suspirado ocaso
Sin ruido, sin combates, como llega
El tierno infante que al dejar la cuna
Aqueste mundo i sus discordias deja.

«Dejad, esclamas que el torrente turbio
Del error siga su letal carrera:
Dejad que ruja el vicio i se disipe
De las pasiones la feroz tormenta.
Cristo fué solo amor: no mas pretendo
Que ir cuidadoso tras su santa huella!
Juzgar no puedo, condenar no oso,
Herir me espanta..... aunque al inícuo sea.
I yo ¿quién soi para marcar el rumbo?
Ciego infeliz que busca entre tinieblas
Una luz que le guie i un apoyo
Para sus flacas vacilantes piernas.
Próximo a sucumbir ¿tan insensato
Seré que al caido arroje el anatema?
Mísero pecador, manchado, ingrato,
¿Cómo alzaré la voz de mi miseria
Para Dios reclamando lo que a El mismo
Mi perversion e ingratitud le niega?
Los santos luchen; a vencer mis vicios
Mi vida toda consagrada sea.»

Dices verdad: el corazon enfermo,
El propio corazon exije guerra,

Guerra nuestra alma a la virtud rebelde,
Rebelde a la verdad, nuestra cabeza.
¡Mas guarte amigo! la humildad es uno
I otro el vil miedo que al cristiano afrenta.
El cristiano perdona; pero nunca
El campo cede a la infernal ralea.
Levanta al caido, i su estandarte abate:
Ama a los hombres, mas su amor desprecia.
¡Guarte! no anheles sus aplausos necios!
¡Guarte! sus odios i venganzas temas!
¡Guarte! que al fin su esclavo envilecido
I no el soldado de tu Cristo seas!

Desde el instante en que el sagrado crisma
Cayó sobre tu frente, tu cabeza,
Tu corazon, tu brazo, a Dios los debes:
Su ignominiosa cruz fué tu bandera.
Soldado fuiste, contra el mal triunfante,
Campeon de la verdad, de la inocencia,
Enemigo tenaz de los que esplotan
El candor, la ignorancia, la pobreza.
Servir debes de escudo a tus hermanos
De blanco a la calumnia i la violencia.
Tu destino es amar a los que te odian
I objeto ser de su insolente befa.
Jamas dar con el pié ¡cruel sacrificio!
Al que enturbia del niño la inocencia,
Al cínico embustero, al alevoso
Que hiere por la espalda en su vileza!

¡Ah! mira cómo arrastran por el lodo
A tu Dios sacrosanto i a su Iglesia!

Mira cómo los burla i escarnece
De los impios la lejion proterva!
Mira cuál, los hipócritas doblando
La rodilla, sus brazos encadenan.
¡Guerra a los francos enemigos! jóven;
A las traidores perdurable guerra!
¡No hai que aceptar la mano que os alarguen
Ni el ósculo de Júdas que os ofrezcan!
No hai que ceder el campo a los audaces,
No hai que aceptar como razon la fuerza.
Incienso solo a Dios; al poderoso,
Segun sus obras, la verdad entera!

No hai que dudarlo, amigo, tambien ora
Quien de esta suerte por su Dios pelea.
Combatir es orar, i al flaco salva
Quien sepulta al malvado en su impotencia.
¿Qué importa que despues de la batalla
Sonria el triunfo o la derrota venga?
Para el cristiano luchador la palma
Siempre está pronta en la gloriosa esfera.
I ¿quién sabe? ¡talvez nuestra semilla
No caiga siempre sobre ingrata tierra!
¡Quien sabe si ella se propaga i cunde
Merced al sacudir de la tormenta!
Desarmar al inicuo ¿no es salvarlo?
¡Acaso estaba su medida llena....!
Acaso al ver el precipicio abierto
Sobre sí torne i el infierno vea;
I alijerando el paso, que nosotros
Antes arribe a la ciudad eterna!

1869.

LOS TRES PRESERVATIVOS.

A UN ADOLESCENTE.

(*La Estrella de Chile.*)

I.

¡Oh jóven! tú que empiezas con temeraria planta
A hollar de aqueste valle los pérfidos senderos;
¡Oh jóven! tú que al soplo de dulces esperanzas,
Sin brújula, sin lastre, echas tu nave al mar!
¡Cuán puro el horizonte que alcanza tu mirada!
¡Cuán terso el mar en calma, qué trasparente el cielo!
¡I allá, al traves de prismas bellísimos, las playas,
Donde el amor habita, donde la dicha está!

¡Alerta! no al arrullo de las tranquilas ondas,
¡Alerta! no al impulso de perfumadas brisas,
¡Alerta! no al miraje de playas seductoras,
Entregues tu destino, confies tu dormir;

Que sabe el mar alzarse en formidables trombas,
Que el viento en huracanes tambien se precipita,
Que mienten los mirajes i hai en la orilla rocas,
Que es rico tu tesoro, que puedes sucumbir!

Cuando perdido el rumbo, tu espíritu vacile,
Cuando por las corrientes te mires arrastrado,
Sin que en el firmamento ninguna estrella brille,
Perdido ya los mástiles, las velas i el timon,
Antes que al mar del vicio ¡oh jóven! precipites
La castidad de tu alma como importuno fardo,
Yo quiero señalarte tres astros que te guien
En el turbado cielo del propio corazon.

II.

Vuelve al pasado la vista,
Allá a la rosada aurora
De tu inocente vivir:
Piensa en la primer sonrisa,
Oye la voz melodiosa
Que arrullaba tu dormir.

Aun en tu frente altanera
Se vé la huella de un beso
Como una aureola brillar,
Aun tu memoria conserva
Como del cielo, el recuerdo
Del regazo maternal.

¡La pura, la dulce imájen
De tu madre...! No se borre
Jamas de tu corazon!

Sus blancas alas te guarden
Cuando mas furioso azote
El viento tu embarcacion.

III.

En los infantiles juegos,
¡Recuerda...! siempre a tu lado
Aquella niña jentil,
La de los rubios cabellos,
Tez de nieve i ojos garzos,
La del dulce sonreir.

¡Tu hermana...! ¡Una tarde triste
Volóse al cielo diciendo:
«Hermano ruega por mí!»
Desde allá tus pasos sigue:
Jóven, no pises el cieno...
¡Se alejaria de tí!

IV.

Guarda el corazon entero
Limpia el alma, intacto el brio,
Lozana la juventud:
Pon doble llave a tu pecho,
No sea que llegue el vicio
I que salga la virtud.

Como encerrada en su concha
La perla oculta se cria
Allá en el fondo del mar,

Crece ignorada tu esposa,
Pura, amante, peregrina
Bajo el techo paternal.

Tú ignoras su nombre, i ella
Hasta tu existencia ignora:
Ama i, sin saber a quien,
Su amor solícita encierra
En el pecho, temerosa
De mostrarse amante infiel.

Es un trasparente lago
De aguas frescas que te espera
En medio del seco erial:
Cuando a él te arrojes ¡cuidado!
Que con blancas plumas sea,
¡No lo vayas a enturbiar!

Es una vírjen que aguarda
Un nombre. Conserva el tuyo
Para coronar su sien;
I pues que en su pecho intacta
Fé te aguarda, casto i puro,
Guárdale tú, fé tambien.

Que de esa niña el recuerdo
Alumbre tu intelijencia,
Preserve tu corazon.
Ella sea tu ánjel bueno
Miéntras el dia le llega
De ser tu esposa ante Dios.

1869.

EL PATRONATO.

(*La Estrella de Chile.*)

Dándose al Diablo, el Diablo cierto dia
Estaba en sus adentros, contemplando
Como el cristiano aborrecido bando
Sus antiguos dominios invadia.

«¡Maldita la hora!» en su impotencia impía,
Esclama al fin, centellas arrojando,
«¡Maldita la hora miserable cuando
Confié al verdugo la venganza mia!»

«¡La Iglesia triunfa! Vedla inmaculada
Cual luna excelsa dominar el mundo...
¡Presto un consejo, estúpida manada!»

Entónces de la grei el mas inmundo
Cortesano, postrándose ante el trono,
«¡Señor, le dijo, haceos *su Patrono!*»

1869.

A LA MEMORIA DE MI MADRE.

(*La Estrella de Chile.*)

¡Heu! quanto minus est cum reliquis versari, quam tui meminisse!
(¡Ai! cuánto ménos dulce es conversar con los otros que acordarse de tí!)

SHENSTONE.

¡Oh! madre! cuando vuelvo la vista hácia el pasado
I busco en mi memoria los años que tan rápidos
Rodaron a la sima de la honda eternidad,
Sobre esos horizontes que el tiempo ha desolado,
Entre las densas sombras, bajo la oscura bóveda,
Mis ojos te contemplan cual fúljido fanal.

Cual caen las espigas por la guadaña heridas,
Cayeron uno a uno los hechiceros ídolos
A cuyos piés un tiempo mi corazon rendí;
Notas de un himno anjélico presto desvanecidas,
Meteoros rutilantes que en breve disipáronse
Sin ni una chispa sola dejar en pos de sí.

¡Oh! glorias infantiles! ¡oh! delicioso nido!
¡Oh! maternal regazo, donde corrieron plácidas
Las inocentes horas de mi niñez fugaz!
Como infeliz que aléjase del pais en que ha nacido
I mira, aun ya borrados, sus lineamientos últimos
Te miro cuando vuelvo los ojos hácia atras.

Hollando indiferente los cardos i las flores,
Ni siento las espinas, ni los placeres tiéntanme;
Ni temo ser vencido, ni aspiro a triunfador.
¿De qué la gloria sirve, las palmas, los honores,
Si no arrojarlos puedo como homenajes débiles
Ante tus piés ¡oh madre! con rica profusion?

Como al soplar del viento las hojas van dejando
En las tardes de otoño las ramas de los árboles
Cuando la nieve empieza del cielo a descender,
Amores i amistades han ídose alejando,
Algunos entre risas..... ¡ai! otros entre lágrimas,
Hácia la triste sombra del fúnebre cipres!

¡I tú tambien un dia, ¡oh! madre idolatrada!
Sobre mi frente alzando tu diestra yerta i trémula,
Despues de bendecirme volaste hácia el Señor.
Desde ese instante, huérfana, incierta, desolada,
Discurre mi barquilla por el amargo piélago,
Sin brújula, ni járcias, ni lastre, ni timon.

¡Ah! cuántas, cuántas veces, creyendo en mi delirio
Resucitada verte entre la turba púdica
Del templo, o entre el ruido de fiesta popular,
De nuevo abrí las llagas de mi primer martirio
Volando hácia tus brazos con ímpetu frenético,
I fuíme en una estátua de mármol a estrellar!

¡Ah! cuántas, cuántas veces la nota de un acento,
La luz de una mirada, el eco de una sílaba,
O la espresion celeste de un ténue sonreir,
Dejáronme de súbito, sin voz, sin movimiento,
Bajo la influencia májica de una ilusion dulcísima,
Los ojos en el cielo i el corazon en tí!

Relámpagos fugaces que brillan un instante,
Del cielo iluminando los infinitos ámbitos,
Para morir sumiéndolos en lobreguez mayor:
Sirenas engañosas de voz i de semblante
Que halagan al viajero con melodiosos cánticos
Para despedazarle mas bien el corazon.

¡No mas luchar en vano contra tu cruel destino!
¡No mas porfia inútil ni batallar sin término!
¡Sométete esperanza! resígnate a morir!
No a detenerme vuelvas en medio del camino;
Que es larga la jornada, que son las fuerzas débiles,
Que el sol va declinando, que ansío ver el fin!

En vano en sus gorjeos la nombra el pajarillo,
En vano entre las flores los maliciosos céfiros
Su maternal arrullo murmuran sin cesar,
En vano de sus ojos la luna imita el brillo
I remedan los árboles su continente espléndido.....
¡Dulcísimas mentiras, dejadme por piedad!

Allá tras las montañas sombrías del ocaso,
Hácia ese pais ignoto do el tiempo va empujándonos,
Donde llegar es fuerza para jamas tornar,
Dirijo presuroso mi ya cansado paso
Porque una voz me dice: «¡Hijo del alma, alégrate
Que ya el eterno dia va presto a despuntar!»

El cielo..... ¡oh Dios! bendita tu Providencia sea
Que al traspasar apénas de la niñez el límite,
Hácia él arrebataste la madre de mi amor.
Desde ese instante mi alma sedienta te desea;
Entre sus dulces brazos, mirándola, paréceme
Que tu infinita gloria comprenderé mejor.

¡Señor! a tí mi espíritu se eleva agradecido!
Jamas a mis dolores negó tu mano próvida
El misterioso bálsamo de la cristiana fé.
Cual Job, diré esforzándome hasta el postrer latido,
«¡Yo sé Jesus que vives i que a tu voz alzándome
Un dia del sepulcro, mis ojos te han de ver!»

Yo sé que aquella madre que me esperaba ansiosa
De aquesta frájil vida en los oscuros límites
Para brindarme el nido de su alma celestial,
Cuando a las puertas llegue de la mansion dichosa,
Radiante de hermosura, bañada en santo júbilo,
De pié estará aguardándome sobre el divino umbral!

1869.

¡SI SUPIERAS...!

(TRADUCCION DE M. A. DE SEGUR.)

(*La Estrella de Chile.*)

Cabe la cuna vacía
De donde su hijo hácia el cielo
Dirijió el temprano vuelo
Triste la madre yacía.

En vano el esposo amado
Le prodiga sus caricias.
—«¡Ah! el hijo de mis delicias!
¿Por qué mi ánjel se ha volado...?»

De súbito ¡oh maravilla!
Como el que forma una abeja,
Un ruido sentir se deja
I en lo oscuro una luz brilla.

.....

Es un ánjel que, lijeras,
Batiendo sus alas de oro,
Le dice: «¡Enjugad el lloro!
«Madre mia ¡SI SUPIERAS...!

1869.

JUSTICIA POSTUMA.

(*La Estrella de Chile.*)

C'est un plaisir à surpayer,
De voir enfin tes lèvres closes,
Ton nom dans les apothéoses
Et tes livres au vieux papier!

L. Veuillot.

Lleva orador eminente
Con paciencia
De mis críticas osadas
La insolencia.

Si es verdad que en vida tuya
No me es dado
Ni admirarte ni aplaudirte
Sin pecado;

Puede que un dia te pague,
I con creces,
Deuda cabal i cabales
Intereses.

Muérete i manda te erija
Tu albacea
Estátua de mármol blanco
O de brea.

Póngame entre los *paganos*
El primero
I entónces podrá saberse
Si te quiero.

Que en la plaza te coloquen,
Lo concedo,
En la de Armas o de Abastos,
Me da un bledo.

Una condicion, sí, pongo,
Obligada:
Tenga la estátua la boca
Bien cerrada.

Así no entrarán las moscas
Ni mosquitos,
Ni saldrán discursos grandes
Ni chiquitos.

¡Cuántos sordos sanarán!
¡Cuántos sordos!
¡Cómo se pondrán los flacos!
¡Ai! qué gordos!

1869.

NOVELISTA.... EN SUBSIDIO.

(*La Estrella de Chile.*)

La perfeccion del arte de la cocina consiste en hacer mucha comida con mui poco dinero.

(*Harpagon a su criado.*)

Sembró papas Fermin—se le cocieron...
Porotos al otro año—se le helaron....
Tejas cortó al siguiente—i se llovieron
Las casas que con ellas se tejaron.

Curtió cueros despues—i no volvieron
Dos veces a comprar los que compraron.
Fué redactor de un diario—i *lo salieron.*
Escribió dos folletos—lo silbaron.

«¿Qué hacer para vivir? Fermin esclama:
No acierto con las tejas ni las suelas,
I es preciso comer i ganar fama.....!
.....
¡Eureka! Soi dichoso! haré novelas.....»
I los pillos tiraron..... sus sombreros;
I tiraron los tontos..... sus dineros!

1869.

LA IGLESIA LIBRE EN EL ESTADO LIBRE.

(*La Estrella de Chile.*)

A orillas de un camino
En una ventana
Tenian dos ladrones
Gran *remolienda.*

Al uno por mal nombre
Llamaban *Rojo,*
I al otro *Regalista*
Por nombre propio.

Despues de haber quedado
Ambos sin *chaucha*
Salir determinaron
A otra campaña.

La noche estaba oscura
I el lugar era
Como ninguno propio
Para la guerra.

¡Pobre del caminante
Que temerario
Se aventure a tal hora
Por aquel campo!

—«¡Chito, chito! compadre,
Esclamó el *Rojo*,
¡La suerte nos proteje,
Que pasos oigo!

—«¡Ah! compañero lince!
¡Brava fortuna!
Replica el *Regalista*,
¡Pollo sin plumas!

«¡Breva pelada! amigo,
¡Pelada breva!
Torcida de cogote,
¡I a la cazuela!

—«¿Adónde bueno, Cura,
Con este frio?
Párese usted si gusta
Un poquitito.

—«Un hombre que se muere:
Voi en su ausilio:
¡No me cerreis el paso
Por Jesucristo!

—«¡Ah! monigote hipócrita!
El *Rojo* grita,
Vas a robar la herencia
Del que agoniza!

«El código prohibe
Título.... cuarto
Que el confesor herede
Al confesado.

«*Ergo*, la cosa es clara,
Sois un rebelde
Conculcador soberbio
De nuestras leyes.

—«Amen, dijo inclinándose
El *Regalista*,
De otro crímen que encierra
Esta visita:

«El patronato quiere
Que todo cura
Que confiese sin *placet*
En multa incurra.

«*Item* una real cédula
De no sé que año
Da sus muebles e inmuebles
Por confiscados.

—«Aun hai otras razones
I de mas peso,
Interrumpióle el *Rojo*,
I vais a verlo:

«Díjole el *Nazareno*
A sus verdugos
Que su reino no estaba
In isto mundo.

«Por tanto, es evidente,
No puede un Cura
Tener *en este mundo*
Cabalgaduras.

«Amables, obedientes,
Caritativos,
El caballo les basta
De San Francisco.»

Ambos a dos entónces
En un segundo
Dejaron a pié al Cura
Casi desnudo.

I miéntras continuaba
Hácia su enfermo
Oyó que los bandidos
Iban diciendo:

«¡Viva la Iglesia libre,
Pues, i de blanca!
En el Estado libre....
Para robarla!»

1869.

EN EL TREN.

(*La Estrella de Chile.*)

I.

¡Libre por fin! Los ojos fatigados
De contemplar ridículos primores
En libros, i edificios, i tocados,
Divisan ya las mieses i las flores!

Amarillea el trigo en los collados
I los toros i potros corredores
Beben i pacen sueltos por los prados
Sin sujecion a ruines *medidores*.

Mas ¡chit!... En cuenta caigo que aun camino
Por pais civilizado. A mi derecha
Se sienta un literato-lechuguino

Que con sonrisa de desden me acecha,
Porque el *Ferrocarril* viene leyendo.....
I a *chicha* i *pachouli* va trascendiendo!

II.

—¿Ha leido, caballero, esta novela?
—¿Cuál novela, señora?
—*Los Secretos.*
—¡Mil perdones! Tan solo dos entregas!
—¿I nada mas?
—Confieso mi pecado.
—¡I es sin absolucion! ¡Habrá indolencia!
¡Un romance tan largo! tan surtido!
Tan bien escrito i tan.....! Pues con franqueza
Es una obra inmortal, que mis cabellos,
Mi corazon, mi mente, mi alma entera
Levanta a otras rejiones i.....
—Perdone
Señora la confianza; las polleras
Se han alzado tambien, dejando en seco
Sus piés *grandiosos* i sus medias puercas!

III.

—Asómate a la ventana
Madre de mi corazon:
¡Mira qué limpio está el cielo!
¡Mira cómo brilla el sol!
¡Cómo triscan los corderos,
I van por el valle en flor

Las aves i mariposas
En graciosa confusion!
Qué ufana ostenta esa lloica
De su pechuga el color!
I allá mas léjos, mas léjos,
De mi mano en direccion,
¡Qué linda casita blanca!
Madre ¡que ya se perdió.....!
Madre, no mas caminemos
Madre, me falta el valor,
Que allá en la casita blanca
Se me queda el corazon.....

Mira, madre, mira, madre,
Cómo va el carro veloz
Del valle hermoso alejándonos
Sin comprender mi dolor,
Sin darme tiempo siquiera
Ni aun para decirle ¡adios!
Madre ¿quién vive en el valle?
—Hija allí vive el amor!

I los cerros i los llanos
I los árboles i casas
Van pasando,
I los campos cultivados
I los campos sin cultivo
Desfilando.

—Madre ¿quién así nos lleva
Tan lijero, tan lijero,
Sin cansarse, sin oirnos?
—Hija, nos lleva el deseo.

—Madre, yo quiero bajar:
¿En qué estacion bajaremos?
—En la estacion que se llama
¡Ai hija! del cementerio!
—Madre, el contínuo mirar
Objetos que van huyendo
Aniega en llanto mis ojos
I me trastorna el cerebro:
Madre, yo quisiera ver
Algo tranquilo i eterno
Que con nosotros viajase
I fuese inmóvil a un tiempo.....

Calló la niña, i la madre
Le contestó:
—¡Mira al cielo!

1869.

EL CABALLO I EL CABALLERO.

(EN EL CAMPO DE MARTE.)

(*La Estrella de Chile.*)

¡Qué noble estampa de bruto!
¡Cuán arrogante i lijero!
¡Qué bien delineados cuartos!
I qué fornidos encuentros!

En los ánimos un leon
I en lo dócil un cordero:
Fuera capaz de volar
A no impedírselo el freno.

I capaz de sorprender
De su dueño el pensamiento,
Si por fortuna capaz
Fuese de pensar su dueño.

¡I qué finchado que viene!
¡Si no cabe en su pellejo!
Los aplausos al caballo
Saboreando el caballero!

¡Cómo chorrea la sangre
De las espuelas i el freno!
¡Cómo lo hiere, i lo estrella,
I lo maltrata el zopenco!

Ya se alejan, el caballo
Al jinete conduciendo.....
¡I aquél va a la pesebrera
I éste al regalado lecho!

En la pesebrera aquél
Come tranquilo su pienso,
¡I éste en la cama revuélcase
Con los instintos de un cerdo!

¡I cuánto ménos humano,
I noble, i digno de aprecio
Es que el caballo que monta
El borracho caballero!

1869.

EL HABITO NO HACE AL MONJE.

(*La Estrella de Chile.*)

Burlábase, crüel, cierto jumento
Cada que la ocasion se le ofrecia,
De las grandes orejas que tenia
Un hombre de virtud i de talento.

Cansado al fin de tanto molimiento
Que a prueba su paciencia sometia,
Pensó entre sí: ¡No mas filosofía!
He de dar a este tonto un escarmiento!

«Pongo hoi, le dijo, término a mis quejas,
Póngale usted a sus terribles pullas;
Grandes son para un hombre mis orejas;

«Mas permita le observe que las suyas
Son mui chicas ¡oh! amable signorino!
Para ser las orejas de un pollino!»

1870.

LA ZORRA CONCILIADORA.

(FABULA.)

(*La Estrella de Chile.*)

En las ramas de un roble
Estaban unas Tórtolas jimiendo
Al ver como la nieve
Iba ya las alturas invadiendo.

Delicioso está el valle;
Pero abundan en él los cazadores:
Tranquila la montaña;
Mas no exenta del hambre i sus horrores.

Una Zorra en ayunas
Que debajo se hallaba por chiripa,
Dijo entre sí:—«¡Desuéllenme,
Si hoi no relleno a discrecion la tripa!»

I alzando el puntiagudo
Hocico, entre risueña i angustiada,
Saludó reverente,
I dijo en pos a la infeliz bandada:

—«Señoras i vecinas,
El corazon me parte vuestra suerte,
Que a elejir os obliga
Tan solo entre una muerte i otra muerte.

«Aquí el hambre i el frio,
Allá abajo traidoras acechanzas.....
¿Dónde encontrar a un tiempo
Segura vida i abundantes granzas?

«Este vital problema
Yo resuelto lo tengo, i conmovida
De vuestras cuitas, quiero
Daros gratis la casa i la comida.

«Una espaciosa cueva
Tengo de esa quebrada en la espesura,
De granos hasta el tope
I de perros i de hombres bien segura.

«La pongo a vuestras órdenes
Con víveres i lumbre hasta el estío,
I en tanto olvidaremos
La odiosa distincion del *tuyo i mio.*

«Solo un favor en cambio
A pediros me atrevo, en la confianza
De que habeis de acordármelo,
Buenas i jenerosas, sin tardanza.

«Tengo mala una chica
Que falta de esperiencia, una panzada
Dióse de golosinas
Hasta quedar inmóvil i postrada.

«Hállase, pues, en suelo
Porque en vano he buscado i rebuscado.....
¡Ni a precio de oro encuéntrase
Una mota de lana en el mercado!

«¿Qué hacer? De vuestras plumas
Demanda os hago humilde i persuadida
De que oyendo mi súplica,
A madre e hija salvareis la vida.

«Cuando el invierno pase
I llegue primavera con sus galas
Ya otras, fuertes i bellas,
Plumas habrán echado vuestras alas.»

Dijo la astuta Zorra:
I encantadas las Tórtolas bajaron,
I confiadas i alegres
Su vida con sus alas le entregaron.

Hubo una sinembargo
(Ala nó, sino tórtola) matrera
Que volóse gritando:
—¡Al valle! i salga el sol por Antequera!

La misma que pasando
Por el sitio, ya vuelta la bonanza,
Dijo al ver las señales
De la prevista i jeneral matanza:

—¡Bien hecho! Que mas vale
Libre vivir luchando con el Diablo,
Que exento de cuidados
Engordar para un amo en el establo!

1870.

ULTIMAS HUELLAS.

(*La Estrella de Chile.*)

¡Cómo los años vuelan, madre mia!
Quince hace i aun parece que ayer era
Cuando ufana te via
Ir i tornar lijera
Por estos mismos sitios, coronada
De bulliciosa e infantil *parvada!*

¡Cómo el materno amor, puro, cristiano,
De tus azules ojos irradiaba!
¡Qué diestra era tu mano
Cuando la flor plantaba
O la varilla endeble i diminuta
Que hoi nos regala su sabrosa fruta!

¡Qué invierno aquel invierno en que te fuiste!
Nunca, al caer, formaron los raudales
De lluvia un son tan triste:
Nunca así los cristales
Jemir habia oido, en noche alguna
Se alzó tan melancólica la luna.

Vino despues la alegre primavera
Pródiga de perfumes i colores,
Cubriendo la pradera
De insectos i de flores;
¡Mas ¡ai! la tibia brisa llamó en vano
A las flores plantadas por tu mano!

Cubrieron las malezas insolentes
La tierra en que jazmines cultivaban
Tus manos dilijentes;
I allí mismo do alzaban
Sus pétalos las rosas purpurinas
Los *clonquis* ostentaron sus espinas.

¡I siguió el tiempo su veloz carrera,
Anhelando borrar con planta impía
Cuánto un recuerdo era
De tu amor, madre mia!
Mas quiso Dios que aun flores, si no bellas,
Inmortales, jerminen en tus huellas.

¡Oh blanca i desmedrada florecilla,
Que sin cultivo, pertinaz, floreces
Pegada a aquella orilla!

¡Cuan triste que te meces,
Lágrima de la Virjen, i ser pruebas
Digna del nombre que llorando llevas!

Sí, que era en esa parte do solia
En la ora del crepúsculo sentarse,
I con dulce ufanía
De sus hijos rodearse,
I alzar la vista suplicante al cielo,
I regar con sus lágrimas el suelo.

¡Ah! blanca, desmedrada florecilla,
Si de una madre la sin par ternura
Sembró allí tu semilla,
Si llanto de amargura
La tierra humedeció que te sustenta
¡No te causen mis lágrimas afrenta!

1870.

SENTENCIAS

TRADUCIDAS DEL POETA LATINO PUBLIO SIRO.

(*La Estrella de Chile.*)

Tan solo un Dios podria, omnipotente,
Amar i ser prudente.

—

Dad un lecho de flores al marrano,
I ántes de mucho saltará al pantano.

—

No puede amor por la violencia ahogarse;
Mas puede, sí, apagarse.

—

Nace humilde el amor a gusto tuyo;
Nunca morirá empero sino al suyo.

—

No digais:—¿Cuántos años ha vivido?—
Del viejo mentecato i casquisvano;
Decid:—¿I cuántos años ha existido?—

—

De la soberbia encina que despeña
El rayo poderoso
Presto hasta los mendigos hacen leña.

—

Deshonra la elocuencia
Quien al infame persuadir procura
Que ha prostituido al oro su conciencia.

—

Amar o aborrecer ardientemente
Propio es de la mujer... ¡Cuán pocas veces
Tranquilo el pecho siente!

—

Yace aquí de un avaro el triste resto
Que hizo dos buenas cosas en su vida:
Morir sin sucesion i morir presto.

—

Sobre arena
Escribe el favor que hicieres;
Graba en bronce
El favor que recibieres.

—

Aquel su libertad al fiado vende
Que de los grandes un favor pretende.

—

Quien dar nunca ha sabido
Ese ha el derecho de pedir perdido.

—

Alivia prontamente al desgraciado,
I lo habrás por dos veces aliviado.

—

¡Cómo un dichoso pasado
Mas cruel hace
Un presente desdichado!

—

A un tiempo vencerás de dos maneras
Si, venciendo, tu cólera moderas.

—

El juez que impune a los malvados deja
Ese a los buenos ciudadanos veja.

—

El malhechor que su honrado
Lenguaje a la verdad roba
Es doblemente malvado.

—

¡Cólera! pronta muerte
Encontrarás si temeraria asaltas
Un pecho noble i fuerte.

—

Propio es del varon grave
Con dos cadenas amarrar su nave.

—

Hasta por un insecto retardada
Ser puede la verdad. ¿Podria empero
Ser por el mismo Dios aniquilada?

—

Nunca el varon clemente
Con el error mostróse complaciente.

—

Alzó el Camello a Júpiter sus quejas
Dos cuernos poderosos reclamando;
I perdió el pretencioso las orejas.

—

Sin familia i sin hogar
Es un cadáver el hombre
Que solo falta enterrar.

—

¡Ah! i cuánto mas a la postrera hora
Los amigos abundan que a la aurora!

—

Despacio meditad i atentamente
Lo que una vez hareis tan solamente.

—

¡Cuán poco de este mundo
Los bienes valen que quitarnos puede
La muerte en un segundo!

—

¡Cuán árdua cosa es mantener guardado
Lo que es a un tiempo mismo ardientemente
De muchos codiciado!

—

Aprovechar el tiempo es conveniente
Para batir el hierro
Miéntras está caliente.

—

La confianza parécese a la vida
En que solo una vez perderse puede,
I jamas torna a renacer perdida.

—

Sucumbe sin mengua alguna
Quien sucumbe a la fortuna.

—

Prueébase el heroismo en la lid fiera,
El oro puro al fuego,
I en la desgracia la virtud sincera.

—

En mar tranquilo i suave
Cualquiera puede gobernar la nave.

—

Quien sabe dudar con tino
Ese hácia la ciencia ha hecho
Ya la mitàd del camino.

—

Queda aquél por su gusto deshonrado
Que algun favor implora del malvado.

—

De cuantas malas yerbas atestada
La tierra está, ninguna que pudiera
Con el ingrato vil ser comparada.

—

¡Cuánto es al miserable mas propicia
Que la ingratitud negra la avaricia!

—

La cuerda mui tirante
Espuesta está a romperse a cada instante.

—

Quien una falta leve disimula
A cometer mas graves estimula.

—

Trata aun al amigo que mas quieras,
Cual si a perderlo fueras.

—

Con la mano con que escribe
La absolucion del malvado
El juez flaco o sobornado
Su condenacion suscribe.

—

Aun el arco mas fino
Tendido estar no puede de contino.

—

¿Buen cocinero buscas?—¡Tontería!
Deja de calentarte la cábeza:
Ya lo tendrás el dia
En que eches de tu casa a la pereza.

—

Pronto es el leon caido
Del mas ruin can mordido.

—

El cazador que a un tiempo tras las huellas
De muchas libres corre, pronto vuelve
Sin atrapado haber ninguna de ellas.

—

No es peligrosa empresa
Atravesar los caudalosos ríos
Donde su curso empieza.

—

Morir pronto procura
Quien deja de heredero a quien lo cura.

—

No es la clemencia, nó, sino la pena
La que al malvado en su maldad refrena.

—

¡Triste suerte la tuya, pobre amigo,
Si jamas te granjeaste un enemigo!

—

No hai voz mas elocuente
Que la de aquel que puede
Pura i sin mancha levantar la frente.

—

Jamas la suave guija
Que la corriente sin cesar remueve
De musgo se cobija.

—

Al amigo procura conocerlo;
Nunca jamas perderlo.

—

Seguro es que medita
Alguna iniquidad el hombre inícuo
Si al varon justo imita.

—

Siempre será, o amarga o desabrida,
Aun la mas dulce fruta
Que ántes de su sazon sea cojida.

—

Tengo visto i notado
Que la verdad se ahuyenta
De donde se disputa demasiado.

—

Caba su sepultura
Quien al malvado defender procura.

—

Nunca debe decir el peregrino:
«¡Tarde es!» para tomar el buen camino.

—

Aquel es vencedor i no vencido
Que solo a sus amigos ha cedido.

—

Solo a salvarse del peligro acierta
Aquel que a abrir i a atravesar se atreve
La aventurada i peligrosa puerta.

—

El hábil i virtuoso ciudadano
Que a la patria consagra sus desvelos
Es propiedad del pueblo soberano.

—

Causar envidia es mejor
Que grima, desden u horror.

—

Los buenos i valiosos materiales
Confiarse siempre deben
A manos de entendidos industriales.

—

Si hacer de Dios la voluntad procuras
Cuida que estén tus manos,
No llenas, sino puras.

—

En vano el hombre brega;
Lo que ha de suceder, lo que es preciso
Tarde o temprano llega.

—

Tratándose de elojios, merecerlos
Procura, no obtenerlos.

—

Los que felices surcan el Oceáno
No aguardaron para ello haber sujeto
Los vientos en el hueco de su mano.

—

—¿Quieres ser elocuente?
—Toma bajo tu amparo al inocente.

—

Aquel la burla llama
Que su virtud proclama.

—

Costosa i lentamente se termina
Lo que a mui larga vida se destina.

—

Jamas sólida fué ni duradera
Obra hecha a la lijera.

—

Ser bueno importa mucho;
Ser tenido por tal importa un *pucho.*

—

—¿Pretendes ser un hombre acaudalado?
—Deja de pretenderlo, i es probado.

—

No postergues lo que hoi hacer pudieres,
A no ser que colérico estuvieres.

—

Mucho mas útil es no saber nada
Que saber una cosa chapurrada.

—

Las chispas del brasero
No asustan a los hijos del herrero.

—

La audacia en apuradas ocasiones
Suele salvar mas bien que las razones.

—

Fué el trabajo quien siempre i de contino
A la fortuna preparó el camino.

—

La esperanza al desgraciado
Consuela, el oro al avaro,
La muerte al desesperado.

—

Hasta para colgarse, el que se cuelga
Elije el mejor árbol de la selva.

—

La muerte es para el jóven importuna,
Para el viejo tardía, i para el niño
Un don de la fortuna.

—

Apénas hai distancia i diferencia
Entre la confesion i la inocencia.

—

Deposita en la tumba su dinero
Quien instituye a un viejo de heredero.

1870.

LA CASA PATERNA.

(*La Estrella de Chile.*)

J'ai grandi, j'ai vécu dans cette humble retraite;
De mon printemps fleuri tout m'y redit la fête;
Ses sentiers ont gardé la trace de mes pas.
Là je revois le chœur de mes jeunes années
Qui le front lumineux et de fleurs couronnées,
Viennent à ma rencontre et me tendent les bras.

A. DE SÉGUR.

¡Dulce estacion de las frutas
I de las mieses doradas,
De las tardes apacibles
I de las noches de plata!

De las bulliciosas trillas,
De las brisas perfumadas,
De los becerros que triscan,
De los pájaros que cantan!

Ya tus aromas percibo
I tus agrestes tonadas,
Ya en las praderas comienzan
A divisarse tus galas!

Años atras, cuando niño,
Así tambien asomabas,
Dulce estacion de las frutas
I de las mieses doradas.

I el infantil pecho henchido
De inocentes esperanzas,
Al verte venir, corria,
I en los brazos te estrechaba.

I ¡adios! decia a los libros,
I a los deberes del aula,
Tan alegre como el pájaro
Que de la prision se escapa.

Todo, como entónces, vuelve,
Calor i luz, frutas i auras;
I una vez mas, libre vuelvo
A verte, paterna casa!

¡Oh! nunca olvidado techo!
Aun tienden sobre él sus alas
Las palomas, siempre amantes,
Siempre fieles, siempre blancas.

Aün por entre las tejas
Las golondrinas pintadas
Para contemplar la luz
Sus negras cabezas sacan.

Mas ¡ai! en aquella puerta,
En esa puerta cerrada,
Que el negro polvo oscurece
I afean las telarañas,

Alguien su silla ponia
I a trabajar se sentaba,
Las manos en la labor
I en los ausentes el alma:

Alguien que a nadie volvia
Ni el corazon ni la espalda,
Que daba a los pobres pan
I a los aflijidos lágrimas;

Que al escuchar de los hijos
El rumor en la distancia,
Dejando silla i costura,
Como una corza volaba.

Mas ¡ai! ya nadie se sienta
En esa puerta cerrada
Que el negro polvo deslustra
I amortajan las arañas.

En el patio silencioso
Nadie al que está ausente aguarda
Ni se oyen las bendiciones
Del pobre que su hambre mata.

Solo, en enjambres lijeros,
Al suave impulso del aura,
Plumas i copitos blancos
Van i vienen, suben, bajan.

Ya en la puerta se detienen,
Ya acarician la ventana,
Hasta que, tomando altura,
El ojo a verlos no alcanza.

¡Oh! plumas de las palomas
Del tejado de mi casa,
Que mi madre cariñosa
Con su mano alimentaba!

¡Oh! copitos de los cardos
Que maduran en la estancia
Donde ántes la vid crecia
I los trigos i las chacras!

Si sois cual me lo imajino
De aquellos pobres las almas
Que en busca de una limosna
Venian aquí en bandadas:

Si conservais de la madre
Las bondadosas palabras,
Si aun os acordais del pan
Que los hijos os brindaban,

¡Subid, subid hasta el cielo,
Copitos i plumas blancas,
I a la buena madre dad
Un recuerdo de su casa!

¡Decidle que aun permanece
Aquella puerta cerrada
I que hai quien por verla abierta
Diera la mitad de su alma!

¡Decidle que aun el nido
Intacto i limpio se halla,
I que aun cubrirlo podria
Con sus blanquísimas alas!

1870.

LAS ABEJAS ELIJIENDO REINA.

(*La Estrella de Chile.*)

Cuenta un autor famoso
De una famosa historia,
Cuyo nombre no tengo en la memoria,
Que cierto dia i año
Hubo en una colmena
Una de San Quintin, tal i tan buena...

Segun sábia costumbre
Elijen soberano las abejas
Cuando las Reinas muérense de viejas
Sin dejar al estado,
Ni reales ni presuntas
Hijas, las preclarísimas difuntas.

Evitando rodeos,
Palabras i razones,
Estaban las Abejas de elecciones.
Bullia la obra i todos
Politiqueando andaban...
Los Zánganos escepto que roncaban.

Dos bandos combatíanse
Con opuestos pendones,
Cual siempre pasa en tales ocasiones;
Dos bandos que luchaban
Por sus dos candidatos
Como suelen los perros con los gatos.

De Abejas era el uno
I el otro, en sus tres cuartos,
De Ratones, Culebras i Lagartos.
Al candidato-Abeja
Opone furibundo
Un candidato-Zángano, el segundo.

—«¡Oh! turba imprevisora»
(Con voz de tiple grita
Al pueblo una Culebra chiquita
De cuerpo, mas de culpas
Cargada la tunante
I en ponzoña mortífera abundante,)

«¡Oh! turba imprevisora
Servil i descuidada,
En elevar al solio encaprichada

A una Reina munida
De bárbara lanceta
Con la cual nos sacuda la bayeta!

«¡I cuánto es mas patriótico,
I prudente, i sensato
Preferir nuestro inerte candidato!
Miéntras dijiera o duerma
Nadie temerá nada
I será su gobierno una mamada!»

—«¡A otro perro, bellaca,
Con tales moralejas,
Respondiéronle al punto las Abejas!
Al pueblo no amenaza,
Del pueblo es protectora
La espada del que manda, so traidora!»

«Miéntras mas duro sea
Su aguijon tanto ménos
Motivo de inquietud para los buenos;
Tanto peor ¡oh! Culebras,
Lagartos i Ratones,
Para vuestras malvadas intenciones!

Dijeron las Abejas,
I en enjambre infinito
Marcháronse a las urnas volandito;
I a la mas bien armada
Por Reina proclamaron...
¡Con lo que las Culebras reventaron!

1871.

EL LEON I EL CHINGUE.

(*La Estrella de Chile.*)

A un enorme Leon de pelo en pecho,
Un Chingue barbilindo i chiquitito
De contínuo injuriaba,
No sé si de palabra o por escrito.

—«Si como son tus cuartos son tus hígados,
Decíale, misérrima alimaña,
Al campo sal i muéstrame
Los terribles efectos de tu zaña.»

Dió un brinco el Leon enfurecido al cabo,
Resuelto a hacer atroz carnicería;
I el Chingue alzó la pata.....
¡Nunca falta a los tales sangre fría!

Cual por mano invisible sujetado,
Al notar de la pata el movimiento,
Rabioso i pensativo,
Detúvose el Leon en el momento.

—«¡Adelante, seor guapo! gritó el Chingue,
¡Aquí de tu pujanza i tu bravura!
Mis garras i mis dientes
Garras i dientes son de miniatura.»

—«Ya yo cuenta daria de esas armas,
Que aunque pequeñas, tan terribles dices,
El Leon fuése mujiendo,
Pero aunque romo soi..... tengo narices!»

1871.

EL CANGREJO I EL PEJEREL

(*La Estrella de Chile.*)

Llevóse aguas abajo la corriente
De un torrentoso rio
A un Cangrejo imprudente,
Que, por mostrar su brio,
Solazándose andaba
Fuera del cenagal en que moraba.

Dándose con las piedras de estrellones,
Desorientado i ciego,
Entre hojas i terrones,
Hallóse el triste luego
Del charco a gran distancia
Donde pasara su tranquila infancia.

Perdida la esperanza postrimera
De tornar hácia arriba;
Mas conservando entera
La vanidad nativa,
A un Pejerei se llega
Que por vencer a la corriente brega.

I entre alegre, burlesco i altanero
Le dice mui ladino:
«¡Salud, listo viajero!
¿Qué tantas, de camino,
Horas habeis echado
Para llegar aquí desde el salado?»

—«Señor Cangrejo, el Pejerei contesta:
Hace hoi una semana
Que dí principio a esta
Trabajosa jarana:
Una legua por dia.....
¿Tiene algo que observar su señoría?»

—«Observo solo, replicó el Cangrejo,
Que yo una igual distancia
Que a mis espaldas dejo,
(Dígolo sin jactancia)
En recorrer he empleado
Cosa de un cuarto de hora mal contado.»

I sin mas platicar, cada viajero
Prosigue su jornada;
El Cangrejo altanero

Por la palma ganada,
Diciendo allá en su lengua:
«¡Al Pejerei molondro eterna mengua!»

El Pejerei sesudo murmurando:
«No es gracia que así corras,
Pues te van empujando
I piés i fuerza ahorras;
¡Es gracia, señor mio,
Aguas arriba remontar el rio!»

1872.

MUI DE MAÑANA.

(La Estrella de Chile.)

I.

Todos los dias por la blanca cima
El sol su frente muestra,
A todos alumbrando... salvo a aquellos
Que en la cama se quedan;

Porque a la alegre fiesta en que natura
Su despertar celebra
El hombre (¡rei al cabo!) cuando acude
Siempre atrasado llega.

Mas no hace falta el rei, ni por su falta
Demórase la fiesta,
Ni por guardarle el sueño los cantores
Sus dulces picos cierran.

¡Qué gozo, i movimiento i algazara!
¡I qué brisas tan frescas!
¡Cuán, por el sol natura sorprendida,
Hermosa se despierta!

Bebe la flor la gota cristalina
Que en su cáliz encuentra
I hasta el empíreo su fragancia sube
Cual purísima ofrenda!

I a la par del cochero que la pava
Con la fregona pela
En el jardin, un rayo enamorado
Con las flores conversa.

I suele acontecer al que madruga
Por salir de sospechas,
Oyendo los proyectos que maquina
La amorosa pareja,

Que al ir desde la alcoba a la cocina,
Con su jardin tropieza,
I oye un leve rumor, i agazapado
Escucha tras la verja.

II.

RAYO DE SOL.

¡Arriba! arriba!... Despertad, que es hora,
Los insectos i plantas del jardin;
Pasó la noche i váse ya la aurora:
¡Llegad la grata nueva a recibir!

Cargado vengo de los ricos dones
Que pródigo a la tierra envia el sol;
Abrid sin timidez los corazones
I el objeto mostrad de vuestro ardor.

LOS BOTONES.

Escuchar de la brisa los murmullos
Queremos i gozarnos en tu luz:
Concédenos ¡oh rayo! ser capullos,
¡Danos la ardiente, alegre juventud!

LOS CAPULLOS.

De las abiertas flores, la hermosura
Otórganos, sus tintes i su miel;
I completa será nuestra ventura:
Flores ansiamos i pedimos ser.

LAS FLORES.

Ya tantos amoríos empalagan
I atormenta el diabólico trajin
De brisas pretenciosas que abotagan,
De abejas i hurgadores colibrís.

Líbranos de importunos taravillas,
Ordénales silencio sepulcral;
Vale mas que ser flores ser semillas:
¡Concédenos hoi mismo asemillar!

LOS GUSANILLOS.

Tambien cabe en nosotros un deseo,
Ideal de paz, honroso porvenir...
¡Ser orugas!... ¡oh eterno devaneo!
¡Danos el verlo realizado al fin!

LAS NINFAS.

¡Maldita oscuridad! ¡cárcel maldita!
¡Rómpase de una vez nuestro ataud!
Esa es la sed que nuestro pecho ajita:
¡Alas pedimos i deseamos luz!

RAYO DE SOL.

Solo vosotras bellas mariposas
Los anhelos del alma reservais:
¿Es que nada pedis i sois dichosas...?
¡El don a vuestro turno reclamad!

LAS MARIPOSAS.

¡Morir!—ese es el incesante anhelo,
Esa la aspiracion de nuestro sér;
¡Morir! i en tí i por tí subir al cielo,
I el foco de do vienes conocer!

1872.

EL MANZANO I LA MANZANILLA.

(*El Independiente.*)

No mui distante del tronco
De un corpulento manzano
Vivia una manzanilla
Casi perdida entre el pasto;
Aquel dominando el huerto
De ricas pomas cargado,
Esta sus fragantes flores
Con timidez ocultando.
El manzano, que vivia,
Segun cuentan, *mui preciado*
De haber dado pesadumbre
A todo el jénero humano,
Hácia la escondida yerba
La alta cerviz inclinando,

Díjole una tarde:—«Escuche
El insolente bastardo
Del mas glorioso linaje
Que viste hojas i echa ramos.
El apellido que llevas
Apellido es usurpado,
I es fuerza que lo renuncies
I que dejes de emporcarlo...»
Vió venir la pobre yerba
Un horrible manzanazo,
I al árbol increpó así
La injusticia de su trato:
«Fama tienes, no lo niego,
I tu nombre anda enredado
Con la desgracia primera
Que aflijió al jénero humano;
Miéntras que jamas el mio
Subió de tejas abajo
Cual cuco de indijestiones
I de dispépticos Lábaro.
Mas no te envidio con todo,
Que entre subirse mui alto,
De la pobre humanidad
Azote siendo i escándalo,
I vivir haciendo el bien
Como yo la vida paso,
Nadie vacilar podria
Que no fuera un insensato.»

1872.

RECETAS I LATITUDES.

(*El Independiente.*)

De un doctor groelandes, por accidente
Que en verdad no me esplico,
La cartera estravióse i cayó en manos
De otro idem que habitaba en Puerto-Rico.

Calóse los anteojos el Galeno
I con avidez suma
Recorrió las recetas que trazadas
Habia allí con lápiz i con pluma.

Presto notó que entre ellas, majestuosa,
Una se destacaba
Con tinta azul escrita i gordas letras
Que (fé de traductor) así rezaba:

«Para vivir los años del tabaco
(Un siglo mas que ménos)
Apetito voraz, dijestion fácil,
La razon clara i los sentidos buenos.»

«Récipe: Alcohol de 25 grados
Dos botellas medianas
I dos litros de aceite diariamente,
Tomables por las tardes o mañanas.»

Quedóse por un rato silencioso
Con tanta boca abierta
Nuestro hombre, i luego alzándose,
Cojió el sombrero i se endilgó a la puerta.

¿A dónde iba el doctor tan dilijente
Como nunca en su vida?
A ver a su clientela, que en un verbo
Fué al nuevo tratamiento sometida.

De toda edad, temperamento i sexo,
La gorda i flaca jente
Que tragar tuvo la pocion horrible
De aceite de pescado i aguardiente.

Al ménos de los tristes el martirio
Fué corto, que al segundo
Dia ya no quedaba ni uno solo
Para contar la historia en este mundo.

¡I cuenta que era sabio el tratamiento
Del groelandes Galeno...!
Pero en la zona frijida; en la tórrida,
Como se vió, mortífero veneno!

No echen aqueste lance en saco roto
Políticos doctores,
A admitir sin exámen siempre listos,
Exóticas recetas por mejores.

1872.

EL POLVO I EL LODO.

(*La Estrella de Chile.*)

—¡Viniera un ventarron i me llevara
A mil leguas de tí, sucio vecino!
(Así una tarde al Lodo de un pantano
Apostrofaba el Polvo del camino.)

Bueyes, mulas, carruajes, pasajeros,
Cuanto a tu hogar de barro entre o se acerca,
I el chiquero revuelve en que reposas,
Tanto tu baba repugnante empuerca.

—Sucio soi, contestóle al punto el Lodo,
I porque lo conozco, con esmero
Procuro no invadir ajenas tierras
I me vivo encerrado en mi chiquero.

Si es lei de mi existencia miserable
Que cuanto toque empuerque, mi inmundicia
Alcanza solo a aquellos que me buscan
Por noble amor o sórdida codicia.

Soi como el pobre humilde que se encierra
Con su pobreza en mísera morada
Pára abrir solo a quien, amante o fuerte,
Con violencia o amor fuerce la entrada.

No eres tú así que vuelas altanero
I con cínica audacia te encaramas
Sobre árboles, i flores, i edificios
I hasta sobre los rizos de las damas.

Tú eres el pordiosero que persigue
Con la mano estirada al caminante,
O el que todo lo ignora i sobre todo
Da su opinion, ridículo pedante.

Que venga, pues, el ventarron i llévete
Do mas te agrade, incómodo vecino.
¡Vé a emporcar medio mundo si te place!
¡Yo, en mi charco, no envidio tu destino!

1872.

NO ME MEZCLO EN POLITICA.

(*El Independiente.*)

No eran, como son hoi, en tiempos de ántes
Pretenciosos arroyos los esteros
I los rios esteros vergonzantes;

Que como hoi se dan golpes los chilenos
Por regar sus estancias, por secarlas
Se los dieron, i tales i tan buenos.

I pueblo que hoi se muere en el estío
De sed, vió por sus calles
Correr soberbio el desbordado rio.

En cierto pueblo de esos, un fracaso
Ocurrió allá en lo antiguo, que ahora en verso
He de poner, por si viniere al caso.

Era la siesta i miéntras la roncaba,
Némine discrepante, el vecindario,
Un rumor en el aire circulaba.

—«¿Qué ocurre?—¡Qué ha de ser! una avenida
Súbita, grande, estrepitosa, horrible
Cual tú ni yo la vimos en la vida.»

«Si al sitio amenazado en el momento,
Con palas i barretas no acudimos
No va a quedar ni quien refiera el cuento!»

I alcalde i alcaldesa, dando gritos,
Corrieron al cuartel i allí mandaron
Hacer sonar las cajas i los pitos.

Mas ¡tremenda ansiedad! el tiempo pasa,
I por mas que se llama i se vocea,
Nadie moverse quiere de su casa.

El uno se acostó arromadizado
I levantarse no osa, porque teme
Cojer, saliendo al aire, un *costipado.*

El otro dice sí de mala gana,
I piensa en sus adentros como Arquías:
«¡El público interes para mañana!»

Este vive mui léjos de la orilla:
Ese magnate en un segundo piso:
I al portugues aquél nadie lo pilla.

Pedro: «¡No dí en mi vida un barretazo!»
Diego: «¡Para eso son los vijilantes!»
I Juan: «¡Que otro se lleve tal solazo!»

En fin, por angas o por mangas, todos
Razones infinitas adujeron
I se escusaron de diversos modos.

¿Eran razones valederas?—Luego
Por su mal lo supieron, al mirarse
Víctimas tristes de espantoso aniego.

Salió de madre el rio i, sin entrañas,
Ahogando, i destruyendo, i arrastando,
Llevóse casas, hombres i cabañas:

Los solteros, los novios, los maridos;
Ricos i pobres, grandes i pequeños;
Los que estaban en vela i los dormidos.

I el desbordado rio en su fiereza
Concluyó con el pueblo, no dejando
Títere, como dicen, con cabeza.

¿Quereis saber qué prueba este relato?
—*Que es preciso ir al rio cuando el rio*
Amenace sacar los piés del plato.

1872.

EPIGRAMAS.

(*La Estrella de Chile.*)

MAXIMAS.

(DE WILHEIM MULLER.)

I.

Coje sabiduría
Cual miel la abeja coje de las flores:
De ella vivirá tu alma cuando pase
La florida estacion de los calores.

II.

En llegando el verano arroja el necio
Sus vestidos de abrigo:
Si de infeliz a ser dichoso pasas
No olvides a tu amigo.

III.

Si atraviesas las calles enlodadas
Con botas nuevas o recien lustradas,
Cuidadoso caminas en puntillas,
Pisando en las mas secas piedrecillas;
Mas des que ves ya sucio tu calzado
Por el lodo caminas descuidado.
¡Alerta niño! preservar procura
De la primera mancha tu alma pura!

1863.

¿SI ESTARA MUERTA?

¡Gran Dios! la buena madre
Decis que ya murió!
Ponedle sobre el seno
Al hijo de su amor,
I si no late rápido
Su yerto corazon,
¡Llorad!... está bien muerta!
¡Su vida se apagó!

1863.

EL ALMA DEL POETA.

¿Quién de contínuo, lágrima,
Al borde de mis párpados te suele sujetar?
—De un niño la sonrisa,
De un pajarillo el canto o el plácido volar.

1863.

TAL PARA CUAL.

Tuvo Aquiles su Homero i ¡oh espanzurro!
¡Hoi su Homero tambien encuentra el Burro!
Digno fué allá del vate el griego atleta;
Aquí de su Pollino es digno el poeta.

1869.

FATALIDAD.

Triste es i cosa dura
Que jamas muera un hombre de talento
Sin que en su sepultura
El plañidor cenáculo
De los nécios reúnase al momento
A dar su necedad en espectáculo.

1871.

LEI DE LA VIDA.

El mas lijero golpe en mil pedazos
Destroza la botella
A que un soplo dió cuerpo i forma i brillo;
Apénas dejan huella
Los golpes en las ánforas de plata
Forjadas a martillo.

1871.

RECETA.

Saber solo una cosa
Falta al borrico
Para pasar por sabio:
¡Cerrar el pico!

1871.

ENTRE SASTRES.

Acercóse un periodista
A una vieja *tejedora:*
—¿Me hace unas calzas, señora?
—Con gusto, i... ¡hasta la vista!
—Pero ¿cuánto vale cada...?
—Por ser del oficio... ¡nada!

1871.

A CAMILO HENRIQUEZ

EN LA INAUGURACION DE SU MONUMENTO.

¡Mal fraile i gran patriota! Hoi, justiciera,
La patria te castiga i galardona:
El orador te cuelga el sambenito,
I el artista te esculpe la corona.

1873.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

INDICE.

Páj.

Algunos consejos para las mujeres cristianas que viven en el mundo acerca del trabajo intelectual que les conviene, por monseñor Dupanloup, obispo de Orleans (bibliografía). 3

Parnaso Boliviano, coleccionado por José D. Cortés (bibliografía). 23

El juramento civil de los obispos ante la relijion i el derecho, por el Iltm . señor obispo de la Concepcion doctor don José Hipólito Salas; i *Apuntes jurídico-históricos sobre el juramento civil de los obispos en España i Chile*, por un ciudadano católico (bibliografía). 45

Poesías i escritos en prosa de don Felipe Pardo (bibliografía). . 61

Obras poéticas de Clemente Althaus (bibliografía). 93

Los Precursores de la Independencia de Chile, por Miguel Luis Amunátegui (bibliografía). 123

Esposicion Nacional de 1872.—Las estátuas del señor Plaza (crítica artística) 231

Shakspeare (crítica dramática). 257

POESÍAS.

El eco. 297

El lujo. 299

En la muerte de don Manuel A. Tocornal. 303

El Cura de Petorca. 309
El ciprés. 313
La Muerte. 317
La Estrella de Chile. 319
La yerba. 323
A un jóven. 325
Los tres preservativos. 329
El patronato. 333
A la memoria de mi madre. 335
¡ Si supieras...! 339
Justicia póstuma 341
Novelista.... en subsidio. 343
La Iglesia libre en el Estado libre. 345
En el tren. 349
El caballo i el caballero. 353
El hábito no hace al monje. 355
La Zorra conciliadora. 357
Ultimas huellas. 361
Sentencias traducidas del poeta latino Publio Siro. 365
La casa paterna. 375
Las Abejas elijiendo Reina. 379
El Leon i el Chingue. 383
El Cangrejo i el Pejerei. 385
Mui de mañana. 389
El Manzano i la Manzanilla. 393
Recetas i latitudes. 395
El Polvo i el Lodo. 397
No me mezclo en políticas. 399
Epigramas. 403

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

14 DAY USE
RETURN TO DESK FROM WHICH BORROWED
LOAN DEPT.
RENEWALS ONLY—TEL. NO. 642-3405
This book is due on the last date stamped below, or on the date to which renewed.
Renewed books are subject to immediate recall.

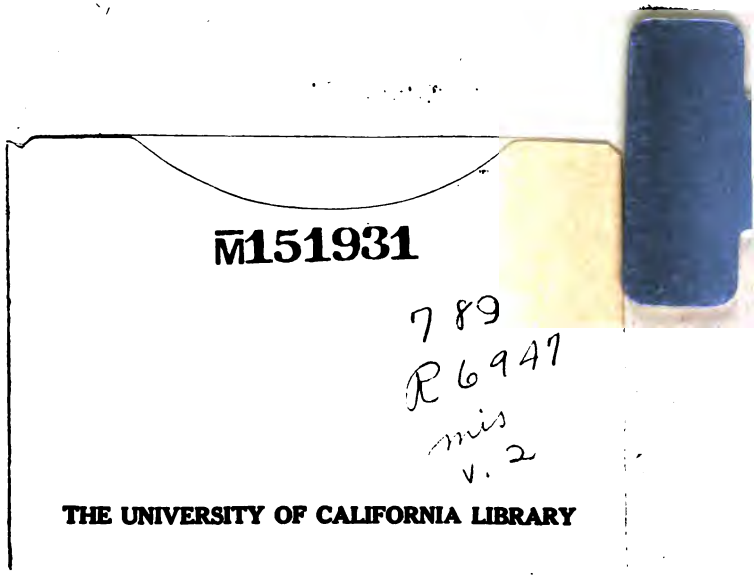
AUG 1 1969 73

RECEIVED
JAN 23 '70 -3 PM
LOAN DEPT.

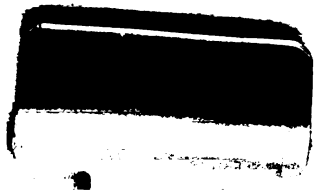
LD21A-60m-6,'69
(J9096s10)476-A-32

General Library
University of California
Berkeley

YC 67515



M151931

789
R6947
mis
v. 2

THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY